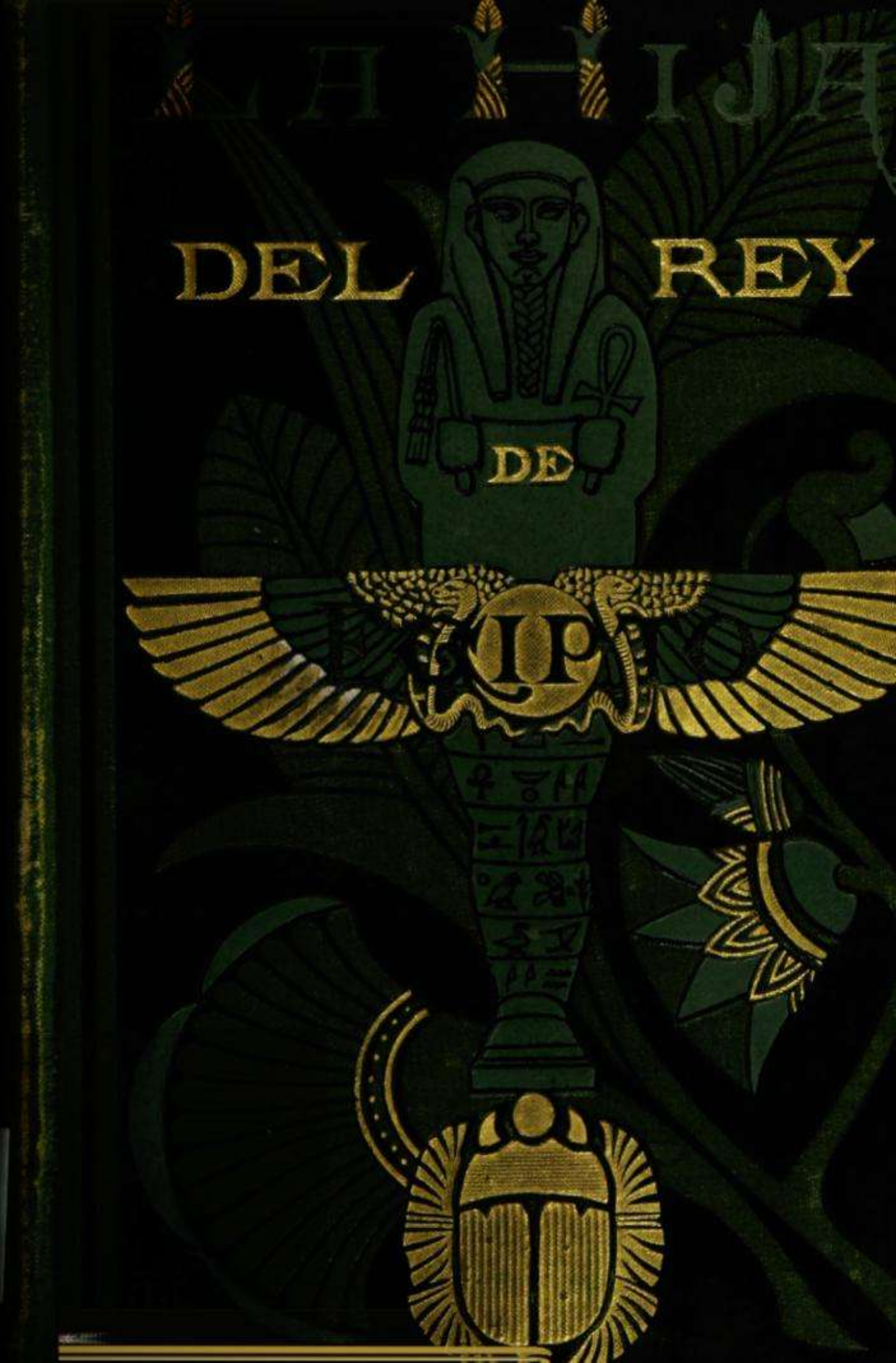
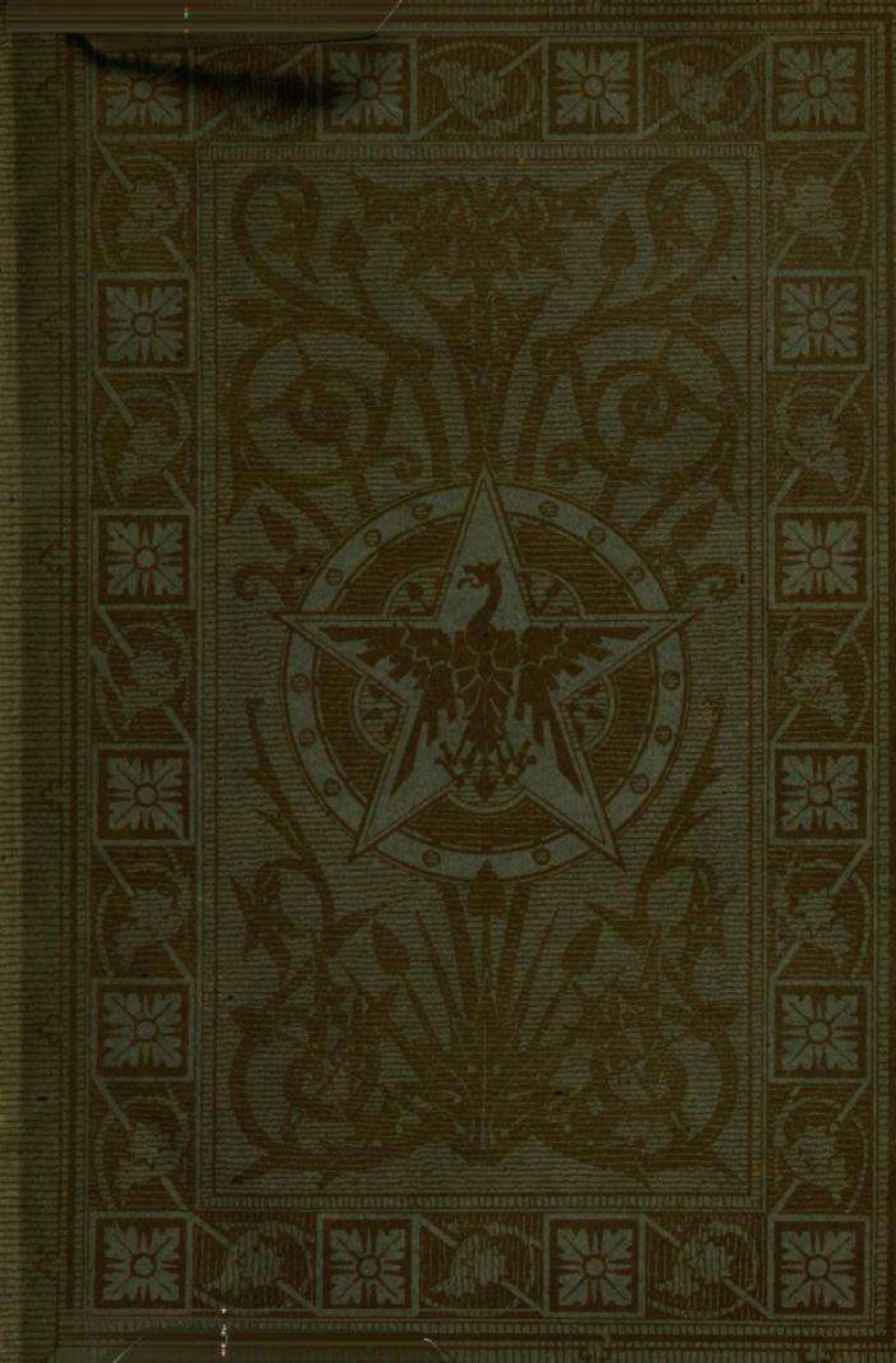

DEL REY
DE
IP

LIBRERIA Y ENCUADERNACION
DE
EUGENIO DE TORRES Y Cª
PLAZA S. FERNANDO Nº 2
SEVILLA

# SEVILLA



CO 2
LARIO

# La Hija del Rey
## de
# Egipto.

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3721452540

DONACION
Dr. RAFAEL LARIO PEREZ

ES PROPIEDAD.

# La Hija

DEL

# Rey de Egipto

POR

## Jorge Ebers.

TRADUCCION DE LA SEXTA EDICION ALEMANA POR

D. Gaspar Sentiñon.

ILUSTRADA CON ACUARELAS POR

## Arturo Mélida

Y CON DIBUJOS Á LA PLUMA POR

Apeles Mestres.

---

TOMO I.

---

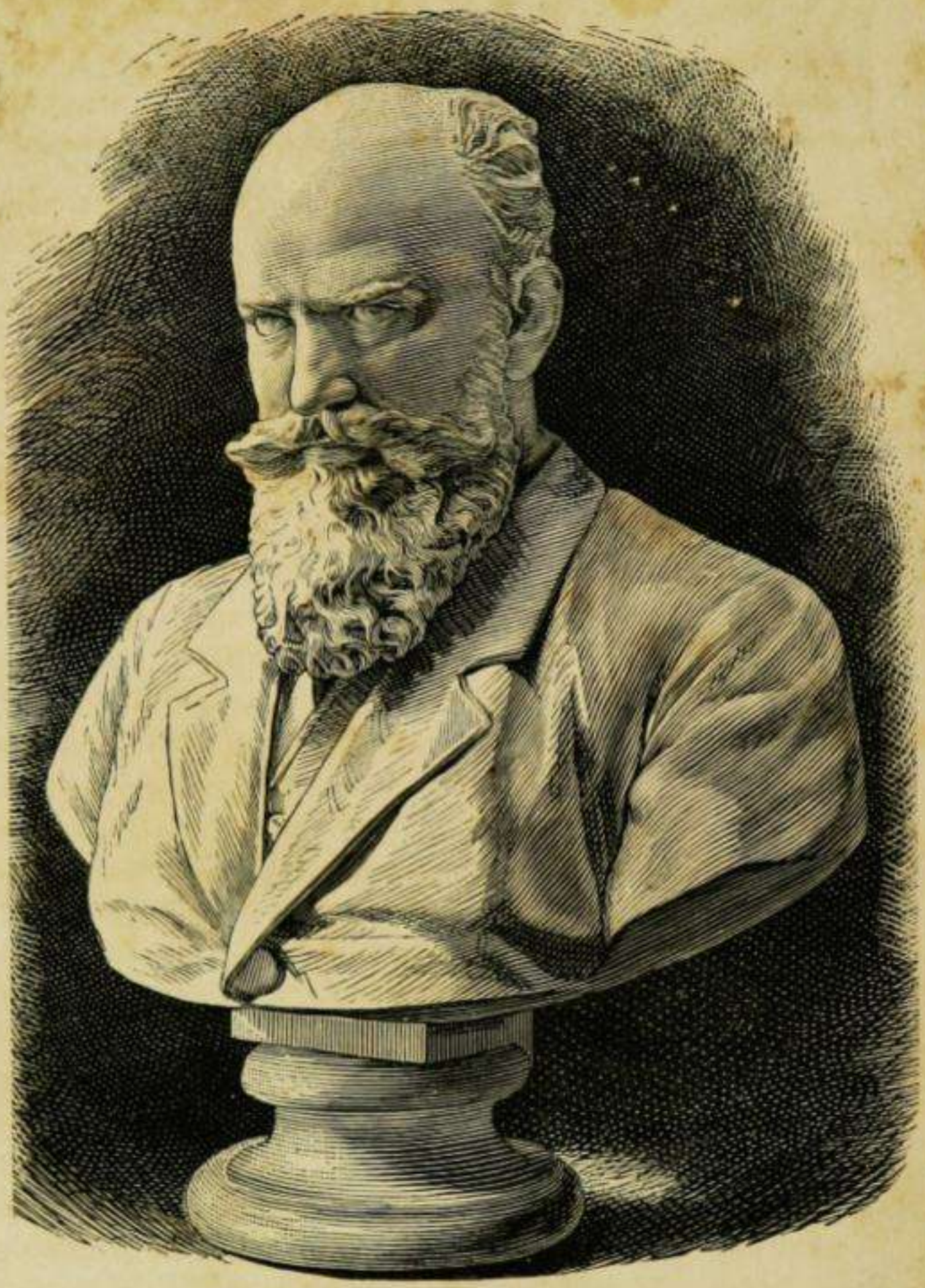
*Barcelona.*

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS».

*Administracion: Ausias March, 95.*

1881.

TIPO-LIT. DE C. VERDAGUER. — BARCELONA.



JORGE M. EBERS.

(Busto de J. Kopf.)

# EBERS Y SU OBRA.

JORGE MAURICIO EBERS, *nació el primero de marzo de 1837 en Berlin, estudió la segunda enseñanza en el gimnasio (Instituto) de Quedlimburgo, y en 1856 empezó los cursos de derecho en la Universidad de Götinga. Ya en 1858, con la idea de escribir la presente novela, emprendió sus estudios egiptológicos en Berlin bajo la direccion de Lepsius y Brugsch y recorrió despues los principales museos alemanes. Dió esta su primera obra al público en 1864, y de entonces datan su fama y la série no interrumpida de sus publicaciones científicas y de imaginacion. Profesor libre de la Universidad de Jena desde 1865, emprende en 1869 un viaje científico á España, norte de Africa, Egipto y Arabia, y á su regreso (1870) es nombrado catedrático. Dos años despues vuelve á Egipto, y como á fruto de sus investigaciones lleva á su patria y publica el* Papyrus *egipcio, que toma el nombre de Ebers*

*y que comprende el tratado de medicina más antiguo que se conoce. Se conserva este documento en la Universidad de Leipzig, de la que en 1875 fué nombrado y es actualmente Ebers catedrático numerario.*

*La obra que hoy publica la Biblioteca* «ARTE Y LETRAS» *es, entre las de Ebers, la que ha alcanzado mayor éxito mercantil y mas ruido ha hecho entre los críticos. A pesar de las protestas de los ultra-naturalistas alemanes y franceses,* «Eine aegyptische Königstochter» *(literalmente: Una hija de rey egipcia) ha alcanzado de 1864 á 1876 hasta seis ediciones y recorrido vertida á todas las lenguas la Europa entera. A cada edicion el autor ha limado y aún forjado de nuevo los elementos de su obra. Orientalista entendido y de gran renombre, comprende en ella un cuadro completo de la civilizacion egipcia y persa en la época de la decadencia de Egipto y de la conquista de este pais por Kambises.*

*Ebers tiene escritas con éxito otras varias obras del mismo género:* Uarda, *novela egipcia de la época de la esclavitud israelita;* Homo sum, *con asuntos de la vida de los primeros Heremitas en el desierto entre los restos de la civilizacion pagana;* Die Schwestern *(Las hermanas) escenas de la vida monástica egipcia en la antigüedad* y Der Kaiser *(el emperador), publicada recientemente y que no conozco. Como á autor científico Ebers está muy reputado. En este género son sus obras:* Disquisitiones de dinastya vicesima sexta regum aegytiorum *(Berlin 1865);* Egipto y los libros de Moisés *(Leipzig 1868);* Por Gosen hasta el Sinaí *(Lepzig 1872);* El sistema de escritura de los antiguos egipcios *(2.ª edicion, Berlin 1875);* Papyrus Ebers *(Leipzig 1875) y la publicacion ilustrada* Egipto en imágen y palabra *(Aegypten in Bild un Wort. 2 t. Stuttgart 1879-1880.)*

*En la novela histórica nos habiamos contentado hasta hace poco, con obtener una impresion general de la época pintada. Los aventureros y las heroinas de Walter Scott*

*podian viajar por los highlands ó conspirar en las bibliotecas de sus castillos, y amar y luchar en los torneos muy á su placer, sin venir sujetos á un régimen muy estrecho de policía histórica. Poco nos importaba que una belleza peinara anacrónicamente sus cabellos, y se adornara con inverosímiles joyas ó vestidos, mientras su caballero, á pesar de lo imprevisto del tocado, acometiera por ella nobles empresas hábilmente contadas y mas discretamente compuestas. El fondo del cuadro en que se movian los personajes, tenia algo de estas salas decoradas con maderajes y tapices ennegrecidos por el tiempo: la vista se fija en el movimiento de las personas que por ellas discurren, y en las notas brillantes de sus trajes, y el oido y la inteligencia siguen el hilo de las conversaciones, sin que la imaginacion se aparte de ellas, atraida y entretenida en dar vueltas por los detalles de la decoracion. El anacronismo podia, pues, cómodamente vagar inadvertido por entre las sombras del fondo ornamental. Pero desde que Dickens negó á la decoracion el carácter pasivo, y quiso que los detalles y accesorios vivieran y vinieran á representar el papel de infinitos personajes menores de sus novelas, instintivamente buscamos en cada objeto un carácter, una accion y un lenguaje; no podemos prescindir de estos criados habladores que nos dicen el genio, inclinaciones y situacion de sus dueños y de sus visitas, y pronto les conocemos cuando no tienen condiciones reales, ó tratan de engañarnos. El anacronismo queda de esta hecha al descubierto, y bien pronto se forman para él dos escuelas: la doctrinaria y la radical. La primera tolerándole sus reconocidas deformidades en detalle, pero no dándoles más que importancia accesoria; la segunda queria y quiere sencillamente la desaparicion de la novela histórica á nombre del naturalismo y de la novela fisiológica contemporánea.*

*Frente á esta exigencia, se ha levantado otra vez la novela histórica transformada en novela arqueológica. Ebers,*

*Freitag, Scheffel, Elliot, Flaubert, han tomado los propios pinceles de la escuela naturalista, y han pintado con esta no sólo como Dickens, el detalle para el conjunto, sino el detalle por el detalle y contra el conjunto; y así como se recogen elementos para la novela moderna en las escenas y objetos que nos rodean, en las crónicas de los tribunales ó en la gacetilla de los diarios, por igual, aunque mas costoso procedimiento, recoge la novela arqueológica sus motivos en los bajos relieves ó entallados de los monumentos, en los escaparates de los museos, en las inscripciones cuneiformes ó geroglíficas, y en las crónicas ó en los archivos. La discusion camina, pues, á su verdadero terreno. La transcendencia de la obra, la pintura de los caractéres, la marcha de la accion, deben ser el objeto principal de la crítica.*

*Sino por ser la primera de las novelas arqueológicas, al menos por su éxito* La hija del Rey de Egipto *ha atraido la atencion de todos y de la escuela ultra-naturalista en particular. Uno de los apóstoles de esta, Mr. Jules Soury, ha hecho de aquella un sangriento resúmen (« Revue des deux Mondes », Enero 1875), terminando con la demanda de la abolicion inmediata de la novela histórica y del drama y la novela con fin moral.*

*Afortunadamente mientras conservemos en la memoria los caractéres nobles y vivos de W. Scott, Dickens, Bret Harte y Elliot; mientras la palabra de Augier nos conmueva en la escena y mientras sepamos que la misma pluma que describió á Mad Bovary ha creado los* Trois contes simples, *esta demanda es inútil. Gervasia, Nana, y sus imitaciones podrán vegetar en la sombra de poblaciones corrompidas, podrá hacerlas presentables al público un habilidoso talento académico disfrazado de naturalista, servirán para demostrar el ingenio de los autores, para entretener la curiosidad por los procedimientos entre las gentes del oficio y para esplotar la menos sana de los demás; pero estas muñecas de carne rosada, cuya putrefac-*

*cion tan bien se historia, nunca serán objetos de Bellas Artes, ni siquiera problemas en la sociedad, sino casos nosocomiales.*

*La novela de Ebers encierra dos partes: una que podriamos llamar de escenario, y que es irreprochable segun nuestros actuales conocimientos. El paisage, la vegetacion, los monumentos, los muebles, los trages, las costumbres están perfectamente pintados. La verdad del detalle hace mucho mas rico y bello el cuadro de estas civilizaciones de lo que nos lo habian hecho comprender estudios mas formales anteriores. No hay un árbol, un palacio, un tejido, un vaso ni el acto mas insignificante cuya existencia no esté plenamente justificada. Arturo Mélida y Apeles Mestres en las ilustraciones de esta edicion hacen resaltar aun mas este carácter, sugetando sus trazos, de ordinario espontáneos y elegantes, á la rigida fijeza del estilo de aquella época.*

*No resulta tan perfecta la accion y los caractéres: aquella es muy desigual en su desarrollo. Lenta en la primera mitad, distrae y pierde á la imaginacion en episodios puramente descriptivos para precipitarla despues en un complicado desenlace. Los caractéres de los personajes históricos no resultan tan grandiosos como la imaginacion los desea, tienen como un aire casero en el que probablemente influye en parte el concepto vago y puramente ideal que de los mismos teniamos preconcebido. Kresos y Rodopis en particular, parecen hablar por cuenta del autor y en verdad usan con algun esceso de aquella oratoria especial de los liberales de la primera mitad de este siglo, de la que nos ha dejado aun algunos ejemplares la pasada y próxima revolucion del 68. Los anacronismos que ha sabido Ebers desterrar de sus descripciones no ha sabido vencerlos del todo en los caractéres. Liberales, absolutistas y teócratas tienen aqui su pequeño círculo con ideas análogas á las actuales, quizás porque siempre hayan sido parecidas. Los diálogos, aun entre amantes, están salpicados de datos*

*arqueológicos que desvirtuan los bellos detalles que encierran y dificultan el que el lector se abandone á su giro y á las impresiones que de otro modo despertarian. Con todo los personajes se hacen simpáticos, la accion se sigue con interés y la impresion que deja la lectura es agradable y duradera. Se ha dicho con ocasion de esta obra que: la novela histórica es mortal enemiga de la historia, nada mas falso. Yo apelo á los lectores que desde hace algunos años no asisten á las cátedras de historia de nuestras universidades y hayan hecho despues estudios especiales sobre alguna de las ramas de las ciencias arqueológicas, para saber de cual de las dos narraciones resalta mas claro y mas vivo el carácter de los pueblos orientales en la antigüedad. Si en la novela histórica se busca mas que una pintura del cuadro de una época, se falsea su carácter, y bajo este concepto bien puede repetirse con nuestro autor (en el prólogo de la 4.ª edicion) que de la misma manera que aquella seria enemiga mortal de la historia, la pintura de paisaje lo seria de la botánica.*

C. DE LA K.

# CAPÍTULO I.

L Nilo ha salido de madre.

Inmensa llanura de agua se extiende en todas direcciones por los que antes fueron floridos bancales y lozanos sembrados. Sólo descuellan sobre el haz del agua las ciudades, protegidas por los diques, con sus gigantescos templos y palacios, los techos de las aldeas y las copas de las esbeltas palmeras y acacias. Cuelga sobre las olas el ramaje de los plátanos y sicomoros, mientras se eleva y asciende, cual si quisiera huir del húmedo elemento, el de los altos pobos.

La luna llena derrama suave claridad sobre la cordillera líbica que se confunde con el horizonte. Flotan en el agua flores de lotos, blancas y azules, y revolotean por el tranquilo aire de la noche, que satura el perfume de acacias y jazmines, murciélagos de diversas especies. En las copas de los árboles duermen las palomas, zoritas y otras aves; entre los papiros y

nelumbos que cubren de espeso verdor las orillas del rio, se acurrucan los alcatraces, las grullas, las cigüeñas. Estas, para dormir, esconden su largo pico bajo sus alas sin moverse por nada; pero las grullas se azoran al ruido de un remo, ó á la voz del barquero, alargan el cuello y espian temerosas el lejano horizonte y en torno suyo.

No sopla el más leve vientecillo. La imágen de la luna, rielando en el agua cual escudo de plata, muestra lo plácida y mansa que está la corriente del Nilo, que despeñado primero por encima de las cataratas, precipitándose con ímpetu, bañando los templos gigantescos del Alto Egipto, cuando llega al punto donde se lanza al mar por multiplicadas bocas, deja por fin su arrebatada petulancia y se entrega al blando sosiego.

En esta noche de luna, 528 años antes del nacimiento del Salvador, un barco cortaba el remanso de las aguas, junto á la boca canóbica del Nilo. Un hombre egipcio, sentado en lo alto del techo de la cámara, gobernaba el largo pinzote del timon [1]. En el casco, unos remeros medio desnudos bogaban cantando. Dentro de la cámara abierta, parecida á una enramada de madera, veíanse dos hombres reclinados sobre bajos divanes, y á juzgar por su aspecto, no eran ciertamente egipcios. La claridad de la luna bastaba á revelar su procedencia griega. El mayor, hombre extraordinariamente alto y robusto, de unos sesenta años de edad y cuya espesa cabellera cana caia algo desordenada sobre su corta cerviz, iba vestido de una simple capa y miraba taciturno hácia el rio, mientras su compañero, que tendria unos veinte años menos y era de complexion delicada, ora miraba al cielo, ora dirigia una palabra al timonel; ya replegaba con gracioso ademan su hermosa *jlanis* (1) de púrpura

(1) La *jlanis* era una ligera capa de verano, generalmente de

azul, ya acariciaba su perfumada cabellera de color castaño, ó su barba cuidadosamente rizada.

Hacia como media hora que la embarcacion habia salido de Náucratis[2], único puerto egipcio á la sazon accesible á los helenos. Durante el trayecto, el hombre cano y taciturno no despegó los labios, y el jóven le habia abandonado á sus pensamientos; mas al acercarse la barca á la ribera, el inquieto pasajero levantandose, dijo á su compañero:

—Vamos á llegar al fin de nuestro viaje, Aristómajos. Allá, á la izquierda, aquella bonita casa en medio del jardin de palmeras que descuella sobre los campos inundados[3], es la morada de mi amiga Rodopis. Su difunto esposo Járaxos la mandó construir, y todos sus amigos, incluso el mismo rey, procuran hermosearla cada año con nuevos primores. ¡Trabajo inútil! Aunque lleven á la casa todos los tesoros del mundo, su mejor adorno será siempre su espléndida dueña.

El anciano se levantó, echó una rápida mirada al edificio, arregló su espesa barba gris que le cubria los carrillos y toda la parte inferior del rostro, dejándole sólo libres los labios[4], y dijo secamente:

—Mucho caso haces de esa Rodopis, Fanes. ¿De cuándo acá gustan los atenienses de las viejas?

El interpelado sonriéndose, contestó con cierta fatuidad:

—Creo que entiendo algo en eso de juzgar á las personas y especialmente á las mujeres, y vuelvo á asegurarte que en todo Egipto no conozco otra más noble que esa anciana. Cuando las habrás visto, á ella y á su linda nieta, y oirás tus melodías favoritas can-

---

tejidos preciosos, que solian llevar los elegantes de Atenas. La capa sencilla, *himation*, vestíanla los griegos dorios, especialmente los espartanos.

tadas por un coro de esclavas perfectamente amaestradas [5], me darás las gracias por haberte llevado allá.

—Con todo, respondió gravemente el espartano, no te hubiera seguido, a no abrigar la esperanza de encontrar aquí al delfio Frixos.

—Le encontrarás y confio en que el canto te hará bien, sacándote de tus tétricas meditaciones.

Aristómajos hizo un gesto negativo con la cabeza y repuso:

—Es fácil que á ti, liviano ateniense, te anime el canto patrio; á mí cuando oigo las canciones de Alkman [6], me sucede lo que en las noches que paso soñando despierto. Crecen mis anhelos lejos de calmarse.

—¿Piensas acaso, preguntó Fanes, que no deseo volver á mi querida Atenas, ver los sitios donde jugaba cuando niño, y contemplar la vida animada de la plaza pública? Júrote que tampoco me gusta á mí el pan del destierro; pero sabe éste mejor con un trato como el que esta casa ofrece, y cuando mis amadas canciones helénicas, cantadas por ti con maravillosa perfeccion, resuenan en mi oido. Entonces surge en mi imaginacion el recuerdo de mi país; veo sus olivares y bosques de pinos, sus frescos rios de esmeralda, su azulado mar, sus esplendorosas ciudades, sus nevadas cumbres y marmóreos pórticos. Una lágrima, amarga y dulce á la vez, se desprende de mis ojos cuando cesa la música, y apenas acierto á convencerme de que me hallo en Egipto, en este país tan monótono, caluroso y extraño, del que, merced á los dioses, no tardaré en salir... Pero dime, Aristómajos: si recorres el desierto, ¿huirás los oásis, porque despues debas volver á pisar arena y á padecer sed? ¿Quieres rechazar una hora de felicidad porque te aguardan dias de desventuras?—Alto, ya estamos. Serena tu

rostro, amigo, pues no está bien que entremos tristes en el templo de las *járites* (1).

En este momento, la barca llegó junto á la muralla del jardin bañada por el Nilo. El ateniense salió dando un ligero brinco, y el espartano, con paso firme y reposado. Aristómajos llevaba una pierna postiza; mas á pesar de ello, andaba con tanta soltura al lado del ligero Fanes, como si hubiese nacido con la pierna de palo.

En el jardin de Rodopis, los perfumes saturaban el aire, abrianse las flores y se percibia cierto revoloteo como en noche de conseja. Acantos, mimosas, setos de viburno, jazmin y saúco, malezas de rosales y citisos se apretaban unos á otros; palmeras, acacias y elevados balsameros sobresalian por encima de los arbustos; grandes murciélagos cernianse con sus delicadas alas sobre el conjunto, al son del canto y la risa en el rio.

Un egipcio plantó aquel jardin; los constructores de las pirámides eran desde antiguo celebérrimos jardineros[7]; sabian perfectamente separar los bancales y combinar grupos regulares de árboles y arbustos, disponiendo acequias y surtidores, enramadas y glorietas. Festoneaban tambien las veredas con setos artisticamente recortados, y criaban doradas en piscinas de piedra.

Fanes se paró en la puerta de la muralla, miró con cautela al rededor, escuchó en varias direcciones, y moviendo la cabeza dijo:

—No sé qué pueda significar esto. Ni oigo voces, ni veo luz. Las barcas todas han desaparecido, y no obstante, cerca de los obeliscos de la entrada ondea la bandera con su palo abigarrado[8]. Rodopis debe estar ausente. ¿Habrá olvidado...

---

(1) Nombre griego de las *Gracias*.

Antes de terminar la frase, fué interrumpido por una voz grave exclamó:

—¡Ah, el jefe de la guardia!

—Salud, Knakias, dijo Fanes saludando amistosamente al anciano que se le acercaba. ¿Cómo es que en este jardin reina la quietud del sepulcro egipcio, en tanto que veo izada la bandera de hospitalidad? ¿Desde cuándo invita en balde á los forasteros ese lienzo blanco?

—¿Desde cuándo? contestó el anciano esclavo de Rodopis. Mientras las *moiras* (1) perdonen graciosamente á mi señora, segura está la vieja bandera de atraer á tantos huéspedes cuantos quepan en esta casa. Rodopis ha salido, pero no puede tardar en volver. La tarde se ha presentado tan hermosa, que ella y todos sus huéspedes han resuelto dar un paseo por el rio. Hace dos horas, á la puesta del sol han salido, y la cena está ya preparada[9]. No pueden tardar. Te suplico, Fanes, que no te impacientes: entra conmigo en la casa. Rodopis no me perdonaria que dejase de instar á permanecer aquí á huésped tan acepto. Y á ti, forastero, dijo al espartano, ruégote encarecidamente que te quedes tambien, pues como amigo de su amigo, te recibirá gustosa la señora.

Los dos griegos siguieron al sirviente y se sentaron junto á una enramada.

Aristómajos contempló los objetos que le rodeaban alumbrados por la luna, y dijo:

—Explícame, Fanes, ¿á qué suerte debe Rodopis, antigua esclava y hetera[10], el vivir como reina y recibir como tal á sus conocidos?

—Esta pregunta me la esperaba tiempo há, contestó el ateniense, y celebro que me sea dable enterarte del pasado de esta mujer antes de que entres en su

(1) Parcas.

casa. Durante la travesía no he querido molestarte con narracion alguna. El vetusto rio impone con incomprensible fuerza el silencio y la meditacion tranquila. Cuando yo, como tú ahora, realicé por vez primera una excursion nocturna por el Nilo, sentí tambien como paralizada mi otras veces incansable lengua.

— Te lo agradezco, contestó el espartano. Al ver por vez primera al anciano sacerdote cretense, Epiménides [11] de Cnoso que contaba á la sazon 150 años, su vejez y santidad causáronme una emocion singular; pero ¡cuánto más viejo y más sagrado no es ese vetustísimo rio Aigyptos [12]! ¿Quién podrá sustraerse á la fascinacion que produce?... Mas háblame de Rodopis. Te lo ruego.

— Rodopis, empezó Fanes, fué robada cuando niña, y mientras jugaba con sus compañeras en la playa tracia, por unos navegantes fenicios que la llevaron á Samos, donde la compró Jadmon, rico *geomoro* (1). La niña creció en belleza, en gracia y discrecion, querida y admirada de cuantos la conocieron.

Esopo [13], el fabulista, que á la sazon vivia tambien como esclavo en casa de Jadmon, se deleitaba muy especialmente con la gracia y el talento de la niña; instruíala en todas las cosas y cuidaba de ella como un *pedagogo* (2) de los que los atenienses destinamos á nuestros hijos. El buen maestro tuvo en ella una discípula tan dócil y aprovechada, que la pequeña esclava consiguió muy luego hablar, cantar y tocar mejor que los hijos de Jadmon, cuya educacion era muy esmerada. A los catorce años, Rodopis era tan bella y perfecta, que inspiró celos á la esposa de Jadmon, la cual no quiso tenerla más en su casa; razon por la cual

(1) Nombre de los hacendados que formaban la nobleza de Samos.

(2) Ayo.

este samio vióse con gran disgusto obligado á venderla á cierto Xantos. En aquella época dominaba todavía en Samos la nobleza poco acaudalada. Si entonces Policrates hubiese manejado las riendas del gobierno, no habria Xantos tenido que ir en busca de un comprador. Esos tiranos llenan sus arcas como las urracas sus nidos. Xantos, pues, marchó con su prenda á Náukratis, donde ganó pingües sumas lucrando con los encantos de su esclava. Así pasó Rodopis tres años en la más baja humillacion. El recuerdo de la misma la horroriza aún.

Cuando, por fin, la fama de su belleza habia cundido por la Grecia toda, y las gentes acudian desde lejanas tierras á Náukratis sólo por verla [14], el pueblo de Lesbos expulsó á su nobleza y escogió para soberano al sábio Pitacos. Las familias más distinguidas abandonaron la isla, refugiéndose unas en Sicilia, otras en Italia griega y otras en Egipto. Alkeos [15], el poeta más grande de su época, y Fáraxos hermano de aquella Sapfó [16], cuyas odas agradaron tanto á nuestro Solon, que su mayor deseo era aprenderlas de memoria, vinieron á Náukratis que florecia ya desde muchos años como emporio del comercio egipcio con el resto del mundo. Fáraxos vió á Rodópis y se enamoró de ella tan perdidamente, que destinó una suma inmensa para comprarla al codicioso Xantos quien deseaba volver á su país. Sapfó escarneció á su hermano con versos mordaces por semejante compra. Alkeos, empero, alabó á Fáraxos y ensalzó á Rodopis en ardientes canciones.

El hermano de la poetisa, que antes vivia oscurecido entre el sin número de forasteros llegados á Náukratis, cobró de repente celebridad como amo de Rodopis, cuyos encantos llamaron á su casa á los extranjeros todos que la colmaron de obsequios. El rey Hofra [17], que habia oido ensalzar la belleza y discrecion de la

jóven, ordenó que se la presentaran en Menfis, y quiso comprarla á Fáraxos, mas éste le habia ya dado libertad y la queria demasiado para separarse de ella. Por otra parte, Rodopis, á su vez, amaba al hermoso lesbio, y prefirió no abandonarle á aceptar los brillantisimos ofrecimientos que se le hicieron. Finalmente Fáraxos hizo á la encantadora mujer su esposa legítima, permaneciendo con ella y con su hijita Kleis en Náukratis hasta que Pítacos permitió el regreso de los desterrados.

Embarcóse con su esposa para Lesbos; enfermó durante el viaje y murió poco despues de llegar á Mitilene. Sapfó que se habia mofado de su hermano, con motivo de su desacertado casamiento, se convirtió pronto en admiradora entusiasta de la bella viuda, celebrándola á porfía con su amigo Alkeos en apasionadas canciones.

Despues de la muerte de la poetisa, Rodopis regresó á Náukratis con su hija, siendo recibida como diosa. Amasis [18], actual rey de Egipto, se habia en tanto apoderado del trono de los faraones, y en él se sostenia merced al auxilio de los guerreros de cuya casta procedia. Habiendo su antecesor Hofra, por su predileccion por los griegos y su trato con los extranjeros odiados por los egipcios, precipitado su caida motivando la franca insurreccion de los sacerdotes y guerreros, se confiaba que Amasis volveria, como en los tiempos antiguos, á cerrar el país á los extranjeros [19], y despediria á los mercenarios helénicos, ejecutando las órdenes de los sacerdotes en vez de atenerse á los consejos de los griegos. Pero ya ves cómo los sesudos egipcios se han equivocado en su eleccion de rey, cayendo de Skila en Caribdis. Si Hofra fué amigo de los griegos, de amante podemos calificar á Amasis. Los egipcios, y sobre todo los sacerdotes y los guerreros, están irritadisimos, y de buena gana nos degollarian á

todos como Odiseo á los pretendientes de su esposa que comian su hacienda. De los guerreros no hace gran caso el rey, porque sabe lo que puede esperar de ellos y de nosotros; á los sacerdotes, empero, les ha de tratar con más miramiento, porque tienen una influencia inmensa sobre el pueblo, y porque el mismo rey tiene aún más apego de lo que quiere confesar á esa religion absurda[20], que en este país tan raro[21] subsiste invariable desde miles de años há, pareciendo por ello doblemente sagrada á sus confesores. Esos sacerdotes amargan la vida á Amasis, nos persiguen y diezman cuanto pueden, y yo mismo hace tiempo que hubiera muerto, si no me amparase la mano protectora del rey. Pero, ¡qué digresion!...

Decia que Rodopis fué recibida en Náukratis con los brazos abiertos, y Amasis que llegó á conocerla, la colmó de favores. Su hija Kleis, á la que no se permitió nunca alternar en las reuniones nocturnas de su casa, y que fué educada con más rigor tal vez que las otras niñas de Náukratis, casó con Glaucos, rico negociante focense de familia ilustre, que habia defendido valientemente su patria contra los persas, y fuése con él á vivir á Masalia[22], ciudad recien fundada en la costa kéltica. Acababan de tener una hija, á la que pusieron por nombre Sapfó, cuando los jóvenes esposos murieron víctimas del clima. Rodopis misma emprendió el largo viaje al Occidente en busca de la pequeña huérfana; guardóla en su casa, la hizo educar esmeradamente, y ahora, adulta ya, le veda la compañía de los hombres. Es que siente de tal modo las tristes huellas de su primera juventud, que quiere mantener á su nieta Sapfó más apartada de todo trato con nuestro sexo de lo que consienten las costumbres egipcias. A mi amiga el trato social le es tan necesario como el agua al pez y el aire al pájaro. Todos los extranjeros la visitan, y el que haya probado sólo una

vez su hospitalidad, no dejará de acudir, por poco que el tiempo de que pueda disponer se lo permita, cuando la bandera anuncie una noche de recepcion. No hay griego de alguna importancia que no frecuente esta casa, porque aquí se delibera acerca del modo de contrarestar el odio de los sacerdotes y persuadir al rey en tal ó cual asunto. Aquí se saben las más recientes noticias de nuestro país y del resto del mundo; aquí el perseguido halla un asilo inviolable, pues el rey ha dado á su amiga una carta de inmunidad contra las vejaciones procedentes de las autoridades de órden público[23]; aquí se oyen la lengua y los cantares de la patria; aquí se discuten los medios de librar á Grecia de la monarquía[24] que se va generalizando: en una palabra, esta casa es centro de gravedad de los intereses helénicos en Egipto y de mayor importancia política que el Helénion, la union mercantil y religiosa de esta vecindad. Dentro pocos minutos verás á esa singular abuela, y si nos quedamos solos, quizá veas asimismo á la nieta y podrás comprender que esas personas nada deben á la suerte, todo á sus excelentes cualidades. — ¡Ah, allí están! Ya se dirigen hácia la casa. ¿Oyes el canto de las esclavas? Ahora entran. Deja que se sienten y sígueme. Despues, al despedirnos, te preguntaré si te duele el haber ido conmigo, y si Rodopis no se parece más á una reina que á una antigua esclava. »

La casa de Rodopis pertenecia al estilo griego[25]. El exterior oblongo, de un solo piso, era sencillísimo para nuestro gusto, pero la disposicion interior aunaba la belleza de las formas helénicas con el esplendor de los colores egipcios.

El anchuroso portal daba ingreso al vestíbulo, en cuyo lado izquierdo radicaba un gran comedor desde cuyas ventanas se dominaba el rio. Opuesta á dicha pieza estaba la cocina, departamento propio sólo de las

casas de gente acaudalada, pues los pobres solian preparar su comida en el lugar de la antecámara. La sala de recepcion se hallaba á la salida del vestíbulo y tenia la figura de un cuadrado, con pórticos al rededor, en los cuales se abrian numerosos aposentos. En medio de este salon, donde se reunian los hombres, y en hogar de metal dispuesto á modo de altar, de rico trabajo eginético [26], ardia el fuego doméstico.

De dia el salon recibia su luz por las aberturas del techo que servian al propio tiempo para dar salida al humo del hogar. Un pasadizo colocado en direccion opuesta al vestíbulo y cerrado por una sólida puerta, conducia al gran patio propio de las mujeres, cercado de columnas sólo por tres lados, en el cual solian congregarse aquellas que pertenecian á la familia, cuando no estaban ocupadas en hilar ó tejer en los aposentos contiguos á la puerta del jardin. Entre estos últimos y los del patio, destinados á los fines de la economía doméstica, se hallaban los dormitorios donde se guardaban tambien los tesoros de la casa. Las paredes del patio de los hombres estaban pintadas de un color rojizo, sobre el cual resaltaban visiblemente los contornos de las estátuas de mármol blanco, regalo de un artista de Jios [27]. Densas alfombras de Sardes cubrian el pavimento. A lo largo de la columna, extendíanse unos divanes bajos cubiertos de pieles de panteras. Junto al ara habia unos sillones egipcios de forma rara y unas mesitas de madera de tuya [28] delicadamente esculpidas. En ellas se veian instrumentos músicos de toda clase, como flautas, citaras y formínges. De las paredes colgaban numerosas lámparas de varias formas alimentadas con el aceite de ricino llamado kiki [29], las unas representando un delfin que vomitara fuego, las otras un mónstruo raro alado de cuya boca saliera una llamarada. La luz de todas ellas se combinaba con el fuego del hogar y producia un bello golpe de vista.

En este patio hallábanse varios hombres que se distinguian por su aspecto y su vestido. Un siriaco de Tiro, en traje largo de color de pasa, sostenia animada plática con otro hombre, cuyas facciones abultadas y ensortijado pelo negro denunciaban su procedencia israelita. Habia llegado á Egipto con la intencion de comprar para el rey de Judá, Zorobabel, caballos y carruajes egipcios, que eran los más renombrados en aquella época [30]. Tres griegos del Asia menor, envueltos en los abundantes pliegues de sus preciosas mantas de Mileto, estaban cerca del judío hablando sériamente con Frixos, el representante de la ciudad de Delfos, que habia ido á Egipto á pedir limosnas destinadas al templo de Apolo. Diez años atras, las llamas destruyeron el antiguo santuario pítico, y se trataba de construir otro nuevo y más hermoso [31].

Los milesios, discípulos de Anaxímandros y Anaxímenes [32], visitaban el Nilo para estudiar la astronomía y ciencia egipcia en Heliópolis.

El tercero era un rico comerciante y naviero, llamado Teopompo, que se habia establecido en Náukratis. Rodopis misma sostenia una conversacion animada con dos griegos de Samos [33]; Teodoro, el afamado arquitecto, fundidor, escultor y platero, é Ibico, el poeta yámbico de Regio [34], que habian dejado la corte de Polícrates, por unas cuantas semanas, para ir á conocer Egipto, llevando al rey de este país unos regalos de su señor. Inmediato al hogar, yacia un hombre corpulento, de facciones duras y sensuales, Filoinos de Sibaris [35], tendido sobre la abigarrada cubierta de pieles de un taburete de dos asientos, y jugando ya con sus trenzas perfumadas y entretejidas con lazos dorados, ya con las cadenas de oro que de su cuello colgaban sobre el *jiton* color de azafran, que le llegaba hasta los piés.

Rodopis tuvo para cada uno una palabra amistosa, y

luego platicó exclusivamente con los célebres samios hablando de arte y de poesia.

Los ojos de la tracia ardian con el fuego de la juventud; su elevada figura se presentaba llena y erguida; la cabellera cana rodeaba aún con ricas ondas la bella cabeza, descansando por detras en una red finisima de trencilla de oro. Una resplandeciente diadema ornaba su alta frente. El noble rostro griego parecia pálido, mas era bello y sin arrugas á pesar de su mucha edad; la pequeña bien contorneada boca, los grandes ojos pensativos y suaves, la noble frente y la fina nariz de esta mujer, habrian aún podido adornar á una jóven. Quien la viera por primera vez, hubiese creido á Rodopis más jóven de lo que realmente era; y, sin embargo, no podia desconocerse que era vieja. Cada movimiento suyo revelaba la gravedad de la matrona, y su gracia no era la de la juventud que quiere agradar, sino la de la vejez que aspira á complacer, que guarda miramientos y los exige. Al entrar en el patio nuestros dos conocidos, los ojos de todos los presentes se dirigieron hácia ellos, y cuando Fanes les presentó á su amigo, al que llevaba de la mano, todos les dieron la bienvenida más cordial. Uno de los milesios exclamó:

—No acertaba á explicarme lo que nos faltaba. Ahora lo comprendo; sin Fanes no hay alegría.

Filoinos, el sibarita, alzó entonces la voz, que era cavernosa, y, sin dejar su descansada posicion, exclamó:

—Bella cosa es la alegría, y si la traes contigo, serás tambien bienvenido para mí, ateniense.

Rodopis, acercándose á los nuevos huéspedes, dijo:

—Yo os saludo cordialmente, si estais alegres, no menos si algun pesar os acongoja; pues no conozco satisfaccion mayor que la de borrar las arrugas de la frente de un amigo. Tambien á tí, espartano, te llamo

amigo, ya que por tal tengo á toda persona querida de mis amigos.

Aristómajos se inclinó en silencio; mas el ateniense, dirigiéndose simultáneamente á Rodopis y al sibarita, dijo:

—Pues bien, queridos; puedo contestar. Tú, Rodopis, tendrás ocasion de consolarme á mí, tu amigo, que muy pronto deberé abandonaros á tí y tu gratísima casa; y tú, sibarita, te deleitarás con mi alegría, pues por fin volveré á ver mi Hélada, abandonando, aunque involuntariamente, la dorada ratonera de este país.

—¿Te vas? ¿Te han despedido? ¿A dónde piensas ir? preguntaron á la vez de todos lados.

—¡Paciencia, paciencia, amigos! dijo Fanes. He de contaros una larga historia que guardaré para los postres. Sea dicho de paso, querida amiga: el apetito que tengo es casi tanto como el sentimiento de abandonaros.

—Bella cosa es el apetito, dijo sentenciosamente el sibarita, cuando se espera una buena comida.

—Descuida, Filoinos, repuso Rodopis, pues he encargado al cocinero que se esmere todo lo posible, porque el hombre más goloso de la ciudad, el mas gastrónomo de todo el orbe, un sibarita, Filoinos en fin, pronunciará un fallo severo sobre sus delicados platos. Anda, Knakias, di que sirvan la comida. ¿Estais contentos ahora, señores impacientes? Pícaro Fanes, con tu triste noticia me has quitado el apetito.

El ateniense se inclinó, y el sibarita volvió á filosofar.

—Bella cosa es el contento cuando se tienen medios de satisfacer todos los deseos. Te doy las gracias, Rodopis, por la buena opinion que tienes de mi incomparable país. ¿Qué dice Anakreon[36]? «Sólo me preocupa el presente. ¿Quién sabe qué nos traerá el

mañana? Huid, pues, del pesar; desterrad los dolores, jugad á los dados y bebed.»

—¡Eh, Ibico! ¿He citado correctamente los versos de tu amigo, que contigo se regala en la mesa de Polikrates? Confieso que, si no hago tan buenos versos como Anakreon, en eso de vivir bien no soy menos experto que el gran vividor. En ninguna de sus canciones figura un elogio al comer; y sin embargo, el comer es más importante que el jugar y el amar, aunque estas dos ocupaciones me son tambien gratísimas. Mas, sin comer moriria, al paso que sin el juego y el amor se puede vivir, siquiera sea miserablemente.

El sibarita, satisfecho de su necia charla, prorumpió en una carcajada. Los demas siguieron conversando, y el espartano se dirigió al delfio Frixos, llevóle aparte, y olvidando su gravedad, le preguntó muy agitado, si le traia la tan anhelada respuesta del oráculo. El severo semblante del delfio se puso más afable; metió la mano en el seno de su jiton, y sacó de éste un pequeño rollo de apergaminado cuero de carnero que contenia varios renglones escritos.

Las manos del robusto y bizarro espartano temblaban al coger el rollo. Despues de abrirlo, fijó en él la mirada. Así permaneció un rato; luego sacudió enojado las canas trenzas y dijo, devolviendo el rollo á Frixos:

—Nosotros, los espartanos, aprendemos otras artes que el leer y escribir. Si puedes, léeme lo que Pitia dice.

El delfio miró el escrito y contestó:

—¡Alégrate! *Loxias* (1), te promete un regreso feliz: oye lo que te revela la sacerdotisa:

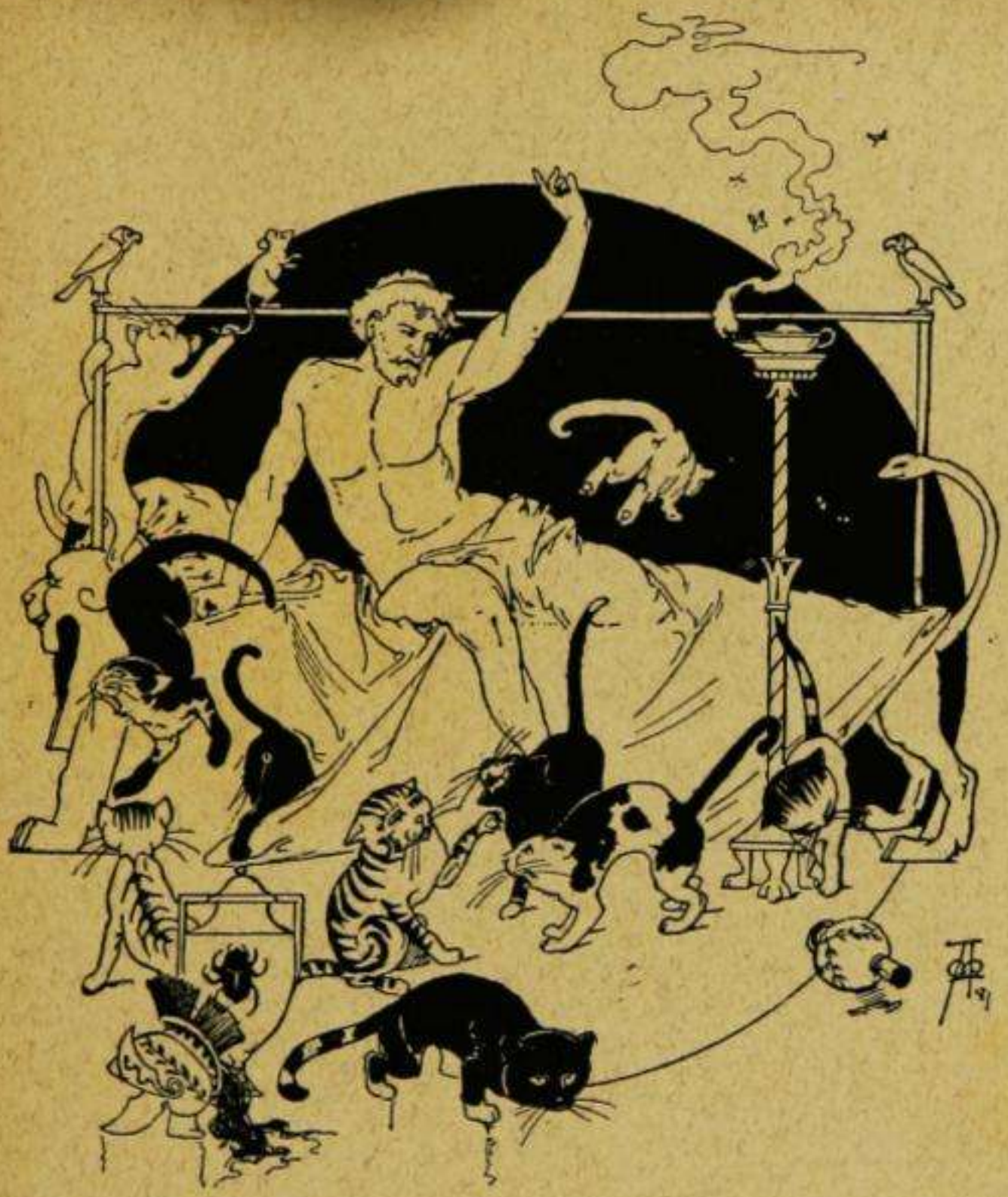
«Cuando un dia la milicia descienda de las nevadas montañas á los campos del rio que inunda la llanura,

(1) Apodo de Apolo por lo oscuro de sus oráculos.

la tardía barca te llevará á aquella playa que otorga paz y morada al hombre errante. Cuando un dia la milicia descienda de las nevadas montañas, el cinco decisivo te dará lo que te negó por mucho tiempo.»

Con atento oido escuchaba el espartano estas palabras; hízose repetir la sentencia del oráculo, luego la recitó de memoria, dió las gracias á Frixos y escondió el rollo en su vestido.

El delfio se mezcló en la conversacion general. El espartano, empero, siguió repitiendo en voz baja la sentencia del oráculo para fijarla bien en su memoria y descifrar acaso sus palabras enigmáticas.



## CAPÍTULO II.

Abriéronse las puertas del comedor. A cada lado de la entrada estaba un hermoso niño de cabello rubio con una corona de arrayan en la mano. Ocupaba el centro de la sala una mesa grande, baja, pulimentada y luciente, y en torno suyo divanes de púrpura encarnada convidando á los huéspedes á sentarse con comodidad [37].

Lucian en la mesa espléndidos ramilletes, y grandes asados, vasos, platillos de dátiles, higos, granadas, melones, uvas, junto á pequeñas colmenas de plata

llenas de miel y queso tierno de la isla de Trinakria (Sicilia) en platos de cobre labrado. En el centro de la mesa figuraba un ramillete de plata en forma de altar, coronado de rosas y arrayanes, del cual se desprendian suaves perfumes de esencias.

Ostentábase igualmente en uno de los extremos el *krater* de plata [38], magnífica obra eginética cuyas asas encorvadas consistian en dos gigantes abrumados por el peso de la fuente sobre sus hombros. Como el altar del centro, tenia flores al rededor, y asi tambien cada copa [39] su correspondiente corona de arrayanes y rosas. Pétalos de esta flor cubrian el suelo [40]. De las lisas paredes de estuco blanco colgaban muchas lámparas.

Apenas los convidados se hubieron recostado en los divanes, salieron rubios niños á adornarles cabeza y hombros con hiedra y arrayan y á lavarles los piés en aljofainas de plata [41]. Cuando el trinchante sacó de la mesa el primer asado para cortarlo, aún enredaba el sibarita con los niños, muy ocupado en que le cargaran de mirto y rosas, á pesar de que ya antes olia á todos los perfumes de Arabia; pero apenas vió que servian el primer plato, atun con salsa de mostaza [42], olvidó lo demas y se dedicó exclusivamente á saborear los excelentes manjares. Rodopis, sentada en una butaca en el extremo superior de la mesa [43], dirigia á un tiempo la conversacion y el servicio de los esclavos.

Con cierto orgullo contemplaba á sus alegres huéspedes; parecia atender á cada uno en particular, ora informándose con el delfio del resultado de sus cuestaciones, ora preguntando al sibarita qué le parecian las obras del cocinero, ó bien escuchando á Ibico que referia cómo Frínijos de Atenas introdujo en la vida civil los dramas religiosos de Tespis de Icaria, haciendo representar historias enteras de la antigüedad con coros é interlocutores [44]. Luego dirigíase al espartano, diciéndole que era el único con quien debia disculpar-

se, no por lo pobre, sino por lo suntuoso del convite. Cuando volviera su esclavo Knakias, que se jactaba de saber guisar una deliciosa sopa de sangre, pues era un ilota espartano emigrado[45], le prepararia una verdadera comida lacedemónica. Al oir esto, el sibarita se horrorizó.

Una vez satisfechos los convidados, se lavaron las manos; luego se despejó la mesa, se limpió el suelo y se llenó de vino y agua el *krater*[46]. Finalmente Rodopis, persuadida de que todo iba á pedir de boca, se dirigió á Fanes que disputaba con los milesios, y dijo:

—Noble amigo, ya hemos reprimido bastante nuestra impaciencia para creer llegado el momento de decirnos qué mala ventura amenaza sacarte de Egipto y de nuestra sociedad. Quizá te alejarás de ese país con ánimo ligero, precioso don que los dioses otorgan al nacer á los jonios, mas yo me acordaré de tí con tristeza mucho tiempo; no conozco mayor pérdida que la de un antiguo y fiel amigo. Harto vivimos junto al Nilo muchos de nosotros, para no adquirir algo de la invariable constancia de los egipcios. Te ries, mas yo presumo que á pesar del deseo que sientes de ver á tu Hélada tantos años há, no has de abandonarnos sin pena. ¿Me das la razon? Bien. Cuéntanos pues, por qué debes ó quieres salir de Egipto para que hablemos de ello, ya que no sea posible se revoque tu partida, y detenerte entre tus amigos.

Fanes sonrió con amargura y dijo:

—Agradezco, Rodopis, tus lisonjeras palabras, tu buena intencion, el pesar que muestras por mi despedida y el deseo de evitarla á ser posible. Cien rostros nuevos te harán olvidar el mio, pues aunque hace tiempo que contemplas el Nilo, sigues siendo—y puedes dar gracias por ello á los dioses,—sigues siendo griega de piés á cabeza. Tambien soy partidario de la fidelidad, pero enemigo de la estupidez egipcia. ¿Acaso

hay uno solo entre vosotros á quien parezca cordura apesadumbrarse por cosas inevitables? La fidelidad egipcia, á mi juicio, no es virtud, es locura. Estos hombres que conservan á sus muertos de millares de años atras, y antes se dejan robar un pan que un hueso de su tatarabuelo [47], no son fieles, son tontos. ¿Cómo puede serme grato ver tristes á quienes amo? En manera alguna. Vosotros no debeis acordaros de mí con lamentaciones diariamente repetidas durante meses enteros, como suelen los egipcios cuando la muerte les arrebata un amigo. Si realmente vuestro amigo, lejano ó difunto,—pues vivo no puede volver á Egipto, —os merece en lo venidero algun recuerdo, hablad de él con risueños labios y no exclameis: ¡Ah! ¡por qué hubo de abandonarnos Fanes! Antes decid: ¡Vivamos alegres como Fanes cuando estaba entre nosotros! Esto debeis hacer; así lo estableció Simónides cuando cantaba: «¡Ah! si fuéramos más cuerdos, dejaríamos las largas lamentaciones, y sólo lloraríamos ante el sarcófago del difunto un dia. Para la muerte nos queda mucho tiempo, mientras que la vida huye volando, y áun sin grandes pesares, es breve y mezquina [48].» Y si no hay para que lamentarse por los muertos, mucho menos cuerdo es todavía acongojarse por los amigos que se van, pues aquellos se fueron para siempre, y á éstos les decimos al despedirnos: Hasta más ver.

Entonces el sibarita que estaba impaciente mucho rato habia, no pudo reprimirse más y exclamó en lastimero tono:

—¡Empiece al fin tu narracion, majadero! No puedo beber una sola gota si no cesas de hablar de la muerte. Me dan escalofríos y me siento enfermo, en cuanto oigo hablar de... ¡vaya! de que no vivimos eternamente.

Todos los presentes soltaron la carcajada, y Fanes comenzó á narrar su historia.

—Ya sabeis que en Sais vivo en el palacio nuevo; pero en Menfis me fué designado alojamiento en el ala izquierda del palacio viejo[49], en mi calidad de jefe de la guardia griega, que ha de acompañar constantemente al rey. Desde Psamtik I[50], los reyes residen en Sais, razon por la cual el interior de los palacios de los demas sitios reales se halla algo descuidado. En realidad mi habitacion hubiera sido magnifica, bien situada como está y bellamente alhajada, á no hacerse sentir desde que llegué una plaga horrible. De dia, las raras veces que estuve en casa, nada dejaba que desear, pero de noche no habia que pensar en dormir; tal era el ruido que metian miles de ratas y ratones, escondidos entre los viejos suelos, alfombras y divanes. No sabia qué hacer contra tamaña calamidad, cuando un soldado egipcio me vendió dos hermosos gatos grandes que me proporcionaron, en efecto, algun descanso, teniendo á raya á los causadores de mi tormento. Todos sabreis sin duda, que una de las sábias leyes de esta rara nacion, cuya cultura y sabiduría, vosotros los amigos de Mileto, no os cansais de ensalzar, declara sagrados á los gatos. Honores divinos se tributan á esos felices cuadrúpedos del mismo modo que á tantas otras bestias, y su muerte se castiga tan severamente como un homicidio.

Rodopis, que hasta entonces escuchara risueña, se puso séria apenas comprendió que la expulsion de Fanes se relacionaba con el desprecio de los animales sagrados, porque sabia cuántas víctimas, cuántas vidas humanas habia costado ya esta supersticion de los egipcios. Poco hacia que ni el mismo rey Amasis habia podido sustraer á la venganza del pueblo enfurecido á un infeliz samio, matador de un gato[51].

—Todo iba á pedir de boca, —prosiguió el jefe, —cuando salimos de Menfis dos años há. Habia confiado el par de gatos al cuidado de un egipcio de la servi-

dumbre de palacio, y sabia que los *rativoros* animales mantendrian limpia mi habitacion para en adelante. Hasta empezaba á sentir cierta veneracion por mis cariñosos salvadores de la plaga ratonil.

En esto enfermó el año pasado Amasis antes de que la corte pudiera trasladarse á Menfis, y así nos quedamos en Sais. Por fin hará como unas seis semanas que nos pusimos en camino para la ciudad de los Faraones. Ocupé mi antiguo alojamiento sin encontrar siquiera la sombra de un rabo de raton, pero en cambio abundaba otra especie de animales no más agradables que sus predecesores. El caso era que mi gatuna pareja se habia multiplicado por docenas en los dos años de mi ausencia. Traté de expulsar la molesta familia de gatos de todas edades y colores, mas sin conseguirlo. Hube de soportar que todas las noches interrumpieran mi sueño el coro infernal de sus maullidos, sus gritos de combate y sus cantares.

Todos los años, durante la fiesta de Bubastis, se permite llevar al templo de la diosa con la cabeza de gato, Pajt [52], los ratoneros supérfluos, para que sean mantenidos allí, pero creo que cuando se multiplican demasiado los matan. Estos sacerdotes son unos tunantes.

Por desdicha la gran romería á ese santuario no caia en la época de nuestra residencia en las Pirámides [53], y por mi parte, me era imposible soportar por más tiempo aquel ejército de atormentadores. Por esta razon cuando colmaron la medida de mi paciencia dos gatas matronas, regalándome otra vez una docena de robustos hijos, resolví quitar de en medio á éstos, por lo menos. Mi viejo esclavo Mus [54], *gatófobo* nato por obra y gracia de su nombre, recibió la órden de matar á los gatitos, meterlos en un saco y echarlos al rio. Semejante procedimiento era indispensable, porque de otro modo el maullido de la gatería hubiera denunciado el

contenido del saco á los guardianes de palacio. Al oscurecer, el pobre Mus se encaminó con su peligrosa carga en direccion al Nilo, atravesando el bosque de Hator [55]. Pero el criado egipcio que solia dar de comer á mis animales y conocia cada gato por su nombre, habia adivinado nuestro plan.

Mi esclavo recorrió tranquilamente el gran paseo de las Esfinges por delante del templo de Ptah [56] ocultando el saco bajo su capa. Al entrar en el bosque sagrado notó que le seguian, pero no paró mientes en ello, antes se tranquilizó viendo que los que andaban detras, se detuvieron ante el templo de Ptah para conversar con los sacerdotes.

Ya estaba junto al Nilo cuando oyó que le llamaban, observó que mucha gente le seguia corriendo y una piedra pasó silbando rozándole la cabeza.

Mus habia comprendido el peligro que le amenazaba. Concentra todas sus fuerzas, tira el saco al agua y se queda parado en la orilla del rio, con el corazon palpitante y creyendo que ha desaparecido toda prueba de culpabilidad. Pocos momentos despues, se ve rodeado de cien mozos del templo. El primer sacerdote de Ptah, Ptahotep, mi antiguo enemigo, no se habia desdeñado de seguir en persona á sus esbirros.

Varios de estos y con ellos aquel traidor de criado palaciego bajaron en seguida al Nilo, y para nuestra perdicion encontraron el saco con los doce gatitos muertos, intacto, suspendido en las cañas de papiro y los zarcillos de nelumbo de la ribera. En presencia del primer sacerdote y de la muchedumbre de criados (eran por lo menos mil menfileños) que habian acudido, fué abierto el ataud de algodon. Al asomar su infausto contenido, sonó un alarido tan espantoso, tan horrísona gritería de duelo y de venganza que me estremecí al oirla desde el palacio. La muchedumbre enfurecida se arrojó con ímpetu salvaje sobre mi po-

bre criado, le derribó, le pisoteó, y hubiérale muerto en el acto, á no sonar el «alto» del omnímodo sacerdote, el cual con la intencion de perderme tambien á mí, á quien supuso autor del sacrilegio, mandó á la cárcel al criminal, horriblemente maltratado.

Media hora despues me prendian tambien. Mi viejo Mus queria cargar con toda la culpabilidad, mas el sacerdote á fuerza de palos obligóle á confesar que yo le habia ordenado matar á los gatos, y que él, como servidor leal, hubo de obedecer.

El tribunal supremo [57], contra cuyos fallos nada puede el mismo rey, se compone de sacerdotes de Menfis, Heliópolis y Tebas. Podeis figuraros pues, que sin vacilar condenó á muerte tanto al pobre Mus como á mi humilde persona; al esclavo por dos crímenes capitales (matanza de animales sagrados y dodécupla profanacion del sagrado Nilo con cadáveres), y á mí por instigador de este que llamaron veinticuátruplo crímen capital [58]. Mus fué ejecutado el mismo dia. Séale la tierra ligera. Vivirá en mi memoria su recuerdo, no como el de un esclavo, sino como el de un amigo y bienhechor. En presencia de su cadáver me leyeron la sentencia de muerte. Ya me disponia para el largo viaje al infierno, cuando llegó la órden del rey de que se aplazara su ejecucion, y fuí llevado de nuevo á la cárcel.

Un *taxiarco* (1), arcadio que mandaba mi guardia, me dijo que todos los oficiales y gran número de soldados de la guardia real — más de cuatro mil hombres en junto — habian amenazado con marcharse, si no se perdonaba la vida á su jefe.

Cuando hubo oscurecido, me llevaron á presencia del rey que me recibió con suma benevolencia y confirmó la noticia del taxiarco, expresando cuán gran

(1) Capitan.

pena le causaba perder á un jefe tan popular. Yo, á la verdad, confieso que no tengo motivo de queja de Amasis. Por el contrario, el poderoso rey me inspira lástima. Quisiera que hubieseis oido cómo se lamentaba de que nunca pudiese obrar con libertad, y áun en sus más íntimos asuntos se viese cohibido y amenazado por los sacerdotes y su influencia. A depender de él, segun me dijo, bien pronto me hubiera perdonado á mí, extranjero, la infraccion de una ley que yo no podia comprender y que habia de tener, bien que erradamente, por una absurda supersticion; mas á causa de los sacerdotes no podia dejar impune el delito, siendo el menor castigo que podia imponerme el de desterrarme de Egipto [59]. Tú no sabes, añadió, poniendo fin á sus lamentos, cuántas concesiones he debido hacer á los sacerdotes para alcanzar esta gracia, pues nuestro Tribunal Supremo es independiente de mí, con ser el rey.

Despues de jurarle solemnemente que saldria de Menfis el mismo dia, y de Egipto dentro de tres semanas sin falta, fuí puesto en libertad.

En el portal del palacio tropecé con Psamtik, el príncipe heredero, quien me persigue de mucho tiempo acá á consecuencia de ciertos sucesos desagradables que debo callar. Rodopis está enterada de ellos. Me despedí de él, pero me volvió la espalda diciendo: Aún escapas esta vez al castigo, ateniense, pero no estás libre todavía de mi venganza. Donde quiera que vayas sabré dar contigo.—Así puedo esperar que volveremos á vernos, contesté.—Recogí mis trastos y me vine á Náukratis donde la suerte me deparó á mi antiguo huésped Aristómajos de Esparta, quien, como antiguo comandante de las tropas de Chipre [60], será nombrado probablemente mi sucesor. Me gustaria mucho ver en mi puesto á un hombre tan cabal. Sólo temo que al lado de sus excelentes servicios, parezcan los mios menores de lo que han sido realmente.

Aquí Aristómajos interrumpió al ateniense diciendo:

—Basta de elogios, amigo Fanes; los espartanos no sabemos hablar, pero con obras te daré una respuesta acertada, siempre que creas llegado el caso.

Rodopis dirigió á ambos una sonrisa de aprobacion y estrechándoles la mano repuso:

—De tu relato, pobre Fanes, infiero, por desgracia, que no hay que pensar en la manera de que puedas permanecer en este país. No quiero censurar tu ligereza, pero podias saber que te exponias á grandes peligros por poca cosa. El hombre cuerdo y realmente valeroso, sólo acomete una empresa arriesgada cuando la utilidad que le puede reportar compensa los inconvenientes. La temeridad es tan mala, aunque no tan reprobable, como la cobardía; las dos pueden perjudicar, aunque sólo la última desdora. Tu ligereza por poco te cuesta la vida, preciosa á muchos y que deberias guardar para fin más bello que el sucumbir á los embates de la estupidez. Es inútil intentar detenerte entre nosotros, pues para ti no tendria ninguna ventaja y para nosotros podria ser peligroso. En tu lugar, este noble espartano, como jefe de los helenos, defenderá en adelante nuestros intereses en la corte, nos protegerá contra los desafueros de los sacerdotes y tratará de conservarnos el favor del rey. Tengo tu mano, Aristómajos, y no la soltaré hasta que nos hayas prometido amparar, como hizo Fanes, cuanto te sea posible, al más pobre de los griegos contra la soberbia de los egipcios, dejando tu puesto antes que consentir quede impune el menor atropello sufrido por un griego. Somos unos pocos miles entre otros tantos millones de adversarios, pero tenemos grandeza de ánimo y debemos procurar ser fuertes con la union. Hasta hoy los helenos domiciliados en Egipto se han portado como hermanos; uno se sacrificaba por todos y todos por cada uno. Esta alianza nos hizo po-

derosos y debe conservar nuestro poder en el porvenir. ¡Ah! ¡si pudiésemos dar á la metrópoli y sus colonias la misma union! ¡Ah! ¡si olvidaran nuestras tribus su procedencia doria, jonia ó eolia para contentarse con el nombre de *helenos*, y vivir como los hijos de una misma familia, ó los carneros en el mismo redil, á fe que el mundo entero no nos podria resistir y Grecia fuera reconocida como reina por todas las naciones[61]!

Los ojos de la anciana ardian al decir esto. El espartano le estrechó la mano con impetuosa vehemencia y golpeando el suelo con su pierna de palo, exclamó:

—¡Por Zeus lacedemonio, no dejaré atropellar á ningun heleno! Mas tú, Rodopis, serias digna de ser espartana.

—Y ateniense, añadió Fanes.

—Jonia, gritaron los milesios.

—Hija de geomoro samio, dijo el escultor.

—Soy más que todo esto, exclamó entusiasmada la señora; soy mucho, muchísimo más, soy *helena*.

Todos quedaron absortos sin que pudieran sustraerse al entusiasmo general, el siro y el hebreo. Sólo el sibarita prosiguió imperturbable y observó con la boca llena:

—Tambien eres digna de ser hija de Sibaris, pues tu vaca asada es la mejor que he comido desde que salí de Italia, y tu vino de Antila[62] me agrada casi tanto como el del Vesubio y el Jios.

Todos soltaron la carcajada. Sólo el espartano echó al goloso una mirada de desprecio.

—¡Salud y alegría!

Estas palabras pronunciadas por una voz de bajo desconocida, penetraron de repente en la sala por la ventana abierta.

—Salud y alegría, contestaron á coro los reunidos, preguntándose y barruntando quién podia ser el tardío huésped.

No tuvieron que esperar mucho al forastero. Antes que el sibarita pudiera paladear un nuevo sorbo de vino, presentóse al lado de Rodopis un hombre alto y flaco, de unos sesenta años de edad, de cara oblonga, fina é inteligente: Kalias, hijo de Fénipos, de Atenas[63].

El tardío huésped, uno de los más ricos entre los desterrados de Atenas, que habia comprado al fisco los bienes de Pisístratos dos veces, y otras tantas los habia perdido al regreso del tirano, miró á sus conocidos con claros é inteligentes ojos, y despues de saludar amistosamente á cada uno, dijo:

—Si no me agradeceis en extremo mi venida de hoy, afirmo que se acabó la gratitud en el mundo.

—Mucho há que te esperamos, contestó uno de los milesios. Tú eres el primero que va á darnos noticias de cómo pasaron los juegos olímpicos.

—No podíamos desear mejor mensajero que el antiguo vencedor, añadió Rodopis.

—Siéntate, dijo Fanes con impaciencia, y cuéntanos breve y concisamente lo que sabes, amigo Kalías.

—En seguida, paisano mio, contestó éste. Hace ya algun tiempo que he salido de Olimpia para embarcarme en Kenjreas á bordo de una galera samia de cincuenta remos: el mejor barco que jamas se ha construido. No extraño que ningun griego haya arribado á Náukratis antes que yo, pues tuvimos que sufrir tempestades crueles y difícilmente habríamos escapado vivos á no tener construidos y tripulados con tanta perfeccion esos barcos samios, con sus gruesas barrigas, sus picos de ibis y sus colas de pez[64]. Los demas que regresaron, habrán ido á parar quién sabe á dónde; nosotros, empero, logramos refugiarnos en el puerto de Samos, y pudimos volver á partir al cabo de diez dias.

Cuando por fin hubimos entrado en el Nilo esta madrugada, me metí en seguida en mi barca, y Boreas,

para mostrarme al menos al término del viaje que sigue queriendo á su viejo Kalías, me ha llevado tan aprisa que hace poco divisé la más grata morada de este país. Ví la bandera izada, las ventanas iluminadas y abiertas de par en par, y estuve dudando si debia entrar ó no; mas no pude resistir á tu atractivo, querida Rodopis, y me hubiera oprimido ademas el peso de las nuevas que traigo, á nadie contadas todavia, si no llego á apearme para comunicaros entre un pedazo de asado y una copa de vino, cosas que jamas imaginarais.

Kalías se echó cómodamente en uno de los lechos, y antes de empezar su narracion presentó á Rodopis un magnífico brazalete de oro [65], representando una culebra, que habia adquirido á buen precio en Samos, precisamente en la tienda del mismo Teodoro, á cuyo lado se sentaba en aquel instante.

—Esto lo traigo para tí, dijo á la contentísima anciana, y para tí, amigo Fanes, reservo algo mejor aún [66]. Adivina quién ganó el premio de la carrera de cuadrigas.

—¿Un ateniense? preguntó Fanes con las mejillas encendidas, pues cada victoria olímpica pertenecia á todo el pueblo del vencedor, y el ramo de olivo olímpico era la mayor honra y dicha que podia alcanzar un hombre griego, ó una tribu helénica entera.

—Acertaste, Fanes, respondió el mensajero de júbilo; un ateniense obtuvo el primer premio. Más aún; el vencedor es tu primo Kimon, hijo de Kipselos, hermano de aquel Miltiades que hace nueve olimpiadas nos granjeó el mismo honor. Sí, tu primo es quien venció, con los mismos caballos que le dieron la victoria en la pasada fiesta [67]. En verdad que los filaidos [68] oscurecen cada vez más la gloria del alkmeonida. La de tu familia, Fanes, ¿no te satisface y causa orgullo?

Éste rebosando contento se levantó; parecia haber crecido de repente la medida de una cabeza. Con indecible orgullo y gravedad ofreció la mano al mensajero de la victoria, el cual abrazando á su paisano continuó:

—Sí, Fanes, podemos estar orgullosos y contentos y tú más que todos, porque despues que el tribunal hubo discernido por unanimidad el premio á Kimon, éste mandó pregonar como posesor de la soberbia cuadriga, y por ende vencedor, al tirano Pisistratos, quien inmediatamente ordenó anunciar en público que vuestra familia puede regresar á Atenas, y así te espera tambien á tí el por tanto tiempo anhelado regreso á la patria.

Al oir esto, el ardor de la alegría desapareció del rostro del jefe, y la orgullosa altivez de sus miradas trocóse en cólera, cuando dijo:

—¡Alegrarme, necio Kalías! Llorar quisiera, cuando pienso que un descendiente de Ayax pudo tan ignominiosamente deponer á los piés del tirano la merecida gloria. ¿Volver á la patria? Ah, juro por Atene, por el padre Zeus y por Apolo, que prefiero morir de hambre en pais extranjero, á pisar el suelo de la patria, mientras esté esclavizada por el pisistratido. Libre soy, como el águila de las nubes, despues de dejar el servicio de Amasis; pero más quisiera ser el hambriento esclavo de un labriego miserable en el extranjero, que el primer servidor de Pisístratos en la patria. A nosotros, á la nobleza nos pertenece el mando de Atenas; colocando su corona á los piés de Pisístratos, Kimon ha besado el cetro del tirano y se ha impuesto el sello del esclavo. A mí, Fanes, nada me importa la gracia del tirano. Lo diré yo mismo á Kimon; quiero permanecer desterrado hasta que mi patria sea libre, y la nobleza y pueblo vuelvan á gobernarse á sí mismos por leyes de ellos emanadas. Fanes

no prestará homenaje al opresor áun cuando mil kimones y los alkmeonides, unidos todos, incluso el último hombre, áun cuando tu propia familia, Kalías, los ricos dadujos [69], se echen á los piés de Pisístratos.

Con miradas de fuego observó el ateniense á la reunion, pero tambien el viejo Kalías la contempló radiante de amor propio y de orgullo, como para decir á cada uno: «¿Veis, amigos? Tales hombres produce mi glorioso país.» Luego cogió de nuevo la mano de Fanes y dijo:

—Como á tí, amigo mio, á mí me es odioso el tirano; mas no puedo dejar de convencerme de que mientras viva Pisístratos, será poco menos que imposible derrocar la tiranía. Sus aliados, Ligdamis de Naxos y Polikrates de Samos, son poderosos; y más peligrosas aún para nuestra libertad la moderacion y la prudencia del mismo Pisístratos. Con terror he visto, durante mi actual permanencia en la Hélada, que la masa del pueblo de Atenas venera cual padre á su opresor. A pesar de su potestad de cambiarlo todo, dejó subsistir la constitucion de Solon. Adorna la ciudad con edificios magníficos. El nuevo templo de Zeus, que están construyendo con espléndido mármol Kalaisjros, Antístates y Porinos, á los que tú debes conocer, Teodoro, dicen que sobrepuja á las anteriores obras arquitectónicas de los helenos [70]. Sabe atraer á Atenas artistas y poetas de todo género; hace escribir los cantos de Homero y coleccionar y ordenar por Onomákritos las sentencias de Museos. Mandó construir nuevas calles é instituye fiestas nuevas. El comercio florece bajo su cetro, y la prosperidad del pueblo, á pesar de las contribuciones que le impone, lejos de disminuir parece aumentar. ¿Y qué es el pueblo? turba vil que, como enjambre de moscas, se dirige hácia cuanto brilla, y aunque se queme las alas no cesa de revolotear en torno de la luz ardiendo. Mas te juro, Fanes, que

en cuanto se apague la antorcha de Pisistratos, la voluble muchedumbre no acogerá menos solícita á la nobleza de retorno y su nueva luz, del mismo modo que ahora acoge al tirano. Otro apreton, legítimo descendiente de Ayax ;... continúo.

Decia que en la carrera de carruajes venció Kimon, quien regaló su ramo de olivo á Pisístratos. No ví en mi vida cuatro caballos más hermosos que los suyos. Tambien Arquesilaos de Kirene, Kleostenes de Epidamnos [71], Aster de Sibaris, Hekateos de Mileto y muchos otros habian enviado preciosas cuadrigas á Olimpia. En general, esta vez los juegos fueron más que espléndidos. Toda la Hélada mandó representantes. Roda (1), la ciudad de los ardeatas en la lejana Iberia, la rica Tartesos (2), Sinope en el remoto oriente del Pontos, todo pueblo, en fin, que blasona de procedencia helénica, estuvo dignamente representado. Los sibaritas mandaron diputados de una esplendidez verdaderamente deslumbradora ; los de Esparta, simples ciudadanos, bellos como Aquiles y vigorosos como Hércules ; los atenienses se distinguian por la agilidad de sus miembros y la gracia de su porte : al frente de los crotoniatas se presentó Milon [72], el hombre más fuerte que nació de madre ; los samios y milesios rivalizaban en lujo y boato con los corintios y mitilenios ; la flor de la juventud helénica estaba allí reunida, y entre los espectadores, hombres de todas edades, clases y tribus, veíanse muchas lindas jóvenes, las más de ellas espartanas, llegadas á Olimpia para animar con su aplauso los juegos [73].

A la otra orilla del rio Alfeos se hallaba el mercado donde hubieras podido ver comerciantes de todos los países del mundo. Griegos, cartagineses, sirios, fri-

(1) Rosas.
(2) S. Lúcar.

gios y fenicios regateros, negociaban al por mayor ó vendian sus mercancías en tiendas y barracas. ¿Cómo describir el oleaje de la compacta multitud, los resonantes coros, las humeantes hecatombes, los abigarrados trajes, los preciosos carros y caballos, la jerigonza de diversos dialectos, las declamaciones de antiguos amigos que volvian á verse tras largos años de ausencia, el esplendor de los diputados, el bullicio de espectadores y mercaderes? ¿Quién podrá pintar el animado espectáculo de los palcos repletos y la atencion con que seguian todos el curso de los juegos, el inmenso júbilo sucediendo á la victoria y la solemne adjudicacion del ramo que un niño de Elis, cuyos padres vivan, corta con el cuchillo de oro del sagrado olivo de la Altis [74] plantado hace siglos por el mismo Hércules? ¿Quién dirá la interminable gritería de aplauso que resonó en el estadio como el trueno, cuando se presentó Milon de Croton, paseando [75] en hombros la propia estátua de Altis [76] fundida en bronce por Dámeas, sin que le temblasen las rodillas? A un gigante aplastara el peso del metal, y Milon lo llevó como á un muchacho una niñera lacedemonia [77].

Despues de Kimon, las más bellas coronas las obtuvieron los dos hermanos, Lisandro y Maron de Esparta, hijos de un noble desterrado llamado Aristómajos. Maron venció en la carrera, y Lisandro, con aplauso de los espectadores, se presentó á luchar con Milon el irresistible vencedor de Pisa, de los píticos y de los ístmicos [78]. Milon era más alto y más robusto que el espartano, cuya figura se parecia á la de Apolo, y cuya adolescencia indicaba que apenas habia salido de la vigilancia del *pedonomos* (1).

Bellos y desnudos, reluciendo con el dorado aceite

---

(1) Inspector de la educacion espartana.

con que untaron sus cuerpos, se hallaron cara á cara el mancebo y el hombre, semejantes á una pantera y un leon que se aprestan á la lucha. El jóven Lisandro elevó al cielo las suplicantes manos y exclamó:

—Por mi padre, por mi honor y por la gloria de Esparta.

El crotoniata, en cambio, contempló al jóven con sonrisa de compasion y superioridad, como se sonrie el gastrónomo antes de partir la cáscara de una langosta [79].

Luego empezó la lucha.

Por largo rato ninguno de los dos combatientes logró sujetar al otro. Con fuerza casi irresistible, arremetió el crotoniata contra su adversario, pero éste se deslizaba de las manos de hierro del atleta como una culebra. Mucho tiempo forcejearon para asirse. La inmensa muchedumbre presenciaba el espectáculo, muda, sin respirar. Sólo se sentia el anhélito de los luchadores y el gorjeo de los pájaros en el bosque de Altis. Por fin, el jóven, con el más ágil movimiento que ví en mi vida, abraza á su adversario. En balde Milon forcejea para libertarse de los vigorosos brazos del adolescente. El sudor producido por su gigantesco esfuerzo, riega copioso la arena del estadio.

Iba creciendo la espectacion del público; de cada vez eran menos frecuentes las aclamaciones para alentarles, más profundo el silencio, más estertorosa la respiracion de los dos luchadores. Por fin flaquea el mancebo, resuenan mil voces animándole, y él con sobrehumano esfuerzo concentra por última vez todo su vigor para derribar al crotoniata; pero éste, aprovechando aquel instante de desfallecimiento, le estrecha entre sus brazos con irresistible fuerza. De súbito el jóven arroja por la boca á borbotones un chorro de sangre negra, y se desprende de los cansados brazos del gigante, para caer exánime al suelo. Luego acudió

*La narracion de Kalias*

*en casa de Rodopis.*

ΜΥΛΟΝ ΛΥΣΑΝ
ΔΡΩΥΣ
ELIDA 81

Demokes [80], el médico más renombrado de nuestra época, conocido sin duda de vosotros los samios, porque estuvo en la corte de Polikrates; pero todos los auxilios del arte fueron inútiles. El muchacho habia muerto.

Milon hubo de renunciar á la corona, y la gloria de aquel jóven resonará por todos los ámbitos de Grecia. En verdad que yo mismo preferiria haber muerto como Lisandro hijo de Aristómajos, á vivir como Kalías que envejece sin gloria en extranjera tierra. Grecia entera, representada por sus mejores ciudadanos, acompañó el bello cadáver del jóven á la hoguera, y su estátua será colocada en el Altis, al lado de las de Milon y de Praxidamos de Egina [81]. Por último los heraldos proclamaron el fallo de los jueces. Esparta obtendrá una corona tributada al difunto, porque no fué Milon, sino la muerte quien venció al noble Lisandro, y el que sale invicto de una lucha de dos horas con el más fuerte de los griegos, merece en rigor el ramo de olivo [82].

Kalías calló un instante.

Durante la narracion de aquellos sucesos, gratos á todo heleno, aquel hombre de imaginacion viva olvidó á sus oyentes. Fijos los ojos en el vacio, fué evocando en su memoria las imágenes de los luchadores, y ahora como mirase en torno suyo, observó con extrañeza que el hombre cano, de la pierna de palo, que ya llamó su atencion sin conocerle, ocultaba el rostro entre las manos y lloraba á lágrima viva. Tenia á su derecha á Rodopis, y á su izquierda á Fanes. Todos los presentes miraban al espartano como si fuera el héroe de la narracion de Kalías.

El discreto ateniense comprendió en seguida que el anciano debia estar en íntima relacion con alguno de los vencedores olímpicos; mas cuando supo que era el mismo Aristómajos, padre de los laureados herma-

nos de Esparta, cuyas bellas formas flotaban aún ante sus ojos como apariciones del Olimpo, entonces contempló tambien con envidiosa admiracion al sollozante viejo, y una lágrima asomó á sus párpados sin que intentara reprimirla. En aquellos tiempos lloraban los hombres siempre que esperaban alivio del bálsamo de las lágrimas. Así vemos llorar á los robustos héroes de júbilo ó de cólera en toda ocasion y en toda angustia, al paso que el niño espartano para granjearse elogios se deja azotar en el templo de Artemis Ortia, sin que exhale un solo quejido, aunque llaguen su cuerpo los azotes, y le causen á veces la muerte. Por largo rato permanecieron mudos los presentes, respetando el dolor del anciano, hasta que Jesua el israelita interrumpió el silencio diciendo en mal griego:

—¡Hártate de llorar, espartano! Ya sé lo que es perder un hijo. Once años há, tuve que dar sepultura á un hermoso niño en país extranjero y cabe las aguas de Babel donde gemia en cautiverio mi pueblo. A vivir un año más el hijo de mi alma, hubiéramos podido enterrarle en el sepulcro de sus padres. Mas Kiros el persa (Jehovah bendiga á sus descendientes) nos libertó tarde, y lloro noblemente al hijo de mi corazon, porque su tumba fué cavada en la tierra de los enemigos de Israel. ¿Hay algo más cruel que ver bajar á la tumba antes que nosotros á nuestros hijos, nuestro más rico tesoro? Perdóneme Jehovah. ¡Perder á un muchacho tan admirable como el tuyo en el punto en que conquistaba la gloria, será sin duda el mayor dolor que pueda sentirse!

El espartano descubrió el rostro, y sonriendo entre lágrimas contestó:

—Te engañas, fenicio, lloro de alegría, no de dolor Ni habia de sentir la pérdida de mi otro hijo, con tal que hubiese muerto como mi Lisandro.

El israelita horrorizado por estas palabras, que le

parecieron sacrílegas y contrarias á la naturaleza, limitóse á mover la cabeza en señal de desagrado. Los griegos en cambio colmaron de enhorabuenas y parabienes al anciano, envidiosos de su dicha. Aristómajos parecia rejuvenecido de muchos años por la alegría, y dijo á Rodopis:

—Tu casa es ciertamente para mí, amiga mia, lugar de bendiciones; desde que entré en ella, esta es la segunda dádiva de los dioses que me cabe en suerte.

—¿Y cuál fué la primera? preguntó la anciana.

—Un oráculo favorable.

—Olvidas la tercera, exclamó Fanes. Hoy los dioses te han hecho conocer á Rodopis. Pero ¿qué es eso del oráculo?

—¿Lo puedo comunicar á los amigos? preguntó el delfio.

Aristómajos hizo una seña afirmativa con la cabeza, y Frixos leyó por segunda vez la respuesta de la pitia:

«Cuando un dia la milicia descienda de las nevadas montañas á los campos del rio que inunda la llanura, la tardía barca te llevará á la playa que otorga paz y morada al hombre errante. Cuando un dia la milicia descienda de las nevadas montañas, el cinco decisivo te dará lo que te negó por mucho tiempo.»

Apenas oyó la última palabra Kalías el ateniense, levantóse con presteza y gracia y dijo:

—Vais á recibir de mí en esta casa el cuarto don, el cuarto regalo de los dioses. Sabes que he guardado para lo último la más rara noticia. Los persas vienen á Egipto.

Nadie permaneció en su puesto, excepto el sibarita. Kalías se vió asediado á preguntas.

—Despacio, despacio, amigos, dijo al fin. Si me interrumpis no acabaré nunca. Una embajada de Kambises, el poderoso rey actual de la omnipotente Persia, —no un ejército como tu presumes, Fanes,—está en

camino hácia aquí. En Samos supe que habian llegado ya á Mileto. Dentro pocos dias sin duda estarán entre nosotros. Unos parientes del rey y el viejo Kresos de Lidia forman parte de la comitiva. Disfrutaremos del espectáculo de un lujo nunca visto. Nadie sabe el objeto de la expedicion; sólo se presume que el rey Kambises ofrecerá una alianza á Amasis. Hasta se susurra que el gran monarca desea la mano de la hija del Faraon.

—¿Una alianza? preguntó Fanes encogiéndose de hombros y manifestando su incredulidad. Los persas dominan ahora medio mundo. Todas las grandes potencias del Asia están sometidas á su cetro; sólo el Egipto y la metrópoli helénica se han librado de la conquista.

—Olvidas la aurífera India y los grandes pueblos nómadas del Asia, replicó Kalías. Olvidas ademas que un imperio tan complejo, compuesto de setenta naciones cuyos idiomas y costumbres son diversos, lleva constantemente en sí mismo el gérmen de la guerra intestina, y tiene que precaverse contra las extranjeras, razon por la que es difícil que las diferentes provincias no se aprovechen de la ausencia del ejército como de una ocasion propicia para rebelarse. Pregunta á los milesios si permanecerian tranquilos sabiendo que las fuerzas de sus opresores han sido vencidas en alguna batalla.

Teopompos, el negociante de Miletos, interrumpió vivamente al orador.

—Cuando los persas sucumban en una guerra, cien otras la seguirán, y mi patria no será la última en levantarse contra el debilitado opresor.

—Sea cual fuere el propósito de los embajadores, continuó Kalías, persisto en mi afirmacion, de que estarán aquí dentro tres dias á más tardar.

—Y así se habrá cumplido tu oráculo, afortunado

Aristómajos, dijo Rodopis. La milicia de los montes no puede ser otra que los persas. Cuando éstos se aproximen á las playas del Nilo, los cinco directores, vuestros éforos [83], mudarán de designio y te llamarán aún, padre de dos vencedores olímpicos. Vuelve á llenar las copas, Knakias. Brindemos por los manes del glorioso Lisandro, y luego, aunque me pese, os haré notar que se acerca la mañana. Pero incumbe al huésped que aprecia á sus convidados, dar la señal de levantarse de la mesa, cuando llega á su colmo la alegría. El grato recuerdo sin resabio alguno, volverá á traeros pronto á esta casa; menos gustosos la frecuentariais si tras el regocijo viniera el malestar.

Los convidados aplaudieron á Rodopis, á quien Ibikos calificó de digna discípula de Pitágoras, ensalzando la festiva y jovial animacion de la velada.

Todos se dispusieron á salir, incluso el sibarita que para ahogar la emocion, siempre molesta para él, habia bebido con exceso. Con ayuda de sus esclavos, á quienes llamó para ello, dejó su cómoda posicion murmurando entre dientes que se faltaba á los deberes de la hospitalidad.

Cuando Rodopis despidiéndole, quiso darle la mano, él, alterado por el vino, exclamó:

—Por Hércules, Rodopis, que nos echas de casa como si fuésemos importunos acreedores. No estoy acostumbrado á abandonar un convite, mientras pueda tenerme en pié, á menos que me echen como un parásito.

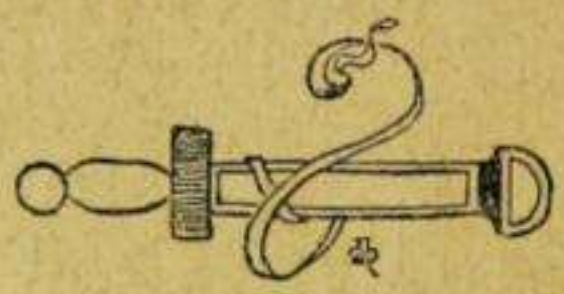
—No quieres hacerte cargo, grandísimo beodo... decia Rodopis riendo y para disculparse...

Mas Filoinos, enojado por la broma de la huéspeda, soltó una carcajada, y medio borracho, tambaleándose en direccion á la puerta, interrumpió diciendo:

—¿Con que, grandísimo beodo, me llamas... eh? Pues yo te llamo esclava impertinente. Por Dioniso,

que todavía se echa de ver lo que has sido en tu juventud. Adios, esclava de Jadmon y de Xantos, liberta de Járaxos...

No pudo acabar. El espartano se le echó encima, asestándole un tremendo puñetazo que le dejó sin sentido. Luego le llevó, como se lleva á un niño, á la barca, donde le aguardaban sus esclavos á la entrada del jardin [84].



## CAPÍTULO III.

Los convidados habian salido.

Como pedrisco en florido sembrado, cayeron sobre la alegría de la reunion los dicterios del gastrónomo. Rodopis misma permaneció pálida y estremecida en la desierta sala, adornada aún para la fiesta.

Knakias apagó las lámparas de las paredes. Con esto sucedió á la clara luz una mística semi-oscuridad que apenas permitia distinguir el confuso monton de la vajilla, los restos de la cena y los lechos apartados de su sitio.

Entraba por la puerta un aire glacial, pues empezaba á amanecer, y la hora del alba suele ser en Egipto fresca y desagradable. Ligero estremecimiento de frio hacia temblar el cuerpo de la anciana que iba muy poco abrigada. Con ojos enjutos contemplaba el desierto salon, poco há henchido de júbilo y alegría, comparando el interior de su alma con aquel aposento, y pare-

ciéndole que la carcoma roia su corazon y se helaba su sangre.

Así estuvo largo, muy largo rato, hasta que salió la vieja esclava con una luz para acompañarla al dormitorio.

Se dejó desnudar en silencio ; en silencio descorrió la cortina que separaba del suyo un segundo dormitorio, en cuyo centro habia una cama de madera de arce donde una muy linda y graciosísima muchacha, Sapfó, la nieta de Rodopis, dormia en colchon de lana fina, envuelta en sábanas blanquísimas y pañuelos [85] de color azul claro. Por sus formas llenas y delicadas, hubiérase dicho que Sapfó era una jóven, mas por su dulce y apacible sonrisa, una niña inocente y feliz.

Tenia escondida en la espesa cabellera castaño-oscura la mano en que descansaba la graciosa cabeza, y en la otra un pequeño amuleto de piedra verde [86] colgado del cuello. Movíanse apenas las largas pestañas de los cerrados ojos ; suave y finísimo carmin coloreaba las mejillas. Las aletas de la delicada nariz subian y bajaban con uniforme movimiento, al soplo de la respiracion. Así se pinta la inocencia, así sonrie la paz en brazos del sueño ; este conceden los dioses á la primera juventud, libre de cuidados.

La anciana se acercó al lecho sin hacer ruido, hollando de puntillas y con cautela las espesas alfombras [87].

Con inefable cariño contempló el risueño semblante infantil, y arrodillándose en silencio al lado de la cama, apoyó la cabeza blandamente en las blandas cubiertas, de modo que rozaba con su cabello la mano de la niña; luego se echó á llorar como si con sus lágrimas quisiera borrar de su alma la humillacion que habia sufrido y todos sus pesares.

Por fin se levantó; besó ligeramente á la dormida niña, y elevó al cielo las suplicantes manos, volviendo á su dormitorio con la misma precaucion y silencio que al entrar.

Junto á su lecho estaba aún aguardando la vieja esclava.

—¿Por qué no te has acostado, Melita? preguntó Rodopis en voz baja pero afable. Véte á la cama: el mucho velar no conviene á tu edad; ya sabes que no te necesito más. Buenas noches. No entres mañana hasta que te llame. Como no he de poder dormir ahora, aprovecharé el sueño de la mañana.

La sirvienta titubeó; se veia que queria decir algo sin atreverse.

—¿Quieres algo? añadió Rodopis.

La vieja no se decidia.

—Habla, habla, pero sé breve.

—Te he visto llorar, dijo la esclava; me parece que te aqueja alguna pena ó que estás mala. ¿No puedo velar á tu lado? ¿No quieres decirme qué te acongoja? Harto sabes por experiencia que esto alivia el pecho y quebranta el dolor. Confíame tambien hoy el motivo de tu tristeza; te hará bien sin duda; devolverá la tranquilidad á tu alma.

—No, no puedo hablar, contestó la señora. Y luego añadió con amarga sonrisa: Ví de nuevo que ningun dios es capaz de borrar el pasado y que la desgracia y la deshonra suelen ser lo mismo. Buenas noches. Déjame, Melita.

Al medio dia siguiente, la misma barca que la víspera trajo al ateniense y al espartano, atracó delante del jardin de la anciana.

¡Cómo brillaba el sol, caliente y alegre! ¡Qué sereno el cielo de Egipto, azul oscuro! ¡Cuán puro y ligero el aire! ¡Cómo revoloteaban alegremente los insectos y entonaban ufanos los remeros de las barcas, en alta voz, sus eternas y monótonas canciones!

Las orillas del Nilo estaban floridas, llenas de gente y con abigarrada profusion de banderas. Palmeras y sicomoros, acacias y plátanos, florecientes, lozanos,

cubiertos de lujurioso verdor; toda la comarca en torno parecia enriquecida por generosa deidad, y el viandante al contemplarla, era forzado á creer que allí habitaba la dicha y fué desterrada la pena.

¡Cuántas veces al pasar por una tranquila aldea, oculta entre floridos árboles frutales, imaginamos que debe ser morada de la paz, del contento, de la vida doméstica más cordial! Mas no bien entramos en las chozas, hallamos, como en todas partes, angustias y miserias, deseos y pasiones, temor y arrepentimiento, dolor y tristeza, y pocos, poquísimos goces. ¿Quién, llegado á Egipto, hubiese presumido que aquel risueño, lozano, abigarrado país del sol, cuyo cielo no se nubla jamas, alimentaba á hombres propensos á la seriedad y la amargura? ¿Quién pudo figurarse, que en la elegante y hospitalaria casa rodeada de flores, de la dichosa Rodopis, palpitaba un corazon sumido en profundo pesar? Y que este fuera el de la graciosa y risueña anciana ¿acaso podia sospecharlo ninguno de los que la visitaban?

Pálida, pero bella y amable como siempre, estaba sentada con Fanes bajo una sombría enramada, junto al refrescante chorro del surtidor. Se conocia que habia vuelto á llorar. El ateniense le estrechaba la mano con animacion.

Rodopis escuchándole con paciencia, ora se sonreia amargamente, ora asentia á cuanto le iba diciendo. Por fin interrumpió al amable amigo:

—Gracias, Fanes; tarde ó temprano se olvidará tambien esta ignominia. El tiempo es un gran médico. Si fuese débil saldria de Náukratis para vivir recogida sin acordarme de nadie mas que de mi nieta, que es para mí todo mi mundo. Mil veces quise salir de Egipto, y otras tantas vencí este deseo. No me detuvo el de los halagos de tu sexo, pues tantos merecí que ya me siento satisfecha, sino la pretension, muy

racional sin duda, de que, áun siendo débil, despreciada y antigua esclava, puedo ser de alguna utilidad, y tal vez indispensable, á hombres libres y generosos. Acostumbrada á su trato en vasta esfera, no podria satisfacerme cuidar de un solo sér querido; me secaria como el árbol que trasplantan de un terreno fértil al desierto, y pronto mi nieta quedaria en el mundo completamente sola y tres veces huérfana. Me quedo en Egipto.

Con tu partida seré indispensable á los amigos. Amasis es viejo. Cuando le suceda Psamtik, tendremos que luchar con grandes dificultades, que evitó hasta ahora la suerte. Debo permanecer aquí, en la brecha, para bien de la libertad y prosperidad helénicas. Tal es la aspiracion de mi vida. Seré tanto más fiel á ella, cuanto no es frecuente que una mujer guste de emplear el tiempo en semejántes fines. Poco me importa que digan que mis aspiraciones no son propias de mi sexo. Esta noche la he pasado llorando; sentí que hay aún en mí mucho de aquella flaqueza que hace su felicidad y su desdicha. Me afané por que mi nieta la conservara, unida á la mayor delicadeza y sensibilidad. Este fué mi primer cuidado; luego, el de libertarme de toda blandura. Pero es imposible triunfar de la naturaleza, sin ser derrotado alguna vez. Cuando me siento próxima á sucumbir al peso del dolor y la desesperacion, mi único recurso consiste en acordarme de Pitágoras, mi amigo [88], el hombre más ilustre que existió jamas, y de aquellas sus palabras: «Guarda en todo moderacion; huye así de la bulliciosa alegria, como de las eternas lamentaciones, y procura mantener tu alma armónica y melodiosa, del modo que las cuerdas de un arpa bien templada.» Esa pitagórica paz del alma, esa tranquilidad profunda, imperturbable, la veo delante de mí, en mi Sapfó, y lucho por alcanzarla á pesar de los reiterados golpes del hado cuya violen-

cia desafina las cuerdas de la lira de mi corazon. Ahora estoy tranquila. No puedes figurarte el poder que ejerce sobre mi el solo recuerdo de ese gran pensador, de ese hombre templado y metódico. Su memoria resuena en mi existencia como eco suave que me conforta y vivifica. Tú le conociste tambien y comprenderás lo que quiero decir. Dime, ahora, tu pretension ó tu deseo. Mi corazon está ya sosegado como las aguas del Nilo que allá discurre con imperturbable calma. Buena ó mala, estoy dispuesta á recibir la noticia.

—Asi me gusta verte, dijo el ateniense. Si antes te hubieras acordado del noble amante de la sabiduría, como á si mismo solia llamarse Pitágoras [89], ayer hallara tu alma su bello equilibrio. Manda el maestro que todas las noches repasemos en nuestra mente los sucesos, los sentimientos é ideas del dia transcurrido. Con esto hubieras observado que la sincera admiracion de tus amigos todos, entre los cuales habia hombres de gran mérito, compensa mil veces los dicterios de un libertino borracho; debias considerarte predilecta de los dioses, puesto que en tu casa los inmortales concedieron á un noble anciano, tras luengos años de desventura, el mayor gozo que puede caber en suerte á un hombre; luego te quitaron un amigo para concederte otro mejor. No me interrumpas, permíteme manifestar mi deseo.

Sabes que así me llaman ateniense como halicarnáseo [90]. Los mercenarios jonios, eolios y dorios, no se han avenido mucho nunca con los carios; mi triple procedencia, digamoslo así, me fué de utilidad en el cumplimiento de mis deberes como jefe de los dos contingentes. Por más que Aristómajos posea muy grandes cualidades, Amasis va á echarme de menos, porque á mí me era fácil restablecer la concordia entre las tropas mercenarias, mientras que el espartano

tropezará con grandes dificultades por parte de los carios.

Mi doble origen se debe á que mi padre tenia por esposa á una halicarnásea de noble familia doria, y con ella fué á Halicarnaso, donde nací, para recoger la herencia de sus padres. Así soy propiamente cario, aunque me llevaron consigo á Atenas de edad de tres meses, porque el lugar del nacimiento determina la patria del hombre.

En Atenas fuí criado y educado con todo el orgullo de un noble ático, como jóven eupatrida de la ilustre antiquísima estirpe de Ayax. El valiente y discreto Pisistratos, hijo de una familia que iguala, mas no supera á la mia (pues no la hubo nunca más noble), supo apoderarse del gobierno. Dos veces consiguieron derrocarle los esfuerzos unidos de la nobleza. Cuando intentó volver por tercera vez, le hicimos frente con ayuda de Ligdamis de Naxos, de los argivos y ereтrios, acampando en Palene cerca del templo de Atenea. Estábamos haciendo sacrificios á la diosa antes de almorzar, cuando el astuto tirano nos sorprendió desarmados, y obtuvo, sin verter sangre, fácil victoria. Yo mandaba la mitad del ejército enemigo del tirano y queria morir antes que ceder el campo. Luché con todas mis fuerzas; conjuré á los soldados á que resistieran; no retrocedí un paso, mas por fin caí en tierra herido de una lanzada en el hombro.

Los pisistrátidos quedaron dueños de Atenas[91]. Yo, acompañado de mi esposa y de mis hijos, me refugié en Halicarnaso mi segunda patria, donde recibí el nombramiento de jefe de los mercenarios de Egipto, porque mi nombre era conocido por una victoria pítica[92] y algunos rasgos de osadía en la guerra. Tomé parte en la campaña de Chipre, compartiendo con Aristómajos la gloria de conquistar para Amasis el lugar del nacimiento de Afrodita, y fuí ascendido á co-

mandante general de las tropas mercenarias de este reino.

Mi esposa murió el verano pasado; los hijos, un niño y una niña, de once y diez años de edad, quedaron con su tia en Halicarnaso. Tambien á ésta le sorprendió el inexorable Hades. Hace pocos dias mandé que los niños vengan aquí, pero para llegar á Náukratis han de tardar tres semanas, y antes que puedan recibir la contraórden, se habrán puesto en camino. En quince dias he de salir de Egipto, y por consiguiente no puedo recibirlos yo mismo.

He resuelto pasar al Quersoneso tracio, á donde, como sabes, ha sido llamado mi tio por la tribu de los doloncos [93]. Allí irán tambien los niños. Korax, mi viejo esclavo de confianza, quedará en Náukratis para traérmelos luego.

Ahora si quieres probarme que eres realmente mi amiga, recíbelos y cúidalos hasta que un barco salga para Tracia, y haz que no los vean los espías del príncipe heredero Psamtik. Tú sabes que éste me tiene odio mortal, y podria querer vengarse del padre en los hijos. Te pido este gran favor, primero porque conozco tu bondad, luego porque tu casa, en virtud de aquella Real cédula que le da la inmunidad de asilo, sustrae á los niños á las inquisiciones de los agentes de órden público, porque en este país de las formalidades se exige que cada extranjero, incluso los niños, se presente ante los funcionarios del distrito.

Ya ves cuánto te aprecio, puesto que te confio lo único que me hace apetecible la vida. La patria misma nada me importa, mientras se someta ignominiosamente al tirano. ¿Quieres devolver la tranquilidad al angustiado corazon de un padre? ¡Quieres!...

—Sí quiero, Fanes, sí quiero, exclamó la anciana con no disimulada satisfaccion. Nada me pides, antes me haces un obsequio. ¡Ah! ¡con cuánta alegría espero

á los niños! ¡Qué contenta va á ponerse Sapfó cuando lleguen á animar su soledad! Pero, — y esto te lo advierto desde ahora, Fanes, — en ningun caso dejaré partir á mis pequeños huéspedes con el primer barco tracio. Bien puedes estar separado de ellos medio año más. Te fio que recibirán excelente enseñanza, y que serán educados para todo lo bueno y bello.

—Esto no me daria cuidado alguno, contestó Fanes, con sonrisa de gratitud; pero he de insistir en que dejes partir á los dos traviesos con el primer buque que salga. Mi temor de la venganza de Psamtik es por desgracia sobradamente fundado. Recibe pues anticipadamente las gracias más cordiales, por tu cariño y bondad para con los niños. Por lo demas, creo tambien que le convendrá á tu Sapfó, en su aislamiento, la distraccion que le proporcionarán los vivarachos chiquillos.

— Y por otra parte, interrumpióle Rodopis bajando los ojos, la confianza que una persona generosa tiene en mis virtudes maternales, me autoriza para no pensar más en el insulto que un gloton me hizo en la borrachera... Aquí viene Sapfó.

## CAPÍTULO IV.

Cinco dias despues de aquella velada en casa de Rodopis, un inmenso gentío de egipcios de todas edades, sexos y condiciones, se apiñaba en el puerto de Sais y á orillas del agua.

Entre aquella multitud de hombres nervudos, apenas cubiertos por su única prenda de vestir que consistia en un mandil, traje del hombre ordinario, mezclábanse los guerreros y mercaderes con blancas vestiduras, guarnecidas de abigarradas franjas, cuya longitud variaba segun la jerarquía y condicion del individuo. Niños desnudos se agolpaban, empujaban y reñian para alcanzar un sitio ventajoso. Las madres, vestidas con una corta saya, alzaban en brazos á sus chiquillos cuanto les era dable, aunque se privasen del espectáculo deseado[94]. Numerosos perros y gatos iban

y venian por entre las piernas de los curiosos, quienes se movian con precaucion para no pisar ó lastimar á ninguno de los animales sagrados.

Los agentes de policía, armados de largas varas [95] en cuyos botones de metal iba inscrito el nombre del rey, cuidaban de la tranquilidad y el órden, y muy especialmente de que nadie con los empujones cayese al rio, cuya corriente, muy elevada en la época de la inundacion, lamia las murallas de Sais. Semejante temor resultó justificado en varios casos.

Cerca de la ancha escalera ornada de esfinges, desembarcadero de las naves reales, puede observarse una reunion de otro género.

Alli se ven sentados en los bancos de piedra los sacerdotes más distinguidos; muchos de ellos, con blanco traje talar; otros, con mandil, espléndidos tirantes, ancho collar y pieles de pantera. Unos ciñen su frente con ricas diademas adornadas de plumajes sobre el tupido y rígido artificio de las trenzas postizas, que cuelgan ondulando sobre las espaldas; muestran otros la luciente calva de sus bien conformados cráneos, esmeradamente afeitados. Entre todos se distingue el juez supremo por la entera y hermosa pluma de avestruz de su tocado, y un precioso amuleto de zafiro pendiente de una cadena de oro [96] sobre el pecho.

Los jefes del ejército egipcio figuran tambien allí con sus cotas [97] de varios colores y en el cinturon la espada corta. Una division de la guardia real, armada de hachas, dagas, arcos y grandes rodelas, ocupa el lado derecho de la escalera; á la izquierda están los mercenarios griegos armados al estilo jonio. Su nuevo jefe, nuestro conocido Aristómajos, con unos cuantos capitanes griegos, á distancia de los egipcios, se hallaba junto á las estátuas colosales de Psamtik I, que fueron colocadas mirando al rio en la plaza á que conducia la escalera. Por fin delante de las estátuas y sentado en

un sillon de plata vese al príncipe heredero Psamtik, con sayo de brocado muy ceñido [98] y de varios colores. Rodéanle los principales cortesanos, camareros, consejeros y amigos del rey, todos empuñando bastones con plumas de avestruz y flores de loto de oro [99].

Hacia rato que la muchedumbre daba evidentes señales de impaciencia, gritando, cantando y alborotando, mientras que los sacerdotes y los grandes, desde la escalera, fijaban la mirada en el vacío con gravedad y silencio. Sérios como estaban, con su tiesa peluca de trenzas [100] y la barba postiza rizada con regularidad, se parecian á las estátuas perfectamente iguales que inmóviles en su sitio contemplan el rio, fija la pupila, grave y tranquilamente.

En este punto se divisaron á lo lejos unas velas de cuadros encarnados y azules [101].

Produjose gran algazara de gritos y voces.

—¡ Ya vienen ! ¡ ya están aquí !

—Cuidado con pisar al gato.

—Ama, levanta más á la niña para que vea tambien.

—Me vas á echar al agua, Sebak.

—¡ Ojo, fenicio ! los muchachos te echan capítulos de bardana á la barba.

—Vamos, heleno, no creas que todo el Egipto te pertenezca á tí solo, porque Amasis os permita vivir á orillas del rio sagrado.

—¡ Canalla insolente ! Estos griegos... ¡ abajo los griegos ! gritó un sacristan.

—Abajo los traga-cerdos [102], que desprecian á los dioses, se repitió en torno.

Venian ya á las manos, cuando los agentes de policía blandiendo sus largas varas en son de amenaza y con enérgico ademan, restablecieron la paz y la tranquilidad. Las grandes velas de diversos colores que fácilmente se distinguian de los trapos azules, blancos

y pardos, de los pequeños barcos del Nilo, se acercaban cada vez más á la impaciente muchedumbre. Entonces se levantaron de sus asientos los altos funcionarios y el heredero del trono.

La real banda de trompetas [103] rompió á tocar con estruendo tal que conmovia el aire. Arribaba junto á la escalera la primera de las naves esperadas.

Era bastante larga, muy rica en dorados, con la figura de un gavilan de plata en el espolon. Tenia en el centro un baldaquino de oro con dosel de púrpura y debajo largos divanes que invitaban á sentarse. Iban en la proa doce parejas de remeros, cuyos mandiles sujetaban ricos tirantes [104], y debajo del baldaquino, seis hombres tendidos, con atavío espléndido y magnífico porte. Antes que atracara la barca, saltó el primero á la escalera el más jóven, rubio y muy hermoso.

Al verle, soltaron muchas jóvenes egipcias un ¡ah! prolongado, y más de un grave funcionario desarrugó el entrecejo y sonrió con agrado y benevolencia.

El jóven, objeto de semejante admiracion, llamábase Bardiya [105]; era hijo del gran rey de Persia difunto, hermano del reinante, y habia recibido de la naturaleza cuanto puede desear un corazon de veinte años.

Bajo el turbante azul y blanco que rodeaba su tiara, caian en abundantes rizos los dorados cabellos; brillaban en sus ojos azules la alegría y la vida, la bondad y la osadía hasta la petulancia; su noble rostro, sombreado apenas por el bozo, era digno de un cincel griego: su figura esbelta y musculosa revelaba notable fuerza y agilidad. No menor que su belleza era la esplendidez de su traje. En medio de la tiara relucia una grande estrella de diamantes y turquesas. El sayo blanco, de grueso brocado de oro que le pasaba de las rodillas, iba sujeto á las caderas por una faja azul y blanca (colores de la casa real persa) de la cual pendia

*Llegada de la embajada persa*

*á Sais.*

un espadin de oro con vaina y empuñadura empedradas de blancos ópalos y azules turquesas. Cubrian los calzones, muy ajustados á los tobillos y de brocado como el sayo, unos zapatos bajos de cuero turquí. Ornaban los desnudos y robustos brazos, que dejaban descubiertos las holgadas mangas, ricos brazaletes de oro y piedras preciosas. Tambien era de oro la cadena que al cuello traia, y colgaba sobre el ancho y saliente pecho [106].

El jóven saltó á tierra el primero. Siguióle Darios, hijo de Histaspes, persa tambien y jóven, de sangre real como Bardiya, vestido con igual riqueza. Luego desembarcó un anciano de pelo blanco como la nieve, cuyo semblante benévolo, aunque grave, revelaba la bondad del niño, la experiencia del viejo y la inteligencia del hombre. Vestia largo sayo con mangas color de púrpura y calzaba botas lidias amarillas [107]; su porte era sencillo y modesto con haber sido el hombre más envidiado de su tiempo y cuyo nombre sirve aún, dos mil años despues, para designar á los más ricos del mundo. Era Kresos, el destronado rey de Lidia, quien vivia á la sazon como amigo y consejero en la corte de Kambises y era el Mentor del jóven Bardiya en su viaje á Egipto.

Vinieron detras de él Prexaspes, embajador del rey de Persia, Zopiros, hijo de Megabizos, noble persa y amigo de Bardiya y de Daríos, y fué el último el esbelto y pálido hijo de Kresos, Giges, que enmudeció á los cuatro años, y recobró el habla con la angustia que pasó por su padre, en la toma de Sardes [108].

Psamtik descendió las gradas para ir al encuentro de los extranjeros; su severo rostro amarillento se esforzaba en mostrar amable sonrisa. Los funcionarios que le seguian se inclinaron ante los recien llegados, casi hasta tocar el suelo con los brazos colgando. Los persas cruzaron las manos sobre el pecho y se proster-

naron ante el heredero del trono. Despues de estos cumplidos, Bardiya siguiendo la costumbre de su país y con asombro del pueblo que nunca vió tal, besó en la palida mejilla al príncipe egipcio que se estremeció ligeramente de horror al contacto de los impuros labios de un extranjero. Luego dirigióse el jóven persa con los demas á las literas que les aguardaban para llevarlos al palacio real de Sais, donde les tenian preparadas habitaciones á él y á sus amigos.

Parte del pueblo siguió á esta comitiva, pero los más de los curiosos se quedaron, porque sabian que les tocaba ver aún muchos y nunca vistos espectáculos.

—¿Quieres irte tras del mico ataviado y demas hijos de Tifon? preguntó de mal talante un mozo de templo (*hieródulo*) á su vecino, respetable sastre de Sais.

—Digote, Puhor, y lo mismo dice el sacerdote supremo, que esos intrusos sólo van á traer desgracias á la tierra negra. ¿Qué fué de aquellos tiempos en que ningun extranjero que estimase su vida pisaba este suelo? Ahora, tenemos aquí judíos embusteros [109], y más aún, esos helenos insolentes que Dios confunda. Mira; ya llega la tercera nave henchida de extranjeros. ¿Sabes quiénes son estos persas? El supremo sacerdote ha dicho que en todo su imperio, con ser grande como medio mundo, no hay templo alguno para los dioses, y lejos de dar honrosa sepultura á las momias de sus cadáveres, dejan que los devoren perros y buitres [110].

El sastre mostró gran asombro é indignacion, y luego señalando con el dedo el desembarcadero, dijo:

—Como destruye el hijo de Isis á Tifon, allí arriba la sexta nave de extranjeros.

—Sí, mucho es, suspiró el mozo de templo. Diríase que va á llegar todo un ejército. Amasis persistirá en su errado camino hasta que los extranjeros

le echen del trono y del pais, y nos avasallen y saqueen á nosotros los pobres, como antes los malvados y pestilentes hixos [111] y los negros etiopes.

—La séptima barca, exclamó el sastre.

—Que me mate Neith, la gran diosa de Sais, si comprendo al rey, dijo lamentándose el hieródulo. Tres barcas de carga envió á la sacrílega emponzoñada Náukratis para traer el equipaje y servidumbre de los embajadores persas; pero en vez de tres debian mandar ocho. Ademas de sus chismes de cocina, perros, caballos, carruajes, capas, cestos, balas, estos blasfemos y profanadores de los difuntos trajeron acá, á mil leguas de distancia, todo un regimiento de criados; muchos de entre ellos sólo se ocupan en tejer guirnaldas ó preparar ungüentos [112]. Tambien traen á sus sacerdotes que llaman magos. Quisiera saber para qué sirven esos holgazanes; ¿para qué sacerdotes, donde no hay dioses ni templos?

El encanecido rey Amasis de Egipto recibió la embajada persa, poco despues de su llegada, con toda la amabilidad que solia. Cuatro dias más tarde, despues de las ocupaciones á que solia entregarse todas las mañanas, sin excepcion, paseábase por el jardin de palacio con el viejo Kresos, mientras los demas persas con el príncipe se dirigian á Menfis por el Nilo.

El jardin era muy vasto, verdaderamente regio, aunque parecido al de Rodopis, y se hallaba situado en una colina al noroeste de la ciudad, contiguo al castillo real.

Los dos ancianos se sentaron á la sombra de un sicomoro de anchas ramas, junto á una piscina gigantesca de granito rojo, que tenia por caños las abiertas fauces de unos cocodrilos de basalto negro.

El destronado rey, con ser más viejo que el poderoso soberano, su amigo, parecia más fresco y robusto. Amasis doblaba la cabeza al peso de los años; era

obeso y delgado de piernas; su rostro, bien conformado, pero de piel rugosa; los ojos, vivos y muy inteligentes; los labios, gruesos; maliciosa, burlona, irónica sonrisa; ancha y despejada la frente, que revelaba la fuerza de su inteligencia [113]. En aquellos ojos de mudable color se traslucia cierta gracia, cierto fuego, propios de aquel hombre extraordinario que de simple soldado consiguió subir al trono de los faraones. Era imperioso y duro en su lenguaje, y se movia con cierta vivacidad casi enfermiza, que estaba en oposicion con la gravedad usada por los demas miembros de la corte egipcia.

Su vecino, por el contrario, con su porte gallardo y digno de un rey, y las notables condiciones de su carácter, revelaba su frecuente trato con los más distinguidos personajes de Grecia, tales como Anaximandros y Anaximenes de Mileto, Bias de Priene [114], Solon de Atenas, y Pítakos de Lesbos, célebres sabios, quienes en mejores tiempos se hospedaron en Sardes, en la corte de Kresos. Hablaba bajo y con voz clara que parecia un canto, comparada con la muy aguda de Amasis.

—Dime con franqueza, ¿qué te parece Egipto? preguntó el faraon en corriente griego. No hay nadie, cuyo juicio estime en más. Conoces la mayor parte de los pueblos y países del mundo; los dioses te sujetaron á tales vicisitudes que has recorrido toda la escala de la suerte, y luego no fuiste en balde por largo tiempo el primer consejero del más poderoso soberano. Ojalá mi reino te gustara tanto que desearas quedarte conmigo, para vivir en él como dos hermanos. Yo lo quisiera, Kresos. Eres mi amigo de antiguo, aunque hasta ayer no me concedieron los dioses el placer de verte por vez primera.

—Y tú lo eres mio, repuso el lidio. Te admiro por la entereza con que llevas á cabo lo que te parece

bueno, á despecho de cuantos te rodean, y estoy agradecido á la benevolencia con que tratas á mis amigos, los helenos. Tambien, como yo, sufriste toda suerte de vicisitudes, y en esto te considero como pariente mio.

—Con la diferencia, dijo sonriendo Amasis, que partimos de opuestos extremos. Tú has probado primero lo mejor y luego lo malo, y á mí me sucedió lo contrario, si he de admitir, añadió pensativo, que sea actualmente feliz.

—Y yo, contestó Kresos, que sea ahora desgraciado.

—¿Cómo no, despues de la pérdida de tales bienes?

—¿Consiste acaso la dicha en su posesion? exclamó Kresos. ¿Se halla realmente en la fortuna? La dicha, al fin y al cabo, es un concepto ó un sentimiento que los dioses envidiosos conceden más á menudo al menesteroso que al rico, á quien deslumbran con el brillo de los tesoros y sujetan á inevitables contratiempos, porque engreido por su poder y llevado de creciente ambicion, sucumbe siempre en la lucha por conseguirlo todo.

Amasis suspiró diciendo:

—¡Ojalá pudiera refutar esta verdad! Cuando recuerdo lo pasado he de confesarte que empezaron mis mayores afanes, desde el punto en que llegó para mí la llamada felicidad.

—Y yo te aseguro, interrumpió Kresos, que te agradezco lo tardío del socorro. La hora de la desdicha me otorgó la primera felicidad verdadera. Cuando los primeros persas escalaron los muros de Sardes, me maldecia á mí mismo y á los dioses, la vida me parecia odiosa, la existencia una maldicion. Combatiendo retrocedí con los mios, perdida toda esperanza. En aquel instante un soldado persa levantó la espada contra mí, acudió mi hijo, que era mudo de nacimiento, á detener el brazo del asesino, y con el espanto reco-

bró el habla. Entonces oí la primera palabra que pronunciaron sus labios; entonces yo, que habia maldecido á los dioses, me inclinè ante su potestad, y quité la espada al esclavo, á quien habia ordenado me matase cuando cayera en manos de los persas. Era ya otro hombre. Poco á poco aprendí á domeñar mi enojo, siempre renaciente, contra mi destino y mis nobles enemigos. Ya sabes que acabé por ser amigo de Kiros y que alcancé la dicha de educar á mi hijo en el pleno uso del habla. De entonces guardé para él todo lo bello y grande que he visto, oido ó pensado en mi larga vida, deseoso de trasmitírselo porque él era, desde aquel momento, mi imperio, mi tesoro, mi corona. Cuando veia trascurrir los dias de Kiros, llenos de cuidados y las noches faltas de sueño, me horripilaba la idea de mi propia grandeza y poderío anteriores, y comprendia, cada vez con mayor claridad, dónde hay que buscar la verdadera dicha. En el propio corazon la llevamos todos como gérmen oculto. El ánimo contento y paciente que se complace en lo bello y en lo grande, sin despreciar lo pequeño; que acepta sin quejarse el sufrimiento y lo dulcifica con los recuerdos; quien ejercita la templanza y confia en la bondad de los dioses; quien considera que todo ha de pasar, áun lo peor, porque todo está sujeto á mudanza; éste madura el oculto gérmen de felicidad en su pecho, y se proporciona el valor de sonreir á todo, en tanto que el hombre no educado por la suerte se intimida y desespera.

Amasis escuchaba atento mientras trazaba en la arena mil figuras con su baston, cuyo puño de oro representaba una cabeza de galgo. Luego dijo:

—En verdad, Kresos, que yo, el gran dios, el sol de la justicia, el hijo de Neith, el señor de la gloria de la guerra, como me llaman los egipcios[115], estoy tentado de envidiarte á tí, el saqueado y destronado. Años atras era yo tan feliz como ahora tú. El Egipto entero

me conocia, pobre hijo de un capitan, por mi carácter alegre, mis aventuras, mi ánimo ligero y mi petulancia [116]. Los soldados me llevaban en palmas, mis jefes tenian mucho que reprenderme, pero á Amasis el loco se le dejaban pasar muchas cosas; mis compañeros, los subalternos del ejército, no conocian fiesta alegre sin mí. En aquella época, mi antecesor Hofra nos mandó á la guerra contra Kirene. Moriamos de sed en el desierto y nos negamos á continuar la marcha. La sospecha de que el rey queria sacrificarnos á los mercenarios helenos, nos indujo á rebelarnos abiertamente. Bromeando como siempre, dije á los amigos: «Sin rey no podreis vivir; hacedme vuestro soberano; otro más alegre no le hallareis en parte alguna.» Los soldados oyeron la frase. «¡Amasis quiere ser rey!» Esta voz cundió de fila en fila y de individuo en individuo. «Que Amasis el bueno, el feliz, sea nuestro rey.» Tal fué la proclamacion que hicieron á las pocas horas. Un compañero me cubrió la cabeza en broma con el yelmo del general; yo tomé la broma por lo serio; la masa de los soldados me permaneció fiel y batimos á Hofra en Momenfis. El pueblo se adhirió á la conspiracion. Subí al trono. Llamáronme el dichoso. Habia sido hasta entonces amigo de todos los egipcios; fuí luego el enemigo de los mejores de ellos. Los sacerdotes me prestaron homenaje y me recibieron en su casta, porque esperaban que así podrian gobernarme á su antojo. Mis anteriores jefes me envidiaban ó pretendian tratarme como antes, lo cual, como comprenderás, no era compatible con mi nuevo cargo y hubiera desprestigiado mi autoridad. Pues bien; un dia que los jefes del ejército, convidados á mi casa, bromeaban otra vez conmigo, como de costumbre, les enseñé la palangana de oro en que les habian lavado los piés antes de la comida, y cinco dias más tarde que comian de nuevo á mi mesa, mandé colocar en ésta una

estatua, tambien de oro, del gran dios Rá [117]. Al verla se prosternaron para adorarla. Cuando se pusieron en pié cogí el cetro, y levantándolo solemnemente, dije en alta voz: « La imágen de este dios la hizo en cinco dias un artista, de la vasija despreciable en la que escupiais y os lavaron los piés. Yo era antes como esta vasija, mas la deidad que sabe trabajar mejor y con más rapidez que un platero, hizo de mí vuestro rey. Así pues, prosternaos y adoradme. Quien no obedezca, ó en adelante olvide el respeto que debe al rey, al representante de Rá en la tierra, será condenado á muerte.» Prosternáronse todos, todos. Mi autoridad estaba salvada, pero habia perdido á mis amigos. Desde aquel instante necesitaba otro firme apoyo. Escogí para ello á los helenos. En el arte de la guerra, un griego vale por cinco egipcios; esto lo sabia yo, y por esta razon osé llevar á cabo lo que consideraba saludable.

Los mercenarios griegos me rodeaban sin cesar; aprendí de ellos su lengua y ellos me trajeron al hombre más noble que ví en mi vida, á Pitágoras. Traté de introducir entre nosotros las artes y costumbres griegas, porque comprendí cuán necio era obstinarse en lo malo, siendo tan fácil alcanzar algo mejor, que sólo esperaba una mano que arrojara la semilla en los campos egipcios.

Hice una buena division administrativa de todo el país [118], instituí la mejor policía del mundo, y conseguí muchas cosas; pero mi objeto principal consistia en introducir el genio de Grecia, la estética griega, la vitalidad griega y el libre arte helénico, en esta tierra tan florida y lozana y sin embargo tan sombría. Mi empresa se estrelló en el escollo que se me opone en cuanto intento algo nuevo, y que será mi ruina y mi perdicion. Los sacerdotes son mis rémoras, mis adversarios, mis amos. Ellos que con superticioso res-

peto viven apegados á la tradicion ; ellos para quienes todo lo de fuera es abominable ; ellos que consideran á todo extranjero como enemigo natural de su autoridad y de su doctrina , rigen al más piadoso pueblo de la tierra , con poder casi ilimitado. Por esto tuve que sacrificarles mis más bellos planes; por esto he de ver cómo sujetan mi vida á sus severos estatutos , cual si fuera el menos libre de los hombres; moriré sin haber probado la dicha. Ni áun puedo estar seguro de que la enojada y soberbia gavilla de mediadores entre el hombre y Dios, me conceda el eterno descanso del sepulcro.

—Por Zeus Salvador , interrumpió Kresos con simpatía , que comprendo tus quejas , ¡miserable dichoso ! Aunque en mi larga vida he visto á muchos que pasaban la suya triste y sombría . no creí que pudiese existir una raza entera , dotada de corazones tétricos , como las víboras lo están de dientes ponzoñosos. Cuantos sacerdotes he visto en mi viaje acá y en tu corte, mostraban ceñudo rostro. Aun á los jóvenes que te sirven , rara vez les veo sonreirse , y sin embargo , la alegría, grato presente de los dioses, suele ser propia de la juventud, como lo son las flores de la primavera.

— Te equivocas , sin embargo , si creyeras que todos los egipcios son melancólicos , contestó Amasis. Aunque nuestra religion exige que pensemos seriamente en la muerte , apenas hallarás otro pueblo más propenso que éste á la broma y á la burla, y que, una vez entregado al regocijo, se olvide tanto de todo y mueva tanta algazara como el mio. Pero vuestra presencia es odiosa á los sacerdotes, y éstos me hacen purgar , con su intratable aspereza , mi union con vosotros , los extranjeros. Esos muchachos que te han llamado la atencion , son hijos de los más principales de entre ellos [119] y la plaga mayor de mi vida. Me sirven como esclavos, obedecen á mis más pequeñas señas. Cualquiera cree-

ria que los que destinan á sus hijos á tales servicios, son á su vez obedientes y respetuosos servidores del rey, á quien veneran como á un dios. Pero en realidad, Kresos, esta misma sumision, que ningun soberano puede rehusar sin ofensa, es hija de la más refinada astucia. Cada uno de esos jóvenes es mi guardian, mi carcelero. No puedo mover la mano sin que lo sepan; en cuanto la muevo, al punto lo saben los sacerdotes.

—Mas ¿cómo puedes soportar semejante existencia? Echa afuera á los espías y escoge tus servidores entre la casta de los guerreros, que no te serán menos útiles que los sacerdotes.

—¡Si pudiera!... ¡Si me fuera permitido! exclamó Amasis alzando la voz.

Luego continuó más bajo, como asustado de sí mismo:

—Creo que escuchan nuestra conversacion. Mañana haré arrancar aquellas higueras. El jóven sacerdote aficionado á la horticultura, que está allí cogiendo los higos apenas maduros, va en busca de otra fruta, que no es la que coloca despacio en la cesta. La mano coge la fruta, el oido las palabras del rey.

—Mas por el padre Zeus y Apolon...

—Comprendo tu indignacion y participo de ella, pero todo derecho impone deberes, y como rey de este país, que venera como divino lo tradicional, debo conformarme, al menos en lo principal, con la etiqueta de palacio que rige mil años há. Si rompiese mis cadenas, podria suceder que dejasen mi cadáver sin sepultura, pues has de saber que los sacerdotes sujetan á todo difunto á un juicio fúnebre, privando á los que hallan culpables del reposo sepulcral [120]. Los miramientos que guardarian á mi hijo habian de asegurarme ciertamente la sepultura de mi momia, mas lo que fuera de mi cadáver en manos de los encargados de los sacrificios fúnebres, en mi sepulcro...

—¿ Y qué te importa el sepulcro ? dijo Kresos interrumpiendo á su huésped con enfado. Se vive para la vida, no para la muerte.

—Dirias mejor, respondió Amasis levantándose, que los que pensamos como se piensa en Grecia, preferimos á todo una vida grata. Pero yo, amigo Kresos, fuí engendrado por un egipcio, amamantado por una madre egipcia, criado con alimentos egipcios, y aunque tomé muchas cosas de los griegos, en lo íntimo de mi sér sigo siendo egipcio. Lo que vimos en la niñez, lo que nos encarecieron como sagrado en la juventud, esto resuena en el corazon hasta que nos envuelven en las fajas de la momia. Soy viejo y poco me falta para llegar al límite donde empieza la eternidad. ¿ Quieres tú que por pocos dias de vida, malogre largos siglos de muerte ? No, amigo mio; en esto precisamente sigo siendo egipcio, y como cualquiera de mis paisanos, creo firmemente y como cosa cierta, que de la conservacion de mi cuerpo, estuche del alma, depende el bienestar de mi segunda vida [121], si no soy aún digno de ser absorbido por el alma del mundo é intervenir como parte de la misma, del modo que Osiris, en la direccion de lo creado. Pero basta ya de estas supremas cuestiones, que un gran juramento me prohibe revelar á tí, no iniciado, en toda su profunda sublimidad. Será mejor que contestes á esta pregunta : ¿ Qué te parecen nuestros templos y pirámides ?

Kresos contestó meditabundo :

—Las masas de piedras de las pirámides parécenme como creacion del inmenso desierto, mientras que los floridos pórticos de los templos diríanse hijos de una lozana primavera. Mas aunque las esfinges que conducen á los portales señalan el camino del santuario, los muros oblícuos, á modo de fortaleza, de los pilones, parecen construidos para la defensa. Así tambien las coloreadas figuras de los jeroglíficos atraen los

ojos, pero como son tan misteriosas, el curioso se aleja de ellas. Las efigies de vuestros dioses multiformes se hallan en todas partes imponiéndose irresistiblemente á la mirada, y sin embargo todos presumimos que significan algo más de lo que representan, que son tan sólo imágenes palpables de pensamientos profundos apenas inteligibles y comprendidos, segun fama. de muy contadas personas. Por todas partes, en fin, se excita mi curiosidad y se despierta mi interes, mas en ninguna se siente solicitado y satisfecho mi ardiente amor á lo bello. Mi inteligencia bien quisiera penetrar los secretos de vuestros sabios, pero mi corazon y mis afectos me alejan de las ideas fundamentales en que descansa vuestro modo de pensar, obrar y existir, las cuales parece enseñan que la vida debe considerarse como una breve peregrinacion á la muerte, y la muerte, en cambio, como la verdadera y legítima vida.

—Y sin embargo, tambien se la aprecia entre nosotros en su completo valor; tambien la hermoseamos con fiestas bulliciosas. Tememos los horrores del sepulcro y procuramos evitar la muerte, venga de donde venga. Nuestros médicos no fueran tan célebres y estimados, á no creérseles en posesion del arte de prolongar nuestra existencia terrenal. Esto me recuerda al oculista Nebenjari que mandé al rey, á Susa. ¿Hizo prueba? ¿Están contentos de él?

—Este representante honra la ciencia de tu país, contestó Kresos. Nebenjari fué tambien quien ponderó á Kambises la gracia de tu hija. A muchos ciegos alivió, pero la madre del rey sigue privada de la luz. Por lo demas sentimos que un hombre tan hábil sólo sepa curar los ojos. Cuando la princesa Atosa estuvo con calentura, no fué posible persuadirle á que le diera un consejo.

—Esto es muy natural, porque á nuestros médicos

sólo se les permite tratar una parte determinada del cuerpo. Tenemos médicos para los oidos, para la dentadura, para los ojos, las fracturas y las enfermedades internas. Segun las antiguas leyes de los sacerdotes, un dentista no puede cuidar á un sordo, ni un cirujano á un enfermo del abdómen por más que sea perito en afecciones internas [122]. Con esta ley se pretende conseguir mayor profundidad de saber, y los sacerdotes, á cuya casta pertenecen tambien los médicos, se dedican al estudio de la ciencia con la más laudable aplicacion. Allá enfrente está la casa del supremo sacerdote Neithotep, cuyo saber en astronomía y geometría elogió el mismo Pitágoras. Linda con el pórtico que conduce al templo de la diosa Neith, patrona de Sais. Quisiera poderte enseñar el sagrado bosque con sus magnificos árboles, las preciosas columnas del santuario cuyos capiteles imitan la forma de la flor del loto [123], y la capilla colosal de granito, que mandé labrar de una sola piedra en Elefantina para regalarla á la diosa [124]. Por desgracia, los sacerdotes me han suplicado que os condujera tan sólo hasta las murallas de circunvalacion y los pilones de los templos. Ahora vén; iremos en busca de mi esposa y de mis hijas, pues te han cobrado afecto y deseo que te encariñes con la pobre muchacha antes de partir con ella para las lejanas tierras, residencia de los extranjeros de quienes ha de ser soberana. Tú la protegerás ¿no es verdad?

—De esto puedes estar seguro, dijo Kresos, correspondiendo al apreton de manos de Amasis. Yo haré las veces de padre con tu Nitetis, y ella necesitará de mi apoyo, porque los aposentos de las mujeres en los palacios pérsicos tienen el suelo muy resbaladizo. Por lo demas la tratarán con muchos miramientos. Kambises puede estar contento de su eleccion, y apreciará mucho el que le confies tu más bella hija, pues si

bien Tajot no parece menos graciosa que Nitetis, le falta sin embargo la majestad exterior que distingue á ésta y que sienta bien á la futura reina de Persia. Nebenjari habia hablado solamente de tu hija Tajot.

—A pesar de esto enviaré á mi hermosa Nitetis. Tajot es tan delicada que apenas podria soportar las fatigas del viaje y el pesar de la separacion. Si hubiese de obedecer á mi corazon, tampoco iria Nitetis á Persia. Mas Egipto necesita de la paz y yo fuí rey antes que padre.

## CAPÍTULO V.

Los demas personajes de la embajada persa habian vuelto á Sais de su paseo por el rio á las pirámides. Sólo Prexaspes, el mensajero del rey, se hallaba ya de regreso á Persia para enterar al soberano del buen éxito de su peticion.

En el palacio de Amasis reinaba mucha algazara. El séquito de los embajadores de Kambises, compuesto de unos trescientos individuos, y los distinguidos huéspedes á los que se prodigaban toda suerte de atenciones, ocupaban por completo los aposentos del gran palacio saítico. Los patios bullian de guardias y funcionarios, sacerdotes jóvenes y esclavos, vestidos todos de gala.

En el festin, que habia de celebrarse con motivo de

los esponsales de su hija, el rey quiso desplegar con la mayor esplendidez, la riqueza y magnificencia de su corte.

El alto salon de recepciones construido con pintarrajadas columnas y contiguo al jardin, tenia el techo de color azul y salpicado de estrellas de oro, ofreciendo un aspecto verdaderamente mágico. De las paredes y columnas, ricamente adornadas con cuadros y signos jeroglíficos, colgaban lámparas de papiro de colores que despedian raro resplandor semejante al del sol á traves de pintados vidrios. El espacio intermedio entre las paredes y las columnas estaba lleno de plantas escogidas, palmeras, adelfas, granados, naranjos y rosales, y detras de ellas se hallaba escondida una orquesta de arpistas y flautistas, que recibió á los convidados con solemnes y monótonas melodías.

En medio del salon, con pavimento compuesto de baldosas blancas y negras, habia elegantes mesitas con asado fiambre, dulces, cestitas de fruta y pastelería, jarros de oro llenos de vino, copas de cristal, y artificiosos floreros. Al rededor de estas mesitas circulaba sinnúmero de esclavos ricamente vestidos, que, bajo la direccion del mayordomo, iban ofreciendo los platos á los convidados, entretenidos en conversar unos en pié, otros reclinados en preciosos sillones.

Figuraban en la reunion hombres y mujeres de todas edades. A las damas que entraban, los jóvenes sacerdotes, servidores personales del rey, les ofrecian elegantes ramilletes. Muchos mancebos distinguidos comparecieron tambien con flores, que no sólo presentaban á la predilecta de su corazon, sino que la obligaban á olerlas, aplicándole el ramo á la nariz.

Los egipcios, con el mismo traje en que fueron á recibir la embajada persa, se mostraban muy galantes, casi sumisos con las señoras, entre las que habia pocas beldades sobresalientes, pero muchas de ojos de

almendra que no carecian de mágico atractivo, realzado por medio de la coloracion de sus bordes con el afeite ocular que llamaban *mestem*. Las más de ellas iban peinadas conforme á un mismo modelo. La abundante cabellera rizada en ondas, obra del molde, colgaba hácia atras recogida junto á las orejas, y por delante sendas trenzas á ambos lados, caian cubriendo la mejilla hasta el pecho. La ancha diadema completaba ese tocado, en el que, segun decian las camareras, entraba por tanto la naturaleza como el arte. En el vértice del peinado llevaban muchas una flor de loto, con el tallo pendiente por detras sobre el occipucio [125].

Adornaban las delicadas manos, cuyas uñas se teñian de encarnado segun la costumbre egipcia [126], con muchas sortijas, y los brazos, muñecas y tobillos con aros relucientes de oro y plata. Los abanicos eran de plumas de diversos colores. Bellos y preciosos tambien, los vestidos, especialmente por la finura de los tejidos de transparencia suma. Muchas los llevaban descotados, de forma que descubrian el pecho diestro.

Como el jóven príncipe Bardiya entre los hombres por su hermosura y gracia, distinguíase Nitetis, hija del faraon, entre todas las egipcias. La princesa era pálida como la flor del loto de la cabeza de su madre. Ceñida la frente de frescas rosas, y con un traje de su color, de transparente cendal, paseaba con su hermana vestida de igual manera.

La reina Ladike [127], griega de nacimiento, hija de Battos de Kirene, iba al lado de Amasis que presentaba los jóvenes persas á sus niñas. Consistia su prendido en un ligero manto de encajes bordado de oro, sobre la túnica de púrpura. Su hermosa cabeza de correctísimo perfil griego resplandecia ornada con el tocado propio de las reinas de Egipto, y una serpiente urea de oro [128]. Noble y benévolo era su rostro; gra-

ciosa en sus modales, con aquella gracia que sólo puede dar la educacion helénica.

Eligióla por reina Amasis (despues de la muerte de su segunda esposa, la egipcia Tentjeta [129], madre del príncipe heredero Psamtik), á causa de su predileccion por los griegos, y á despecho de los sacerdotes.

A las dos niñas Tajot y Nitetis que se hallaban junto á Ladike, se las llamaba gemelas, mas no tenian aquel parecido que suelen los hermanos gemelos. Tajot era rubia, de ojos azules [130], pequeña y delicada, y Nitetis, alta y gallarda, de pelo y ojos negros, y su porte majestuoso revelaba su real abolengo.

—¡Qué pálida estás, hija mia! dijo Ladike besando á Nitetis en la mejilla. Anímate y confia alegremente en el porvenir. Aquí te presento al hermano de tu futuro esposo, al noble Bardiya.

Nitetis alzó los negros é inteligentes ojos, y los fijó largo rato en el hermoso jóven como para penetrarle. Este se inclinó profundamente, besó el vestido de la ruborizada niña y dijo:

—Te saludo como á mi futura reina y hermana. Comprendo que te causa pesar alejarte de tu país, de tus padres y hermanos; pero anímate, que tu esposo es un gran héroe y poderoso monarca, y nuestra madre Kasandana, la más generosa de las mujeres. Los persas aprecian ademas en tanto la belleza y virtud de la mujer, como la vivificante luz del sol. Y á tí, hermana de la azucena Nitetis, á quien llamaria la rosa en parangon con ella, pídote perdon por haber venido á robarte tu más querida amiga.

Las miradas del jóven, al decir esto, se fijaron en los ojos azules de la hermosa Tajot que, colocando la mano sobre el corazon, se inclinó en silencio y siguió á Bardiya con la vista, mientras Amasis se le llevaba para señalarle una silla enfrente de las bailarinas, que empezaban á lucir su habilidad para divertir á los

convidados. Estas muchachas vestian una túnica ligera y corrian y retorcian sus ágiles miembros al compas de las arpas y tamboriles. Luego unos cantantes egipcios hicieron oir sus canciones, y unos payasos [131] exhibieron sus artes y divertidos pasos.

Finalmente, algunos cortesanos abandonaron el salon, olvidando en su embriaguez su ficticia gravedad. Las señoras se retiraron en literas de varios colores acompañadas de esclavos con antorchas. Sólo los generales, los embajadores persas y unos cuantos magistrados, amigos particulares de Amasis, fueron retenidos por el mayordomo, quien les condujo á una sala suntuosamente adornada, donde una mesa puesta á estilo griego con un gigantesco cráter, convidaba á un *simposion* nocturno [132].

Amasis estaba sentado en una butaca alta [133], á la testera de la mesa, teniendo á su izquierda al jóven Bardiya, y á su derecha al anciano Kresos. Ademas de éstos y de los íntimos del faraon, habian sido convidados nuestros conocidos, los amigos de Polikrates, Ibikos y Teodoro.

Amasis, á quien poco há oimos hablar tan gravemente con Kresos, se divertia ahora con picantes chistes, y parecia haberse convertido otra vez en el loco capitan, en el petulante camarada de antes.

Con mucho gracejo zahirió y embromó á sus competidores, y sus agudezas fueron recibidas con ruidosas carcajadas, que debió sin embargo alguna vez á su condicion real. Vaciáronse las copas una tras otra, y el júbilo llegó á su colmo cuando se presentó el mayordomo con una pequeña momia dorada que mostraba á la reunion, diciendo:

—Bebed, chanceaos y bromead cuanto podais, que no tardareis en ser como esta [134].

—¿Así se acostumbra á recordar la muerte en vuestros convites? preguntó Bardiya al rey poniéndose sé-

rio. ¿O es una broma que se permite tu mayordomo?

—Desde remotísimos tiempos, contestó Amasis, es costumbre enseñar á los convidados semejantes momias para aumentar la hilaridad, recordando al bebedor que conviene gozar mientras se pueda. Tú, jóven mariposa, tienes aún ciertamente delante de tí luengos años de regocijo; pero nosotros los vejetes, amigo Kresos, no podemos descuidarnos. Escanciador, date prisa en llenar las copas para que ningun instante de nuestra vida transcurra ya inútilmente. ¡Cómo sabes beber, tú, persa, el del cabello de oro! A fé que los grandes dioses te han deparado tan buena garganta, como bellos ojos y gallardas formas. Déjate besar, espléndido jóven, mal muchacho. ¿Qué crees tú, Kresos? mi hija Tajot no habla de otra cosa que de este mocosuelo que parece le ha trastornado el juicio, primero con tiernas miradas, luego con dulces frases. ¡Vamos, no hay que ruborizarse por eso, tontuelo! Un hombre como tú, bien puede aspirar á la mano de las hijas de los reyes; mas aunque fueras el mismo Kiros tu padre, Tajot no iria á Persia.

—Padre, dijo al rey en voz baja el príncipe Psamtik, interrumpiendo este discurso; padre, guarda tu lengua y piensa en Fanés.

El rey miró á su hijo con ceño, y como si aquella impresion hubiese agotado de súbito su buen humor, sólo rara vez volvió á tomar parte en la conversacion que se habia generalizado ya.

Aristómajos que estaba sentado de lado, frente á Kresos, no dejó un momento de mirar á los persas sin decir palabra, y sin reirle los chistes á Amasis. En el punto en que calló el faraon, el griego se dirigió con vivacidad á Kresos y preguntóle:

—Quisiera saber, lidio, si la nieve cubria las montañas cuando saliste de Persia.

Admirado de esta rara pregunta, Kresos respondió sonriéndose:

—Las más de la cordillera pérsica estaban verdes y frondosas cuando partimos para Egipto hace cuatro meses; mas en el país de Kambises hay otras cumbres en que la nieve no se derrite ni en la estacion más calurosa [135], y las vimos con blanco resplandor cuando bajamos al llano.

El semblante del espartano serenóse visiblemente. Kresos, á quien gustaba el hombre sério, le preguntó por su nombre:

—Me llamo Aristómajos.

—Me parece que conozco este nombre.

—Has conocido á muchos helenos, y muchos se llaman como yo.

—A juzgar por tu dialecto, perteneces á la tribu doria. ¿Serás acaso espartano?

—Lo fui.

—¿De modo que no lo eres ya?

—El que sale de la patria sin permiso, es condenado á muerte.

—¿La abandonaste voluntariamente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para evitar la deshonra.

—¿Qué delito habias cometido?

—Ninguno.

—Así, pues, ¿te acusaron de un delito sin motivo alguno?

—Sí.

—¿Quién fué el autor de tu desgracia?

—Tú.

Kresos saltó de su asiento. El tono sério y el semblante sombrío del espartano hacian imposible toda idea de chanza. Tambien los vecinos de mesa de ambos, que habian escuchado la extraña conversacion, se asustaron y pidieron á Aristómajos una explicacion de su raro aserto.

El espartano vacilaba; veíase que tenia pocas ganas de hablar; mas al fin, cuando tambien el rey le pidió que se explicara, comenzó así:

—Tú, Kresos, siguiendo al oráculo [136], nos habias tomado á nosotros, los lacedemonios, como los más poderosos de los helenos, por aliados contra el poderío de los persas, regalándonos el oro para la estátua de Apolon en el monte Tornax. Los éforos determinaron regalarte, en cambio, un cráter de bronce, artístico aunque gigantesco. Eligiéronme á mí para ser su portador. Antes de que pudiésemos llegar á Sardes, una tempestad destruyó nuestro barco. El cráter se hundió con él. Sin salvar más que la vida, llegamos á Samos. De regreso á Esparta, fuí acusado por enemigos y envidiosos, de haber vendido el barco y el cráter á unos comerciantes samios. Como no me podian declarar convicto, y de todos modos querian perderme, me condenaron á estar dos dias y dos noches en la argolla. Durante la noche aherrojaron mi pié al poste de ignominia. Antes de amanecer el dia de mi deshonra, mi hermano me trajo clandestinamente una espada. Debia quitarme la vida antes que verme deshonrado. No podia morir porque me habia de vengar de mis enemigos; por esto me corté yo mismo el pié sujetado, y me escondí en las cañas del Eurotas. Mi hermano me trajo clandestinamente de comer y beber. A los dos meses pude andar con esta pierna de palo. Apolon, el que hiere de lejos, se encargó de mi venganza; pues mis adversarios más infames fueron arrebatados por la peste. A pesar de su muerte, no me era permitido volver á casa. Por fin, embarquéme en Gitio para combatir contigo, Kresos, contra los persas. Cuando abordé en Teos, supe que ya no eras rey. El prodigioso Kiros, padre de este hermoso jóven, habia conquistado la poderosa Lidia en pocas semanas, sumiendo en la indigencia al rey más rico de la tierra.

Todos los bebedores contemplaron admirados al grave guerrero. Kresos le apretó la dura diestra, y el jóven Bardiya exclamó:

—A fe, espartano, que quisiera llevarte conmigo á Susa, para poder presentar á mis amigos lo que he visto: al más valiente, al más honrado de todos los hombres.

—Cree, hijo, repuso Aristómajos sonriendo, que todo espartano habria obrado como yo. En nuestra tierra, se necesita más valor para ser cobarde que para ser valiente.

—Y tú, Bardiya, dijo Daríos, el primo del rey de Persia, ¿habrias podido soportar la argolla?

Bardiya se ruborizó, pero claro revelaba su semblante que él tambien preferiria la muerte á la vergüenza.

—¿Y tú, Zópiros? preguntó Daríos dirigiéndose al tercero de los jóvenes persas.

—Yo me mutilaria de puro cariño por vosotros [137], exclamó éste, apretando bajo la mesa las manos de sus dos amigos.

Psamtik miró á los jóvenes héroes con una sonrisa de burla, Kresos, Giges y Amasis con benevolencia, los egipcios se echaban miradas significativas, y el espartano se sonreia satisfecho.

Entonces Ibikos contó lo del oráculo que prometia á Aristómajos el regreso á la patria, al acercarse los hombres de las montañas nevadas, y mencionó la casa hospitalaria de Rodopis.

Psamtik se turbó al oir pronunciar aquel nombre; Kresos manifestó el deseo de conocer á la anciana tracia, de la que Esopo le habia contado tantas cosas, y cuando los convidados ébrios, sin conocimiento los más, abandonaron el salon, el rey destronado, el poeta, el escultor y el héroe espartano, se concertaron para pasar el dia siguiente á Náukratis á disfrutar de la conversacion de Rodopis.

## CAPÍTULO VI.

EL rey Amasis despues del convite, se habia permitido apenas tres horas de descanso nocturno. Como de costumbre, los pajes sacerdotales le despertaron con el primer canto de gallo; llevároнle al baño, ataviáronle con las vestiduras reales y le condujeron al ara del patio del palacio, donde practicó su libacion ante los ojos del pueblo, mientras el supremo sacerdote cantaba en voz alta unas oraciones, enumeraba las virtudes del rey, y para alejar toda censura del soberano, echaba sobre los malos consejeros de éste toda la responsabilidad de los abominables pecados cometidos por ignorancia.

Como todos los dias, los sacerdotes, ensalzando sus virtudes, le estimularon al bien, le leyeron en las sa-

gradas escrituras los hechos y sentencias útiles de los grandes hombres, y le condujeron á sus habitaciones, donde le esperaban cartas y noticias de todos los puntos del reino [138].

Estas ceremonias y horas de trabajo de cada mañana, Amasis solia guardarlas religiosamente, mientras que pasaba el resto del dia segun el antojo del momento, generalmente en alegre compañía [139].

Por esto los sacerdotes le censuraban diciendo que no hacia vida de rey; mas un dia contestó al malcontento sacerdote:

—Mira este arco: si le guardases tirante, pronto perderia su fuerza, mas usándole medio dia y dejándole descansar luego, quedará fuerte y servible hasta que se rompa la cuerda.

Amasis acababa de firmar, otorgando lo pedido, la última carta en que un *nómarjos* [140] solicitaba dinero para varias obras de ribera que habia hecho indispensables la inundacion [141], cuando un paje le comunicó que el príncipe heredero Psamtik rogaba á su padre le concediera unos pocos minutos de audiencia.

Amasis, que, satisfecho de las nuevas favorables llegadas de todas las partes del reino, habia recibido al paje con afabilidad, se puso de repente sério y pensativo. Finalmente, despues de un rato de reflexion, dijo:

—Vé á decir al príncipe que venga.

Psamtik, pálido y hosco como siempre, al pasar los umbrales paternos, se inclinó profunda y respetuosamente.

Amasis le contestó con una seña. Luego preguntó seca y gravemente:

—¿Qué quieres de mí? Mi tiempo es limitado.

—Especialmente para tu hijo, respondió el heredero del trono con los labios convulsos. Siete veces mandé que te pidieran el gran favor que por fin me concedes hoy.

—Nada de reproches. Presumo el motivo de tu venida. Quieres que te saque de dudas acerca de la procedencia de Nitetis.

—No soy curioso, y antes bien llego para avisarte y recordarte que aún vive otro que sabe este secreto.

—¿Fanes?

—Este es. Expulsado de Egipto y de su propio país, saldrá de Náukratis dentro pocos dias. ¿Quién te garantiza que no nos hará traicion con los persas?

—La benevolencia y amistad que he tenido siempre con él.

—Asi pues, ¿crees en la gratitud de los hombres?

—No, pero fio en mi capacidad de juzgarlos. Fanes no nos hará traicion; es mi amigo.

—Tal vez sea *tu* amigo, pero es *mi* enemigo mortal.

—¡Entonces guárdate de él! Yo no tengo nada que temer de su parte.

—Tú no, pero nuestro país si. Ten presente, padre, que aunque yo te sea odioso, como hijo, merezco tu interes porque en mi fia Egipto su porvenir. Hazte cargo de que despues de tu muerte—que los dioses aparten por mucho tiempo,—yo representaré, cual tú ahora, el presente de este honroso país; que mi caida en el porvenir significará lo mismo que la ruina de tu casa, la perdicion de Egipto.

Amasis se puso cada vez más sério mientras el príncipe insistia:

—Debes darme la razon y me la darás. Este Fanes tiene en sus manos el poder de entregar nuestro país á cualquier enemigo extranjero, porque lo conoce tanto como tú y yo; ademas, su pecho guarda un secreto cuya solucion podria hacer de nuestro amigo más poderoso, nuestro más terrible enemigo.

—Te equivocas. Es verdad que Nitetis no es hija mia, mas no deja de ser hija de rey y sabrá ganarse el corazon de su esposo.

—Y aunque fuese hija de un dios, Kambises seria tu enemigo, si llegase á penetrar el secreto. Bien sabes que entre los persas la mentira es el crímen más grande [142], y que se considera ignominioso el dejarse engañar, y tú has engañado al más soberbio, al más poderoso de ellos. ¿Qué podrá hacer una niña sola, inexperta, cuando cien mujeres amaestradas en todas las intrigas pretendan el favor de su soberano?

—¿Hay mejores maestros de elocuencia que el odio y la venganza? preguntó Amasis con voz incisiva. Hijo mentecato, ¿crees tú que he emprendido un negocio tan peligroso, sin pesar maduramente todas las circunstancias? ¿Qué me importa que Fanes refiera hoy mismo á los persas una cosa que no sabe, que puede presumir acaso, pero jamas comprobar? Yo, el padre, y Ladike la madre, debemos saber mejor quién es hijo nuestro. Los dos llamamos hija á Nitetis; ¿quién puede sostener que no lo es? Y si Fanes quiere revelar las debilidades de nuestro pais á otro enemigo que los persas, hágalo en buen hora, á nadie temo. Si quieres inducirme á la pérdida de un hombre á quien tengo mucho que agradecer, de un amigo que me ha servido fielmente diez años, antes que me ofendiera, te digo que lejos de estar dispuesto á perjudicarle, lo estoy á defenderle de tu venganza, cuyo impuro motivo conozco.

—¡Padre mio!

—Tú quisieras perder á este hombre porque te ha impedido apoderarte por la fuerza de la nieta de la tracia Rodopis, porque le he nombrado jefe de la expedicion en tu lugar, cuando te encontraste incapaz. ¿Palideces, eh? En efecto, estoy agradecido á Fanes por haberme dado conocimiento de tus proyectos infames, proporcionándome así ocasion de atraerme cada vez más á los que son apoyo de mi trono, á los que aprecian mucho á Rodopis.

—¡Oh, padre! ¿así puedes llamar á los extranjeros, olvidándote de la antigua gloria de los egipcios? Insúltame cuanto quieras, ya sé que no me amas: ¡pero no digas que necesitamos de los extranjeros para ser grandes! Mira los remotos tiempos de nuestra historia. ¿Cuándo fuimos más grandes? En los tiempos en que cerrábamos las puertas de nuestro país á los extranjeros sin excepcion, en que viviendo sobre nuestros piés, confiados en nuestra propia fuerza, nos gobernábamos segun las antiquísimas leyes de nuestros padres y de nuestros dioses. Aquellos tiempos vieron cómo Ramses el grande [143], con nuestras armas victoriosas, sometió los pueblos más lejanos; aquellos tiempos oyeron cómo todo el mundo llamaba á Egipto el primer país, el país más grande de la tierra. ¿Qué somos ahora? De tu propia boca, de boca del rey oigo llamar «apoyo del reino» á extranjeros, mendigos y aventureros. A tí, el rey, te veo amañar una treta vil, para conseguir la amistad de una estirpe sobre la cual nos fué dado alcanzar grandes victorias antes de llegar los extranjeros al Nilo [144]. Egipto era una reina poderosa y ricamente ataviada; ahora es una ramera compuesta con afeites y cargada de oropel.

—¡Cuidado con la lengua! gritó Amasis dando enojado con el pié en el suelo. Egipto no fué nunca tan floreciente y grande como ahora. Ramses ha llevado nuestras armas á lejanas tierras para conquistar triunfos en sangrientos combates; yo, en cambio, he conseguido que los productos de nuestras manos se lleven á los confines del mundo y nos traigan, en vez de sangre, tesoros y prosperidad. Ramses ha derramado á torrentes la sangre y el sudor de los súbditos para la gloria de su nombre; yo he logrado que en mi país se derrame apenas la sangre, y el sudor tan sólo en trabajos útiles, y que todo ciudadano pueda acabar

su vida con seguridad, feliz, dichoso. A orillas del Nilo elévanse actualmente diez mil [145] poblaciones de importancia ; no hay un palmo de tierra sin cultivo; ningun hijo de egipcio carece de los beneficios del derecho y de la ley ; ningun malhechor puede sustraerse á la vigilancia de la policía.—Si algun enemigo nos ataca, sea en buen hora : ademas de nuestras fortalezas y de los baluartes que nos han dado nuestros dioses [146], las cataratas, el mar y el desierto, tenemos para defendernos, sin contar la casta guerrera egipcia, los mejores soldados que han manejado armas, treinta mil helenos. Tal es el estado de Egipto. El oropel de vanagloria el país lo pagó un dia á Ramses con lágrimas de sangre. El oro genuino de verdadera felicidad y pacífica bienandanza, me lo debe á mí y á mis antecesores, los reyes saíticos.

—Y sin embargo, te declaro, dijo el príncipe, que Egipto es un árbol cuyas raíces está royendo mortal carcoma. Su codicia, el afan por el oro, el boato, el esplendor, han corrompido todos los corazones. El lujo de los extranjeros dió el golpe de muerte á las sencillas costumbres de nuestro pueblo. Por el oro se tiene todo. Frecuentemente se oye cómo egipcios seducidos por los helenos se burlan de los antiguos dioses; la discordia y la rivalidad separan la casta de los sacerdotes de la de los guerreros; diariamente se refieren peleas sangrientas entre soldados helénicos, guerreros egipcios, extranjeros é indígenas ; el pastor y el rebaño se hacen mútua guerra ; una piedra del molino político tritura la otra, hasta que todo el edificio se deshaga en polvo y escombros. Sí, padre : si no hablo hoy, no hablaré jamas, y tengo necesidad de expresar por fin lo que me oprime el corazon. Durante tu lucha con nuestro venerable clero, el mejor puntal del trono, has contemplado tranquilamente cómo la jóven potencia de los persas se abalanzaba dia tras dia

hácia el Occidente, cual mónstruo devorador de naciones que con cada nueva engullida resulta más poderoso y temible. En lugar de socorrer á los lidios y babilonios, como primero querias, ayudaste á los griegos en la construccion de templos para sus dioses mentirosos. Y por fin, cuando toda resistencia parecia imposible, cuando Persia habia sojuzgado la mitad del mundo, y prepotente é indomable podia exigir de todos los reyes cuanto se le antojara, pareció que los inmortales querian tenderte otra vez la mano para la salvacion de Egipto. Kambises pidió tu hija, mas tú, débil en demasía para sacrificar á tu propia hija por el bien general, envias al gran rey una hija supositicia, y blando como eres, perdonas á un extranjero que tiene en su mano la salvacion de tu imperio y lo arruinará, si no se desmorona antes roido por las discordias intestinas.

Hasta aquel momento Amasis, pálido y temblando de ira, habia dejado á su hijo que insultara lo que él más estimaba. Ya no pudo contenerse más, y con voz que resonó en la anchurosa sala como toque de trompa, dijo:

—¿Quieres que te diga á quién deberia sacrificar, si no apreciase más la vida de mis hijos y la conservacion de la dinastía, por mí fundada, que la prosperidad de este país? ¿Quieres, hijo de la mala ventura, grandilocuente y vengativo, conocer al futuro arruinador de este espléndido antiquísimo reino? Pues eres tú, Psamtik; tú, el hombre marcado por los dioses, temido por los hombres; tú cuyo corazon no conoce el amor, ni el pecho la amistad, ni el semblante la sonrisa, ni el alma la compasion! Una maldicion de los dioses te impuso el malhadado genio que te caracteriza y la hostilidad de los inmortales hace terminar en mal cuanto emprendes. Oye ahora pues, una vez ú otra hay que decirlo, lo que mi debilidad paternal te ha callado tanto tiempo. Yo derroqué á mi predecesor

obligándole á darme por esposa á su hermana Tentjeta. Ésta me tomó cariño y prometió regalarme un hijo al año de la boda. En la noche que precedió á tu nacimiento, sentado ante el lecho de mi esposa, me dormí y soñé que tu madre se hallaba acostada á orillas del Nilo y se quejaba de sentir dolores en el pecho. Me incliné sobre ella y ví que un cipres salia de su corazon. El árbol se hacia cada vez más grande, más ancho, más negro; sus raices entre tanto se arrollaron al cuerpo de tu madre hasta ahogarla. Un escalofrío me estremeció, quise huir. De súbito levantóse en Oriente un terrible huracan que derribó al cipres, cayendo al Nilo sus anchas ramas. Entonces el rio cesó de correr, sus aguas se endurecieron, y en vez del rio, tuve delante una momia gigantesca. Las villas ribereñas se contrajeron trasformándose en enormes urnas fúnebres que, como en un sepulcro, rodeaban al inmenso cadáver del Nilo. Entonces desperté, y mandé por los intérpretes de ensueños. Ninguno supo explicar la extraña vision hasta que, por fin, los sacerdotes de Amon líbico me dieron la siguiente interpretacion: Tentjeta ha muerto por el nacimiento de un hijo. A este hombre tétrico y funesto, representa el cipres que mata á su madre. Bajo su reinado un pueblo oriental convertirá el Nilo, es decir los egipcios, en cadáveres, y sus villas en montones de ruinas, que representan las urnas funerarias.

Psamtik estaba inmóvil como una estátua enfrente de su padre, cuando éste continuó:

— Tu madre murió al nacer tú; al rededor de tus sienes crecia pelo rojo, la marca de los hijos de Tifon [147]; te criaste hosco; la desgracia te persiguió, pues te robó una esposa querida y cuatro hijos. Como yo nací bajo el fausto signo de Amon, tú naciste, segun oráculo de los astrólogos, al salir el funesto planeta Seb [148]; tú...

Amasis interrumpió su discurso, pues sollozando con vehemencia, aplastado bajo el peso de la terrible narracion, Psamtik dijo más bien gimiendo que hablando:

—¡Cesa, padre cruel, ó calla por lo menos! Soy el único hijo de Egipto al que el odio de su padre persigue sin culpa.

Amasis contempló al hombre pálido que, ocultando el rostro en los pliegues de su manto, estaba postrado á sus piés. Su arrebatada ira trocóse en lástima. Sintió que habia estado duro en demasía, que con su narracion habia lanzado emponzoñada saeta en el alma de Psamtik, y se acordó de la madre del infeliz, fallecida cuarenta años atras. Por primera vez, desde hacia mucho tiempo, contemplóle con ojos de padre llamado á consolar á aquel hombre, hosco, uraño, refractario á toda manifestacion de cariño, y tan diferente de él en todas sus opiniones. Su tierno corazon se sintió por primera vez dispuesto á enjugar una lágrima de los ojos siempre secos de su hijo, y se apresuró gustoso á aprovechar la ocasion. Inclinóse hácia el desventurado y afligido príncipe, besóle en la frente, le levantó y le dijo con voz suave:

—Dispensa mi arrebato, querido hijo. Las malhadadas frases que te desconsuelan, no salieron del corazon de Amasis, sino de boca de la soberbia. Por muchos años me irritaste con tu frialdad, dureza, rebeldía y retraimiento. Hoy me has ofendido en mis afectos más sagrados, y por esto he sido víctima de un arrebato de cólera que no he podido dominar. Ahora todo debe volver para ambos á su estado normal. Aunque nuestro carácter es harto diferente, lo cual impide que vivamos en verdadera intimidad, obraremos en adelante de comun acuerdo, y nos trataremos con mútua indulgencia.

Psamtik se inclinó en silencio y besó el vestido de su padre.

—No así, repuso éste, bésame en la boca. Así está bien, así conviene entre padre é hijo. En cuanto al ensueño aciago que te conté, no hagas caso de él. Los ensueños son alucinaciones, y áun los que realmente envian los dioses, están sujetos á la errada interpretacion del hombre. Tu mano tiembla todavía, y estás más pálido que tu túnica de lienzo. Te traté con dureza, con más dureza de la que un padre...

—Con más dureza de la que un extraño usaria con otro, interrumpió el príncipe. Me has quebrantado y aplastado; si hasta ahora me mostré poco risueño, de hoy en adelante mi rostro será el espejo de la afliccion.

—No ha de ser así, dijo Amasis poniendo la mano en el hombro de su hijo. Si infiero heridas, poseo tambien el poder de sanarlas. Dime cuál es tu más ardiente deseo, y lo verás realizado.

Centellearon los ojos de Psamtik, se encendieron sus pálidas mejillas, y sin reflexionar un punto, contestó con voz trémula que denunciaba aún la violenta sacudida de su corazon:

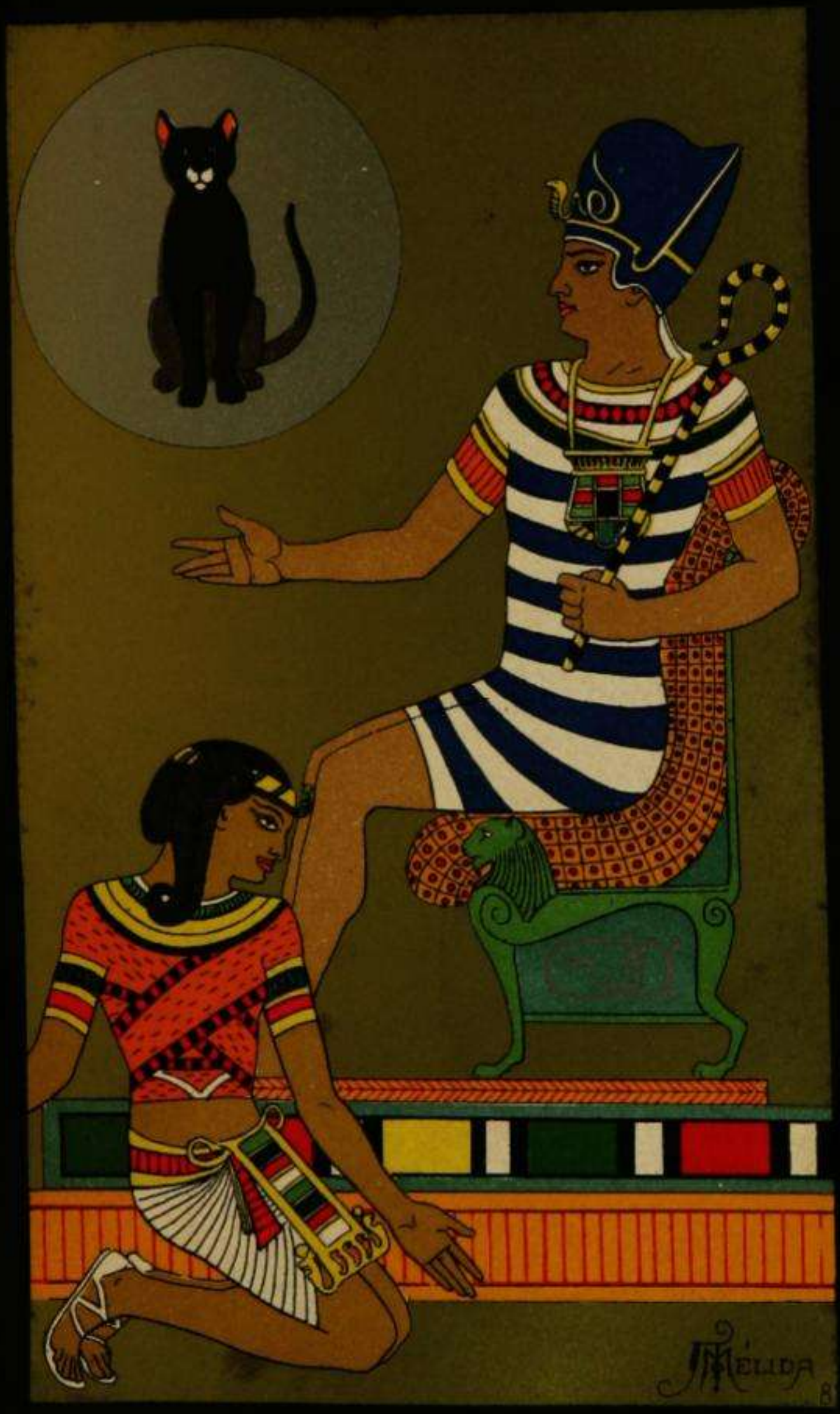
—Entrégame á Fanes mi enemigo.

Quedó perplejo el rey, mas tras breves momentos de reflexion dijo:

—Habré de cumplir lo que pides, pero prefiriria que me hubieses pedido la mitad de mi tesoro. Mil voces en mi interior me dicen que voy á cometer una indignidad que será funesta para mí, para tí, para el reino y para todos. Piénsalo bien, antes de llevarla á cabo, y ten presente que tus proyectos contra Fanes no han de lastimar en lo más mínimo á Rodopis. Tambien debes procurar que la persecucion de mi pobre amigo permanezca en secreto, sobre todo para los griegos. ¿Dónde hallaré otro general, consejero y compañero de mesa como él? Tampoco le veo aún en tu poder, pues has de pensar que si tú eres astuto como buen egipcio, Fanes es listo como buen heleno. Sobre

*Psamtik á los piés de*

*Amasis.*



todo, acuérdate de tu juramento de renunciar á todo designio con respecto á la nieta de Rodopis. Me parece aceptable la compensacion que te ofrezco, porque te conozco bien, y sé que prefieres de mucho la venganza al amor. En cuanto al Egipto, te repito que nunca fué más feliz que ahora. Sostener lo contrario no se le ocurre á nadie, fuera de los malcontentos sacerdotes y de los que hacen eco á sus murmuraciones. Tambien quisieras saber la historia del orígen de mi Nitetis. Óyela pues; tu propio interes te obligará á callar.

Psamtik escuchó atento la relacion de su padre, y cuando éste hubo terminado, dióle las gracias con un fuerte apreton de manos.

—Y ahora vete con Dios, dijo Amasis terminando la conversacion con su hijo. No olvides nada de lo que te dije, y no derrames sangre; te lo suplico especialmente. Sea lo que fuere de Fanes, nada quiero saber; detesto la crueldad y no quisiera tener que aborrecerte, hijo mio. ¡Qué contento pareces! ¡Pobre ateniense! mejor hubiera sido para tí no haber pisado nunca esta tierra.

Cuando Psamtik hubo salido del despacho de su padre, éste continuó por largo rato paseando arriba y abajo. Pesábale haber cedido, y se le figuraba que veia delante de sí á Fanes ensangrentado, junto á la sombra del destronado Hofra. «En efecto podria perdernos;» así trató de disculparse ante el tribunal de su propia conciencia. Luego se desperezó, irguióse altivo, llamó á los criados y abandonó sus habitaciones con la sonrisa en los labios.

¿Era que aquel hombre ligero, el niño mimado de la fortuna, logró bien pronto calmar la agitacion de su alma, ó fué bastante sereno para ocultar la pena que sentia, con una sonrisa?

## CAPÍTULO VII.

Salido del despacho de su padre, Psamtik se fué sin demora al templo de la diosa Neith. En la entrada preguntó por el supremo sacerdote. Los sirvientes del templo le rogaron que aguardase, porque el gran Neithotep se hallaba en aquel momento rezando en el sacratísimo [149] de la sublime Señora del cielo.

Un jóven sacerdote pareció á poco rato, anunciando que su amo esperaba al príncipe.

Psamtik dejó inmediatamente el fresco sitio que ocupaba á la sombra de los plateados pobos del bosque divino, á orillas del estanque [150] consagrado á la gran Neith. Cruzó el pavimento de asfalto del primer antevestíbulo, expuesto á los deslumbrantes rayos del sol

que parecian saetas de fuego, y recorrió una de las largas avenidas de esfinges que conducia hácia los pilones sueltos de la gigantesca casa de la diosa, para atravesar luego la colosal portada principal que como todas las de los templos egipcios estaba adornada con el disco solar de anchas alas [151]. Coronaban las puertas abiertas de par en par, y á ambos lados, construcciones turriformes, esbeltos obeliscos y ondeantes banderas.

El principe pasó el patio, cerrado á derecha y á izquierda por sendos pórticos, y en cuyo centro se hacian sacrificios á la diosa. Toda la fachada del templo propiamente dicho, en forma de talud, se elevaba sobre el anchuroso patio peristilo, cubierta de pinturas é inscripciones. Por el pórtico llegó á una alta antesala, luego entró en el salon grande, de techo azul con mil estrellas de oro, y con cuatro hileras de gigantescas columnas. Los fustes y capiteles en forma de loto, las paredes laterales y los nichos de la inmensa sala, cuanto la vista descubria, en fin, estaba pintado de varios colores y con signos jeroglíficos. Las dimensiones de las columnas eran gigantescas; la sala, altísima é inmensa. Impregnaba el ambiente que respiraba el devoto, el incienso y perfume de kifi y los vapores que salian del laboratorio, una de las dependencias del templo. Suave música, ejecutada por artistas invisibles, sonaba sin parar, interrumpida tan sólo por el sordo mugido de las sagradas vacas de Isis ó los graznidos del gavilan de Horo que moraban en una sala contigua. En cuanto resonaba el mugido de una vaca, prolongado y solemne cual lejano trueno, ó el grito agudo y penetrante de un gavilan, cual rayo que de la tierra se lanza al cielo, los prosternados fieles rozaban la frente con las baldosas del patio rodeado de pórticos. Con tímido respeto dirigian la mirada hácia el interior del templo cerrado para ellos, en cuya

sacratísima capilla de una sola piedra se reunia gran número de sacerdotes, algunos con plumas de avestruz en torno de la luciente calva, y otros con pieles de panteras en los hombros, revestidos de blanco. Murmurando y cantando, ora se inclinaban, ora se erguian blandiendo incensarios y esparciendo agua pura para los dioses con libatorios de oro. En este recinto gigantesco, que sólo podian penetrar los egipcios de muy privilegiada condicion, el hombre debia sentirse muy pequeño. Sólo las impresiones de un mundo externo harto distintas de cuanto le ofrecia la vida ordinaria, solicitaban los ojos, los oidos, hasta los órganos respiratorios, agobiaban el pecho y sacudian los nervios. Arrancado á la vida comun, víctima del vértigo, el hombre piadoso debia buscar allí un apoyo fuera de si mismo. La voz del sacerdote lo indicaba, y la misteriosa música y el clamor de los animales sagrados eran tenidos como manifestaciones de la proximidad del dios.

Tras breve rato, durante el cual el príncipe intentó en vano rezar permaneciendo en la actitud de un devoto en el reclinatorio de oro, bajo y tapizado y de su uso exclusivo, Psamtik se dirigió á la mencionada sala contigua, más pequeña y baja, donde habia las vacas sagradas de Isis-Neith y los gavilanes de Horo. Una cortina de preciosísima tela, recamada de oro, les ocultaba á la vista de los concurrentes al templo, pues sólo raras veces y siempre de lejos, se permitia ver al pueblo aquellos séres adorados.

Cuando acertó á pasar Psamtik, se servia á las vacas tortas reblandecidas en leche, sal y flores de trébol en áureos pesebres, y colocaban en la jaula del gavilan, bellamente labrada, pájaros de varios colores; pero el príncipe no estaba de humor para fijarse en tales cosas que le eran harto conocidas, y subió directamente por una escalera secreta á los aposentos contiguos al

observatorio, donde el supremo sacerdote solia retirarse á descansar despues del servicio divino.

Neithotep, anciano de setenta años, se hallaba en una magnifica sala guarnecida de gruesas alfombras babilónicas y sentado en el cojin de púrpura de una butaca dorada y con los piés en un banquillo artísticamente esculpido.

Tenia en las manos un rollo cubierto de signos jeroglíficos. Detras de él, un niño ahuyentaba los insectos con un abanico de plumas de avestruz.

Grandes arrugas surcaban el rostro del sacerdote, hermoso quizá en su juventud, digno y altivo y de ojos vivos y azules.

Neithotep se habia quitado la peluca, y la lisura de la calva, contrastando con los surcos del rostro, hacia que la frente pareciese extraordinariamente alta, cuando los egipcios suelen tenerla achatada. Extraña impresion, solemne y rara á la vez, producia la sala con sus pinturas, las diferentes estátuas coloridas de la diosa y la nívea blancura de la túnica del sacerdote.

El anciano recibió al príncipe con mucha cordialidad y dijo:

—¿Qué trae mi ilustre hijo al pobre servidor de la deidad?

—Padre mio, he de referirte muchas cosas, respondió Psamtik con sonrisa triunfal. Acabo de ver á Amasis.

—¿Te ha dado, pues, audiencia, por fin?

—Por fin.

—Tu semblante me dice que nuestro señor, tu padre, te ha tratado graciosamente.

—Despues que he sufrido su enojo. Cuando le he expuesto los asuntos que me encargaste, se ha enfadado extraordinariamente, y me abrumó con palabras tremendas.

—Le habrás ofendido. ¿No te has acercado al rey, segun te aconsejé, como hijo suplicante y humilde?

—No, padre, me sentia irritado y de mal humor.

—Entonces, Amasis tuvo razon en enfadarse, porque nunca está bien que un hijo conteste con desabrimiento á un padre, y menos cuando va á dirigirle una súplica. Ya sabes la promision: «Quien honre á su padre vivirá largos años» [152]. Mira, discípulo mio, que pecas siempre en esto; que siempre tratas de conseguir con violencia y enfado lo que fácilmente pudieras obtener con suavidad y dulzura. Las buenas palabras son mucho más eficaces que las malas, y mucho depende del saber hablar. Oye lo que voy á contarte. Largos años há, gobernaba en Egipto el rey Snefrú que residia en Menfis, quien soñó una vez que se le caian los dientes. Mandó luego por un intérprete de sueños y le contó el suyo. El intérprete contestó al instante: «¡Oh, rey desdichado! Todos tus parientes morirán antes que tú.» Snefrú se enfadó, mandó azotar al mensajero de desgracias, y llamó á otro vate. Este explica el sueño de esta manera: «¡Oh, gran rey! Bendito sea tu nombre, pues vivirás más que todos tus parientes.» El rey oyó tales palabras y recompensó á este segundo intérprete, pues áun cuando en el fondo dijo lo mismo que el primero, al menos habia sabido revestir su vaticinio de una forma agradable. ¿Entiendes la moraleja de mi cuento? Pues bien; procura en adelante que sea agradable la forma de tu discurso, porque siempre y especialmente para un soberano, importa tanto el *cómo* se habla, cuanto el *qué* se dice.

—¡Oh, padre! ¡Cuántas veces me diste este consejo! Yo mismo he comprendido con frecuencia que me perjudicaban mis palabras duras y mis modales desabridos; mas no puedo cambiar mi modo de ser... ¡me es imposible!

—Di mejor que no quieres, pues el que realmente es hombre, no reincide cuando se arrepintió una vez;

pero basta de consejos. Cuéntame cómo has aplacado el enojo de Amasis.

—Conoces á mi padre. Cuando vió que sus tremendas palabras me habian herido en lo más íntimo del alma, le pesó haberse encolerizado. Sintió que habia cargado la mano en demasía, y quiso á todo trance compensar su dureza.

—Es generoso, pero está ofuscado, tiene perturbado el juicio, exclamó el sacerdote. ¿Qué no podria ser para Egipto Amasis, si atendiera nuestros consejos y los mandamientos de los dioses?

—Enternecido como estaba me concedió por fin... ¿oyes, padre?... me concedió la vida de Fanes.

—¡Cómo brillan tus ojos! Esto no está bien, Psamtik. El ateniense debe morir porque ofendió á los dioses; mas el juez aunque riguroso, lejos de alegrarse, ha de sentir la desgracia del culpable. Y ahora dime: ¿qué alcanzaste más?

—El rey me indicó la familia á que pertenece Nitetis.

—¿Nada más?

—No, padre; ¿pero no ardes en deseos de saber...

—La curiosidad es vicio de mujer; por lo demas, hace mucho tiempo que sé lo que puedes contarme.

—Pero ayer me encargaste con tanta insistencia que sonsacara á mi padre...

—Lo hice para profundizar tu alma, para probar si eres obediente á los mandatos de la deidad, y sigues el solo camino que puede hacerte digno de ser iniciado en el grado más alto del saber. Veo que nos comunicas fielmente lo que sabes, y que practicas la primera virtud del sacerdote; la obediencia.

—¿Conoces, pues, al padre de Nitetis?

—Yo mismo he pronunciado la oracion en la tumba del rey Hofra.

—Pero ¿quién te ha revelado este secreto?

—Los astros eternos, hijo mio, y mi arte de leer en el libro del cielo.

—Y esos astros ¿no engañan nunca?

—Nunca, al inteligente.

Psamtik palideció. El ensueño de su padre y su terrible horóscopo se ofrecieron á su imaginacion como horripilantes fantasmas. El sacerdote notó al momento cómo se alteraron las facciones del príncipe, y díjole con dulzura:

—Piensas en los aciagos signos celestes de tu nacimiento, y te crees perdido y sin consuelo, Psamtik; mas los astrólogos no observaron entonces cierta constelacion, que no pasó inadvertida para mí. Tu horóscopo era malo, pésimo, pero aún puede tomar cierto giro favorable, puede...

—¡Oh, habla, padre, habla!...

—Debe tomar un giro favorable, si tú olvidando lo demas, vives únicamente para los dioses y prestas obediencia absoluta á su voz, que sólo nosotros oimos en el santuario.

—Padre, obedeceré tus más ligeras indicaciones.

—Así lo quiera la señora de Sais, la gran Neith, dijo el sacerdote con voz solemne. Y ahora, hijo mio, prosiguió con afabilidad, déjame solo; estoy fatigado del mucho rezar y del peso de los años. Si es posible, retarda la muerte de Fanes; quisiera hablarle antes que muera. Otra cosa. Ayer entró aquí una partida de etíopes. Esas gentes no entienden el egipcio ni el griego. Guiados por un hombre fiel, que conozca al ateniense y la localidad, serán muy á propósito para quitar de enmedio al condenado, porque su ignorancia del idioma y de las condiciones hará imposible la traicion y la charla. Antes de partir para Náukratis, no deben saber nada del objeto de su viaje; cuando el hecho esté cumplido, los trasladaremos otra vez á Kush. Un secreto, tenlo presente, cuando lo sabe más de uno, ya está medio divulgado. Adios.

Psamtik salió de los aposentos del anciano. Pocos

momentos despues, entró un jóven sacerdote, uno de los servidores del rey, y preguntó al viejo:

—¿He observado bien, padre?

—Perfectamente, hijo: no te ha escapado nada de lo que Amasis dijo á Psamtik. Que Isis [153] conserve tu vida.

—¡Ah, padre! hoy un sordo habria podido oirlo todo en la antesala, porque el rey mugia como un toro.

—La gran Neith ha castigado su imprudencia; pero á tí te recomiendo que hables con más respeto del faraon. Ahora véte y avísame inmediatamente si á Amasis se le ocurriera frustrar el plan contra Fanes. Me encontrarás en casa sin falta. Manda á los criados que no admitan visita alguna, y digan que estoy rezando en el santuario... ¡Que el Inefable guarde tus pasos!

Mientras Psamtik hacia todos los preparativos para la captura de Fanes, Kresos entró con sus compañeros en una nave real para ir á Náukratis y pasar la velada en casa de Rodopis.

Su hijo Giges y los tres jóvenes persas quedaron en Sais, que les gustaba extraordinariamente.

Amasis les colmaba de obsequios, permitiéndoles, segun uso egipcio, el relacionarse con su esposa y con las llamadas gemelas; enseñó á Giges el juego de damas [154], y estaba en extremo ocurrente y de buen humor, mirando cómo los ágiles y robustos jóvenes héroes tomaron parte, con sus hijas, en los juegos de pelota y aros, diversion favorita de las niñas egipcias [155].

—A fe, dijo Bardiya, cuando Nitetis acertó á recoger por centésima vez con su delgada varilla de marfil el delicado aro que adornaban cintas de varios colores, á fe que hemos de introducir este juego en nuestro país. Nosotros los persas, no somos como

vosotros los egipcios. Lo nuevo y extraño nos es tan acepto como odioso á vosotros. Hablaré de esto á mi madre Kasandana, que permitirá sin duda con gusto que las mujeres de mi hermano se deleiten con ese juego.

—¡Oh, sí! hazlo, dijo la rubia Tajot encendida de rubor. Entonces Nitetis jugará tambien y se figurará que aún está en su país y entre los suyos: y tú, Bardiya, añadió en voz baja, acuérdate de esta hora cuantas veces veas los aros.

El jóven persa contestó sonriendo:

—No lo olvidaré jamas.

Luego dijo en voz alta á su futura cuñada:

—No temas, Nitetis, ha de gustarte nuestro país más de lo que te figuras. Nosotros los asiáticos sabemos honrar á la belleza; lo demostramos con el solo hecho de tomar muchas mujeres.

Nitetis suspiró, y Ladike, la esposa del rey, dijo:

—Con lo cual demostrais precisamente que no sabeis apreciar el carácter de la mujer. Tú no sospechas, Bardiya, lo que ella siente cuando ve que el hombre á quien ama más que á su vida, á quien quisiera entregar completamente y sin reserva cuanto le es caro y sagrado, la mira como un lindo juguete, un hermoso caballo, un artístico krater. Mil veces más doloroso aún es para ella, compartir con cien otras el amor que pudiera poseer exclusivamente.

—Héte aquí á la celosa, dijo Amasis. ¿No es verdad que habla como si hubiese tenido ocasion de quejarse de mi fidelidad?

—Eso no, esposo mio, repuso Ladike; en esto los egipcios sois preferibles á los demas hombres, pues fieles y constantes, os contentais con aquello á que una vez habeis cobrado cariño. Hasta me atrevo á sostener que no hay esposa más feliz que la de un egipcio [156]. Los mismos griegos que saben sin duda embellecer la

vida más ricamente que los egipcios, no aprecian la mujer como debe ser apreciada. Encerradas en sus tétricos aposentos y obligadas por sus madres ó mayordomos á trabajar en el telar ó con el huso, las más de las jóvenes helénicas pasan tristemente la niñez para ir á parar luego, cuando adultas, á la tranquila casa de un esposo desconocido, que ocupado en sus negocios ó en la política, rara vez puede visitar á sus mujeres. Sólo cuando los parientes más cercanos y los amigos íntimos se reunen con el marido (y aún entonces con mucho recato y timidez) puede la mujer participar de la compañía de los hombres y oir lo que pasa en el mundo y aprender algo. ¡Ay! tambien nosotras tenemos deseos de saber, y precisamente á nuestro sexo no deberian negarse ciertos conocimientos, para que cuando madres, pudiéramos ser las maestras de nuestros hijos. ¿Qué si no ignorancia puede dar á sus hijas una madre helénica sin ciencia y sin experiencia? Asi ocurre que al griego rara vez le satisface su propia esposa, muy inferior á él en talento, y por esto frecuenta las casas de aquellas heteras que en continuo trato con el otro sexo, se apropian todo el saber de los hombres y saben aderezarlo con las flores de la gracia femenina y la sal de su ingenio más fino y más delicado. En Egipto no sucede lo mismo. Aquí se permite á las niñas adultas el libre trato social con los mejores de los hombres. En las frecuentes fiestas, los jóvenes de ambos sexos aprenden á conocerse y á amarse. La mujer es amiga, no esclava del marido; completa á éste. En las cuestiones graves decide el más fuerte, y los pequeños cuidados de la vida se dejan á la mujer, grande en lo pequeño. Las hijas se crian bajo excelente tutela, porque la madre no carece de saber ni de experiencia. Así á la mujer le es más fácil la virtud doméstica, porque con ella, con su genio casero, hace la felicidad de quien á ella sola

pertenece, y se gloria de ser su alhaja más preciada. El caso es que las mujeres no hacemos más que lo que nos gusta, y los egipcios entienden el arte de llevarnos de manera que sólo nos guste lo bueno. Aquí á orillas del Nilo, Jakílides de Mileto é Hiponax de Efeso no hubieran osado jamas entonar sus canciones infamatorias para nuestro sexo; aquí jamas hubiera podido inventarse el cuento de la Pandora [157].

—¡Qué bien hablas! dijo Bardiya. Mucho me costó aprender el griego, mas ahora me rogocijo de no haberlo abandonado y de aprovechar la enseñanza de Kresos.

—Pero ¿quiénes son esos pícaros que se permiten hablar mal de las mujeres? preguntó Darios.

—Un par de poetas griegos, contestó Amasis, los hombres más osados que se hayan visto; pues antes me atreviera yo á zaherir á una leona que á una mujer. Pero es lo cierto que esos griegos no le temen á nada. Oid sino una muestra de la poesía de Hiponax: «Solo dos dias hay en que la mujer te regocijará: el dia de la boda y el dia que la entierran.»

—Cesa, cesa, ¡mala lengua! dijo Ladike tapándose los oidos. ¿Veis, persas? este es el genio de Amasis. En cuanto puede bromear y hostigar á alguno, lo hace aunque sea de la misma opinion que el zaherido. No hay mejor marido que él...

—Ni peor mujer que tú, dijo Amasis riéndose, pues levantas contra mí la sospecha de ser un marido harto sumiso. Con Dios, hijos; los jóvenes héroes han de ver aún nuestra Sais; mas antes les quiero repetir lo que canta el malicioso Simónides de la mujer superior:

«Una empero procede de la abeja. Feliz aquel
«Que á ésta recibe; pues ella sólo es intachable.
«Por ella florece y se acrecenta su patrimonio;
«Ella envejece amorosa con el amoroso esposo,
«Y de ella nace una generacion hermosa y digna.

«Sobre todas las mujeres, brilla con magnificencia,
«Pues la rodea el dulce hechizo de una diosa.
«Nunca le place estar sentada entre las mujeres
«Que sólo hablan de amoríos.
«Así son las mejores y las más cuerdas
«Que Zeus concede gracioso á los hombres en posesion.» [158]

Así es tambien mi Ladike. Adios.

—Aún no, exclamó Bardiya. Primero he de justificar á nuestra pobre Persia, para infundir nuevo ánimo á mi futura cuñada. Mas no, Daríos, habla tú por mí, pues posees el arte de la elocuencia, como el de la guerra y el cálculo.

—¿De modo que me presentas aquí como charlatan y mercader [159]? contestó el hijo de Hidaspes. Pero sea; hace rato que ardo en deseos de defender á mi país. Sabe pues, Ladike, que tu hija no será en manera alguna la esclava, sino la amiga de nuestro rey, si Auramazda [160] encamina su corazon al bien; sabe que en Persia, aunque sólo en las grandes festividades, tambien las mujeres del rey se sientan á la mesa con los hombres, y estamos acostumbrados á tributar el mayor respeto á nuestras esposas y madres. Atended sino y decidme si los egipcios podriais regalar á vuestras esposas una dádiva mejor de la que regaló aquel rey de Babilon, casado con una persa. Esta, acostumbrada á los montes de su patria, no se sintió feliz en la anchurosa llanura del Eufrates y enfermó de nostalgia. ¿Qué hizo el rey? mandó construir un edificio gigantesco sobre altísimas arcadas, y formar en su cúspide una montaña de tierra fértil, y en ella plantó las más hermosas flores y árboles, regándolos por medio de un mecanismo ingenioso de bombas. Cuando estuvo acabada la obra, llevó allá á su esposa persa, y le hizo regalo de la montaña artificial, desde la que podia contemplar la llanura como de lo alto del Rajmed [161].

—¿Y la persa sanó? preguntó Nitetis bajando los ojos.

—Sanó y se puso alegre, como ha de ocurrirte á tí, que en poco tiempo te sentirás bien y muy dichosa en nuestro país.

Ladike preguntó con amable sonrisa:

—¿Qué contribuyó más á la curacion de la jóven reina, la montaña artificial, ó el amor del esposo que erigió semejante obra para contentarla?

—El amor del esposo, gritaron las niñas.

—Pero Nitetis no despreciará tampoco la montaña, aseguró Bardiya. Yo procuraré que habite en los pensiles siempre que la corte vaya á Babilon.

—Ahora seguidme, dijo Amasis, porque si no, habreis de visitar la ciudad á oscuras. Hace más de una hora que me esperan allí dos escribas. ¡Eh, Sajons! Dí al capitan de guardia que acompañe á los ilustres huéspedes con cien hombres.

—¿Para qué tantos? un guia, acaso un teniente griego, bastaria.

—Más vale así, jóvenes. Para los extranjeros ninguna precaucion está de más en Egipto. Tenedlo presente; y sobre todo cuidado con mofarse de los animales sagrados. Adios, jóvenes héroes; hasta la vista. Hasta la noche, al rededor del alegre krater.

Guiados por un intérprete griego, el cual, criado en Egipto, hablaba las dos lenguas con igual facilidad [162], los persas salieron del palacio.

Las calles de Sais inmediatas á él, ofrecian un aspecto agradable. Las casas, algunas de las cuales tenian hasta cinco pisos, aunque construidas con simples ladrillos de barro del Nilo, solian estar cubiertas de jeroglíficos y pinturas. Unas galerías con balaustrada de madera esculpida y de varios colores, sostenidas por columnas pintadas tambien, rodeaban las paredes que daban al patio. En las puertas de entrada, nunca abiertas, leíanse el nombre y la casta del propietario [165]. Ornaban las azoteas, flores y arbustos; era

uso entre los egipcios pasar allí la velada cuando no preferian subir á la torre mosquitera que casi todas las casas tenian. Como los insectos que cria el Nilo vuelan bastante bajo, y sólo es fácil librarse de ellos en lo alto de las torres [164], de aquí la construccion de aquellas atalayas.

Gustóles á los jóvenes persas la mucha limpieza, quizá extremada, de casas y calles. Las placas y aldabas de las puertas relucian con el sol; las pinturas de las paredes, galerías y columnas, parecian siempre flamantes, y el empedrado de las calles [165], baldeado poco há. Mas conforme se alejaban los visitantes del Nilo y del palacio, iban siendo menos vistosas las callejas de la ciudad, situadas en las laderas de un cerro de mediana elevacion. En breve tiempo se habia convertido de pueblo insignificante, que era cuando dos siglos y medio atras se trasladaron á ella los faraones, en ciudad populosa y bastante grande.

En todo el lado que daba sobre el Nilo, las calles eran hermosas y espléndidas, pero en la pendiente opuesta todo era miserables chozas fabricadas con barro del Nilo y acacias, entre las cuales sólo rara vez se veia una casa mejor. Al Noroeste elevábase el fuerte castillo del rey [166].

—Volvámonos, dijo Giges, el hijo de Kresos, á sus compañeros más jóvenes á quienes habia de dirigir y guardar en ausencia de su padre; pues vió que la multitud de curiosos que les seguia, iba creciendo á cada paso.

—Como quieras, respondió el intérprete. Allá abajo en el valle, al pié de esa colina está la necrópolis de los Saítas, que me parece digna de ser visitada por los forasteros.

— Adelante pues, exclamó Bardiya; que sólo el deseo de ver lo notable del extranjero, nos llevó á acompañar á Prexaspes.

Cerca ya de la necrópolis y cuando llegaban á una plaza rodeada de las barracas de los artesanos [167], oyeron que la turba que les seguia vociferaba atrozmente. Chillaban los niños, gritaban las mujeres, y una voz más recia que las otras exclamó:

—Venid acá, al vestíbulo del templo, á ver lo que hace el gran hechicero que llegó del oasis del Oeste líbico, provisto de todas las virtudes mágicas con que le dotaron la gran diosa Hekt y Junsú, el de los buenos consejos [168].

—Seguidme á ese templo, dijo el intérprete, y vereis luego un espectáculo curioso.

Diciendo esto se abrió paso á traves de la muchedumbre, ora empujando á un niño desnudo, ora apartando á una mujer amarillenta y volvió á poco rato con un sacerdote que condujo á los extranjeros al vestíbulo del templo. Aquí otro hombre con las vestiduras sacerdotales estaba en pié entre varios cofres y cajas y dos mozos á su lado de rodillas.

El libio, hombre altísimo, de miembros flexibles y penetrantes ojos negros, tenia en la mano un instrumento de viento á modo de clarinete. Ceñian su pecho y brazos retorciendose, varias serpientes de las conocidas en Egipto por ponzoñosas.

Cuando estuvo delante de los persas se inclinó, hizo un gesto solemne para llamar la atencion, y quitándose la túnica blanca, empezó á ejecutar varios juegos con sus víboras.

Se hacia morder por ellas hasta manar sangre de sus mejillas, las obligaba con el extraño acento del clarinete á que se irguieran y movieran como si bailasen, les escupia en la boca, y quedaban al punto inmóviles como palos. Luego las echó al suelo para ejecutar en medio de ellas, sin que tocara á ninguna, una danza velocísima. Retorcia y encorvaba los ágiles miembros el hechicero, como un energúmeno, hasta

que le salian los ojos de la cabeza, y sacaba espumarajos de sangre por la boca.

De repente cayó al suelo sin sentido é inerte. Sólo los labios se movian y dejaban escapar un silbido, á cuya señal las serpientes se arrimaron á él y se enroscaron á su cuello, brazos y piernas, como anillos vivos. Finalmente se levantó, cantando unos versos en loor del maravilloso poder de la deidad que para su propia gloria le hizo encantador.

Despues de esto, abrió una de las cajas y metió en ellas las más de las serpientes. Sólo algunas, probablemente sus favoritas, conservó puestas á guisa de collares y brazaletes.

Como segunda parte de la funcion, ejecutó varios juegos de manos bien presentados. Engullia lino inflamado; bailaba, sosteniendo de punta en equilibrio sobre las órbitas, unas espadas; sacaba largas cuerdas y cintas de las narices de los niños, con otros juegos malabares ya conocidos, y llevando á su colmo el asombro de los espectadores cuando sacó de cinco huevos de avestruz sendos conejillos vivos.

No eran los persas los que le miraban con menos complacencia; lejos de ello, el nunca visto espectáculo les causó vivísima emocion. Parecíales hallarse en el reino de los milagros y creian haber visto las más inauditas rarezas del Egipto.

Llegaron silenciosos de vuelta, á las calles más lindas, sin notar que muchos egipcios que les rodeaban carecian quién de una mano, quién de nariz ú orejas. Tales mutilaciones no habian de sorprender por lo desusado á los asiáticos, puesto que tambien entre ellos se castigan de aquel modo los delitos. A haberse informado antes, hubiéranles dicho que en Egipto, el hombre privado de una mano era un falsario convicto; la mujer sin nariz, una adúltera; la persona sin lengua, un traidor ó calumniador; el individuo sin

orejas, un espía; y aquella infeliz, pálida y demente, una infanticida que en castigo de su crímen se la obligaba á tener en brazos el cadáver de su hijo por tres dias y tres noches consecutivas. ¿Qué mujer podia conservar el juicio despues de tantas horas de martirio [169]?

Muchas de las leyes penales de los egipcios tenian por objeto no solamente castigar el crímen, sino tambien hacer imposible la repeticion del delito al mismo criminal.

El cortejo se detuvo, porque un gran gentio se habia agolpado delante de una de las más lindas casas en la calle que conducia al templo de Neith, y cuyas pocas ventanas (las más daban al patio y al jardin) tenian cerrados los postigos.

En la puerta de la calle estaba gritando un viejo, vestido con la sencilla túnica blanca de sirviente sacerdotal, que queria impedir á algunos de sus compañeros de profesion que sacasen de la casa una caja grande.

—¿Quién os permite robar á mi amo? exclamó con ademan furioso. Soy el guardian de esta casa, y mi amo, cuando fué enviado por el rey á Persia que los dioses confundan, me mandó que guardase con especial cuidado esta caja que contiene sus manuscritos.

—Tranquilízate, viejo Hib, dijo el sirviente del templo (al que hemos conocido al describir la llegada de la embajada persa), el supremo sacerdote de la gran Neith, el amo de tu amo, nos ha mandado aquí. Debe de haber escritos raros en esta caja, de lo contrario Neithotep no nos hubiera honrado con el encargo de llevarsela.

—Mas yo no toleraré que se robe la propiedad de mi amo, el gran médico Nebenjari, gritó el viejo. Sabré defender mi derecho, y si necesario fuese, iria hasta al rey.

—¡Alto aquí! gritó el servidor del templo. Así va bien; daos prisa con la caja y llevadla en seguida á casa del supremo sacerdote; y tú, vejete, harias mejor en callar y tener presente que tambien eres servidor de mi amo, el supremo sacerdote. Entra en tu casa, sino te llevaremos mañana á tí, como hoy esta caja.

Diciendo esto, cerró de golpe la pesada puerta con tanta vehemencia, que el anciano se cayó en el vestíbulo, sustraido á las miradas de la multitud.

Los persas habian estado mirando la extraña escena que les explicó su intérprete.

Zópiros se rió cuando supo que el propietario de la caja confiscada era el oculista que se hallaba en Persia para curar el mal de ojos de la madre del rey y que, por su carácter grave y desabrido, se habia hecho poco popular en la corte de Kambises.

Bardiya queria preguntar á Amasis qué significaba aquel robo particular, pero Giges le suplicó que no se metiera en cosas que nada le importaban.

Cuando hubieron llegado frente al palacio, pues la oscuridad, que en Egipto viene casi de repente, empezaba ya á esparcirse sobre la tierra, Giges se sintió cogido de la capa por un hombre desconocido, volvió el rostro y vió que el hombre, poniendo el dedo en los labios, le hacia seña de callarse.

—¿Cuándo podré hablarte á solas y sin que me vean? preguntó en voz baja al hijo de Kresos.

—¿Qué quieres de mí?

—No preguntes y contesta pronto. Por Mitra [170], tengo cosas importantes que revelarte.

—¿Hablas persa? ¿No eres, pues, egipcio, como tu vestido hace presumir?

—Soy persa; pero contesta en seguida, antes que se descubra nuestra conversacion. ¿Cuándo podré hablarte detenidamente?

—Mañana por la mañana.

—Será tarde.

—Vamos pues, dentro de un cuarto de hora, cuando haya acabado de oscurecer, en este portal de palacio.

—Te esperaré.

Dichas estas palabras, el hombre desapareció. Llegado al palacio, Giges se separó de Bardiya y Zópiros, metió su espada en el cinto y suplicó á Darios hiciera lo mismo y siguiera, y pronto se halló delante del desconocido, en la oscuridad de la noche, cerca del gran pórtico del palacio.

—Alabado sea Auramazda porque has venido, dijo el desconocido persa al jóven lidio. Mas ¿ quién es tu compañero ?

—Mi amigo, un ajemenida [171]; Darios, hijo de Histaspes.

El desconocido hizo una profunda reverencia y dijo:

—Bien: temia que no hubiera venido contigo algun egipcio.

—No; estamos solos y queremos escucharte. ¿Quién eres y qué quieres ?

—Me llamo Bubares, y fuí un pobre capitan bajo el gran Kiros. Cuando hubimos tomado Sardes, la capital de tu padre, nos fué permitido al principio el saqueo ; mas luego tu sabio padre suplicó á Kiros que mandara cesar el pillaje, porque ya se hacia saquear á sí mismo, no á él, que era el propietario anterior [172]. Entonces se mandó que, bajo pena de muerte, todo lo robado se entregara á los capitanes, quienes quedaban encargados de reunir en la plaza todas las alhajas que recibieran. Allí se acumularon á montones vasijas de oro y plata, alhajas de mujeres y hombres, piedras preciosas...

—¡ Aprisa, aprisa, tenemos poco tiempo ! interrumpió Giges.

—Tienes razon: seré más conciso. Yo incurrí en la

pena, guardando para mi una caja para ungüentos llena de joyas procedente del palacio. Kiros queria condenarme, mas Kresos intervino en mi favor, salvándome la vida. Dejóme aquel en libertad, pero me declaró deshonrado. De este modo debo mi vida á tu padre; pero no pude quedarme en Persia. La deshonra era una carga demasiado pesada para mí. Un barco me llevó de Esmirna á Chipre. Allí me enganché otra vez, aprendí el griego y el egipcio, peleé contra Amasis, fuí hecho prisionero por Fanes y llevado aquí. Habiendo servido siempre como jinete, me agregaron á los esclavos que cuidan de los caballos del rey. Me distinguí, y al cabo de seis años me hicieron inspector de caballerizas. Nunca he olvidado á tu padre ni la gratitud que le debo. Ahora me toca á mí hacerle bien á él.

—¿Se trata de mi padre? Pues habla, dí, explícate.

—En seguida. ¿Ha ofendido Kresos al príncipe Psamtik?

—No, que yo sepa.

—Tu padre estará esta noche en casa de Rodopis en Náukratis.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oido de su propia boca; pues esta mañana le he seguido hasta la barca para echarme á sus piés.

—¿Has alcanzado tu objeto?

—Sí. Me dirigió unas pocas palabras de amabilidad, pero no podia escucharme mucho tiempo, porque sus compañeros habian ya ocupado sus asientos cuando él llegó. Con la prisa que llevaba, su esclavo Sandon, á quien conozco, pudo aún decirme que iban á Náukratis, para hacer una visita á la mujer helénica á la que llaman Rodopis.

—Dijo la verdad.

—Entonces urge salvarlo. Cuando la plaza estaba llena [173], diez carros y dos barcos con guerreros etío-

pes, bajo el mando de un capitan egipcio, han ido secretamente á Náukratis para cercar, durante la noche, la casa de Rodopis y prender á sus huéspedes.

—¡Oh, traicion! exclamó Giges.

—Pero ¿qué podrán intentar contra tu padre? preguntó Daríos. Bien saben que la venganza de Kambises...

—No sé nada más, repitió Bubares, sino que la casa de campo de Rodopis, en la que se halla tambien tu padre, será cercada esta noche por soldados etíopes. Yo mismo he dirigido el enganche de los carros y oido muy bien que el porta-abanico del príncipe heredero dijo al capitan Penteur: «Atiende y mira, manda cercar la casa de Rodopis para que no escape por la puerta trasera. Perdonad su vida si es posible y matadle solamente si opone resistencia. Si le traeis vivo á Sais, recibireis veinte aros de oro [174].

—¿Podria realmente referirse á mi padre?

—¡Ca! contestó Daríos.

—No sé, murmuró Bubares; en este país todo es posible.

—¿Cuanto tiempo necesita un corcel veloz para llegar á Náukratis?

—Tres horas si lo soporta y el Nilo no cubre demasiado la carretera.

—En dos estaré allí.

—Te acompañaré en la cabalgata, dijo Daríos.

—No, tú debes quedarte aquí con Zópiros para amparar á Bardiya. Di á nuestros criados que estén preparados.

—Pero, Giges...

—Tú te quedas y me disculpas con Amasis, diciéndole que á causa de un dolor de cabeza ó de estómago ó de muelas, no puedo tomar parte en el convite, ¿lo entiendes? Yo tomaré el caballo níseo de Bardiya; tú, Bubares, me seguirás en el de Daríos; ¿ya me lo prestarás, hermano?

—Diez mil que tuviera, serian tuyos.

—¿Conoces el camino de Náukratis, Bubares?

—¡Como mis ojos!

—Pues vé, Darios, y manda que preparen tu caballo y el de Bardiya. Toda tardanza seria criminal. ¡Adios, Darios, tal vez para siempre! Ampara á Bardiya, adios.

## CAPÍTULO VIII.

DOs horas antes de media noche, rumores de alegría y rayos de clara luz salian afuera por las ventanas abiertas de la casa de Rodopis.

En honor de Kresos, la mesa de la anciana estaba adornada con una riqueza especial.

Reclinados en los divanes, coronados con ramos de pobo y de rosas, estaban los consabidos huéspedes de Rodopis: Teodoros, Ibikos, Fanes, Aristómajos, el comerciante Teopompos de Milesio, Kresos y varios otros.

—Pues sí; este Egipto, dijo Teodoros el escultor, me hace el efecto de una niña que tiene un zapato de oro que no quiere quitarse por más que le apriete y le duela, aunque tenga delante sandalias hermosas y cómodas que bastaria calzar para poderse mover en seguida con libertad y soltura.

—¿Te refieres á la obstinacion con que los egipcios conservan sus tradicionales formalidades y costumbres? preguntó Kresos.

—Ciertamente, contestó el estatuario; dos siglos há, Egipto era aún, sin duda alguna, el primer país del mundo. Su arte y su ciencia superaban á cuanto nosotros podíamos presentar. Nosotros vimos sus obras, las perfeccionamos, dimos soltura y belleza á sus rígidas formas, sin atenernos á ninguna medida determinada, y tomando la naturaleza por modelo, con lo que hemos dejado atras al maestro. ¿Cómo era posible conseguirlo? Sencillamente, porque el maestro, ligado por leyes inexorables, hubo de quedar parado en el antiguo punto, mientras que nosotros pudimos seguir adelante por el ancho estadio del arte segun la capacidad y gusto de cada uno.

—¿Mas cómo es posible obligar al artista á que observe la uniformidad en sus obras cuando estas han de representar cosas diferentes?

—En este caso es fácil la explicacion. Los egipcios dividen todo el cuerpo humano en 21 $^{1}/_{4}$ partes [175], y conforme con esta division miden las proporciones de los diferentes miembros. Se atienen á estos números, sacrificándoles las exigencias superiores del arte. Yo mismo he propuesto á Amasis, en presencia del primer estatuario egipcio, un sacerdote de Tebas, la apuesta de escribir á mi hermano Telekles de Efeso dándole, á modo egipcio, la altura, las proporciones y la posicion para hacer en su compañia una estátua que habrá de parecer trabajada por una sola mano y de una sola pieza, aunque Telekles haya esculpido la parte inferior en Efeso, mientras que yo estoy dispuesto á hacer la parte superior en Sais, bajo los ojos de Amasis.

—¿Y ganarias la apuesta?

—Sin duda alguna. Ya me dispongo á este esfuerzo

de habilidad. Obra de arte, sin duda que no ha de resultar, pero tampoco merece este nombre ninguna estatua egipcia.

—Sin embargo, algunas obras plásticas, por ejemplo, las que Amasis está enviando ahora á Samos, como regalo á Polikrates, fueron trabajadas con mucha perfeccion. En Menfis ví una estátua que cuenta, segun dicen, unos tres mil años y representa á un rey que construyó una de las grandes pirámides; me pareció admirable bajo todos conceptos. ¡Con qué seguridad está labrada la durísima piedra! ¡Qué limpieza en la ejecucion de la musculatura, sobre todo la del pecho, piernas y piés! ¡Cuánta inteligencia revela en todas sus partes esta ejecucion! Su firmeza en el diseño de los contornos, y tal perfeccion y armonía en las facciones del rostro, se halla tambien en otras estátuas.

—Cierto; en lo manual del arte, y en labrar los materiales más duros, los egipcios nos aventajan todavía á pesar de su estancamiento de siglos. No hay estátua griega pulimentada con tal esmero como el monumento de Amasis en el patio del palacio. Mas la gracia de las formas, el genio prometéico que infunde el alma á la piedra, no será nunca patrimonio de los egipcios, mientras no dejen su viejo formalismo. Con las proporciones no se consigue la representacion de la vida espiritual, ni siquiera la graciosa variedad del cuerpo humano. Mirad sino el sinnúmero de estátuas que, desde Náukratis hasta las cataratas del Nilo, han ido colocando en largas hileras cerca de los palacios y templos, de tres mil años á esta parte. Todas representan hombres sérios, pero afables y de mediana edad, y sin embargo, una es la efigie de un anciano, otra eterniza la memoria de un rey mozo [176]. Guerreros y pacíficos legisladores, tiranos y reyes humanitarios, todos se presentan á poca diferencia con el mismo aspecto si

no se distinguen por el grandor, cualidad con que el artista egipcio pretende expresar poderío y fuerza, ó por el rostro ejecutado á modo de retrato. Como yo una espada, Amasis encarga una estátua. Ambos sabremos de antemano, antes que el maestro empiece la obra, cuál será ésta una vez terminada, con tal que hayamos indicado exactamente la longitud y anchura. ¿Pero cómo podria yo dar la misma forma á un viejo decrépito y á un jóven ufano, á un púgil y á un cursor, á un poeta y á un guerrero? Colocad á Ibikos junto á nuestro amigo el espartano, y figuraos qué diriais si representase de igual modo al rudo guerrero y al vate que arrebata los corazones con melosa elocuencia.

—¿Y qué contesta Amasis á tus observaciones sobre ese estado?

—Lo siente, mas no con bastante fuerza para abolir los rancios preceptos de los sacerdotes.

—Y sin embargo, dijo el delfio, ha concedido una suma considerable para la ornamentacion de nuestro nuevo templo, y fomentar el arte helénico. Son sus propias palabras.

—Es un rasgo que le honra, dijo Kresos. ¿Tendrán reunidos pronto los alkmeonidas los trescientos talentos que requiere la conclusion del edificio [177]? Si estuviese todavía en mis antiguas condiciones de fortuna, gustoso habria tomado á mi cargo todos los gastos, aunque tu malicioso dios, á pesar de todos los regalos que le hice, me ha engañado de mala manera, pues cuando mandé preguntarle si debia emprender la guerra contra Kiros, me contestó que destruiria un gran imperio, si pasaba el rio Halis [178]. Confiando en el dios, conseguí segun sus órdenes, la amistad de los espartanos, y destruí, en efecto, salvando el rio fronterizo, un gran imperio, sólo que no era el medo-persa, sino mi propia y pobre Lidia, que ahora, como satrapía de Kambises, se acostumbra dificilmente á la insólita dependencia.

—No tienes razon en recriminar al dios, replicó Frixos, pues no es culpa suya que tu humana vanidad diera una interpretacion falsa á su oráculo. Él no dijo que con el esfuerzo de tus armas destruirias el imperio de los persas, sino uno, cualquiera. ¿Por qué no le preguntaste á cuál se referia? ¿No acertó en su vaticinio, cuando anunció que tu hijo recobraria el habla el dia de la desgracia? Y cuando tú, despues de la caida de Sardes, pediste á Kiros la gracia de poder preguntar en Delfos si los dioses griegos erigian en ley la ingratitud para con sus bienhechores, Loxias te respondió que sus intenciones contigo eran excelentes, pero que por encima de él, está el inexorable hado. Éste predijo á uno de tus poderosos ascendientes [179] que su quinto sucesor, y éste eras tú, estaba destinado á la perdicion.

—Tus palabras, interrumpió Kresos, me habrian sido mas necesarias en la época de la desgracia que ahora. Momento hubo en que maldije á tu dios y á sus oráculos; más luego, cuando perdí con el poder y la riqueza á los aduladores y me acostumbré á juzgar mis actos por mi propio criterio, entonces comprendí perfectamente que no fué Apolon sino mi vanidad, quien me perdió. Un imperio librado á la destruccion, no podia ser el mio, el poderoso reino del poderoso Kresos, amigo de los dioses, caudillo hasta entonces invicto. Si un amigo me hubiese hecho observar lo ambiguo del oráculo, le habria escarnecido tal vez y probablemente castigado. Como un caballo trata de herir al veterinario que toca su llaga para curársela, así trata el déspota al amigo leal que toca las llagas de su alma enferma. No ví lo que hubiera podido ver fácilmente. La vanidad ofusca los ojos que nos fueron dados para examinar las cosas sin prevencion, y aumenta la codicia del alma siempre dispuesta, gracias á los dioses, á abrirse ampliamente á toda esperanza de

lucro, mientras que se cierra inmediatamente al acercarse la fundada sospecha de una pérdida ó de una desgracia. ¡Cuánto más temo ahora, que veo claro aunque no tengo nada que perder, que entonces cuando nadie podia perder más que yo! En comparacion con otros tiempos soy pobre, Frixos, pero Kambises me deja acabar mis dias como rey, de modo que aún puedo contribuir á vuestro edificio con un talento [180].

Frixos le dió las gracias: Fanes, empero, dijo:

—Los alkmeonidas harán una obra magnífica, pues son ambiciosos, ricos y quieren ganarse el favor de los anfictiones para derrocar al tirano con el apoyo de ellos, para sobrepujar á mi familia, y apoderarse del gobierno del estado.

A la riqueza de esta familia, quien ha contribuido más, has sido tú Kresos, segun cuentan.

—Y Agariste [181] que trajo grandes tesoros á Megakles, dijo Ibikos.

—Ciertamente, afirmó Kresos riendo.

—Cuéntanos como fué eso, suplicó Rodopis.

—Alkmeon de Atenas vino un dia á mi corte [182]. El hombre, jovial y muy instruido, me gustó mucho, de modo que le detuve algun tiempo en mi casa. Un dia le mostré mis arcas, cuya riqueza le causó una verdadera desesperacion. Calificóse de pordiosero comun y se pintó una vida feliz con tal de poder meter la mano una sola vez en todas aquellas preciosidades. Le permití, pues, que se llevara todo el oro que pudiera. ¿Qué hizo entonces Alkmeon? Se puso unas altísimas botas de montar, lidias, ciñóse un delantal y cargó una espuerta en las espaldas. Esta la llenó de alhajas, en el delantal amontonó cuanto oro podia caber; las botas las recargó de monedas de oro, en el pelo y en la barba se hizo echar polvo de oro; hasta la boca llenó de este metal, de manera que con sus carrillos hinchados parecia á punto de ahogarse con un grueso

rábano. Por fin, tomó en cada mano una fuente de oro y así sucumbiendo bajo el peso, salió del tesoro arrastrándose. Despues de salvar los umbrales se cayó abrumado. Nunca he vuelto á reir tanto como aquel dia.

—¿Y le dejaste aquellos tesoros? preguntó Rodopis.

—Naturalmente, amiga mia, pues no creí haber pagado bastante cara la experiencia de que el oro vuelve loco al más sesudo.

—Fuiste el más liberal de los príncipes, exclamó Fanes.

—Y ahora soy un mendigo harto contento con mi suerte. Mas dime, Frixos, ¿con cuánto ha contribuido Amasis á tu colecta?

—Ha dado mil quintales de alumbre [183].

—Me parece este un regalo de soberano.

—¿Y el príncipe heredero?

—Cuando le pedí, haciendo hincapié en la liberalidad de su padre, se rió amargamente y dijo, volviéndome la espalda: «Cuando colectes para la destruccion de vuestros templos, me encontrarás dispuesto á suscribirme por el doble de lo que da Amasis.»

—¡Qué miserable!

—Di más bien: egipcio puro. Psamtik odia cuanto no procede de este país.

—¿Con cuánto han contribuido los helenos de Náukratis?

—Ademas de la rica ofrenda de los particulares, cada comunidad se ha suscrito por veinte minas [184].

—¡Mucho es!

—Filoinos, el sibarita, me mandó él solo mil dracmas, acompañándolas con una singularísima carta. ¿Puedo leerla, Rodopis?

—¡Vaya! dijo la anciana. Vereis cómo el gastrónomo deplora su conducta del otro dia.

El delfio sacó el rollo epistolario de su bolsillo y leyó:

« Filoinos manda á decir á Frixos: Siento muchísimo no haber bebido más el otro dia en casa de Rodopis; de hacerlo, me habria hallado sin conocimiento y fuera de estado de ofender siquiera á una mosca. Mi maldita temperancia tiene pues, la culpa de que yo no pueda deleitarme en la mesa mejor aderezada de todo el Egipto. Por lo demas, agradezco á Rodopis lo que he disfrutado en su casa, y en memoria de aquel excelente buey asado, por motivo del cual deseo comprar á toda costa al cocinero de la tracia, te mando doce grandes asadores [185] para que los hagas colocar en cualquier tesoro de Delfos, como regalo de Rodopis. Yo mismo, como soy rico, me suscribo por mil dracmas. Deseo que en los próximos juegos píticos se pregone esta dádiva. — Al patan Aristómajos de Esparta, dale las gracias de mi parte. Ha adelantado grandemente el objeto de mi viaje á Egipto. Yo habia pasado aquí para hacerme extraer una muela por ese médico egipcio [186], que tiene fama de arrancar los dientes enfermos sin grandes dolores. Aristómajos me ha quitado de un puñetazo la parte dañada de mi dentadura, ahorrándome aquella terrible operacion cuya idea me hacia temblar. Cuando recobré el conocimiento, encontré en mi boca tres muelas saltadas, la enferma y dos medianamente sanas, pero con algun indicio de próximo dolor.

« Saluda de mi parte á Rodopis y al guapo Fanes. Tú quedas invitado á una comida en mi casa de Síbaris para dentro un año [187]. Solemos hacer nuestras invitaciones con alguna anticipacion, á causa de los numerosos y pequeños preparativos indispensables.

« Mando escribir esta carta por mi sabio esclavo Sofótatos en la antesala, porque me dan calambres en los dedos con solo pensar en escribir. »

Todos los presentes prorumpieron en atronadora risa. Rodopis dijo :

—Me gusta esta carta porque revela que Filoinos no es malo. Educado sibar.ticamente...

—Dispensad, señores, si estorbo, y tú, venerable helena, perdona si entro en tu apacible casa sin ser invitado.

Con tales palabras interrumpió la conversacion un hombre desconocido para la huéspeda, el cual habia entrado en el comedor sin que nadie lo advirtiera...

—Soy Giges, hijo de Kresos, y no monté á caballo ni salí de Sais hace apenas dos horas por pura chanza, mas para llegar aquí á tiempo.

—Menon, una almohada para el nuevo huésped, ordenó Rodopis. Bien venido á mi casa y descansa de tu viaje á caballo, que ha sido una locura propia realmente de un lidio.

—Por vida del perro [188], Giges, dijo Kresos alargando la mano á su hijo, no comprendo qué puede traerte aquí á una hora tan avanzada; te rogué que no te alejaras del lado de Bardiya que me fué confiado, y á pesar de esto... ¿pero qué cara traes? ¿ha sucedido algo? ¿una desgracia tal vez? Habla, hombre, habla.

Al pronto Giges no pudo contestar una palabra á su padre. Parec'ale que habia perdido de nuevo el habla, viendo sano y salvo en alegre convite á quien tanto queria y por cuya vida temia. Por fin, recuperó la voz y dijo:

—Loados sean los dioses, padre mio, pues te veo salvado. No creas que abandoné á la ligera á Bardiya; algo me forzó á introducirme en esta alegre reunion como ave siniestra. Sabed, para no perder el tiempo en preámbulos, que os amenaza la traicion y el asalto.

Como heridos del rayo, todos los presentes se pusieron en pié. Aristómajos echó mano á la espada sin decir palabra, y Fanes extendió sus brazos como para probar si conservaba su atlética agilidad.

—¿Qué hay? ¿qué se intenta contra nosotros? preguntaron de todos lados.

—Esta casa está cercada por guerreros etiopes, contestó Giges. Un hombre fidedigno me ha comunicado que el príncipe heredero quiere prender á uno de vosotros, y ha mandado que le maten si se defiende. Yo temia por tí, padre mio, y he corrido hácia acá. El hombre que me enteró de esto, no ha mentido. La casa está cercada. Al llegar á la puerta de tu jardin ¡oh Rodopis! mi caballo se asustó á pesar de su cansancio. Eché pié á tierra, y á la claridad de la luna he visto brillar las armas y los ardientes ojos de hombres escondidos detras de cada arbusto. Nos permitieron entrar en el jardin sin molestarnos.

—Traigo un aviso importante, interrumpió Knakias entrando precipitadamente en la sala. Ahora, cuando fuí al rio á sacar agua para el krater [189], llegó corriendo un hombre que casi me ha derribado. Le conocí en seguida. Era un remero etíope de Fanes, y ha contado en breves palabras, que para bañarse se habia arrojado al Nilo. En esto una barca real se colocó junto á la lancha de Fanes, y un soldado preguntó a la tripulacion que á quién servia. «A Fanes,» contestó el timonel. La barca real siguió lentamente su camino sin preocuparse más de tu embarcacion, mi coronel; mas el remero bañista se habia sentado para divertirse á la popa del barco, y oyó que un soldado etíope decia á otro. «Fíjate en esa barca; ahora ya sabemos dónde tiene el pájaro su nido y fácil nos será cogerle. Recuerda que Psamtik nos prometió veinte aros de oro si le traíamos á Sais vivo ó muerto, al ateniense.» Esto lo cuenta Sebek, el marinero que te sirve de siete años á esta parte, Fanes.

Tranquilo escuchó el ateniense el relato de Giges y el del esclavo.

Rodopis temblaba. Aristómajos exclamó:

—No permitiré que se atrevan contra tí, más que debamos destrozar el Egipto entero.

Kresos aconsejaba la prudencia. Honda agitacion se habia apoderado de todos. Por fin, Fanes rompió el silencio diciendo:

—Nunca hay tanta necesidad de reflexion como en el peligro. Acabo de meditar sobre esto y comprendo que difícilmente hallaré salvacion. Los egipcios tratan de quitarme de en medio sin escándalo. Saben que pienso embarcarme mañana al amanecer, en una triera focia que saldrá de Náukratis en direccion á Sigeum y apenas tienen tiempo para detenerme. Tu jardin, Rodopis, está cercado. Si me quedo aquí, ten la seguridad de que no respetarán tu casa como asilo, sino que la allanarán en mi busca. El barco focio que ha de llevarme á los mios, estará sin duda vigilado como esta casa. Por mí no debe derramarse sangre inútilmente.

—Pero no debes rendirte, gritó Aristómajos.

—Ya dí con el modo de salvarte, exclamó de repente Teopompos, el comerciante milesio. Mañana al amanecer, un buque fletado de trigo egipcio saldrá para Mileto, no de Náukratis, sino de Kanobos. Toma el caballo del noble persa y corre allá. Te abriremos paso por el jardin á viva fuerza.

—No nos basta para ello nuestra pequeña partida desarmada, replicó Giges. Somos diez hombres y sólo tres poseemos espadas; ellos en cambio llegan á ciento y van armados todos hasta los dientes.

—Pues aunque tú, lidio, carezcas de ánimo diez veces y ellos sean dos veces ciento, yo pelearé, repuso Aristómajos.

Fanes estrechó la mano de su amigo. Giges palideció. El héroe probado le habia llamado cobarde. Por segunda vez faltáronle palabras para defenderse. A cada nueva agitacion de su ánimo, sentia entorpecida

la lengua. De repente, empero, se colorearon sus mejillas y dijo con rapidez y decision :

—Sígueme, ateniense, y tú, espartano, que por lo comun reflexionas antes de hablar, guardate en adelante de llamar cobarde á quien no conozcas. Amigos, Fanes esta salvado. ¡ Adios, padre !

Admirados siguieron con la vista á los que se iban los que se quedaban, y poco despues oyeron el galope de dos caballos, y mucho más tarde un silbido prolongado y gritos de socorro desde el Nilo.

—¿ Dónde está Knakias ? preguntó Rodopis á uno de sus esclavos.

—Salió al jardin con Fanes y el persa.

En aquel momento el viejo criado entró en la sala pálido y tembloroso.

—¿ Has visto á mi hijo? le preguntó Kresos. ¿Dónde está Fanes ?

—Los dos me encargan que me despida en su nombre.

—¿ Han salido pues ? ¿ Cómo se evadieron ? ¿ A dónde se han dirigido ?

— Ahí en el cuarto contiguo, contestó el esclavo, el ateniense y el persa disputaron primero. Luego hube de desnudar á ambos. Fanes vistió los pantalones, el gaban y el cinturon del extranjero y se puso el gorro de éste, mientras que el persa se envolvió en el jiton y el manto del ateniense, ciñó su frente con el aro de oro, se hizo cortar el pelo del labio superior y me mandó le siguiera al jardin.

Fanes, al que todos debian tener por persa en su nuevo traje, montó en uno de los caballos de junto á la puerta. El extranjero le dijo repetidas veces: «Adios, Giges; adios, amigo persa; feliz viaje, Giges.» El criado que aguardaba tambien á la puerta le siguió montado en el otro caballo. Entre las matas oí ruido de armas, pero nadie se opuso á la salida del ateniense. Sin duda los guerreros escondidos le creyeron persa.

*Fuga de Fanes.*

ÉLIDA 1881

Cuando estuvimos otra vez delante de esta casa, el extranjero me dijo: «Ahora acompáñame á la barca de Fanes, llamándome constantemente por su nombre. —Pero los marineros podrán descubrirte fácilmente, objeté. —Pues vé primero solo, á decirles que me reciban como á Fanes su amo.»

Entonces le rogué que me permitiera dejarme prender en su lugar por los esbirros, vestido con el traje del fugado. Lo rehusó en absoluto, alegando con sobrada razon, que mi actitud me descubriria fácilmente. ¡Ah! sólo el hombre libre anda derecho y erguido. La cerviz del esclavo está siempre encorvada; sus modales carecen de aquella gallardía que adquiris vosotros los libres en las escuelas y gimnasios. Y así será eternamente; nuestros hijos deben parecerse á sus padres; de la fea cebolla no nacen rosas, ni del pardo rábano blancos jacintos [190]. La servidumbre dobla la cerviz, el sentimiento de libertad endereza el cuerpo.

—¿Qué le ha sucedido á mi hijo? preguntó Kresos interrumpiendo la charla del esclavo.

—No aceptó mi pobre sacrificio y sentóse en la barca encargándome mil saludos para tí, mi rey. Yo grité en pos de él: «Que salgas con bien, Fanes; feliz viaje, Fanes.» Una nube cubria la luna; todo estaba muy oscuro. De repente llegaron hasta mí gritos de socorro, mas duraron poco rato. Luego sonó un silbido penetrante, y por fin no percibí mas que el golpear uniforme de los remos. Iba á volver á la casa para enteraros de lo ocurrido, cuando ví á Sebek el remero, nadando hacia mí. Me refirió lo siguiente: Los egipcios. probablemente unos buzos, habian horadado la barca de Fanes. Cuando llegó al medio del rio, se hundió. Los marineros clamaron auxilio. Arrimóse la barca real que les seguia, y tomó a bordo al supuesto Fanes como para salvarle, impidiendo empero á los remeros del

ateniense que abandonaran sus bancos. Todos se hundieron con la lancha, menos el intrépido nadador Sebek que alcanzó felizmente la orilla. Giges se halla en el barco real; Fanes se ha fugado; aquel silbido seria alguna seña para los centinelas apostados junto á la puerta del jardin. A nadie hallé detras de las matas cercanas á la carretera despues de haberlas examinado; pero oí rumores de voces y armas de los guerreros que marchaban camino de Sais.

Los huéspedes de Rodopis habian escuchado con febril atencion el relato del esclavo. Cuando éste terminó, los afectos de todos fueron muy diversos. Primero se alegraron los más de saber en salvo y fuera de un peligro inminente al amigo querido; luego predominó el temor por la suerte del osado Giges. Elogiaron su generosidad, felicitaron al padre de tal hijo, y acabaron por convenir en que el príncipe heredero, tan pronto como se supiera el error de su gente, no sólo soltaria á Giges sin tardanza, sino que estaba obligado á darle una satisfaccion.

Kresos mismo se tranquilizó con la idea de la amistad de Amasis, y el respeto que éste habia manifestado al poderío de los persas. Poco despues salió de la casa de Rodopis para pernoctar en la del milesio Teopompos.

—Saluda á Giges de mi parte, dijo Aristómajos al anciano en el momento de partir. Le pido perdon y quisiera tenerle por amigo, ó si esto no puede ser, encontrarle en el campo de batalla como enemigo leal.

—¿Quién sabe lo que nos traerá el porvenir? contestó Kresos, estrechando entre las suyas la mano del espartano.

## CAPÍTULO IX.

AMANECIA. El abundante rocío de la noche, que suele suplir la lluvia en el país del Nilo, se habia esparcido sobre hojas y flores, como esmeraldas y brillantes; el sol estaba todavía bajo y reinaba un ventecillo noroeste, convidando á salir antes que sofocara el calor del mediodía.

De la consabida casa de campo salieron dos mujeres; la vieja esclava Melita y Sapfó la nieta de Rodopis.

Con ligera planta, cual si flotara en el aire, paseaba y corria la graciosa niña por el jardin, tan hechicera é inocente como cuando dormida. Sólo apuntaba en los rosados labios y en los hoyuelos de la barba y la meji.la

cierta mueca maliciosa. Llevaba la abundante cabellera castaña recogida en un pañuelo de púrpura bermeja. Su ligero vestido blanco de anchas mangas, ceñíale holgadamente el flexible talle.

Bajóse á coger un capullo de rosa, y sacudiendo el rocío de que estaba cuajado á la cara de la vieja dueña, soltó la risa, aguda y clara cual voz de campana, prendió la rosa en su pecho y se puso á cantar con voz clarísima y suave:

«Cierto dia en que Eros cogia rosas, una abeja le picó en la mano; no la habia visto. Sacudió las manecitas, empezó á quejarse y voló hacia su madre con rápido aleteo. ¡Ay, madre, madre! exclamó, tengo dolor y angustia; voy á morir, me picó una víbora muy mala. Tiene alas el ponzoñoso animal; seguramente le conocerás; es el mismo que aquí los campesinos llaman abeja [191] (1)».

—¿Verdad que es linda mi cancion? preguntó la niña riendo. ¡Pero qué necio es el pequeño Eros que confunde una abeja con una serpiente alada! Abuelita dice que sabe otra copla de esta cancion, obra del gran poeta Anakreon, pero que no quiere enseñármela aún. Dime, Melita, ¿qué se dirá en esta copla? ¿Te sonries? Querida, única Melita, cántame la coplilla esa. ¿No la sabes? ¿Sí? pues entonces de fijo que no puedes enseñármela.

—Es una cancion muy nueva, replicó la vieja defendiéndose de los ruegos de su mimada niña, y yo sólo sé los cantares de los buenos tiempos antiguos. Pero ¿qué es esto? ¿No oiste llamar á la puerta?

---

(1) Los últimos versos de la traduccion con la moraleja dicen así: «Mas Kipris dijo: Si tú, hijo mio, sientes tanto la picadura de una abeja, piensa, querido, cómo lo pasará el hombre que lleva tu flecha clavada en el corazon. Ay, Eros, este es dolor mucho más difícil de soportar.»

—Ciertamente, y tambien me pareció haber oido el trote de un caballo en la calle. Llaman otra vez. Mira quién es que desea entrar á hora tan temprana. Tal vez el bueno de Fanes no ha partido ayer, á pesar de todo, y ha venido para repetirnos su adios.

—Fanes ha partido, contestó la vieja poniéndose séria. Rodopis me ha mandado que te haga entrar en casa si vinieren visitas. Véte, pues, niña, para que pueda yo abrir la puerta. Véte; llaman otra vez.

Sapfó fingió correr en direccion á la casa, mas en vez de obedecer la órden de su dueña, ocultóse detras de un rosal, para inspeccionar desde allí al visitante madrugador. Para no asustarla inútilmente, habian ocultado á la muchacha los sucesos de la noche pasada, y Sapfó estaba acostumbrada á no ver llegar tan temprano sino á los amigos más íntimos de su abuela.

Melita abrió la puerta del jardin y luego franqueó la entrada á un rubio jóven ricamente ataviado.

Sapfó, sorprendida por el traje desconocido y la extraordinaria belleza del príncipe persa, pues este era el visitante madrugador, no se movió de su sitio ni acertó á apartar la vista del rostro del jóven. Tal se habia imaginado al crinado Apolo, conductor del carro solar y de las musas.

Melita y el forastero se acercaron á donde se habia escondido la niña, quien para oir mejor lo que el jóven decia en tono afable y griego chapurrado, asomó la cabeza entre las rosas.

Así oyó que aquel preguntaba con cierta ansiedad por Kresos y su hijo, y se enteró de lo ocurrido la víspera por lo que decia la anciana. Temblando por Fanes y dando las gracias en lo íntimo de su corazon al noble Giges, discurria quién podria ser tan real mozo. Rodopis le habia referido las hazañas de Kiros, la caida de Kresos, el poderío y riquezas de los persas; mas hasta entonces tuvo á los asiaticos por gente salvaje y

feroz. Cuanto más contemplaba ahora al hermoso Bardiya más crecia su interes por los persas. Cuando por fin, Melita se fué á despertar á la abuela y á enterarla de la temprana visita, quiso seguirla. Mas Eros, el niño necio de cuya infantil ignorancia se habia burlado pocos momentos há, no lo quiso así. Su vestido se enredó en las espinas de los rosales y antes que lograra desenredarse, acercósele el hermoso persa, ayudando á la ruborizada jóven á libertarse de la maleza traidora.

Sapfó no acertó á proferir palabra alguna de gratitud, antes corrida, bajó los ojos sonriendo.

Bárdiya, tan petulante por lo comun, permaneció mudo y ruborizado contemplando la niña. Lo mismo que ella.

El silencio, empero, no duró mucho rato. La muchacha se serenó luego, y riéndose infantilmente del desconocido y de lo raro de la situacion, corrió alegre hacia la casa como asustadiza corza.

Entonces el persa recobró tambien su natural vivacidad, y en dos saltos alcanzó á la niña, cogióle una mano, rápido como el pensamiento, y sujetóla á pesar de los esfuerzos que hacia la niña para desasirse.

—Suéltame, gritaba Sapfó, alzando á él sus ojos negros, entre séria y sonriente.

—No puede ser, le contestaba él. Eres rosa que he cogido en el rosal y te guardaré conmigo hasta que me dés en cambio esa hermana tuya que llevas prendida al pecho, como recuerdo que me acompañe á mi lejano país.

—Suéltame, te lo ruego, repitió Sapfó. Mientras no sueltes mi mano, no acepto condicion alguna.

—¿No huirás otra vez si obedezco?

—No; te lo aseguro.

—Pues bien; te suelto. Ahora dame tú esa rosa.

—Ahí en el rosal hay otras mucho más lindas; coge una. ¿Por qué quieres precisamente esta?

*Sapfó y Bardiya.*

ELIDA 81

—Para guardarla cuidadosamente como recuerdo de la más bella niña que ví jamas.

—¿Sí? Pues no quiero dártela. Quien me llama hermosa, me quiere mal; quien me llama buena, me quiere bien.

—¿Quién te enseñó esto?

—Mi abuela Rodopis.

—Pues entonces. te diré que eres la niña más buena que hay en el mundo.

—Pero ¿cómo puedes decirlo si no me conoces? ¡Oh! A veces soy muy mala y díscola. Si fuese buena, ahora en vez de charlar contigo, entraria en la casa como debiera. Abuelita me prohibió rigurosamente quedarme en el jardin cuando hay forasteros; bien que nada me importan los muchos hombres que siempre hablan de cosas que no entiendo.

—Así pues, ¿tambien querrás que me vaya en seguida?

—Eso no; á tí te entiendo perfectamente, aunque no hablas ni de mucho con la elegancia de Ibikos, por ejemplo, ó del pobre Fanes, que ayer, segun dice Melita, hubo de huir de tan lastimosa manera.

—¿Le querias?

—¿Quererle?... Sí, le tenia mucho afecto. Cuando más niña, me traia siempre de Sais y Menfis pelotas, muñecas y bolos [192], y hora que soy mayor, me enseña bellas canciones nuevas. Como regalo de despedida me trajo un faldero [193] siciliano, chiquito... muy chiquito... Le llamaré Argos [194], porque es tan blanco y ligero de piés. Dentro de pocos dias tendremos otro regalo del bueno de Fanes, pues... Ves. Yo soy así; charlando, casi he revelado un gran secreto. Abuelita me prohibió severamente decir á nadie que esperamos unos lindos huéspedes chiquitos, pero me parece como que tú y yo nos conociéramos de mucho tiempo; tus ojos dicen de tal modo tu bondad que de buena gana

te lo confiaria todo. ¿Ves? Fuera de mi abuela y Melita, á nadie tengo en el mundo á quien confiar lo que me gusta; yo no sé en qué consiste, pero es el caso que muchas veces ninguna de las dos, aunque me quieren mucho, comprende cómo pueden causarme placer esta ú otra lindeza.

—Esto es que son viejas y no pueden comprender la exaltacion de un corazon jóven. Pero ¿no tienes ninguna amiga, ninguna compañera en tus juegos á quien amar?

—Ni una sola. Cierto que hay muchas otras niñas en Náukratis, pero abuelita dice que no he de buscar su trato, y como ellas no quieren venir á nuestra casa, no he de ir tampoco á la suya.

—¡Pobre niña! Si estuvieses en Persia, pronto te proporcionaria yo una amiga. Tengo una hermana que se llama Atosa, y es jóven y bella y buena como tú.

—¡Ah! ¡qué lastima que no te haya acompañado! Mas ahora has de decirme cómo he de llamarte á tí.

—Me llamo Bardiya.

—¿Bardiya? ¡Nombre raro! Bardiya, Bardiya. ¿Sabes que el nombre me gusta? ¿Cómo se llama el bueno del hijo de Kresos, que salvó tan generosamente á nuestros Fanes?

—Se llama Giges. Darios, Zópiros y él son mis mejores amigos. Hemos jurado no separarnos jamas y sacrificar la sangre y la vida el uno por el otro [195]. Así que hoy de madrugada, he venido aquí á caballo, á despecho de sus ruegos, para ayudar á mi Giges, caso que necesite de mí.

—¡Has hecho el viaje en balde!

—No, por Mitra; al contrario, pues te he encontrado á tí. Pero ahora dime tambien tu nombre.

—Me llaman Sapfó.

—Bonito nombre. ¿Estás acaso emparentada con la

poetisa de quien Giges me ha cantado bellísimas endechas?

—Ciertamente; la décima musa ó el cisne lesbio, como llaman á la poetisa, era hermana de mi abuelo Járaxos. ¿Tu amigo Giges hablará mejor el griego que tú?

—Desde la cuna ha aprendido á un tiempo la lengua lidia y la griega, y habla las dos con igual perfeccion. Tambien sabe el persa perfectamente, y lo que es más, se ha apropiado todas las virtudes persas.

—¿Y cuáles son para vosotros las más grandes virtudes?

—La veracidad la primera; la segunda el valor, y la obediencia la tercera. Estas tres, en union con el respeto de los dioses, nos han hecho grandes á los persas.

—¡Creia yo que los dioses os eran desconocidos!

—¡Ay, insensata! ¿Quién podria subsistir sin dioses? ¿quién quisiera existir sin un guia superior? Ciertamente no hacemos habitar á los celestes en casas y efigies como vosotros; su habitacion es todo lo creado. La Divinidad, que debe estar en todas partes viendo y oyéndolo todo, no se deja encerrar en paredes [196].

—¿Dónde pues rezais y sacrificais, si careceis de templos?

—En el más grande de los altares, en la naturaleza libre, y si es posible, en la cumbre de las montañas [197]. Allí estamos más cerca de nuestro Mitra, el gran sol, y de Auramazda, la luz pura y creadora. Allí oscurece más tarde y amanece más temprano. Sólo la luz es pura y buena, las tinieblas son negras y malas. Sí, niña; en las montañas tenemos más cerca la Divinidad; allí reside más gustosa. ¿Has estado alguna vez en la cumbre de un monte rodeado, en el solemne silencio de la naturaleza, por el soplo ligero

del misterioso aliento de la Divinidad? ¿Te has sentado alguna vez en el verde bosque, al lado de puros manantiales, bajo la bóveda del cielo para escuchar la voz divina que habla en todas las hojas y susurra en todas las aguas? ¿No has visto cómo la llama se eleva irresistiblemente hácia su padre, el sol, para ofrecer en ascendente humareda la oracion al gran Criador luminoso? Me escuchas admirada; pero te digo, niña, que te prosternarias para adorar conmigo, si te llevase á un altura en la cumbre de la montaña.

—¡Oh! ¡quién pudiera ir contigo! ¡Oh! ¡quién, una vez al menos, pudiera mirar desde una montaña los valles y rios y bosques y prados! Creo que en aquel altar, desde el cual nada se ocultaria á mis miradas, me sentiria á mí misma cual deidad que lo escudriña todo... Pero ¿qué es eso? Abuela me llama; debo ir allá.

—¡Oh! ¡no me dejes aún!

—La obediencia es una de las virtudes persas.

—¿Y mi rosa?

—Aquí la tienes.

—¿Te acordarás de mí?

—¿Seria posible lo contrario?

—Niña querida, perdóname si te pido otro favor.

—¡Aprisa, aprisa! La abuela vuelve á llamar.

—Toma esta estrella de brillantes en memoria de esta hora.

—No puedo.

—Te suplico que la aceptes. Mi padre me la dió en recompensa, por el primer oso que maté con mis propias manos [198]. Hasta ahora era lo que más queria; ya no conozco cosa más querida que tú; tómala pues.

El jóven quitó de su pecho la cadena con la estrella y quiso colgarla al cuello de la niña. Sapfó rehusó el precioso don; mas Bardiya la cogió en sus brazos; besóla en la frente, la llamó su única amada; con suave

esfuerzo ciñó su garganta con el aderezo y fijó su mirada en los negros ojos de la trémula niña.

Rodopis llamaba por tercera vez. Sapfó se desenredó de los brazos del jóven para huir, pero volviéndose á los ruegos de éste, á su pregunta:

—¿Cuándo podré verte de nuevo? contestó en voz baja:

—Mañana tempranito junto al rosal.

—Que te sujetó como auxiliar mio.

Sapfó corrió hácia la casa; Rodopis recibió á Bardiya y enteróle de la suerte de su amigo. Con esto el jóven persa se puso inmediatamente en camino hácia Sais.

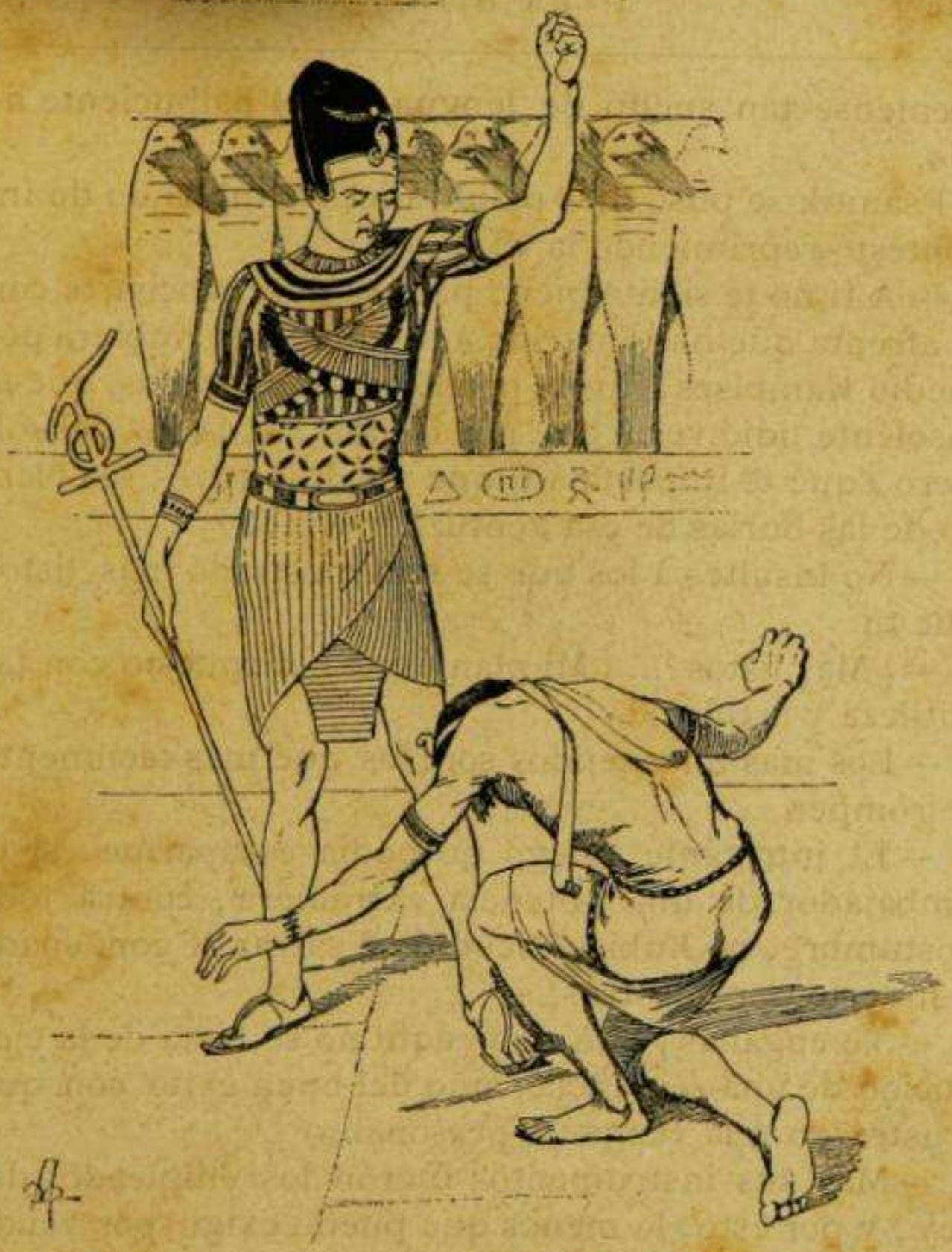
Cuando, como de costumbre, la anciana fué á ver á su nieta en la cama, no la encontró durmiendo el sueño de la niñez. Bien pudo observar que sus labios se movian y que suspiraba dolorosa y hondamente, como hostigada por los sueños.

Bardiya en su viaje de regreso de Náukratis á Sais, encontró á sus amigos que le habian seguido, en cuanto advirtieron su clandestina evasion. Bien lejos estaban de presumir que en lugar de los temidos combates y peligros, Bardiya se habia granjeado su primera felicidad amorosa.

Poco antes que los tres amigos, Kresos acababa de llegar á Sais, y fué inmediatamente á ver al rey, contándole sin reserva y conforme á la verdad, lo que habia sucedido la noche anterior.

Amasis mostróse muy sorprendido de la conducta de su hijo; aseguró á su amigo que Giges seria puesto en libertad inmediatamente. Bromeaba y se chanceaba con la frustrada venganza de Psamtik.

Apenas hubo salido Kresos, anunciaron la llegada del príncipe heredero.



## CAPÍTULO X.

AMasis recibió á su hijo con una carcajada, y sin hacer caso de su palidez y turbacion, exclamó:

—¿No te dije que no era fácil á un egipcio coger á la zorra helénica, siempre más astuta? Diez villas de mi reino daria por haberte visto reconocer al supuesto

ateniense tan suelto de lengua, en el balbuciente lidio.

Psamtik se puso más pálido aún, y temblando de ira contestó reprimiendo la voz:

—A tí no te sienta bien, padre mio, regocijarte con la afrenta que han inferido á tu hijo. Si no hubiera por medio Kambises, júrote por los dioses eternos, que el insolente lidio veria hoy por última vez la luz del sol. Pero ¿qué te importa á tí que yo, hijo tuyo, sea blanco de las burlas de esa gentuza helénica?

—No insultes á los que se han mostrado más listos que tú.

—¿Más listos?... ¡Mi plan estaba dispuesto con tal sutileza y artificio!

—Los más finos tejidos son los que más fácilmente se rompen.

—El intrigante griego no podia escaparme, si el embajador de una potencia extranjera, contra toda costumbre, no hubiese acudido á salvar al condenado á muerte por nosotros.

—Te engañas, hijo mio; aquí no se trata de la ejecucion de una sentencia, sino del buen éxito con que frustraron una venganza personal.

—Mas sus instrumentos fueron los empleados del rey, y por esto, lo menos que puedo exigir por via de satisfaccion es que solicites del rey de Persia el castigo de una persona que dificultó temerariamente la ejecucion de tus mandatos. Semejante delito se juzgará, como es debido, en Persia, donde ante la voluntad del rey se inclina todo el mundo, como ante la Divinidad [199]. Kambises nos debe el castigo de Giges.

—Pero yo me guardaré de pedírselo, pues confieso que me alegra la salvacion de Fanes. Giges ha preservado mi alma de la acusacion de haber derramado sangre inocente. A ti te impidió tomar venganza cruel en un hombre á quien tu padre sólo debe gratitud.

—Así pues, ¿piensas callar á Kambises todo lo ocurrido?

—No; se lo contaré, segun costumbre mia, en una carta jocosa, y al propio tiempo le prevendré contra Fanes, diciéndole que éste, escapado á duras penas de nuestra venganza, tratará de excitar el poder de los persas contra Egipto, y que mi yerno debe cerrar los oidos á las calumnias del ateniense. La amistad de Kresos y Giges nos será más útil de lo que nos hubiera sido peligroso el odio de Fanes.

—¿Es esta tu última palabra? ¿No quieres darme satisfaccion alguna?

—No, me ratifico en lo dicho.

—Pues entonces, no has de temblar sólo por Fanes, sino por otro al que nosotros tenemos en nuestro poder como él á tí.

—¿Intentas amenazarme? ¿Intentas romper el pacto de ayer? Psamtik. Psamtik, te aconsejo que tengas en cuenta que estás delante de tu rey, de tu padre.

—Y tú ten presente que áun cuando soy hijo tuyo, si me obligas otra vez á olvidar que los dioses te han hecho mi padre, y no puedo esperar apoyo de tí, sabré luchar con mis propias armas.

—Me gustaria conocerlas.

—No tengo por qué ocultártelas. Sabe pues, que yo y mis amigos, los sacerdotes, tenemos en nuestro poder al oculista Nebenjari.

Amasis palideció.

—Cuando no podias figurarte que Kambises pediria tu hija, enviaste á ese hombre á la lejana Persia para alejar de Egipto á un cosabedor de la procedencia de mi supuesta hermana Nitetis. Allí está todavía, y á la menor indicacion del clero, anunciará al rey engañado que en lugar de tu propia hija, le has enviado la de tu destronado predecesor Hofra. Todos los papeles del médico están en nuestro poder; el más importante,

una carta autógrafa tuya, promete á su padre el comadron 200 mil aros de oro si oculta á los sacerdotes mismos que Nitetis procede de otra casa distinta de la tuya.

—¿Quién posee tales papeles? preguntó Amasis con frialdad.

—El clero.

—¿Y éste habla por tu boca?

—Tú lo dices.

—Repite pues lo que pides.

—Solicita de Kambises el castigo de Giges y dame autorizacion completa para perseguir al fugado Fanes, segun me parezca.

—¿Es esto todo?

—Presta á los sacerdotes el juramento de que desde hoy prohibirás á los helenos levantar en Egipto nuevos templos en honor de sus falsos dioses, y que mandarás suspender la construccion del santuario de Apolo en Menfis.

—Esperaba estas exigencias, habiéndose encontrado un arma afilada contra mí. Estoy pronto á ceder á los deseos de mis enemigos, con los que te has asociado; mas yo tambien he de poner dos condiciones. En primer lugar, exijo que se me devuelva la carta que efectivamente tuve la imprudencia de escribir al padre de Nebenjari; si os la dejase, estaria seguro de que en vez de continuar siendo vuestro rey, seria el miserable esclavo de miserables intrigas clericales.

—Tu deseo es justo: tendrás la carta si...

—No admito otra condicion; al contrario, repito que considero tan imprudente tu deseo de pedir á Kambises el castigo de Giges, que no lo cumpliré. Ahora déjame y no te presentes á mis ojos hasta que te llame. Gané ayer un hijo para perderlo hoy. Levántate, no quiero ostentaciones de una humildad y de un cariño que no has conocido nunca. Si necesitas con-

suelos y consejos, pídeselos á los sacerdotes y á ver si suplirán al padre. Di á Neithotep, en cuyas manos eres blanda cera, que halló el medio eficaz de obtener cosas que siempre le habria negado. Para conservar grande á Egipto, hasta ahora he estado pronto á cualquier sacrificio personal; mas ahora que veo que el clero no teme amenazarme con la traicion de la patria para alcanzar sus particulares fines, fácilmente podria llegar á ver en esa casta privilegiada, enemigos más peligrosos de mi reino que los persas mismos. ¡Cuidado con ello! Esta vez cedo á las intrigas de mis contrarios, porque yo mismo con mi debilidad de padre he conjurado un peligro sobre Egipto, mas en adelante, por la gran Neith, mi señora, mostraré de una manera ostensible que soy el rey, y que antes he de sacrificar todo el clero, que la más mínima porcion de mi voluntad. Calla y déjame.

El príncipe salió; el rey empero necesitó largo rato para poderse presentar con apariencia jovial ante los huéspedes de su casa.

Psamtik se fué directamente á ver al jefe superior de las tropas indígenas, para mandarle que desterrara á las canteras [201] de la Tebaida al torpe instrumento de su frustrada venganza, al capitan egipcio, y enviara otra vez á su país á los guerreros etíopes. Luego corrió á casa del supremo sacerdote de Neith, para comunicarle lo que habia conseguido del rey.

Neithotep movió gravemente la cabeza al oir las palabras amenazadoras de Amasis y despidió al príncipe, despues de hacerle una série de advertencias sin las que no solia despedirle nunca.

Psamtik volvió á palacio. La venganza fracasada, la nueva infausta ruptura con su padre, el temor de la burla de los extranjeros, el sentimiento de su dependencia de la voluntad de los sacerdotes, la creencia en un destino funesto que, desde la cuna, se cernia sobre

su cabeza, oprimian su corazon y ofuscaban su mente.

De una bella esposa y cinco hermosos hijos, sólo le quedaban una hija y un hijo pequeño á quien queria con el alma. Hácia éste le impulsaba el corazon; en él confiaba hallar consuelo y nuevo aliento vital. Los azules ojos y la boca risueña de su hijo, eran las únicas cosas que podian calentar el helado corazon de aquel hombre.

—¿Dónde está mi hijo? preguntó al primer cortesano con quien tropezó.

—Ahora mismo el rey ha mandado por el príncipe Nejo y su niñera, respondió el sirviente.

Entonces el mayordomo se acercó al príncipe con una carta escrita sobre papiro y sellada, é inclinándose profundamente dijo:

—De parte de tu padre, el rey.

Psamtik rompió con rabiosa premura la amarilla cera del sello que ostentaba el escudo y timbre del rey [202], y leyó:

«He mandado trasladar á mi casa á tu hijo para que no se crie ciego instrumento de los sacerdotes, olvidando, como tú, lo que se debe á sí mismo y lo que debe á la patria. Yo cuidaré de su educacion, porque las impresiones de la niñez influyen en el resto de la vida. No tengo inconveniente en que veas á Nejo, con tal de que antes me comuniques tu deseo.»

El príncipe se mordió los labios para ocultar su ira á los sirvientes que estaban en derredor suyo.

El deseo de su padre y rey, segun costumbre egipcia, era tan obligatorio como la más severa órden. Despues de pocos momentos de silenciosa reflexion, mandó por cazadores, perros, arcos y lanzas; montó en un ligero carro y se hizo llevar por su auriga á los terrenos pantanosos del Occidente, á fin de olvidar allá lo que le oprimia el corazon, persiguiendo con jaurías y proyectiles [203] á los animales de los bosques

para desahogar su rabia en ellos en defecto del escapado enemigo.

Inmediatamente despues de la entrevista de su padre con Amasis, Giges habia sido puesto en libertad y recibido con evidente júbilo por sus compañeros. El faraon parecia redoblar sus atenciones para con el hijo de su amigo, en compensacion de la captura, pues el mismo dia le regaló un precioso carruaje tirado por dos caballos castaños [204], y le rogó se llevara á Persia, en recuerdo de Sais, un artistico juego de damas. Las piezas de este juego eran de marfil y de ébano, llevando algunas de ellas sentencias en signos jeroglificos y engastadas en oro y plata.

Amasis se rió mucho con sus huéspedes del ardid de que se habia valido Giges; permitió á los jóvenes el libre trato con su familia y se portó con ellos cual padre jovial con sus alegres hijos. Sólo durante las comidas echábase de ver que no podia dejar de ser egipcio, pues los persas habian de comer en una mesa especial. Segun creencia de sus mayores, hubiérase contaminado, probando la comida á la misma mesa que los extranjeros [205].

Cuando por fin, tres dias despues de haber puesto en libertad á Giges, Amasis declaró que su hija Nitetis estaria dispuesta en dos semanas para su viaje á Persia, todos los persas sintieron no permanecer más tiempo en Egipto.

A Kresos le gustaba el trato del poeta y del escultor samios, y Giges participaba de la predileccion de su padre por los artistas helénicos. Darios que ya en Babilon se habia ocupado en astronomia [206], tuvo, una noche que observaba el cielo, la inexplicable dicha de que el encanecido pontifice de Neith le dirigiera la palabra y le invitara á seguirle al pilon más alto, al observatorio principal del templo. El estudioso jóven aceptó gustoso y luego fué cada noche á adquirir nue-

vos conocimientos, aprovechando las enseñanzas del anciano.

Psamtik halló una vez al extranjero con su maestro, y despues de retirarse Darios, preguntó á Neithotep, cómo podria ocurrírsele instruir á aquel persa en los secretos egipcios.

—Le enseño cosas, contestó el pontífice, que todo sabio caldeo de Babilonia sabe tan bien como nosotros, y así consigo la amistad de un hombre cuyo astro excede en resplandor al de Kambises, como el sol á la luna. Ese Darios será un dia poderoso monarca; hasta he visto brillar su planeta sobre Egipto. Propio es de prudentes fijarse no sólo en lo actual, sino tambien en lo futuro, y así en la senda que se recorre, como en lo que hay en torno suyo; que no sabes al pasar junto á una casa si se abriga en ella un bienhechor para el porvenir. Nada pases por alto de lo que halles en tu camino, ni pierdas nunca de vista las estrellas. Como el perro durante la noche vela acechando á los ladrones, así vigilo yo, cincuenta años há, á los viandantes celestes, á los eternos nuncios etéreos del destino, que determinan al hombre el dia y la noche, el verano y el invierno, la dicha y la desgracia, la gloria y la ignominia. Ellos, los infalibles astros, me indicaron que era Darios una planta destinada á ser árbol grandísimo.

A Bardiya le venian muy bien esas lecciones nocturnas de su amigo, pues obligaban á éste á dormir más de lo ordinario, y le facilitaban sus viajes clandestinos á Náukratis. En sus matutinales expediciones solia acompañarle Zópiros, á quien tomó por confidente. Mientras él conversaba con Sapfó, su amigo y la servidumbre se entretenian en cazar gerbos, becadas, alcatraces ó chacales. De vuelta á casa, sostenian delante de Kresos, que en sus excursiones se dedicaban á la diversion favorita de los nobles persas, el liberal arte venatorio.

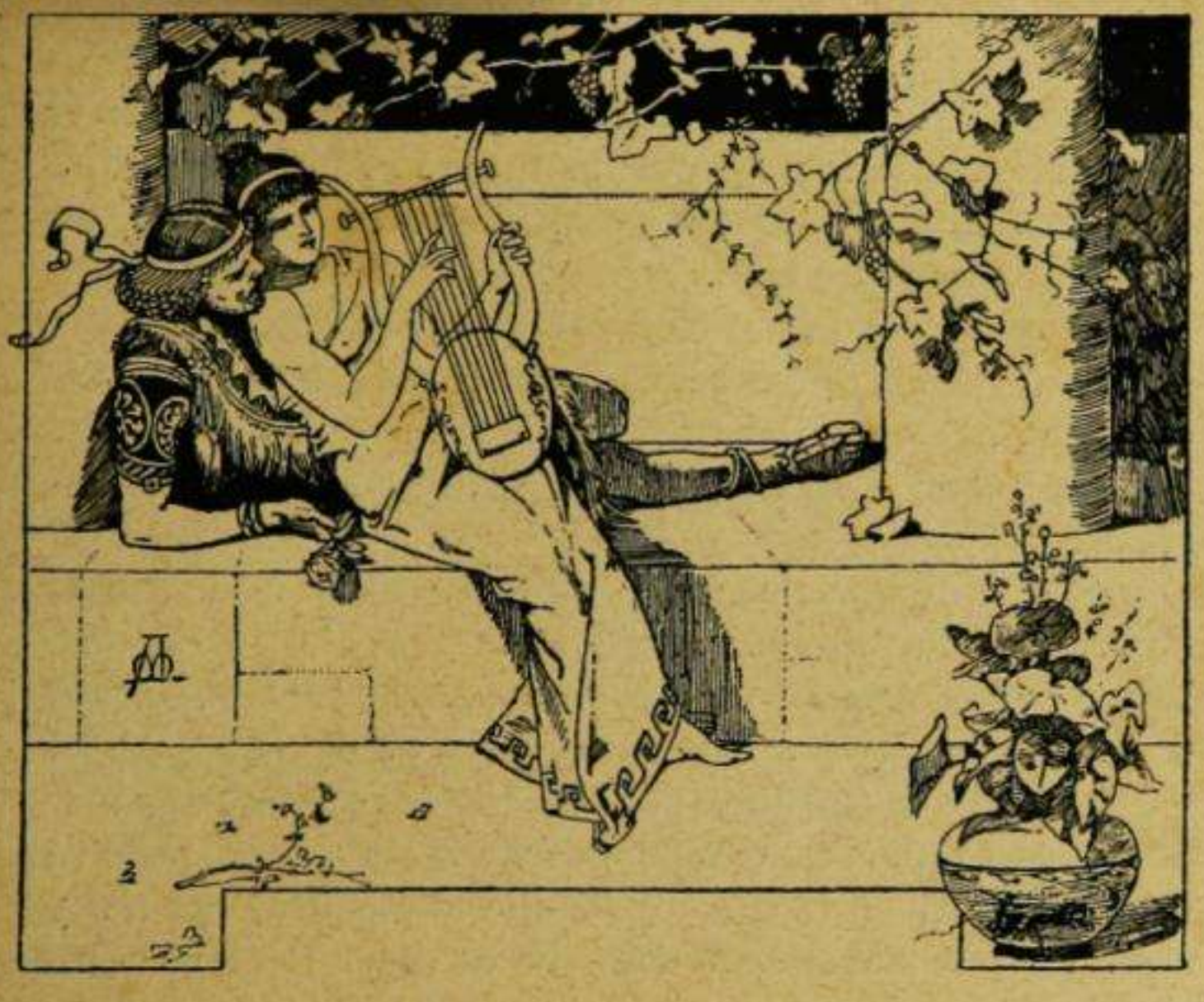
El cambio que se iba operando en lo íntimo del alma del príncipe con la fuerza del primer amor, sólo fué notado de Tajot, la hija de Amasis. Ésta, desde el primer dia en que Bardiya le dirigió la palabra, habia concebido una pasion ardiente por el hermoso jóven. Con el tierno instinto del amor, conoció bien pronto que entre ella y él debia de haberse interpuesto algo extraño. Así como antes Bardiya la habia tratado como hermana, buscando su compañía, ahora evitaba cuidadosamente acercársele con familiaridad. Él presumia el secreto que guardaba ella, y creyó que con sólo mirarla amistosamente, cometia un crimen de infidelidad contra Sapfó.

La pobre princesa se afligió al ver la indiferencia del jóven, y confió sus penas á Nitetis, quien la alentaba y juntas, hacian castillos en el aire, imaginando la gloria que les cabria si pudiesen vivir en la misma corte sin tener que separarse. Mas los dias pasaban uno tras otro, y el hermoso jóven escatimaba cada vez más sus visitas á la princesa, y cuando iba á verla, estaba siempre con ella indiferente y grave. No por esto dejaba de ver la infeliz Tajot, que Bardiya, durante su permanencia en Egipto, se habia puesto más gallardo y varonil, mitigándose en cambio el ardor de su arrogante mirada, y trocándose en meditabundo y especial sosiego, la petulancia juvenil de su carácter. Perdieron su color sus sonrosadas mejillas, mas esto le sentaba muy bien, mucho mejor que á ella, que tambien iba poniéndose más pálida cada dia.

Entre tanto, Melita, la vieja esclava de Rodopis, se habia convertido en protectora de los amantes, despues de haber sorprendido una mañana á Sapfó con Bardiya. El príncipe, de cuya belleza estaba enamorada, le hizo tan ricos regalos, y la predilecta de su corazon supo rogarla tan encarecidamente y atraérsela con tales zalamerías, que prometió no revelar nada á

su señora. Obedeciendo al instinto propio de las viejas, de favorecer los amores de los jóvenes, acabó por prestar toda suerte de servicios para que ambos pudieran hablarse. La vieja veia ya á su dulce hijita, soberana de medio mundo, llamábala á solas princesa y reina, y en momentos de flaqueza soñó que ella misma era una de las damas ricamente ataviadas de la corte de Kambises.

1881



## CAPÍTULO XI.

Tres dias antes de la época fijada para el viaje de Nitetis, Rodopis invitó á ir para Náukratis gran número de personas, entre ellas Kresos y Giges.

Los dos amantes habian convenido en encontrarse en el jardin, durante el banquete, protegidos por la noche y por la esclava. Cuando Melita se hubo cerciorado de que la conversacion entre los convidados estaba en su periodo de mayor animacion, abrió la puerta é hizo que pasara el príncipe al jardin y condujo á su encuentro á la amorosa niña; luego se apartó para evitar que les sorprendiera algun intruso y quedó en avisarles palmoteando.

— Tan sólo tres dias más te veré junto á mí, murmu-

ró Sapfó. ¿Sabes? A veces me parece que ayer te ví por primera vez; pero generalmente se me figura que hace una eternidad que me perteneces y que te he amado desde que vivo.

— Tambien yo creo siempre que te poseo desde que existo, pues no puedo imaginar que jamas haya vivido sin tí.

— ¡Ojalá hubiese pasado ya el tiempo de la separacion!

—Oh, cree que pasará más pronto de lo que te figures. Aguardar nos parecerá ciertamente largo, larguísimo; mas cuando volveremos á estar juntos, vamos a figurarnos que apenas acabamos de decirnos adios. Así me ha sucedido cada dia. Ansiosa aguardé la mañana por verte, pero cuando ésta llegaba y estabas tú al lado mio, creia que no me habia separado de tí, y que tu mano descansaba desde el dia anterior en mi cabeza.

— Y sin embargo, cuando pienso en la hora de la separacion, se apodera de mí una zozobra que antes no conocia.

— A mí no me asusta tanto. Cierto que mi corazon manará sangre cuando me darás tu adios: pero sé que volverás y que no me olvidarás. Melita quiso preguntar al oráculo si me permanecerás fiel: tambien deseaba ir á casa de una vieja que acababa de llegar de Frigia, y sabe adivinar durante la noche por medio de cuerdas tirantes. Para ello y para las purificaciones, necesita de incienso, estoraque, galletas en forma de media luna, y hojas de espinos silvestres [207]. Pero yo he rechazado todo esto, porque mi corazon sabe mejor que Pitia, que las cuerdas y el humo del sacrificio, que tú me permanecerás fiel y me amarás siempre.

— Y tu confianza no te engaña.

— Con todo no quedé sin recelo porque, como suelen las niñas, hasta cien veces he soplado una hoja de

amapola, y luego la he dado un golpe. Cuando produjo chasquido me regocijé exclamando: no te olvidará. Mas cuando la hoja se rompió sin ruido alguno me afligí; pero casi siempre dió el resultado apetecido, de modo que más á menudo tuve ocasion de alegrarme que de entristecerme [208].

—Y así debes continuar.

—Sí; he de seguir así. Pero habla más bajo, querido mio, para que no nos oiga Knakias que va por agua al rio.

—Hablaré bajo, así, y apartando tus sedosos cabellos, te diré al oido: te amo. ¿Me has comprendido?

—Lo que á uno le gusta oir, dice mi abuela, lo entiende fácilmente: mas áun cuando me hubieras dicho al oido: *te aborrezco*, tu mirada habria gritado con mil exaltadas voces que me amas. El mudo lenguaje de los ojos es más elocuente que todas las lenguas de la tierra.

—Si supiera hablar la hermosa lengua de los helenos como tú, entonces te explicaria...

—Oh, prefiero que no hables mejor, pues si supieras decirme todo lo que sientes, creo que me mirarias en los ojos con menos cariño. ¿Qué son, al fin, las palabras? ¿Oyes ese ruiseñor? El don de la palabra no le cupo en suerte, y sin embargo creo que le entiendo.

—¿Quieres confiármelo? Me gustaria saber lo que Bülbül (así llamamos nosotros al ruiseñor) tiene que concertar con su novia, allá en el bosque de rosales. ¿Puedes descubrirme lo que dice el pájaro?

—Te lo diré bajito. Filomele le canta á su esposo: *te amo*, y su respuesta es: *itis, ito, itis* [209]. Fíjate si no.

—¿Y que significa: *ito, ito?*

—Lo acepto, lo acepto.

—¿Y ese *itis?*

—Para entenderle exactamente, se ha de interpretar con arte. *Itis* es un círculo: el círculo significa, se-

gun me enseñaron, la eternidad, pues no tiene principio ni fin. Por esto el ruiseñor canta: *Lo acepto, lo acepto por toda la eternidad.*

—¿Y si ahora yo te digo *te amo?*

—Te responderé como el cantor de la noche, con júbilo: «Lo acepto para hoy, para mañana, para la eternidad.»

—¡Qué noche! ¡cómo todo descansa y calla! Ya no oigo ni al ruiseñor que ahora está allí en la acacia, cuyas flores en racimos despiden aroma tan suave. Las copas de las palmeras se reflejan en el Nilo, y entre ellas resplandece la imágen de la luna, cual blanco cisne.

—Y sus rayos prenden con hebras de plata cuanto vive. Por esto el mundo entero yace inmóvil y en profundo silencio, cual mujer cautiva. Contenta como estoy, no podria ahora reir, ni mucho menos hablar en voz alta.

—Pues habla bajo ó canta.

—Tienes razon. Dame la cítara. Déjame reclinar la cabeza en tu pecho y te cantaré, quedo, muy quedo, una cancioncita de paz. Alkman, el lidio, cuando vivia en Esparta, la compuso para celebrar el sosiego de la noche. Óyela atento... el suave canto que adormece, debe sonar muy quedo. No me dés más besos ahora; no me beses más hasta que haya acabado; entonces yo misma te pediré un beso en recompensa:

«Duermen las cimas de las altas montañas,
«duermen las rocas en el mar adormecido,
«duermen los barrancos y tropel de las hojas
«y el gusano que engendró la tierra nutridora.
«Los animales silvestres se amodorran,
«dormita el enjambre de industriosas abejas
«y duermen en las aguas del purpúreo mar
«los terribles engendros de las saladas honduras,
«y los veloces pajarillos
«y las aves en el colgante nido.»

—Ahora; venga un abrazo.

—Oyéndote me olvido de besarte, si besando me olvidaba de escuchar.

—¡Traidor!... ¿No es linda mi cancion?

—Bella como todo lo que cantas.

—Y componen los grandes poetas griegos.

—Tambien en esto soy de tu parecer.

—¿No teneis cantores en Persia?

—¡Cómo tal pregunta! ¿Un pueblo que blasona de nobles sentimientos, podria menospreciar el canto?

—¡Teneis costumbres tan malas!

—Cuáles.

—¡Tomais por esposas á tantas mujeres!

—¡Sapfó mia!

—¡No vayas á entenderme mal! Mira; te quiero tanto que sólo deseo verte feliz y compartir contigo toda la existencia. Si tomándome por única esposa, pecas contra las costumbres de tu país, si por tu fidelidad han de despreciarte, ó al menos censurarte (que no hay quien se atreva á despreciar á mi Bardiya) toma en buen hora otras mujeres, pero antes déjame poseerte sola dos ó tres años. ¿Quieres, Bardiya?

—Sí, lo haré.

—Y luego, cuando haya pasado mi época, y tu debas conformarte con la costumbre de tu pais, pues por amor no te casaras con otra, déjame quedar en tu compañía, como tu primera esclava. ¡Oh! mi imaginacion se finge magnifico este proyecto. Cuando vayas á la guerra, yo ceñiré tus rizos con la tiara y tu cuerpo con la espada, y pondré las lanzas en tus manos. Cuando vuelvas victorioso, seré la primera en coronarte. Si sales á caza, te calzaré las espuelas; si á un banquete, he de ataviarte y untarte y tejeré coronas de pobo y rosas para tu frente y hombros. Herido, te he de cuidar; enfermo, me tendrás siempre á tu lado; contento y satisfecho, me retiraré para regocijarme

de lejos con tu gloria y tu felicidad. Tal vez entonces me llames, y tus besos me dirán que estás contento de tu Sapfó, y la quieres todavía.

—¡Oh Sapfó! ¡Ojalá fueras hoy mismo mi esposa! ¡Quien posea tan gran tesoro como yo en tí, ha de guardarlo sin buscar otros, harto pobres si se le comparan! Quien te ame á tí, no amará otra alguna. Verdad que en mi país es costumbre tener muchas mujeres, pero esto es sólo tolerado, no prescrito por ley alguna. Mi padre tuvo cien esclavas, pero no más de una esposa verdadera, propia, legítima: nuestra madre Kasandana.

—¿Y seré yo tu Kasandana?

—No, Sapfó mia; lo que tú serás para mí no lo fué esposa alguna para su esposo.

—¿Cuándo vendrás por mí?

—Cuando pueda y me sea permitido.

—Esperaré resignada.

—¿Recibiré yo noticias de tí?

—Te escribiré largas cartas y encargaré saludos para tí á todos los vientos.

—Hazlo, amada mia. Las cartas entrégalas al emisario que llevará de cuando en cuando á Nitetis noticias de Egipto.

—¿Dónde le encontraré?

—En Náukratis dejaré un encargado que cuidará de cuanto le remitas. Con Melita nos concertaremos para los demas pormenores.

—Podemos fiarnos de ella, porque es prudente y fiel; mas cuento todavía con otra amiga que, despues de tí, es la persona que más me quiere y á quien yo quiero más despues de tí.

—¿Te refieres á tu abuela Rodopis?

—A mi buena ama y maestra.

—¡Noble mujer! Mi tutor la tiene por la más excelente; conoce á los hombres como el médico las yer-

bas y raíces; sabe que en unos se esconde fuerte veneno, y hace de otras bálsamo de salud. Muchas veces Kresos compara á Rodopis con una rosa que despide fragancia y da aceite que alivia á los enfermos débiles, aunque se marchita y deshoja y aguarda tranquila el viento que ha de disiparla.

—¡Oh! viva mil años, amado mio. Concédeme otra merced.

—Tenla por concedida antes de manifestarla.

—Cuando me lleves á tu país no dejes en Egipto á Rodopis. Debe seguirnos. Es tan buena y me quiere tanto, que es su dicha cuanto me complace, y le parece digno de cariño cuanto yo amo.

—Será el primer huésped de nuestra casa.

—¡Cuán bueno eres! Ahora estoy enteramente satisfecha y tranquila. La buena anciana necesita de mí; no puede vivir sin mí, sin su hija. Con mi risa ahuyento sus pesares. Cuando se sienta á mi lado para darme leccion, cuando me canta coplas y me enseña á manejar el cálamo, ó cómo se pulsa la lira, entonces irradia su frente luz más pura, y se desvanecen los surcos de su frente que labró el pesar, sonrien sus ojos y olvida el triste pasado para gozar del presente.

—Le preguntaré antes de separarnos si nos querrá acompañar á mi lejano país.

—¡Qué feliz soy! ¿Sabes que el tiempo de la separacion no me parece terrible, ni siquiera al principio? Ahora, mi esposo y señor, podré confiarte cuanto me aflija ó llene de gozo, aunque con todos los demas deba guardar silencio. Has de saber, pues, amado mio, que mientras vosotros vais á vuestro país, nosotras esperamos aquí á dos pequeños huéspedes, que son los hijos del buen Fanes, de aquel hombre en cuyo favor tu amigo, el hijo de Kresos, ha hecho una accion tan noble. Yo cuidaré siempre de los niños como una madre, y en premio de su bondad, les referiré unos lin-

dos cuentos de un príncipe, gallardo héroe, que escogió por esposa á una niña de la clase llana ; y cuando luego describa el aspecto que ofrecia el príncipe y jóven héroe, tú estarás delante de mis ojos con toda claridad , y sin que los dos chicos lo noten, te describiré de piés á cabeza. Mi héroe tendrá tu alta estatura, le adornarán tus dorados rizos, bajo su frente lucirán tus azules ojos, y la real magnificencia de tus vestidos realzará tambien su lozana figura ; tu noble corazon , tu alma leal y sincera, el respeto de los dioses que te adorna , tu bizarría y heroismo ; en fin, todas las cualidades que en tí amo y aprecio, las tendrá el héroe de mi poema. ¡Cómo me escucharán los niños ! Y cuando exclamen : «¡ Oh , cuánto amamos al príncipe ! ¡ Qué hermoso y bueno es ! ¡ Oh , si pudiésemos ver al noble jóven !» entonces les estrecharé cariñosa contra mi corazon , y les besaré como te he besado á tí, y el deseo de los niños se habrá cumplido tambien, porque reinando tú en mi corazon, vives en mí, cerca de ellos, y abrazándome á mí , te abrazarán tambien á tí.

—Yo, en cambio, explicaré á mi hermanita Atosa todo lo que he visto en mi viaje. Ensalzando la gracia de los griegos , la esplendidez de sus obras , la belleza de sus mujeres, describiré tu linda figura , cual imágen de la adorada Afrodite. No me cansaré de hablarle de tu virtud , de tu belleza y de tu modestia ; de tu canto , cuya armonía mueve á escucharla al mismo ruiseñor ; de tu amor, de tu cariño. Todo esto trasladaré de tí á la divina figura de Kipris , y besaré á mi hermana cuando exclame : « Oh , Afrodite , si pudiera verte !»

—¿ Qué es eso ? ¿ oyes ? La palmada del vigilante. Adios; debemos separarnos hasta vernos pronto de nuevo.

—¡ Otro beso !

—¡ Adios !

Melita, rendida por la edad y el cansancio, se habia dormido en su puesto de vigilancia, cuando un gran rumor la arrancó de su sueño. Inmediatamente dió una palmada para avisar á la pareja y llamar á Sapfó, conociendo por las estrellas que el alba no estaba lejos.

Cuando la vieja con su pupila se acercó á la casa, comprendió que aquel ruido que acababa de despertarla, procedia de los huéspedes que se disponian á retirarse.

Dándole prisa, introdujo á la espantada niña en la casa por la puerta de detras, llevóla á su dormitorio, y se preparaba á desnudarla cuando entró Rodopis.

—¿Todavía estás levantada, niña? preguntó. ¿Qué significa esto?

Melita tembló y asomaba ya una mentira á sus labios, cuando Sapfó arrojóse en brazos de su abuela, y estrechándola cariñosamente y besándola con ternura, le contó sin reserva la historia de su amor.

Rodopis se puso pálida.

—Déjanos, dijo á la esclava con voz imperiosa.

Luego se colocó frente á su nieta, y poniendo sobre los hombros de ésta ambas manos, dijo:

—Mírame en los ojos, Sapfó. ¿Puedes mirarme todavía de la misma manera alegre é infantil, que antes de la llegada de aquel persa?

La niña, risueña y alegre, miró á su abuela. Entonces Rodopis la abrazó apretándola contra su pecho y besándola dijo:

—Desde que dejaste los pañales, mi contínuo afan ha sido hacer de tí una jóven digna preservándote del amor. Disponiame ya á elegirte un esposo conveniente y darte por esposa suya segun la costumbre helénica [210], mas los dioses lo han decidido de otra manera. Eros se burla de las vallas que se le oponen; la ardiente sangre eolia [211] que corre en tus venas, ha clamado por amor, el ardiente corazon de tus abuelos

palpita tambien en tu pecho. Contra lo hecho no hay remedio. Conserva, pues, las horas de gozo de este tu puro amor primero, cual preciosa alhaja en tu memoria, porque más pronto ó más tarde, el presente de todo sér humano es tan seco y ruin, que necesita de semejantes tesoros de recuerdos para no marchitarse. Piensa secretamente en el hermoso jóven, dile adios cuando regrese á su país, pero guárdate bien de esperar que volverás á verle. El ánimo de los persas es ligero y variable; todo lo nuevo les atrae, todo lo extranjero lo acogen con los brazos [212] abiertos. Tu donaire y tu carácter han gustado al príncipe. Ahora arde por tí, mas es jóven, hermoso, muy pretendido y persa. Abandónale tú, para que no te abandone á tí.

—¿Cómo abandonarle, abuela? ¿No le he jurado eterna fidelidad?

—Vosotros los niños jugais con la eternidad cual si fuese un instante. En cuanto á tu juramento no has hecho bien en prestarlo; pero me place que lo mantengas. Detesto ese adagio frívolo, que dice que Zeus no oye los juramentos de los enamorados. ¿Por qué la divinidad habria de hacer menos caso del juramento prestado por el más sagrado afecto del hombre, que de una promesa relativa á mezquinas cuestiones sobre lo mio y lo tuyo? Cumple, pues, lo prometido; no olvides jamas tu amor, pero acostúmbrate á la idea de renunciar á la persona del amado.

—¡Jamas, abuela! Bardiya no hubiera llegado á ser mi amigo, si no pudiese yo tener confianza en él. Precisamente porque es persa y estima la veracidad como su más bella virtud, puedo esperar confiada que tendrá presente su juramento, y que á despecho de la mala costumbre de los asiáticos me hará su única mujer.

—Y si se olvida de su juramento, pasarás tu juventud mísera y triste, con el corazon envenenado.

—¡Oh, buena abuela querida! ¡Cesa de decir cosas tan terribles! Si le conocieras como yo le conozco, te regocijarias conmigo y creerias, como creo yo, que el Nilo puede agotarse y desplomarse las pirámides, antes que engañarme Bardiya.

Con tal seguridad y persuasiva confianza hablaba, con tanto calor y dicha brillaron cuajados de lágrimas sus negros ojos, que tambien el rostro de la anciana recobró su serenidad.

Sapfó echó otra vez los brazos al cuello de su abuela, repitiéndole una por una las frases de su novio, y terminó su largo discurso exclamando:

—Abuela mia, soy tan dichosa y feliz, que si vas con nosotros á Persia, no tengo más que pedir á los inmortales.

—Harto pronto les dirigirás otra vez tus preces, suspiró Rodopis. Con envidiosa mirada contemplan la felicidad de los mortales y nos deparan lo malo con largueza y lo bueno con escasez. Ahora vé á acostarte y reza conmigo para que todo acabe en bien. Saludé por la mañana á una niña, y doy ahora á una doncella las buenas noches. ¡Ojalá me beses con la misma alegría cuando casada! Mañana hablaré con Kresos acerca de vosotros. De lo que él me diga dependerá que pueda concederte alguna esperanza del regreso del persa, ó deba conjurarte á que olvides al príncipe para ser pronto la esposa de un heleno de mi eleccion. Duerme bien, querida nieta, descansa tranquila; tu vieja abuelita vela por tí.

Sapfó se durmió arrullada por felices ensueños, mas Rodopis tenia aún los ojos abiertos, ora sonriendo, ora frunciendo las cejas, cuando amaneció y salió el sol.

A la mañana siguiente Rodopis mandó recado á Kresos suplicándole le concediera una hora.

Sin ambajes narró al anciano lo que habia sabido

por Sapfó, y terminó su narracion con estas palabras:

—Ignoro qué prendas deben adornar en Persia á la esposa de un príncipe, pero puedo decirte que Sapfó me parece digna del primer monarca del mundo. Es hija de padre libre y noble, y oí decir que segun vuestras leyes, sólo el padre determina el linaje del hijo. Tambien en Egipto los descendientes de una esclava poseen los mismos derechos que los de una princesa, si son de un mismo padre [213].

—Te escuché sin interrumpirte, contestó Kresos, y he de confesar que tampoco sé en este momento, si puedo alegrarme de este amor ó si he de lamentarlo. Kambises y Kasandana, la madre de Bardiya y del rey, deseaban casar al príncipe ya antes de nuestro viaje. Hasta hoy el rey no ha tenido descendencia alguna. Si quedase sin hijos, la única esperanza de continuar la estirpe de su padre Kiros, descansaria en Bardiya, porque el gran fundador de la nacion persa no tuvo más que dos hijos: Kambises y el amante de tu nieta. Este último es el orgullo de los persas, el favorito de la corte y del país, la esperanza de empleados y súbditos, tan bello como generoso, tan virtuoso como amable. Se exige, es cierto, de los príncipes reales que casen con mujeres de su propia familia, la de los ajemenidas, pero los persas tienen extraordinaria aficion á todo lo extranjero y, encantados por la hermosura de tu nieta, indulgentes con ella por el amor de Bardiya, perdonarian luego la infraccion de la antigua costumbre, amen de que toda accion que el rey aprueba, no admite ya objecion alguna por parte de los súbditos. La historia irania ademas ofrece bastantes ejemplos de esclavas que parieron reyes [214]. La madre del soberano, que goza de una autoridad casi igual á la de éste, no opondria obstáculos á la felicidad de su hijo más jóven y favorito. Cuando vea que Bardiya no quiere desprenderse de Sapfó; cuando observe que el

risueño semblante del adorado retrato de su gran esposo difunto se pone sombrío, entonces, para volver á verle alegre, no se opondrá al enlace aunque quisiera aquel casarse con una escita. Rogado oportunamente por su madre, Kambises tampoco negará su asentimiento.

—Pues entonces, todas las dificultades están allanadas, exclamó Rodopis gozosa.

— Lo que me causa inquietud no es el enlace, mas lo que seguirá.

—¿Crees que Bardiya?...

— De su parte nada temo. Tiene el corazon puro y ha permanecido tanto tiempo sin conocer el amor, que ahora, una vez rendido, amará con ardor y constancia.

—Pero...

— Pero has de considerar que, áun cuando todos los hombres recibiesen con júbilo á la graciosa novia de su favorito, hay en los harenes de los grandes de Persia mil mujeres ociosas que procurarán con empeño mortificar á la jóven intrusa con toda suerte de intrigas y artimañas, cuyo mayor gozo será perder y hacer infeliz á la inexperta niña.

—¡Mala opinion tienes de las mujeres persas!

—Son mujeres y envidiarán á la que supo conquistar al hombre que todas habian deseado para sí ó para sus hijas. La envidia, en la desocupacion y el ocio que reina en las habitaciones del haren, se convierte fácilmente en odio; desahogarlo ha de ser para aquellas pobres una compensacion á su falta de amor y libertad. Sapfó, lo repito, cuanto más bella, más expuesta estará á maléficas intrigas, y aunque la ame entrañablemente Bardiya, y no tome otra esposa durante los primeros años, habrá de pasar horas tan amargas que realmente no sé si puedo felicitarte por el porvenir, en apariencia brillante, de tu nieta.

—Lo mismo siento yo. Un simple heleno me habria gustado más para yerno, que ese noble hijo de un gran rey.

En aquel momento entró Bardiya, introducido por Knakias. Imploró de la anciana que no le negara la mano de su nieta, describió su ardiente amor á ésta y aseguró que Rodopis aumentaria su dicha si quisiera ir con él á Persia. Luego tomando la mano de Kresos, pidióle perdon por haberle callado por tantos dias, á él, su paternal amigo, lo que alborozaba su alma. Rogábale tambien que apoyara su pretension.

Sonriendo oyó el anciano las apasionadas frases del jóven y dijo:

—¡Cuántas veces, mi Bardiya, te puse en guardia contra el amor! Fuego es que abrasa.

—Pero sus llamas son brillantes, luminosas.

—El amor es causa de dolor.

—¡Pero dolores tan dulces!

—Atolondra.

—Pero fortifica.

—¡Oh!... ¡el amor! exclamó Rodopis. ¿No habla el muchacho inspirado por Eros, como si en toda su vida hubiese tenido por maestro á un hablista ático?

—Yo, repuso Kresos, tengo á los enamorados por los más indóciles discípulos. Ya puede demostrárseles cuanto se quiera que su amor es veneno, fuego, locura, muerte; á pesar de todo exclamarán: ¡pero es tan dulce! y seguirán impertérritos amando.

En esto vino Sapfó. Una túnica blanca festoneada con bordados de púrpura y de anchas mangas, envolvia sus tiernos miembros en sus holgados pliegues que reunia en torno de las caderas un cinturon de oro. Llevaba prendidas de su peinado rosas acabadas de coger y lucia en su pecho la fulgente estrella, primer regalo del novio.

Con pudoroso donaire dirigió al anciano una reverencia.

Éste la miró fijamente largo rato. ¡Cuanto más contemplaba el lindo rostro virginal, más se alegraba el suyo! Acudieron á su mente ciertos recuerdos y por un instante se rejuveneció. Con esto fuése hácia la jóven involuntariamente, besóla en la frente con cariño y la llevó hácia Bardiya diciendo:

—Tómala; ha de ser tu esposa, aunque todos los ajemenidas se juntaren contra nosotros.

—¿Y conmigo no contais para nada? preguntó Rodopis con lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios.

Entonces Bardiya cogió la derecha de la anciana y Sapfó la izquierda, y ambos fijaron en su rostro la mirada suplicante. Conmovida é irguiéndose como soberbia profetisa exclamó:

—Que Zeus, Apolon y Eros, que os han juntado, os amparen. Cual dos rosas en un mismo tallo, os veo florecer amantes y felices en la primavera de la vida. Se oculta en el seno de los dioses, lo que os traerán el verano, el otoño y el invierno. Sonrian contentas las sombras de tus difuntos padres, mi Sapfó, cuando esta nueva de tu dicha llegue á ellos á orillas del Aqueronte.

---

Tres dias despues, el embarcadero de Sais estaba de nuevo atestado de inmenso y apiñado gentio. El pueblo se reunia allí para despedir á la hija egipcia, Nitetis, que partia á extranjero país. Vióse en aquel instante que á pesar de las intrigas de los sacerdotes, los egipcios estimaban mucho á sus reyes.

Cuando Amasis y Ladike llorando abrazaron por última vez á Nitetis; cuando en presencia de los saíticos y estando ya en la gran escalera del rio, Tajot echó sus brazos al cuello de la hermana, sollozando; cuando

el barco que llevaba á la despedida novia real se alejó con hinchadas velas,... entonces, pocos ojos permanecieron enjutos.

Sólo los sacerdotes contemplaron el conmovedor espectáculo, graves y frios como siempre.

Tambien por fin, los barcos de los extranjeros que se llevaban á la egipcia, fueron empujados por el austro, y seguidos de execraciones y denuestos. La princesa que se quedaba, continuó largo rato agitando el pañuelo tras la que se iba y llorando sin cesar. Mas ¿derramaba su llanto por la compañera de su juventud ó por el hermoso príncipe á quien queria?

Amasis abrazó, en presencia del pueblo, á su esposa é hija, y tomando en brazos al niño Nejo, su nieto, mostróle al pueblo que viéndole prorumpia en gritos de júbilo. Psamtik, el padre del niño, estaba silencioso y con los ojos enjutos al lado del rey, que parecia no le hacia ningun caso. Luego acercósele Neithotep, el supremo sacerdote, y conduciéndole casi contra su voluntad hácia su padre, colocó su mano en la del rey y en alta voz invocó la bendicion de los dioses sobre la real casa.

Mientras oraba, los egipcios permanecieron arrodillados levantando las manos al cielo. Amasis dió un abrazo á su hijo, y cuando el sacerdote hubo terminado su plegaria, le dijo en voz baja:

—Guardemos la paz entre nosotros, para nuestro bien y el de Egipto.

—¿Has recibido aquella carta de Nebenjari?

—Un pirata samio persigue la triera de Fanes.

—Allá va sin protesta la hija de tu antecesor, la legítima heredera del trono egipcio.

—La construccion del templo helénico de Menfis quedó suspendida.

—Isis nos dé paz, y la dicha y prosperidad se extiendan sobre Egipto.

Los helenos residentes en Egipto habian preparado una fiesta en Náukratis, en honor de la embarcada hija de su protector Amasis.

En los altares de los dioses griegos se inmolaron numerosas víctimas, y cuando las barcas del Nilo llegaron al puerto sonó un atronador *ailinos*.

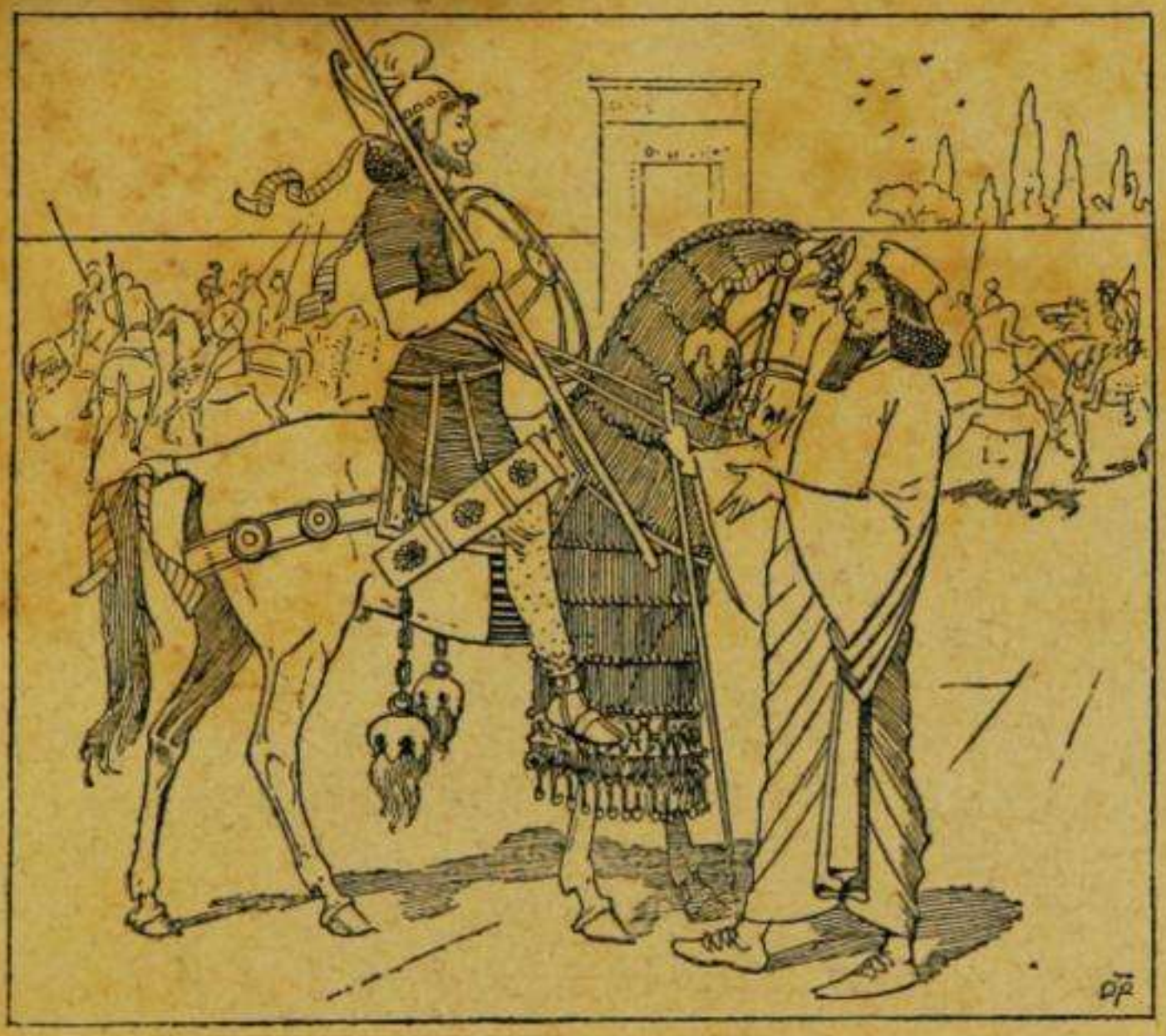
Jóvenes adornadas con sus atavíos de fiesta presentaron á Nitetis un aro de oro que, como corona nupcial, iba envuelto en mil olorosas violetas [215].

Sapfó, como más bella entre las jóvenes de Náukratis, hubo de entregar la corona á la despedida princesa.

Nitetis, aceptando el regalo, besó agradecida la frente de la donadora, y luego subió á la triera que la aguardaba.

Los remeros pusieron manos á la obra entonando el KELEUSMA [216]. El viento del Sur hinchó las velas y, por segunda vez, oyóse el *ailinos* proferido por miles de bocas. Desde la cubierta del barco real, Bardiya hizo á su novia las últimas señas de amoroso saludo. Sapfó imploraba en voz baja á Afrodite Euploia, la patrona de los navegantes. Las lágrimas humedecían sus mejillas, pero en sus labios asomaba una sonrisa de esperanza y amor, mientras la vieja esclava Melita, que sostenia el parasol de la jóven, lloraba desesperada. Cuando de la guirnalda que ornaba la frente de su pupila, cayeron por casualidad unas cuantas hojas, olvidó por un momento su afliccion y dijo en voz baja á Sapfó:

—Bien se nota, corazon mio, que sientes amor, pues todas las niñas que pierden hojas de sus coronas tienen el corazon flechado por Eros [217].



## CAPÍTULO XII.

Siete semanas más tarde cruzaba por la carretera real [218] que conducia á Babilon desde el Occidente, un largo convoy de coches y jinetes de diferentes clases, en direccion á la gigantesca ciudad, visible á gran distancia.

En uno de los vehículos de cuatro ruedas, que decian *harmámaxa* [219], con muchos dorados y tapices de brocatel y oro, y que podia cerrarse con cortinas, bajo el techo que sostenian columnas de madera, iba sentada Nitetis la princesa egipcia.

Junto al coche cabalgaban formando su séquito, nuestros conocidos los nobles persas y el destronado rey de Lidia con su hijo.

Seguianles cincuenta carros y seiscientas acémilas, precediendo á la comitiva un destacamento de soldados persas en soberbios corceles.

La carretera se extendia á lo largo del Éufrates, por entre lozanos campos de trigo, cebada y sésamo [220], que rendian dos y hasta tres veces centuplicadas las sementeras. Esbeltas palmeras con pesadas támaras se veian aquí y allá en los campos atravesados en todas direcciones por bien mantenidas acequias y canales [221]. El sol, aunque en invierno, resplandecia ardiente y fúlgido en un cielo sin nubes. En el caudaloso rio, barcos grandes y chicos pasaban cargados con los productos de la meseta armenia al llano mesopotámico, trasportando de Tápsakos [222] á Babilon la mayor parte de las mercancías procedentes de Grecia y del Asia menor. Regados los campos y las plantaciones ribereñas, salpicados de numerosas aldeas; todo advertia al viajero la proximidad de un estado de civilizacion antigua y de esmerada administracion.

Enfrente de una casa muy ancha, construida de ladrillos y embadurnada de negro asfalto [223] con plátanos á una y otra parte, paró el coche y el séquito de Nitetis. Kresos se hizo apear de su caballo, acercóse al carruaje de la princesa egipcia y dijo á ésta:

—Llegamos á la última posta. La elevada torre que se dibuja á lo lejos en el horizonte, es el célebre templo de Bel, una de las más colosales obras que, como vuestras pirámides, erigió la mano del hombre. Antes de ponerse el sol, llegaremos á las bronceadas puertas de Babilon. Permíteme que te haga bajar del coche y mande tus sirvientas á la casa. Hoy debes vestirte con el traje de princesa persa, para agradar á Kambises. En breve te hallarás ante tu esposo. ¡Qué pálida estás! Procura que tus mujeres alegren tu rostro pintándole con fingido arrebol. La primera impresion es á menudo la que decide. Esta antigua experiencia no

puede ser nunca tan verdadera como tratándose de tu futuro esposo. Si le gustas en el primer encuentro, de lo que no dudo, puede ser que hayas ganado su corazon para siempre; si le desagradas hoy, es probable, dado su genio áspero, que no te conceda jamas una mirada amable. ¡Ánimo, hija mia, ánimo! Ante todo practica las reglas de conducta que te dí.

Nitetis enjugó una lágrima y respondió:

—¿Cómo podré mostrarme bastante agradecida á tu bondad, oh Kresos, mi segundo padre, mi protector y consejero? ¡Oh! no me abandones tampoco en adelante; sé siempre como durante este largo viaje por desfiladeros peligrosos, mi guia y amparo cuando el camino de mi pobre vida me conduzca por congojas y pesares! ¡Gracias, padre mio, mil gracias!

Esto diciendo la jóven echó sus brazos al rededor del cuello del anciano y le besó en la boca como cariñosa hija.

Cuando entró en el patio de la casa oscura, le salió al encuentro un hombre seguido de multitud de sirvientas asiáticas. El hombre, jefe de los eunucos [224] y amo de los principales empleados de la corte persa, era alto y corpulento. Su rostro imberbe sonreia dulcemente; de sus orejas colgaban preciosas arracadas; sus brazos y piernas, cuello y vestidos largos como los de una mujer, estaban recubiertos de cadenas y anillos de oro; y las rígidas guedejas, que ceñia una cinta de púrpura, exhalaban perfumes penetrantes.

Con respeto inclinóse Bogues (así se llamaba el eunuco) ante la egipcia, y puesta en los labios su mano regordeta y cargada de sortijas, dijo:

—Kambises, el soberano del mundo, me envia á tí, ¡oh reina! para que refresque tu corazon con el rocío de sus saludos. Te envia, ademas, por mi su ínfimo esclavo, las vestiduras de las mujeres persas, para que tú, como conviene á la esposa del más grande de

los reyes, te acerques á la puerta de las ajemenidas en traje medo. Estas mujeres, sirvientas tuyas, esperan tus órdenes. De esmeralda egipcia te convertirán en diamante pérsico.

Bogues se retiró, y con una seña dió permiso al posadero para ofrecer á la princesa, como regalo de bienvenida, una cestita de frutas, dispuesta con mucha elegancia.

Nitetis dió las gracias á ambos con algunas amables frases; entró en la casa, depuso con lágrimas los atavíos de su país, y dejó deshacer la larga trenza que llevaba al lado izquierdo como insignia de las princesas egipcias [225], para dejarse vestir por manos ajenas segun el estilo medo.

Entretanto, sus compañeros de viaje mandaron servir una comida. Presurosos criados sacaron de los carros mesas, sillas y vajilla de oro; los cocineros se afanaron en ayudarse mútuamente con tal priesa y buena voluntad, que como por encanto tuvieron delante de sí los hambrientos viajeros, una mesa bellamente adornada, hasta con flores.

Con igual lujo se hizo el largo viaje, pues en las acémilas que seguian á los príncipes se traia cuanto la mayor comodidad requiere, desde la impermeable tienda de brocado hasta el escabel de plata, y en los carros del convoy iban formando el séquito de sirvientes, no ya panaderos, cocineros, coperos y trinchantes, sino tambien perfumistas, adornistas y peluqueros.

Habia ademas en la carretera, cada cuatro leguas, una posada con todas las condiciónes apetecibles. Aquí se suplian los caballos caidos durante el viaje, más allá ofrecian refugio contra el bochorno del mediodía frondosas arboledas, y en el invierno estas posadas con sus encendidos hogares preservaban de la nieve y el frio.

Las posadas persas, parecidas á nuestras postas, debian su crecimiento y orígen al gran Kiros, que

procuró acortar las enormes distancias de su imperio colosal por medio de buenas carreteras. Tambien estableció un servicio regular de correos. En cada posta los balijeros hallaban otros (dispuestos para reemplazarles con caballos de refresco), quienes partian con toda velocidad con la balija, y la entregaban á su vez en la próxima posada, á otro conductor pronto tambien á marchar. Llamaron á estos correos *angares*, y eran tenidos por los más rápidos jinetes del mundo[226]. Cuando los comensales, á los que se agregó Bogues el eunuco, alzaron los manteles, abrióse de nuevo la puerta de la posada y lanzaron los persas una prolongada exclamacion. Tenian delante á Nitetis vestida con el precioso traje de la corte meda, soberbia y convencida de su irresistible belleza, pero teñidas las mejillas de virginal rubor ante la admiracion de sus amigos.

Sin darse cuenta de ello, prosternáronse á su presencia los criados, segun la costumbre asiática, y le hicieron una reverencia profunda y respetuosa los nobles ajemenidas. Pareció que, con la sencilla túnica de su pais, depuso tambien la princesa toda timidez, y que al ponerse aquellas prendas de seda con oro y piedras preciosas, revistióse igualmente del orgullo y altivez propios de una reina. El profundo homenaje de respeto que acababan de tributarle, la satisfizo al parecer, y dando con la mano muestras de deferencia, dió las gracias á los amigos asombrados, y luego dirigiéndose al jefe de los eunucos [227] con altiva afabilidad le dijo:

—Te has portado bien. No estoy descontenta de los vestidos, ni de las esclavas que me proporcionaste. Sabré recomendar tu circunspeccion á mi esposo. Por de pronto toma esta cadena de oro en señal de mi agradecimiento.

El omnímodo capataz de las mujeres del rey besó

el vestido de su reina y recibió el regalo en silencio. Con semejante orgullo no le habia tratado aún ninguna de las confiadas á su vigilancia. Hasta entonces todas las mujeres de Kambises habian sido asiáticas; y éstas, conociendo la omnipotencia del jefe de los eunucos, solian granjearse su benevolencia con sumision y zalamerías.

Bogues se inclinó otra vez profundamente ante Nitetis; mas ésta, sin hacer caso de él, dirigióse á Kresos y le dijo en voz baja:

—A tí, bondadoso amigo, no te puedo pagar con palabras ni con regalos lo que has hecho por mí, pues sólo á tí deberé que mi vida en esta corte sea si no feliz, apacible al menos.

Luego añadió en voz más alta, inteligible para los demas circunstantes:

—Acepta esta sortija, que desde la salida de Egipto no se ha separado de mi mano. Su valor es pequeño, pero grande su significacion. Pitágoras, el más noble de todos los helenos, la dió á mi madre al pasar por Egipto para oir las sábias lecciones de nuestros sacerdotes; y mi madre me la dió al despedirme de mi patria. En esta sencilla turquesa figura un siete, número absolutamente indivisible que representa la salud del cuerpo y del espíritu [228], pues nada hay más indivisible que la salud. Cuando padece la más pequeña particula del cuerpo, el cuerpo entero enferma: cuando una sola idea mala se anida en nuestro corazon, la armonia del alma entera se perturba. Dígate este siete, cada vez que lo mires, lo que deseo para tí: el goce indiviso, imperturbable del bienestar físico, y larga duracion á esa amable dulzura que te hace el más virtuoso, y por ende el más sano de los hombres. Nada de gracias, padre mio, pues yo quedaré deudora tuya áun cuando pudiera volver á Kresos los tesoros de Kresos.—Tú, Giges, toma esta lira lidia de marfil,

y cuando sus cuerdas resuenen acuérdate de la dadora.—A tí, Zópiros, te ofrezco esta cadena de oro porque ví que eres el más fiel amigo de tu amigo, y nosotros los egipcios colgamos lazos y cordones de las lindas manos de nuestra diosa del amor y de la amistad, la hermosa Hator, como símbolos de su atractiva naturaleza.—A tí, Daríos, el amigo de la sabiduría egipcia y del cielo estrellado, te entrego este siete de oro en el cual descubrirás el zodíaco grabado en el metal por una mano perita [229].—Tú, Bardiya, mi querido cuñado, obtendrás la alhaja más preciosa que poseo. Toma este amuleto de pedrería azul [230]. Mi hermana Tajot me la puso al cuello, cuando por última vez, antes de acostarme, le dí las buenas noches besando sus labios. Me dijo que este talisman proporciona á los que le lleven dulce felicidad de amor. Lloraba al dármelo, Bardiya. Ignoro en quién pensaba la pobrecita, pero creo corresponder á sus deseos, poniendo la joya en tus manos. Piensa que Tajot te lo presenta, por mí su hermana, y acuérdate alguna vez de nuestros juegos en los jardines de Sais.

Hasta aquí habló en griego, mas luego se dirigió á la servidumbre que esperaba á respetuosa distancia y dijo en persa chapurrado:

—Recibid tambien vosotros mis dones. En Babilon os entregarán mil estáteres de oro [231]. Te ordeno, Bogues, añadió dirigiéndose al eunuco, procures distribuirlos pasado mañana á más tardar, entre los sirvientes.—Acompáñame á mi carruaje, Kresos.

El anciano se apresuró á cumplir este deseo, y mientras conducia á Nitetis hácia el vehiculo, ésta apretando contra su pecho el brazo de aquel, le dijo en voz baja:

—¿Estás contento de mí, padre mio?

—Te aseguro, hija, contestó el anciano, que serás la primera en esta corte, despues de la madre del rey, pues en tu frente reside el verdadero orgullo de reina

y posees el arte de hacer mucho con poco. Créeme, un pequeño regalo, escogido y presentado como tú sabes hacerlo, depara más satisfaccion al generoso, que montones de oro arrojados á sus plantas. Dar y recibir ricos regalos es costumbre de los persas. Ellos saben enriquecerse mútuamente; tú les enseñarás lo que deben hacer para lograr la felicidad. ¡Qué hermosa eres! ¿Estás cómoda, ó quieres más altas almohadas? Pero ¿qué es eso? ¿No ves las nubes de polvo que se levantan desde la ciudad? ¡Tente erguida, niña! Ante todo, procura sostener la mirada de tu esposo y corresponder á ella. Pocos hay que resistan los rayos de sus ojos. Si consigues mirarle impávida y resueltamente á la cara habrás vencido. Animo, ánimo, ¡hija mia! Adórnete Afrodite con su más seductora belleza. — A caballo, amigos; paréceme que el rey viene hácia nosotros.

Nitetis se hallaba sentada en el dorado coche erguida y apretándose el corazon con las manos. La polvareda iba acercándose cada vez más. Ora brillaban á traves de ella como los rayos en tempestuoso cielo, los fúlgidos reflejos del sol, quebrándose en las armas de los que venian; ora se rasgaba la nube y se divisaban distintas las figuras. A veces desaparecia la cercana comitiva tras los espesos matorrales de las revueltas del camino, y luego, á la distancia de cien pasos, viéronse con palpable claridad los jinetes que galopando se acercaban cada vez más.

Ya parecia la cabalgata, abigarrada multitud de caballos, hombres, púrpura, oro, plata y joyas. Más de doscientos jinetes, montados todos en blanquísimos corceles, con jaeces cuajados de campanillas y abolladuras de oro, plumas, borlas y bordados [232], seguian á un hombre caballero en poderoso bruto negro, que á veces parecia vencer al jinete, aunque más á menudo éste mostraba al indómito y espumante animal, con

fuerza gigantesca, que era hombre para domeñar su briosa arrogancia. El tal caballero, cuyos poderosos muslos comprimian al caballo haciéndole temblar jadeante, traia puesto un manto con dibujos de escarlata y blanco, sembrado de águilas y halcones bordados de plata [233]. Sus vestidos interiores eran de púrpura, y sus botas de cuero amarillo. Ceñia sus caderas un cinturon de oro en el cual iba metida una daga corta como un puñal, con puño y vaina incrustados de piedras preciosas. El resto de su atavío parecíase al de Bardiya. Tambien su tiara estaba rodeada de la faja azul y blanca de los ajemenidas. Debajo de la misma brotaban espesos rizos negros como el ébano. Poblada barba, de igual color, ocultaba toda la parte inferior del rostro. Sus facciones eran pálidas é inmóviles; tenia los ojos, empero, más negros que su cabello y barba, y henchidos de fuego; no ardientes, abrasadores. Una cicatriz profunda y roja, huella del sablazo de un guerrero masageta, surcaba la elevada frente, la gran nariz corva y los delgados labios del jinete. En todo su porte se veia el sello de una fuerza soberana y de una soberbia sin límites.

Nitetis no sabia apartar los ojos de la figura de aquel hombre. Nunca habia visto otro igual. En aquel semblante de extremada soberbia creia descubrir la quinta esencia de la virilidad. Le parecia que el mundo, y especialmente ella misma, habia sido creado para servir á semejante hombre. Temiale, y sin embargo, su humilde corazon femenino deseaba poderse enlazar al hombre robusto, como la vid al olmo. No acertaba á darse cuenta de si habia de imaginarle padre de todo lo malo, el terrible Set, ó dispensador de toda luz, el gran Rá.

En su rostro alternaban, cual luz y sombra cuando al medio dia el cielo se cubre de nubes, encendido rubor y profunda palidez. Se olvidó de las lecciones de

su paternal amigo, y sin embargo, cuando Kambises obligó al indómito jadeante corcel á estarse quieto al lado del coche, miró sin pestañear los ojos de fuego de aquel hombre, que comprendió era el rey aunque nadie se lo dijera.

El rígido semblante del soberano de medio mundo se puso tanto más amable, cuanto más ella sostuvo su penetrante mirada, animada por maravilloso instinto. Por fin, le dirigió con la mano un saludo de bienvenida, y fuése hácia su comitiva que se habia apeado. Unos se prosternaron ante su rey y otros le hicieron profunda reverencia, ocultando las manos, segun costumbre persa, en las mangas de sus vestidos.

Luego el rey bajó de su caballo, y en el mismo momento apeáronse todos los de su séquito. Los extiendealfombras que le seguian, colocaron, con la rapidez del pensamiento, una gruesa manta de púrpura sobre la carretera para que los reales piés no hubieran de hollar el polvo del camino, y al poco rato Kambises saludó á sus amigos y parientes ofreciéndoles su boca para besarla.

Luego dió un apreton de manos á Kresos, y le mandó volviera á montar para acompañarle, en calidad de intérprete, al carruaje de Nitetis.

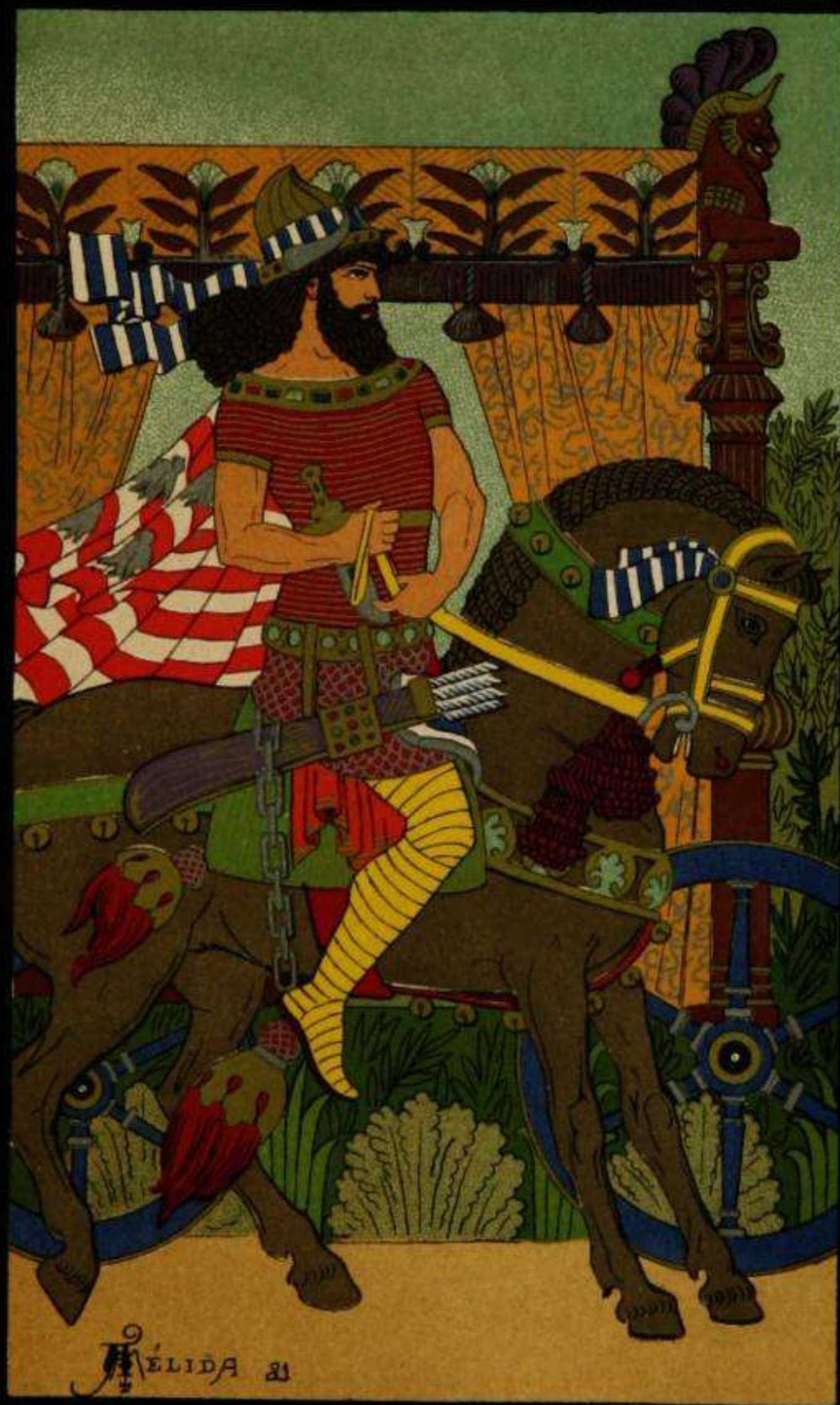
Los primeros ministros acudieron para colocar al rey en su silla; éste hizo una seña, y el convoy se puso otra vez en marcha.

Kresos trotaba al lado de Kambises junto al dorado coche.

—Es bella y agrada á mi corazon, dijo el persa al anciano lidio. Ahora tradúceme fielmente lo que responderá á mis preguntas, porque no entiendo otras lenguas que la persa, la asiria y la meda.

Nitetis habia entendido estas palabras. Un inefable deleite se apoderó de su corazon, y antes que Kresos pudiera contestar al rey, ella dijo ruborizada en voz baja y en chapurrado persa:

*Kambises.*


MÉLIDA 81

—¿Cómo mostraré mi gratitud á los dioses que me han hecho caer en gracia á tus ojos? No estoy por completo ignorante de la lengua de mi señor, pues este noble anciano me ha instruido durante nuestro largo viaje, en el dialecto persa. Dispensa si puedo contestar sólo con frases truncadas. Mi aprendizaje fué corto, y mi inteligencia es la de una pobre doncella poco instruida [234].

Kambises, siempre tan severo, sonrió. Su vanidad se sentia lisonjeada por el afan de Nitetis de conquistar su benevolencia, y la aplicacion de una mujer le pareció tan rara como loable, acostumbrado á ver las mujeres creciendo en la ignorancia y haraganería, y pensando únicamente en atavíos é intrigas. Así es que contestó con visible satisfaccion:

—Me gusta poder hablar contigo sin intermediario. Continúa esforzándote en aprender la hermosa lengua de mis padres. Mi comensal Kresos seguirá en adelante siendo tu maestro.

—Dichoso me haces con semejante mandato, dijo el anciano, pues no podia desear discípula más agradecida ni más aplicada que la hija de Amasis.

—Ella confirma la antigua gloria de la sabiduría egipcia, repuso el rey, y pienso que comprenderá tambien en poco tiempo, y acogerá en su alma las doctrinas de los magos que la instruirán en nuestra religion.

Nitetis bajó los ojos. Lo que habia temido, se acercaba: en lugar de los dioses egipcios, deberia servir en adelante á los dioses ajenos.

Kambises no notó la interna conmocion de la jóven, y prosiguió:

—Mi madre Kasandana te iniciará en los deberes de mis esposas. Yo mismo te la presentaré mañana. Lo que oiste sin querer, te lo repito ahora: places á mi corazon. Procura que este agrado continúe. In-

tentaremos hacerte grato este país, y ya que soy tu amigo, te doy el consejo de tratar con afabilidad á Bogues, que mandé á tu encuentro, pues en muchas cosas le habrás de obedecer porque es el superior de la casa de las mujeres.

— Aun cuando esté al frente de la casa de las mujeres, respondió Nitetis, me parece que á tu propia esposa, ningun mortal, si no tú, debe mandar. Obedeceré á tus menores señas; mas considera que soy hija de rey, que vengo de un país en donde la débil mujer comparte los derechos del fuerte varon, y que en mi pecho, señor, tambien reina el orgullo que veo fulgurar en tus ojos. A tí, el grande, mi esposo y soberano, obedeceré como esclava; pero no puedo solicitar la gracia del más afeminado mancebo, de un criado venal, ni tampoco obedecer á las órdenes que pretendiera darme.

El asombro y la benevolencia de Kambises iban creciendo. No habia oido expresarse en tales términos á mujer alguna, más que á su madre, y la manera discreta con que Nitetis reconocia inconscientemente, y hacia constar su poder, satisfacia el amor propio del soberano. La soberbia gustaba al soberbio. Asintiendo á lo dicho por la doncella con un movimiento de cabeza, contestó:

— Tienes razon, te señalaré una habitacion especial. Yo sólo te diré cómo debes portarte. La apacible casa de los pensiles será alhajada hoy mismo para ti.

— ¡Gracias, mil gracias! exclamó Nitetis. ¡Oh! si supieras cuán dichosa me haces con tal concesion! Tu buen hermano Bardiya nos contó de esos jardines muchas cosas, y ninguna de las maravillas de tu vasto imperio nos gustó tanto como el amor de aquel rey que mandó elevar esta reverdeciente montaña.

— Mañana podrás ocupar tu nueva morada. Ahora dime si te han gustado mis mensajeros.

—¿Cómo puedes preguntarlo? ¿quién podria conocer á este noble anciano sin quererle? ¿Quién no admirará las prendas de los jóvenes héroes tus amigos? Todos se han granjeado los afectos de nuestra casa. Tu gallardo hermano conquistó especialmente todos los corazones. Los egipcios no gustan de extranjeros: mas cuando Bardiya se mostró, oyóse un murmullo de admiracion en la asombrada muchedumbre.

A estas palabras de la princesa, el rey frunció las cejas. Dando á su caballo un fuerte latigazo que le hizo encabritar, volvió grupas, galopó al frente de su séquito, y en pocos minutos alcanzaba las murallas de Babilon.

A pesar de que Nitetis, como egipcia, estaba acostumbrada á ver construcciones grandiosísimas, quedó admirada de la gigantesca extension y magnificencia de aquella inmensa ciudad.

Sus murallas parecian inexpugnables por completo, pues su altura era de cincuenta varas, y tan grande su anchura que dos carros podian pasar cómodamente á la vez. Doscientas cincuenta torres elevadas coronaban y protegian aquel inmenso baluarte. Se hubieran, empero, echado de menos más ciudadelas á no estar Babilon flanqueada por pantanos impenetrables. La ciudad gigantesca elevábase en ambas orillas del Éufrates, siendo su circunferencia de más de nueve leguas, y los muros que la rodeaban defendian tales edificios, que en dimensiones aventajaban á las mismas pirámides y á los templos de Tebas y Menfis [235].

La puerta por la cual el convoy régio entró en la ciudad, habia abierto de par en par sus hojas de bronce de cincuenta varas de alto, para dar paso á los encumbrados personajes. La entrada estaba protegida á cada lado por una torre fortificada, delante de la cual se elevaba á manera de guardia un gigantesco toro alado de piedra, ostentando una cabeza humana, grave

y barbuda [236]. Nitetis contempló admirada aquella puerta de gigantes, y vió con alborozo las largas calles de la gran ciudad que en su honor lucia las más hermosas galas de fiesta.

Cuando se presentaron el rey y el dorado coche, la apiñada muchedumbre prorumpió en estrepitosas aclamaciones, que se convirtieron en algazara atronadora interminable, cuando el pueblo distinguió á su favorito Bardiya que regresaba de su viaje. Hacia mucho tiempo que el pueblo no habia visto á Kambises, porque segun costumbre meda, el rey se presentaba raras veces en público. Invisible como la deidad habia de reinar, y su aparicion ante la multitud era para ésta como una festividad. Así es que aquel dia todo Babilon habia salido á la calle para ver y saludar al temido monarca y al príncipe querido. Todas las ventanas estaban ocupadas por mujeres curiosas que echaban flores á los piés de los soberanos, y derramaban esencias aromáticas sobre sus cabezas. Cubrian el suelo hojas de arrayan y de palmera; verdes árboles de toda clase se alzaban hasta las puertas; alfombras y mantos colgaban de las ventanas, y de una á otra casa, guirnaldas de flores. Olor de incienso y sándalo embalsamaba el aire, y en apretadas hileras á ambos lados del camino, miles de absortos babilonios vestidos con camisas de tela blanca, sayas de lana abigarradas y muy cortas, tenian en las manos largos bastones coronados de granadas, pájaros ó rosas de oro, ó bien de plata [237].

Todas las calles por que pasó el convoy eran anchas y rectas; las casas construidas con ladrillos, altas y vistosas [238]. Sobre todas ellas, descollaba visible desde cualquier punto de la ciudad el templo gigantesco del dios Bel con su inmensa escalera que se extendia por fuera del edificio redondo ó turriforme, y compuesto de pisos que iban achicándose conforme

eran más altos. En torno de ellos se enroscaba la escalera como enorme serpiente, dando ocho vueltas anchísimas hasta la cúspide que contenia el verdadero santuario [239].

El convoy iba acercándose al régio alcázar [240], cuyas dimensiones correspondian al vastísimo trazado de toda la ciudad. Cubrian las murallas, circuito del palacio, figuras de todos colores, vidriadas y representando en rara confusion hombres, aves, mamíferos y peces, cacerías, guerras y solemnes procesiones. Hácia el Norte y á lo largo del rio, elevábanse los pensiles [241], y al Este y á la otra márgen del Éufrates, otro castillo real menor que el primero, con el cual comunicaba mediante la maravillosa fábrica de un sólido puente de piedra.

La comitiva pasó las puertas de bronce de las tres murallas que circuian el palacio. Detuviéronse los caballos de Nitetis; los porta-escabeles la ayudaron á bajar del coche. La jóven hallóse ya en su nueva patria, y bien pronto en los aposentos del harem, donde debia habitar interinamente.

Kambises, Bardiya y sus amigos nuestros conocidos, rodeados de cien funcionarios con vestidos relumbrantes, estaban todavía en el patio cubierto de pintarrajadas alfombras, cuando se percibieron agudos gritos de mujeres, y vióse lanzarse al patio y hácia los hombres, perseguida por varias matronas, á una hermosísima jóven persa ricamente ataviada, con preciosa sarta de perlas en la espesa cabellera rubia.

Kambises atajó sonriendo en su camino á la arrebatada niña, mas ésta con hábil movimiento se escabulló, y poco despues ciñendo el cuello de Bardiya, reia y lloraba al par en sus brazos.

Las mujeres que la seguian se prosternaron á respetuosa distancia, y como Kambises observara que la

niña no cesaba de prodigar sus caricias al hermano recien llegado, dijo:

—¡Avergüénzate, Atosa, de lo que estás haciendo! Piensa que llevas ya arracadas [242], y has dejado por tanto de ser niña. Nada tengo que decir porque te alegre el regreso de tu hermano, mas ni áun en la mayor alegría debe olvidar una princesa el decoro. Date prisa, pues, en volver á reunirte con tu madre... ¡allí veo á tus ayas!... díles que te dejo sin castigo, porque este es dia de júbilo. Mas si otra vez te introduces en este vedado recinto, diré á Bogues que te encierre por doce dias. Tenlo presente, retozona. Di á madre que voy á verla con Bardiya. Dáme un beso. ¿No quieres?... ¡Ah! ¡traviesa!...

Esto diciendo, el rey corrió hácia la niña. Con la izquierda cogióle ambas manos, y apretó tanto que ella gritaba de dolor, y con la derecha echóle atras la bella frente y la besó aunque se resistia. Luego la hermana fuése corriendo y llorando hácia sus ayas y á su habitacion.

Cuando Atosa hubo desaparecido, Bardiya dijo á su hermano:

—Cogiste demasiado fuerte á la pobre muchacha, Kambises; el dolor la hizo gritar.

El rey frunció las cejas, mas contuvo la brusca respuesta que asomaba á sus labios, y dirigiéndose á la casa dijo:

—Vénte ahora á ver á madre, que me rogó te llevara inmediatamente despues de tu llegada. Las mujeres, como siempre, rábian por verte. Nitetis me dijo que has hechizado tambien á las egipcias con tus rubios cabellos y tus rosadas mejillas. Suplica á tiempo á Mitra [243] que te otorgue perpétua juventud, y te preserve de las arrugas de la vejez.

—¿Quieres significar con esto, preguntó Bardiya, que no poseo prenda alguna de las que adornan á las personas de más edad?

—No explico mis palabras á nadie. Vén.

—Mas yo te suplicaré me proporciones ocasion de mostrarte que no soy inferior á ningun persa en varoniles virtudes.

—Las aclamaciones de los babilonios habrán podido mostrarte que no te son necesarias las hazañas, para lograr el aprecio de todos.

—¡Kambises!

—Vamos ahora. Estamos abocados á una guerra contra los masagetas. En ella tendrás ocasion de demostrar lo que puedes y lo que eres.

Pocos minutos despues, Bardiya hallábase en los brazos de su madre ciega, que palpitante el corazon, aguardaba á su hijo predilecto, esperado con tanta ansiedad. Al oir por fin su voz, y al tocar con ambas manos su amada cabeza, lo olvidó todo, y gozándose en la presencia del recien venido, no hizo caso alguno de su hijo primogénito, del omnipotente rey, que con amarga sonrisa contemplaba cómo se desbordaba sobre su hermano menor la caudalosa fuente del maternal cariño.

Desde su infancia Kambises vió cumplido siempre el menor de sus deseos; su menor seña equivalia á una órden. Por esto no sufria contradicciones y se abandonaba fácilmente á la cólera, pronto excitada cuando uno de sus súbditos (otros hombres no conocia) osaba contradecirle. Kiros, su padre, el poderoso conquistador de medio mundo, cuyo grande ingenio habia elevado el pequeño pueblo de los persas á la cumbre de terrenal grandeza, granjeándose el respeto de innumerables tribus sojuzgadas; aquel Kiros no supo practicar en el pequeño círculo de su familia el sistema de educacion que con tal éxito empleara en la conquista de grandes naciones [244]. Considerando ya al niño Kambises como futuro rey, impuso á sus súbditos la obediencia ciega al príncipe, olvidando que

quien viene destinado á mandar, debe primero aprender á servir.

La esposa de su corazon y de su juventud, Kasandana, dióle primero Kambises, luego tres hijas más, y al cabo de quince años Bardiya. Mucho tiempo hacia que el primogénito se habia sustraido á las caricias paternales, cuando el hijo menor vino al mundo á conquistar para sí cuánto esmero y cuántos cuidados reclama la tierna infancia. Como fuese el rezagado, lindísimo, sensible y afectuoso, llegó á ser para sus padres cual las niñas de sus ojos, y le prodigaron la más ardiente solicitud, el más vivo cariño, mientras hubo de contentarse Kambises con las esmeradas consideraciones que usaban para con él. En muchas guerras se distinguió por su bravura y bizarría el heredero del trono, pero altivo, imperioso en sus modales, sólo supo ganarse amedrentados siervos; en cambio Bardiya, afable y afectuoso, hizo de sus compañeros amigos predilectos. El pueblo en fin á Kambises le temia y temblaba en su presencia, á pesar de los ricos dones que solia prodigar, y á Bardiya, de apacible condicion, lo amaba, viendo en él, el retrato del difunto Kiros, padre de su pueblo.

Kambises sabia perfectamente que le era imposible comprar aquel afecto, que en todas partes tributaban con espontáneo impulso á su hermano. No le odiaba, sin embargo; sólo sentíase molestado al ver que sin haber probado su valía con sus actos, fuese el jóven estimado y querido por todos los persas, cual héroe y bienhechor. Lo que no le gustaba, lo tenia por injusto, y lo que tenia por injusto, habia de censurarlo, siendo su reprobacion terrible desde su infancia, áun para los más grandes.

Las entusiastas aclamaciones con que recibió el pueblo á Bardiya, las ardientes muestras de cariño de su madre y hermana, y especialmente los calurosos elo-

gios que le tributara Nitetis, infundieron á Kambises tales celos, como nunca sintiera su orgulloso corazon. Quedó de Nitetis prendado. Aquella hija de poderoso monarca que se sometia por completo á su grandeza, y altiva como él, desdeñaba lo pequeño; aquella mujer que, por granjearse su afecto, se tomó la molestia de aprender el idioma persa; aquella jóven de alta estatura, cuya belleza especial, medio egipcia, medio griega (pues griega era su madre), embargó su admiracion como algo nuevo y nunca visto; aquella mujer le habia causado impresion profunda. Por esto le contrariaron los elogios prodigados á Bardiya é hirieron su ánimo propenso á los celos.

No bien hubo salido con su hermano del aposento de las mujeres, tomó una rápida resolucion y antes de separarse le dijo:

—Me pediste ocasion en que probar tu valentía. No quiero negártela. Los tapuros se han sublevado, y envié un ejército á sus fronteras. Véte á Ragas, toma el mando y muestra lo que eres y puedes.

—Gracias, hermano, dijo Bardiya. ¿Puedo llevar conmigo los amigos Darios, Giges y Zópiros?

—No quiero negarte este favor. Portáos como valientes y no tardeis, para que dentro tres meses os vea de vuelta con el grande ejército que deberá partir en primavera para emprender la expedicion de venganza contra los masagetas.

—Mañana mismo partiré.

—Pues, adios.

—¿Quieres acceder á una súplica por si Auramazda me conserva la vida y vuelvo victorioso?

—Quiero.

—¡Oh! entonces venceré, aunque me batiera con mil hombres contra diez mil tapuros.

Los ojos del jóven fulguraban: pensaba en Sapfó.

—Me alegraré de que conviertas tus buenas pala-

bras en hechos. Mas espera; aún he de decirte otra cosa. Tienes veinte años y debes casarte. Roxana la hija del noble Hidarnes es ya casadera. Dicen que es bella y por su linaje digna de tí.

—¡Oh, hermano mio! no me hables del matrimonio. Yo...

—Tú debes tomar mujer, pues yo no tengo hijos.

—Eres jóven y no quedarás sin prole. Tampoco digo yo que no quiera casarme jamas; mas ahora precisamente, no te enfades, cuando he de probar mi valor, no quiero oir hablar de mujeres.

—Entonces habrás de casarte con Roxana cuando regreses del Norte. Pero te aconsejo que te la lleves contigo á campaña. El persa suele combatir mejor, si ademas de sus alhajas, tiene que defender á una hermosa en su campamento.

—Dispénsame de cumplir este mandato, hermano mio. Por el alma de nuestro padre, te conjuro á que no me castigues dándome por compañera á quien no conozco ni quiero conocer. Dá la Roxana á Zópiros que gusta de mujeres; dásela á Darios ó á Besos, que son parientes de Hidarnes; yo seria desgraciado con ella...

Rióse Kambises é interrumpiendo á su hermano, exclamó:

—Quien te oyese, diria que has dejado de ser persa para volverte egipcio. Verdaderamente me arrepiento de haber enviado á país extranjero á un muchacho como tú. No estoy acostumbrado á que me contradigas y una vez acabada la guerra no aceptaré excusa de ningun género. Ahora no me importa nada que vayas á la guerra sin mujer, porque no quiero imponerte nada que pueda poner en peligro tu virilidad, segun tu opinion. Por lo demas, me parece que has de tener algun otro motivo secreto para rehusar mi fraternal propuesta. Lo sentiria por tí. Ahora véte con Dios. Despues de la guerra, no admitiré contradiccion alguna. Ya me conoces.

—¡Oh! despues de la guerra, tal vez yo mismo te pediré lo que ahora no quiero aceptar. Si es criminal hacer la infelicidad de alguno, es imprudencia tambien imponer á la fuerza la dicha. Agradezco tu indulgencia.

—No la pongas á prueba muy á menudo. ¡Qué contento pareces! Voy á creer que estás enamorado, y desprecias á las demas mujeres, por amor á la dama de tu corazon!

El rostro de Bardiya se encendió de rubor, y cogiendo á Kambises la mano, contestó:

—No indagues más por ahora. Repito que te doy las gracias y adios. ¿Me permitirás que despues de despedirme de madre y de Atosa, me despida tambien de Nitetis?

Kambises se mordió los labios y clavó en Bardiya penetrante mirada. Creyendo observar en su rostro cierto embarazo, le dijo en tono seco y amenazante:

—Dáte prisa en salir al encuentro de los tapuros; mi esposa no necesita ya de tu amparo... ahora ya tiene otros guardianes.

Con estas palabras volvió la espalda á Bardiya, y relumbrante con el oro y púrpura y piedras preciosas de sus vestidos, fuése á la sala donde aguardábanle sus generales, sátrapas, jueces, tesoreros, escribas, consejeros, eunucos, porteros, introductores de embajada, camareros, ayudas de cámara, escanciadores, caballerizos, jefes de caza, médicos de palacio, jefes de policía, ojos y oidos del rey [245], y mensajeros de todas clases.

Precedíanle heraldos con bastones; seguíale multitud de porta-abanicos y escabeles, pajes de litera, criados con alfombras y secretarios que apuntaban en el acto la más pequeña órden de su señor, y toda concesion, recompensa ó fallo, no bien eran pronunciados, á fin de remitirlos para su ejecucion á los empleados respectivos.

En medio del salon, alumbrado por la claridad del dia, estaba puesta la dorada mesa, que apenas podia sostener el peso de la vajilla de oro y plata, copas y fuentes en elegantes hileras. Más preciosa era todavía y costaba tal vez millones, la que habia en otra mesita, en la inmediata habitacion, cerrada por cortinas de púrpura. En esta mesita solia comer el rey, oculto á las miradas de todos tras las cortinas, desde donde él podia, en cambio, abarcar con la mirada el salon entero y los más insignificantes gestos de sus comensales [246]. Contarse en el número de estos se tenia por el más grande honor que cabia ambicionar, y áun tambien era singular merced, de la cual podia vanagloriarse el favorecido, recibir una porcion de la comida real.

Cuando Kambises entró en el salon, casi todos los presentes se prosternaron. Sólo los individuos de su familia, que se distinguian por la cinta azul y blanca de sus tiaras, se limitaron á saludarle haciendo una respetuosa reverencia.

No bien el rey hubo tomado asiento á su mesa, sentáronse los comensales y empezó una gran comilona. Sacáronse animales enteros asados, y luego una vez satisfecho el apetito, se sirvieron las más raras golosinas. Con el tiempo llegaron á hacerse celebres, áun entre los griegos, los postres de los persas [247].

Al terminar, vinieron los esclavos á limpiar la mesa de los restos de la comida, y trajeron otros gigantescos cántaros de vino. El rey salió de su cuarto para sentarse á la cabecera de la mesa grande. Numerosos escanciadores llenaron con profusion las copas de oro, no sin catar antes el vino en prueba de que no contenia veneno, y pronto empezó una de aquellas orgías en que el mismo Alejandro Magno olvidaba la templanza y la amistad.

Kambises estaba aquel dia en extremo taciturno.

Habia surgido en su ánimo la sospecha de que Bardiya amaba á su nueva esposa. ¿Por qué se negó el mancebo á casarse con una jóven bella y distinguida, contra toda costumbre, y oponiéndose al cumplimiento de un deber necesario, puesto que Kambises no tenia hijos, deber discutido muchas veces? ¿Por qué quiso ver de nuevo á Nitetis antes de salir contra los tapuros? ¿Por qué se ruborizó al formular aquella súplica? ¿Por qué le habia tributado tantos elogios la egipcia, antes de ser interrogada?

—Bueno es que se marche; no ha de robarme tambien esa mujer, pensaba el rey. Si no fuese mi hermano, le desterraba al país de donde no se vuelve.

Despues de media noche alzáronse los manteles. Bogues, el jefe de los eunucos, pareció para conducirle al harem, al que solia ir Kambises á aquella hora, cuando no se lo impedia la borrachera.

—Fedima te aguarda con impaciencia, dijo el eunuco.

—Deja que aguarde, contestó el rey. ¿Cuidaste del arreglo del palacio de los pensiles?

—Mañana estará habitable.

—¿Qué aposentos se han destinado á la egipcia?

—La antigua habitacion de la segunda esposa de tu padre Kiros, la malograda Amitis.

—Está bien. Nitetis debe ser tratada con el mayor respeto; tú mismo no le darás otras órdenes que las que te encargue especialmente para ella.

Bogues se inclinó.

—Procura que nadie, incluso Kresos, hable con ella, antes que mi... hasta nueva órden.

—Kresos habló con ella esta noche.

—¿Qué pretendia de mi esposa?

—No lo sé, porque no entiendo el griego, pero oí repetir varias veces el nombre de Bardiya y creo que la egipcia ha recibido una mala noticia. Su semblante

era muy triste cuando pregunté por sus órdenes despues de haber salido Kresos.

—Que Angramaiñus corrompa tu lengua, murmuró el rey, volviendo las espaldas al eunuco y siguiendo á los porta-antorchas y ayudas de cámara que le acompañaron á sus aposentos á desnudarle.

---

Al mediodia siguiente Bardiya marchó con sus amigos y numerosa servidumbre hácia la frontera tapúrica. Kresos acompañó á los jóvenes héroes hasta las puertas de Babilon. Antes de darles el último abrazo, Bardiya dijo en voz baja á su anciano amigo:

—Si el mensajero de Egipto trajese en su balija una carta para mí, mándamela.

—¿Sabrás leer los caractéres griegos?

—Giges y Eros me ayudarán.

—Nitetis, á la que he enterado de tu viaje, te saluda y dice que no te olvides de tus amigos egipcios.

—Ciertamente que no lo haré.

—Así te guarden los dioses, hijo mio. Sé clemente, como tu padre, con los revoltosos, que no se han sublevado por soberbia, sino por el bien más hermoso que posee el hombre, la libertad. Piensa, tambien, que vale más hacer beneficios que derramar sangre, pues la espada mata, pero la bondad y clemencia del soberano hacen á los hombres felices. Termina la guerra tan pronto como puedas, porque pervierte la naturaleza. En la paz, los hijos sobreviven á sus padres; en la guerra los padres sobreviven á sus hijos. Pasadlo bien, jóvenes héroes, y regresad victoriosos.

## CAPÍTULO XIII.

KAMBISES pasó la noche sin poder dormir. Con los celos, que no sintiera hasta entonces, creció el deseo de poseer á la egipcia á quien no le era lícito aún llamar esposa suya, porque segun la ley persa, el rey sólo podia casarse con extranjera cuando se

hubiera ésta formalizado con los usos iranios, y adoptado la religion de Zoroastro [248].

Segun la ley, Nitetis habria necesitado un año entero [249] para hallarse en condiciones de ser la esposa de un príncipe persa; ¿pero qué significaba la ley para Kambises? La consideraba personificada en su propia persona, y decia que bastarian tres meses para que Nitetis comprendiera todas las doctrinas de los magos, y pudiera celebrar sus bodas con él.

Sus restantes mujeres le parecian ya odiosas y hasta repugnantes. Desde su más temprana juventud habia visto su casa llena de mujeres. Trajéronle doncellas hermosas de todas las comarcas de Asia; armenas ojinegras, blancas caucásicas, tiernas niñas de orillas del Ganges, gallardas babilonias, persas de dorados cabellos y muelles hijas de la llanura meda. Otras de la familia de los más nobles ajemenidas, habian concedido su mano al hijo del rey, como legítimas esposas.

Fedima, hija del noble Otanes, sobrina de Kasandana la madre del rey, habia sido hasta ahora la favorita de éste, ó mejor dicho, la única que podia creerse más querida que una esclava comprada. Pero áun ésta parecia vil y despreciable al aburrido y hastiado monarca, sobre todo cuando pensaba en Nitetis.

La egipcia se le antojó dotada de mayores y más dignas prendas que todas las demas. Estas eran serviles aduladoras; Nitetis, una reina. Las demas yacian prosternadas en el polvo á sus piés: á Nitetis, la imaginaba siempre erguida, tan altiva y soberbia como él. A partir de entonces, debia ocupar el puesto de Fedima, y áun pensó el rey en alzarla á la altura á que su padre Kiros alzara á su esposa Kasandana.

Ella sola podia asistirle con sus conocimientos y consejos, cuanto que las demas, ignorantes como niñas, se preocupaban sólo de atavíos y aderezos, de

mezquinas intrigas é insustanciales fruslerías. La egipcia habia de quererle porque él era su solo arrimo, su señor, su padre y su hermano en país extranjero.

—Ella debe amarme, dijo para sí.

Y su voluntad le parecia al tirano equivalente á un hecho consumado.

—Obre Bardiya con cautela añadió refunfuñando, ó habrá de probar lo que aguarda á quien se atreva á salirme al paso.

Nitetis á su vez pasó una noche agitada.

En la sala donde se reunian las mujeres contigua á sus aposentos, reinó el bullicio, la gritería y el canto hasta media noche. Con frecuencia distinguia la estridente voz de Bogues que reia y bromeaba con sus pupilas. Cuando por fin restablecióse el silencio en los espaciosos salones del palacio, hubo de acordarse de la remota patria y de la pobre Tajot, que anhelaria sin duda estar con ella y el hermoso Bardiya, quien habia de partir para la guerra, y tal vez al encuentro de la muerte á la siguiente mañana, segun le refirió Kresos. Luego rendida á la fatiga del viaje, durmióse para soñar en su marido. Soñó que el rey iba montado en un caballo negro, el cual asustado á la vista del cadáver de Bardiya tendido en mitad del camino, arrojó al jinete, y le arrastró hasta el Nilo, cuyas aguas empezaron á correr de súbito en oleadas de sangre. Con la angustia, clamaba la princesa pidiendo socorro, y resonaron sus gritos en las pirámides con eco prolongado, y cada vez más récio y terrible, que al fin la dispertó.

Pero ¿qué ocurria? Aquella voz lastimera y ronca que oyera en sueños, sonaba ahora tambien en su despierto oido.

Abrió presurosa y de par en par los postigos de una ventana, y miró en torno suyo. Vasto y magnífico jar-

din, con surtidores y largas hileras de árboles, humedecido aún con el rocío de la noche, se extendia ante sus ojos [250]. Sólo se percibia el extraño sonido que la sacaba del lecho, y áun este acabó por disiparse en alas del viento matutino. A poco oyó á lo lejos gritos y alboroto; luego el bullicio de la gigantesca ciudad, que fuese trocando en sordo rugido, semejante al de las olas del mar en la playa.

El aire fresco de la mañana acabó de despertar sus sentidos de tal modo, que no quiso acostarse otra vez, y asomándose de nuevo á la ventana, vió á dos personas que salian de la casa que habitaba. Reconoció en una de ellas al eunuco Bogues, y era la otra una hermosa mujer que hablaba con él é iba vestida con cierto desaliño. Ambos se acercaron á la ventana. Nitetis se escondió detras de los entreabiertos postigos con el intento de escucharles, porque le habia parecido oir su nombre.

—La egipcia duerme todavía. Estará muy cansada del viaje, dijo el eunuco.

—Contéstame pronto, interrumpió la persa. ¿Crees realmente que me amenaza algun peligro por parte de la extranjera?

—Ciertamente, ángel mio.

—¿Qué te induce á sospecharlo?

—La nueva esposa no ha de obedecer á mis órdenes, y sí tan sólo á las del rey.

—¿Esto es todo?

—No, alma mia, no. Conozco al rey, y leo en sus facciones como un mago en los sagrados libros.

—Entonces debemos tratar de su perdicion.

—Fácil es decirlo; pero difícil ejecutarlo, ¡paloma mia!

—Quietas las manos, insolente.

—Vaya, vaya, que nadie nos ve, y vas á necesitar de mí.

—Sea, pero dime presto lo que hay que hacer.

—¡Gracias, Fedima de mi corazon! Mira; por de pronto debemos permanecer quietos y aguardar la ocasion. Cuando se haya ido Kresos, el odioso hipócrita, que parece proteger á la egipcia, será hora de armarle una treta.

Nitetis no pudó oir más porque los dos interlocutores se alejaron largo trecho conversando. Muda de indignacion, cerró el postigo y llamó á las sirvientas para que la vistieran. Ya conocia á sus enemigos; sabia los mil peligros que la rodeaban, y sin embargo, se sentia con aliento y ánimos, porque habia de ser la legítima esposa de Kambises. Nunca estuvo tan complacida de su propio valer, como enfrente de tales miserables. Con pasmosa seguridad, su corazon confió desde luego en la victoria, pues creia firmemente en la fuerza mágica del bien y de la virtud.

—¿Qué significaba el horrible estruendo de la madrugada? preguntó á la primera de las doncellas persas que la estaba peinando.

—¿Te refieres al sonido del bronce, señora?

—Hace apenas dos horas desperté asustada por extraño sonido.

—Era el bronce sonoro que despierta todas las mañanas á los hijos de los nobles, que se educan á las puertas del palacio del rey. Ya te irás acostumbrando á ese sonido. Mucho há que nosotras no lo notamos, antes por el contrario nos despierta si calla, como en las grandes fiestas la insólita quietud. En los pensiles podrás ver todas las mañanas, así en verano como en invierno, multitud de muchachos que llevan á bañar. Apenas cumplen seis años los arrancan de los brazos de sus madres, para educarlos en comun con los demas de su condicion, bajo la vigilancia del rey.

—¿Tan pronto les acostumbran al lujo de esta corte?

—¡Ah!... eso no; los pobres chicos lo pasan muy mal. Duermen sobre el duro suelo, y se levantan antes que amanezca. Se alimentan con agua, pan y un poco de carne. Ignoran por completo qué sean el vino y los postres. A veces han de sufrir inútilmente hambre y sed durante largos dias; dicen que es para habituarlos á las privaciones. Cuando vivimos en Pasargadas ó en Ekbatana [251], pueden estar seguros de tomar baños, cuanto más intenso sea el frio, y aquí ó en Susa, cuánto más calor hace, más se les obliga á emprender fatigosas caminatas.

—Y esos niños, educados con tal sencillez y vigor, ¿se convierten luego en hombres tan crapulosos?

—Siempre acontece así: cuanto más se ayuna, más sabrosa parece luego la comida. Esos nobles jóvenes tienen delante de sí diariamente los esplendores del mundo, saben que son ricos, y sin embargo, viven en la indigencia. ¿Qué mucho, pues, que cuando los suelten, gocen de todos los placeres de la vida con deleite mil veces mayor? Mas si se trata de ir á la guerra ó á una cacería, tampoco les rinde el hambre ó la sed; corren y saltan por el lodo tan campantes con su primoroso calzado y sus calzones de púrpura, y duermen en una roca lo mismo que en sus lechos de blanda lana arábiga. Has de ver los arriesgados ejercicios que los muchachos emprenden, especialmente cuando el rey los presencia. Kambises te permitirá sin duda acompañarle, si lo pides.

—Todo esto ya lo conozco. Tambien en Egipto se obliga á la juventud, sin distincion de sexos, á los ejercicios corporales. Mis propios miembros adquirieron su agilidad merced á la carrera, á forzadas actitudes y á los juegos de pelota y de aros.

—¡Qué rareza! Aquí (sea dicho entre nosotras) las mujeres nos criamos como queremos y sólo aprendemos un poco á hilar y tejer. ¿Es cierto que á las más

de las egipcias se les alcanza algo, incluso del arte de leer y escribir?

—Casi todas se instruyen en estos primores.

—Por Mitra, debe ser el tuyo un pueblo muy culto. Fuera de los magos y escribas, pocos persas hay que aprendan esas dificiles ciencias. A los muchachos nobles no les enseñan más que á decir la verdad, á ser obedientes y esforzados, á venerar á los dioses, á cazar, montar, cultivar árboles y distinguir las yerbas. El que quiere aprender el arte de la escritura debe dirigirse más tarde á los magos, como ha hecho el noble Darios. Las mujeres no pueden dedicarse á tales ciencias; antes se les prohibe terminantemente. Ya estás lista. Esta sarta de perlas que el rey te ha mandado esta mañana contrasta bellamente con tus cabellos negros como el cuervo. ¿Osaré rogarte que te levantes? A fe que estos zapatos son anchos para tu pié. Prueba estos otros. Brillas como una diosa; pero se ve que no estás acostumbrada aún á llevar los anchos calzones de seda, y los altos tacones de las botas. Dá un par de vueltas por la sala y superarás á todas las persas en la ligereza del andar.

En aquel momento llamaron á la puerta y entró Bogues, el eunuco, para conducir á Nitetis á las habitaciones de la ciega Kasandana, donde la esperaba Kambises.

El eunuco se presentó como su más humilde esclavo, y deshaciéndose en un torrente de floridas adulaciones, comparando á Nitetis con el sol, el cielo estrellado, un manantial puro de felicidad y un jardin de rosas.

Nitetis no se dignó decirle una palabra siquiera, y con el corazon palpitante entró en el aposento de la madre del rey.

En las ventanas de la estancia, cortinas de verde seda india velaban la claridad del sol. Con esto se lo-

graba cierta semi-oscuridad, muy buena para los ojos de la ciega. Gruesa y mullida alfombra, donde como en el musgo hundíanse los piés, cubria el suelo y las paredes, rico mosaico de marfil, concha, oro, plata, malaquita, lapislázuli, ébano y ámbar [252]. Los armazones de oro de los asientos, iban tambien cubiertos de pieles de leonas. La mesa, colocada tambien junto á la ciega, era de plata maciza, y precioso el sillon en que se sentaba, vestida con un traje violáceo con muy ricos bordados de plata. Envolvia su cabellera, blanca como la nieve, largo velo de finísimos encajes egipcios, que le ceñia el cuello y remataba en un gran lazo debajo de la barba [253]. El rostro de la ciega sexagenaria, envuelto en la mantilla como en un marco, era bien proporcionado; revelaba gran viveza de ingenio, suma bondad y ardiente amor al prójimo.

Aunque los ciegos ojos de la anciana permanecian siempre cerrados, hubiérase dicho que al abrirse habian de irradiar suavísima luz como un par de estrellas, y áun sentada, por su actitud y continente la reina parecia desde luego de alta estatura. Su porte, en fin, era en todo digno de la viuda de Kiros el grande, el bueno.

A los piés de la anciana y en pequeño taburete, su hija menor Atosa, se entretenia en sacar de su huso de oro largos hilos; enfrente estaba Kambises, en pié y en el fondo de la sala medio oculto en la penumbra el oculista egipcio Nebenjari.

Cuando Nitetis hubo pasado los umbrales de este aposento, el rey fué hácia ella y la llevó junto á su madre. La hija de Amasis se arrodilló á los piés de la venerable anciana, y besóle la mano con verdadera efusion.

—Bien venida seas, dijo la ciega, palpando con insegura mano la cabeza de la jóven. Me han hecho de tí grandes elogios y espero que serás para mí hija cariñosa.

Nitetis besó otra vez la delicada mano de la reina, diciéndole en voz baja:

—¡Cuánto te agradezco estas palabras! ¡Oh! permíteme llamarte madre, á tí, la esposa de Kiros. Mi lengua, acostumbrada á pronunciar este dulce nombre balbucea de placer, cuando tras tantos dias dice de nuevo: ¡madre mia! ¡Ah! me esforzaré en hacerme digna de tu bondad, mas cumple á tu vez lo que tu amable rostro parece prometerme; asisteme, en este país desconocido para mí, con tus consejos y con tus lecciones; deja que halle un refugio á tus piés, cuando la nostalgia me rinda ó mi corazon sea demasiado débil para sobrellevar sola sus pesares ó sus deleites; sé para mí, y esta palabra lo expresa todo, sé para mí una madre.

La vieja sentia caer lágrimas ardientes sobre sus manos. Tocó con sus labios cariñosos la frente de quien las vertia y dijo:

—Comparto tus sentimientos. Mi corazon, como mi morada, estará siempre abierto para tí, y como yo te llamo *hija* con toda mi alma, llámame tú, *madre* con entera confianza. Dentro de pocos meses serás la esposa de mi hijo, y más tarde los dioses te concederan tal vez un precioso don que te hará innecesario el auxilio de una madre, sintiéndote tal á tu vez.

—Bendiga Auramazda ese instante, exclamó Kambises. Pláceme, madre mia, que mi esposa sea grata tambien á tu corazon. Sé que ha de sentirse bien entre nosotros, tan pronto como conozca nuestros usos y costumbres pérsicos. Si presta atencion, la boda podrá celebrarse dentro cuatro meses.

—Pero la ley... quiso replicar la madre.

—Yo mando. Dentro cuatro meses, insistió el rey, y quisiera saber quién podrá oponerse á ello. Y ahora quedad en paz. Cuida de los ojos de la reina, Nebenjari, y si mi esposa lo permite podrás visitarla maña-

na. Adios. Bardiya os manda sus saludos. Se halla en camino en persecucion de los tapuros.

Atosa enjugó una lágrima de sus ojos sin hablar palabra. Kasandana, empero dijo:

—Hubieras podido dejarnos el muchacho por pocos meses. Tu general Megabizos sabrá castigar sin su auxilio al pequeño pueblo de los tapuros.

—No lo dudo, contestó el rey, mas Bárdiya mismo deseaba una primera ocasion de distinguirse en la guerra; por esto le he enviado á campaña.

—¿No hubiera preferido él esperar la gran guerra de los masagetas, en la que podria conquistar mayor gloria? preguntó la ciega.

—¿Y si le toca una flecha de los tapuros? gritó Atosa, le habrás impedido cumplir el más sagrado de los deberes de un hombre, vengar la memoria de nuestro padre.

—Cállate, dijo Kambises á su hermana, si no quieres que te enseñe lo que sienta bien en las mujeres y en los chiquillos. El favorito de la fortuna, Bardiya, no morirá, y espero ha de ganarse ese amor que ahora con sobrada libertad echan á su regazo, cual limosna.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿No adornan á tu hermano todas las virtudes del hombre? ¿Es acaso culpa suya que no haya tenido aún ocasion de señalarse en el combate, como tú? preguntó Kasandana. Tú eres el rey, cuyos mandatos respeto, mas debo censurar á mi hijo, porque priva á su ciega madre, ignoro con qué motivo, del más dulce regalo de su vejez. Bardiya hubiera seguido gustoso con nosotros hasta la guerra de los masagetas, pero á tu capricho no le plugo así.

—Y lo que yo quiero, bien está, dijo Kambises interrumpiendo á su madre y palideciendo. No quiero oir hablar más de este asunto.

Con estas palabras salió precipitadamente de la sala

y se fué á la de audiencia, acompañado de su séquito que no le dejaba nunca, donde quiera que fuese.

Hacia una hora que Kambises habia salido del cuarto de su madre y aún seguia Nitetis al lado de la amable Atosa y á los piés de la anciana.

Éstas escuchaban con atencion lo que les iba contando la egipcia, y no se cansaban de dirigirle preguntas sobre las cosas más notables de Egipto.

—¡Oh, cuánto me gustaria visitar tu país! exclamaba Atosa. Vuestro Egipto debe de ser muy diferente de Persia y de cuanto ví hasta hoy. Las fértiles riberas del inmenso rio, más caudaloso aún que nuestro Éufrates, los templos con el sinnúmero de pintadas columnas, las montañas artificiales de las pirámides, en las que yacen enterrados los reyes de la más remota antigüedad... ¡Ah!... todo esto ha de ofrecer un espectáculo delicioso. Pero lo mejor para mí, son vuestros convites de que participan á su antojo hombres y mujeres. Los dias de año nuevo y de cumpleaños del rey, tambien las persas comemos en compañia de los hombres, pero entonces nos está prohibido el hablar, y áun seria indecoroso por nuestra parte levantar los ojos. Entre vosotras ¡qué diferencia! Por Mitra, madre, que quisiera ser egipcia, porque nosotras, infelices, no somos más que esclavas miserables, y sin embargo, no dejo de sentir tambien en mí, que soy hija del gran Kiros, y no menos buena que un hombre. ¿Verdad? ¿No sé acaso mandar y obedecer? ¿No siento aspiraciones á la gloria? ¿No puedo aprender á montar, á tirar el arco y la espada y á nadar, si quieren que me ejercite y robustezca?

La niña se habia levantado de un brinco, y con llameantes ojos blandia el huso sin parar mientes en que se enredaba la madeja, y las hebras se rompian.

—No olvides el decoro, dijo Kasandana en tono de reprension. La mujer debe someterse humildemente

á su destino, más tranquilo que el del hombre, y no aspirar nunca á varoniles proezas.

—Con todo, hay mujeres que viven como los hombres, replicó Atosa. A orillas del Termodon, en Temiscira y en las margenes del rio Iris, en Komana, viven aquellas amazonas que llevaron á cabo grandes guerras y aún hoy andan armadas como los hombres.

—¿Por quién sabes esto?

—Me lo contó mi aya, la vieja Estefanía de Sínope, que padre trajo á Pasargadas como prisionera de guerra.

—Yo te lo contaré mejor, dijo Nitetis. En Temiscira y Komana hay ciertamente sinnúmero de mujeres que se arman como soldados; pero son sacerdotisas que se visten como la bélica diosa á quien sirven, para mostrar á los fieles, en sus propias formas, una efigie de la deidad. Kresos dice que nunca ha existido tal ejército de amazonas, sino que los griegos, muy prontos á formar bellas leyendas de todas las cosas, despues de encontrarse con estas sacerdotisas, han hecho de las doncellas armadas de aquella diosa, toda una nacion de guerreras [254].

—¡Pues entonces son unos mentirosos! exclamó la niña desengañada.

—Ciertamente, contestó Nitetis; para los helenos la verdad no es tan sagrada como para vosotros; pero el inventar semejantes cuentos y el referirlos á los admirados oyentes, con hermosas palabras, dispuestas en ritmos discurridos con ingenio, no lo llaman *mentira*, sino *poesía*.

—Exactamente como aquí, dijo Kasandana. Los vates que ensalzan la gloria de mi esposo, han trasfigurado y exornado maravillosamente la historia de la juventud de Kiros sin ser por ello tachados de mentirosos. Pero dime, hija mia, ¿es verdad que los helenos son más bellos que los demas hombres, y que en-

tienden mejor todas las artes que los egipcios mismos?

—Sobre esto no me atrevo yo á juzgar. ¡Nuestras obras de arte son tan diferentes de las de los helenos! Entrando en nuestros vast'simos templos para rezar, me ha parecido siempre que debia postrarme en el polvo ante la grandeza de los dioses, rogándoles que no aplastaran al pobre gusano; mas en las gradas del santuario de Hera, en Samos, hube de levantar mis manos para dar alegremente las gracias á los dioses por haber hecho la tierra tan hermosa. En Egipto pensaba siempre, como me habian enseñado á creer, que la vida es sueño, que sólo en la hora de la muerte despertamos para la verdadera existencia en el reino de Osiris. En Grecia, empero, pénsaba yo, para la vida he nacido y para el gozo de este mundo que florece y brilla tan hermoso y alegre en torno mio.

—¡Ah! ¡cuéntanos más de Grecia! exclamó Atosa, pero primero Nebenjari debe curar los ojos á mi madre.

El oculista, hombre alto y sério, puesto el vestido blanco de los sacerdotes egipcios, practicó la cura, y despues de haberle saludado Nitetis cordialmente, se retiró silencioso al fondo de la sala. En esto un eunuco entró á preguntar si Kresos podia ofrecer sus respetos á la madre del rey.

Poco despues vino el anciano, y á fuer de antiguo y probado amigo de la familia real persa, fué recibido con sincera cordialidad. La vehemente Atosa abrazó al que habia echado de menos tanto tiempo; la reina tendióle la mano y Nitetis le saludó como á un padre querido.

—Doy gracias á los dioses que me permiten volver á veros, dijo el ágil y robusto anciano. A mi edad, un año más debe tomarse como inmerecida concesion de los dioses, mientras que la juventud considera la vida como cosa muy natural, como patrimonio que de derecho le pertenece.

—¡Cuánto envidio tu genio vivaz! suspiró Kasandana. Soy más jóven que tú; pero cada nuevo dia, cuya aurora ver me niegan los dioses, me parece nuevo castigo de los inmortales.

—¿La esposa del gran Kiros es la que habla así? preguntó Kresos. ¿Desde cuándo el ánimo y el valor han abandonado al fuerte corazon de Kasandana? Recobrarás la vista, y como yo, darás las gracias á los dioses por tu bella ancianidad. El que ha estado muy enfermo, sabe apreciar en mayor grado el valor de la salud, y la persona que ha estado ciega y recobra la vista, debe ser amigo muy especial de los dioses eternos. Figúrate al vivo, si no, las delicias de aquel momento en que por primera vez, tras luengos años, volverás á ver la clara luz del sol, los rostros de las personas queridas y la belleza de todo lo creado, y convendrás conmigo en que el placer de tal hora puede equivaler á toda una vida de noche y de ceguera [255]. Cuando estarás curada, empezará para tí, en tu vejez, una nueva juventud, y ya te oigo asentir á lo que dijo mi amigo Solon.

—¿Qué dijo éste? preguntó Atosa.

—Dijo que Mimnermos de Kolofon [256], quien habia contado que una vida hermosa habia de terminar á los sesenta años, debia enmendar sus versos, haciendo del seis un ocho.

—¡Oh, no! dijo Kasandana, tan larga existencia me pareceria terrible, áun cuando Mitra quisiera renovar la luz de mis ojos. Sin mi esposo, paréceme que soy como viajero que va errando por el desierto sin guia ni objeto.

—¿Te olvidas enteramente de tus hijos y de este reino que has visto nacer y crecer?

—Esto no, pero mis hijos ya no necesitan de mí, y el soberano de este reino no apetece el consejo de una mujer.

Atosa cogió la mano derecha, y Nitetis la izquierda de la ciega, y la egipcia dijo:

—Por tus hijas, por nuestra felicidad debes desear una larga vida. ¿Qué seria de nosotras sin tu amparo y ayuda?

Kasandana se sonrió, y con voz apenas perceptible dijo:

— Teneis razon, hijas mias, necesitais de mí.

—En estas palabras reconozco á la esposa de Kiros, dijo Kresos besando el vestido de la ciega. Dígote, Kasandana, que necesitarán de tí y pronto tal vez. Kambises es comparable al duro acero que saca chispas cuando hiere, y á tí incumbe procurar que estas chispas no produzcan un incendio entre tus predilectos. Tú eres la única que puedes amonestar al rey por su carácter irascible; á tí sola considera igual á él en majestad. Si desprecia el parecer de todos, le duele tu reprobacion. Así pues, estás obligada á perseverar en tu tarea de mediadora entre el rey, el reino y los tuyos, procurando que la soberbia de tu hijo se vea humillada por tus reprensiones severas, antes que por el castigo de los dioses.

—¡Oh! ¡si pudiera conseguirlo! contestó la ciega. Pero ¡cuán pocas veces mi soberbio hijo hace caso del consejo de su madre!

—Por lo menos habrá de oirlo, repuso Kresos, y con esto se ha ganado mucho, pues aunque no practique tus enseñanzas, éstas no dejarán de resonar en su pecho cual divinas voces, é impedirán que cometa muchas atrocidades. Yo seguiré siendo tu aliado, porque su padre al morir me encargó que le asistiera con mis consejos, y á veces me atrevo tambien á oponer algunas frases severas á sus extralimitaciones. Somos las dos únicas personas de esta corte cuya censura teme. Ánimo, pues, y cumplamos lealmente con nuestra mision de consejeros, tú por amor á Persia y

á tu hijo, yo por gratitud para con el grande hombre que un dia me perdonó la vida y respetó mi libertad. Sé que te pesa no haber educado de otro modo á Kambises, pero el remordimiento tardio es veneno nocivo que conviene evitar. Enmendarse es el único remedio que aplican los cuerdos á sus errores, y no el remordimiento, pues este consume el corazon, lo cual no sucede con la enmienda, que le hinche de noble orgullo y deja que lata á sus anchas.

—Entre nosotros, en Egipto, dijo Nitetis, el remordimiento es uno de los cuarenta y dos pecados mortales. «No consumirás tu corazon,» uno de nuestros más grandes preceptos [257].

—Con tales palabras, dijo el anciano, me recuerdas que me encargué de repartir contigo el tiempo en la enseñanza de los usos pérsicos, la religion, y la lengua de este pa's. Gustara de retirarme á Barene, la villa que Kiros me regaló, y descansar allí en el más apacible y ameno valle de la tierra; mas por tí y el rey, me quedo y continuaré instruyéndote en la lengua persa. Kasandana te iniciará por sí misma en las costumbres de las mujeres de esta corte; Oropastes el supremo sacerdote ha de enseñarte la doctrina de los dioses iranios por mandato del rey. Él será tu tutor espiritual, y yo, en las cosas del mundo [258].

Nitetis que hasta entonces sonriera contenta, bajó los ojos y preguntó con apagada voz:

—¿Habré de renegar de los dioses de mi país á los que rogué hasta hoy, sin que dejaran nunca de complacerme?

—Puedes y debes, dijo Kasandana con firmeza, porque la mujer no tiene otros amigos que su marido, y los dioses son los primeros, los más fieles, los más poderosos del hombre. Por esto tienes el deber de respetarlos, y así como vedas tu casa á forasteros pretendientes, debes cerrar tu corazon á los dioses y supersticiones de tu primitivo país.

—Y luego, dijo Kresos, no se trata de privarte de la divinidad; te la dan bajo otro nombre. Del modo que la verdad es siempre la misma, bien la llames *maa* como los egipcios, ó *alizia* como los griegos, así la esencia de Dios no cambia jamas, ni en parte alguna. Mira, hija; yo mismo, cuando reinaba, sacrifiqué con veneracion sincera al helénico Apolon, sin que creyese ofender con aquel acto de piedad al dios solar Jandon. Los jonios dirigen devotas oraciones á la asiática Kibele, y ahora, hecho un persa, alzo mis manos á Mitra, Auramazda y la graciosa Anahita [259]. Pitágoras, cuyas doctrinas conoces, ora solamente á la divinidad; la llama Apolon, porque de ella, como del dios solar helénico, parten la pura luz y las armonías, que son para él lo más elevado que existe. Jenofanes de Kolofon [260], por fin, se rie de los dioses multiformes de Homero y eleva al sólio una deidad única, la Naturaleza, que crea sin cesar, y cuyos caractéres esenciales son el pensamiento, la razon y la eternidad. Todo ha nacido de ella; ella es la fuerza que persiste eternamente igual, mientras la materia de lo creado se completa y renueva en constante mudanza. El fervoroso anhelo por un sér superior á nosotros, en el que podamos apoyarnos cuando no basten nuestras propias fuerzas; la maravillosa aspiracion de nuestro ánimo á poseer un discreto confidente en todos los goces y pesares; la gratitud que sentimos al contemplar este hermoso mundo y los bienes que nos depara tan largamente la fortuna; todo eso lo llamamos piedad. Conserva vivo este sentimiento, pero hazte cargo de que ni los dioses egipcios, ni los griegos, ni los persas, gobiernan el mundo exclusivamente, mas todos son iguales, y una Divinidad indivisible, aunque bajo diversos nombres y figuras, rige los destinos de los pueblos y los indivíduos [261].

Las dos persas escuchaban al anciano con asombro.

Su poco ejercitada inteligencia no podia seguir el vuelo de las ideas de Kresos, pero Nitetis le comprendió perfectamente y dijo:

—Ladike, mi madre, discípula de Pitágoras, me enseñó algo parecido; los sacerdotes egipcios sin embargo califican tales ideas de sacrílegas y llaman á sus partidarios, despreciadores de los dioses. Por esto he procurado ahogar semejantes ideas en mi corazon. Mas ahora no lucharé más contra ellas. Lo que cree el piadoso y sabio Kresos no puede ser impío. Venga Oropastes; dispuesta estoy á escuchar sus lecciones y á dejar Amon, el dios de Tebas, por Auramazda y Hator ó Isis por Anahita. Devotamente levantaré los ojos hácia la Divinidad que comprende á todo el mundo, que hace verdear y florecer tambien este pais y que vierte asimismo la confortacion y el consuelo en los corazones de los persas que á ella dirigen sus oraciones.

Kresos se sonrió. Habia creido que á Nitetis le costaria más abandonar los dioses de su país, porque conocia el inflexible apego de los egipcios á lo tradicional y acostumbrado. Pero no se acordaba de que la madre de esta jóven era helena y que la doctrina de Pitágoras no habia sido ajena á los hijos de Amasis, ni sabia que la jóven tenia un vehemente deseo de conquistarse el agrado de su soberbio señor.

El mismo Amasis, aunque estimaba mucho al sabio de Samos, aunque cedia en muchas cosas al influjo helénico y merecia el nombre de egipcio liberal, habria trocado antes la vida por la muerte que sus multiformes dioses por la nocion de la Divinidad.

—Eres una discípula dócil, dijo Kresos, colocando su mano sobre la cabeza de su pupila. En recompensa te será permitido todas las mañanas y tardes, hasta la puesta del sol, visitar á Kasandana ó bien recibir á Atosa en los pensiles.

Este aviso fué recibido con alborozo por la jóven persa y con mirada de agradecimiento por la egipcia.

—Tambien os he traido de Sais, continuó Kresos, unas pelotas y unos aros, para que podais divertiros á la usanza egipcia.

—¿Pelotas? preguntó Atosa asombrada. ¡Qué hemos de hacer con esas pesadas bolas de madera [262]?

—Descuida, dijo Kresos riendo. Las pelotas á que nos referimos, son ligeras y elegantes, hechas de piel de pez llenas de viento, ó bien de cuero. Un niño de dos años puede arrojarlas, mientras os costaria trabajo levantar una de esas bolas de madera con que se divierten los muchachos y los jóvenes persas. ¿Estás contenta de mí, Nitetis?

—¿Cómo podré demostrarte mi gratitud, padre?

—Escucha, pues, otra vez la division de tu tiempo. Por la mañana, visitarás á Kasandana para conversar con Atosa y escuchar las enseñanzas de la ilustre madre.

La ciega hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Al mediodía vendré yo para instruirte en la lengua persa hablándote de Egipto y de los tuyos, si no dispones otra cosa.

Nitetis se sonrió.

—Dia por otro, Oropastes te visitará para iniciarte en la religion de los persas.

—Me aplicaré todo lo posible para comprenderle pronto.

—Por la tarde tendrás la compañía de Atosa mientras quieras. ¿Te parece bien así?

—¡Oh Kresos! exclamó la jóven y besó la mano de su tutor.

## CAPÍTULO XIV.

AL dia siguiente, Nitetis se alojó en la casa de campo de los pensiles, donde su vida fué monótona, pero ocupada y grata segun la prescripcion de Kresos.

Diariamente la llevaron en una litera bien cerrada, á ver á Kasandana y Atosa.

La ciega reina llegó á ser para ella cariñosa y muy querida madre, y la vivaracha y vehemente hija de Kiros, casi como su hermana Tajot que habia dejado á orillas del lejano Nilo. Nitetis no podia desear mejor compañía que la de la arrogante jóven, pues con sus chanzas y carácter alegre, alejaba del corazon de la princesa la nostalgia y el mal humor.

La seriedad de ésta se disipaba con la alegría de Atosa cuya vehemencia trocábase en tranquila jovialidad, al influjo del noble y templado carácter, siempre imperturbable de la egipcia.

Kresos y Kasandana estaban igualmente satisfechos de su nueva hija y discípula. El mago Oropastes se hacia lenguas cada dia de las facultades y de la aplicacion de la princesa. Nitetis aprendió el persa pronto y bien. El rey sólo iba á ver á su madre, cuando presumia que habia de hallar á la egipcia, á quien regalaba constantemente nuevas joyas y nuevos vestidos. El favor más grande se lo hacia no visitándola nunca en su casa de los pensiles, porque con esto demostraba que su intencion era que Nitetis perteneciese al corto número de sus esposas legítimas, favor escatimado á muchas hijas de príncipes, admitidas en su harem.

La bella y grave niña ejercía mágico encanto sobre aquel hombre violento é impetuoso. Parecia que su sola presencia bastaba para ablandar la rigidez de aquel. Horas enteras se pasaba contemplando el juego de los aros, sin apartar por un momento los ojos de los graciosos movimientos de la egipcia. Una vez habiendo caido al agua una pelota, saltó tras ella sin parar mientes en el pesado y precioso traje que vestia y la sacó. Nitetis lanzó un grito al ver la inopinada y galante accion del rey. Kambises le presentó con una sonrisa el mojado juguete y dijo:

—Ten cuidado, si no quieres que te asuste más. Y se quitó del cuello una cadena de oro guarnecida con

piedras preciosas, para regalarla á la sonrojada niña, quien le dió las gracias con una mirada que expresaba perfectamente lo que su corazon sentia por su futuro esposo.

Kresos, Kasandana y Atosa notaron muy pronto que Nitetis amaba al rey. De su temor hácia aquel hombre prepotente y soberbio, habia efectivamente nacido una pasion ardiente. Creyó iba á morir si la privaban de verle. Aparecia á sus ojos tan deslumbrador y omnipotente como la misma Divinidad. El deseo de poseerle le parecia temerario y sacrílego, y sin embargo, la satisfaccion del mismo se le presentaba más hermoso que el regreso á su país, que la reunion con los que hasta ahora habia amado exclusivamente.

Ella misma no se daba cuenta cabal de esta pasion y trataba de mantenerse en la creencia de que temia solamente á Kambises y que temblaba de miedo, no de deseo de verle. Kresos la habia comprendido pronto é hizo ruborizar profundamente á su predilecta, cantándole en tono de viejo y por chanza, la novísima copla de Anakreon que Ibikos le habia enseñado en Sais:

«En el anca lleva el caballo la marca hecha á hierro ardiendo. A todos los partos sin excepcion, por la tiara se les conoce. Cuando veo á dos enamorados, sé luego que se quieren; todos llevan la marca en el corazon.»

De esta manera entretenida en sus trabajos y en sus juegos, en cosas graves y chanzas, amor y más amor, Nitetis vió pasar dias, semanas y meses. Cumplióse la órden de Kambises de que habia de gustarle aquella vida, y cuando hubo pasado la primavera mesopotámica que en aquella comarca sigue al lluvioso diciembre; cuando llegado el equinoccio primaveral, se hubo celebrado la mayor festividad de los asiáticos, la fiesta de año nuevo; cuando el sol de mayo empezó á calentar con sus ardores, Nitetis se sintió aclimata-

da en Babilon, y los persas supieron que la jóven egipcia habia suplantado á Fedima, hija de Otanes, en la gracia del rey, con la seguridad de ser la primera esposa privilegiada de Kambises.

La autoridad del jefe de los eunucos, Bogues, iba disminuyendo, porque se sabia que el monarca no entraba ya en su harem y aquel debia únicamente su influjo á las mujeres que con sus halagos y caricias obtenian de Kambises lo que el eunuco pedia para sí ó para otros. Cada dia el menguado y la favorita en desgracia se confabulaban acerca del modo de perder á la egipcia, pero sus más sutiles intrigas y artimañas iban á estrellarse contra el amor de Kambises y la conducta intachable de su novia.

Fedima, la mujer humillada, impaciente, sedienta de venganza, no cesó de incitar al prudente Bogues á que emprendiera algo decisivo, pero éste aconsejaba la paciencia y la oportunidad.

Por fin, al cabo de muchas semanas, fué á verla lleno de alegría y le dijo:

—Cuando Bardiya haya vuelto, prenda mia, habrá llegado nuestra vez. He discurrido un plan que partirá de medio á medio á la egipcia, como me llamo Bogues.

Y esto diciendo, aquel medio hombre siempre risueño, frotábase las manos lisas y regordetas, y su semblante expresaba tan vivo contento como si hubiese llevado á cabo una buena accion. Por lo demas no enteró á Fedima, ni por asomo, de su plan, limitándose á contestar á todas sus preguntas y ruegos:

— Antes meteria la cabeza en la boca de un leon, que un secreto mio en los oidos de una mujer. Mucho aprecio tu valor, pero sabe que el del hombre se prueba con obras y el de la mujer con la obediencia. Haz, pues, lo que te diga y aguarda con paciencia el porvenir.

Nebenjari el oculista siguió curando á Kasandana, rehusando, empero, todo trato con los persas. Su carácter hosco y taciturno hizo que su nombre pasara á ser proverbial, pues en la corte á todo hombre placentero le llamaban Bardiya y á todo desabrido Nebenjari. Por el dia permanecia silencioso en las habitaciones de la reina madre, hojeando grandes rollos de papiro [263]; de noche, subia muchas veces con permiso del rey y del sátrapa [264] de Babilon, Tritantejmes, á una de las altas torres de la muralla para observar las estrellas.

Los sacerdotes caldeos, antiquísimos cultivadores de la astronomía, le habian ofrecido, para practicar las observaciones convenientes, su propio observatorio, situado en la cima del gran templo de Bel, mas el médico negóse terminantemente á aceptar la invitacion, persistiendo en su altanero aislamiento. Cuando Oropastes el mago quiso explicarle el célebre gnómon babilonio, introducido tambien en Grecia por Anaximandro de Mileto, Nebenjari con sonrisa burlona le volvió la espalda diciendo:

—Esto ya lo conocíamos nosotros antes que vosotros supierais la que es una hora [265].

Nitetis se le habia acercado con amabilidad, mas él no hizo caso y hasta parecia evitarla de intento. Un dia le preguntó:

—¿Hallas en mí algo malo, Nebenjari? ¿te ofendí en algo? Él contestó:

—Me eres indiferente, pues mal contaré entre los propios á la que puede abandonar tan fácil y voluntariamente los dioses y los usos patrios.

Bogues el eunuco notó muy pronto que el oculista estaba enojado con la futura esposa de su rey, y trató de ganar en él un aliado, pero Nebenjari rechazaba con dignidad sus adulaciones, regalos y miramientos.

Cuantas veces un angar entró en el patio del palacio

con un mensaje para el monarca, el eunuco se apresuró á sonsacarle preguntándole de dónde venia, y si sabia algo de lo que pasaba en el ejército contra los tapuros. Por fin pareció el deseado mensajero con la noticia de que la tribu rebelde habia sido vencida, y que Bardiya volveria pronto.

Tres semanas pasaron, anunciando siempre los mensajeros, uno tras otro, la próxima llegada del victorioso príncipe. Por fin las calles lucieron otra vez sus más ricos adornos de fiesta; el ejército entró en Babilon: Bardiya dió las gracias al pueblo alborozado y se halló poco despues en los brazos de su madre.

El mismo Kambises recibió á su hermano con sincera cordialidad y le condujo á ver á Kasandana, precisamente cuando sabia que allí habia de encontrar á Nitetis.

Su corazon estaba segurísimo de que la egipcia le amaba. Quiso mostrar á Bardiya que tenia confianza en ella, y ya le parecian los pasados celos necia alucinacion.

Su amor le hacia benévolo y amable; sus manos no se cansaban de dar y hacer el bien, y adormecida la cólera que le poseyera, revoloteaban y graznaban en la plaza de Babilon, muertas de hambre, las cornejas, buscando en vano como antes en numeroso tropel las cabezas de los ajusticiados puestas hasta entonces allí como espantajos aterradores.

Menguó la influencia de los aduladores eunucos, ralea de hombres sólo conocida en la corte de Kiros desde la conquista de Media, Lidia y Babilonia, donde ocupaba los más altos empleos del Estado y de Palacio. Aumentó en cambio el valimiento de los ajemenidas, y Kambises se acostumbró, en beneficio del país, á escuchar la voz de sus parientes antes que los consejos de los eunucos.

El anciano Hidaspes, padre de Darios y gobernador

del propio país de los persas, que solia residir en Pasargadas; un primo del rey, Farnaspes; su abuelo materno, Otanes; su tio y suegro, Intafernes; Aspatines, Gobrías, Hidarnes; el general Megabizos [266] padre de Zópiros; el embajador Prexaspes, el noble Kresos, el viejo héroe Araspes, los más distinguidos prohombres persas, en fin, se hallaban precisamente ahora en la corte del rey. Agréguese á esto que toda la nobleza del imperio, los sátrapas ó gobernadores de todas las provincias y los supremos sacerdotes de las ciudades, se encontraban á la sazon en Babilon porque debia celebrarse el cumpleaños del rey [267].

Los altos funcionarios y representantes de las provincias afluyeron á la capital para ofrecer regalos al soberano, felicitarle y tomar parte en los grandes sacrificios en que solian inmolarse á los dioses miles de caballos, ciervos, toros y asnos.

En ese dia festivo todos los persas recibian regalos, y cada uno podia presentar al rey una súplica que raras veces era desatendida. Tambien se daba de comer al pueblo de todas las ciudades, á expensas del soberano. Kambises habia determinado que ocho dias despues de su cumpleaños se celebrarian sus bodas con Nitetis, y que á este acto se habia de invitar á todos los grandes del reino.

Las calles de Babilon hormigueaban de forasteros; los gigantescos palacios de ambas orillas del Éufrates estaban atestados, y las casas ostentaban sin excepcion sus galas de fiesta. Semejante esmero por parte de su pueblo, la aglomeracion de hombres reuniendo en las personas de los representantes de las provincias todo el imperio á su alrededor, no contribuyeron poco á aumentar la jovialidad del monarca. Su vanidad estaba satisfecha y el único vacío de su corazon, la falta de amor, lo habia llenado ya Nitetis. Por primera vez en su vida creyó ser perfectamente feliz, y

repartió sus regalos no sólo porque el rey de Persia debia hacerlos, sino porque realmente el hacerlos le causaba placer.

El general Megabizos no tenia palabras con que elogiar las hazañas de Bardiya y sus amigos. Kambises abrazó á los jóvenes héroes, les regaló cadenas de oro y caballos, les llamó hermanos y recordó á Bardiya aquella súplica á que le habia prometido acceder despues del victorioso regreso.

Bajó el mancebo los ojos, sin saber en aquel instante cómo aducir su pretension, y el rey dijo riendo:

—Mirad, amigos, á nuestro héroe ruborizándose como una niña. Creo que habré de concederle algo muy importante. Mejor será empero que espere mi cumpleaños para decirme al oido durante el convite, cuando el vino le haya dado ánimo, lo que ahora no tiene valor de pedir. Que sea grande la peticion ¡Bardiya! Soy feliz y deseo ver felices á todos mis amigos.

Bardiya le contestó con una sonrisa y fué á comunicar á su madre por primera vez lo que su corazon anhelaba.

Temia tropezar con dura resistencia, pero Kresos le habia preparado el terreno tan perfectamente, contando á la ciega tantas cosas loables de Sapfó, enzalzando tanto su virtud y donaire, sus gracias y prendas, que las niñas afirmaban que la nieta de Rodopis habia dado á beber un filtro á Kresos. Kasandana, despues de formular ligeras objeciones, cedió á los ruegos de su hijo predilecto.

—¡Una helena esposa legítima de un príncipe persa! exclamó la ciega. Esto no se ha visto nunca. ¿Qué dirá Kambises? ¿Cómo conseguiremos su anuencia?

—No te inquietes por esto, madre, replicó Bardiya, tan seguro estoy del consentimiento de mi hermano, como de que Sapfó será un adorno de nuestra casa.

—Kresos me ha contado buenas y bellas cosas de la doncella, y pláceme que por fin te decidas á casarte. Semejante casamiento, empero, no me parece conveniente para un hijo de Kiros. ¿Has meditado bien que los ajemenidas difícilmente reconocerán como rey á un futuro hijo de esta griega, si Kambises quedase sin descendencia?

—Nada temo, porque nada me importa la corona. Por lo demas, madre, algunos reyes de Persia han sido hijos de mujeres de más baja condicion que mi Sapfó [268]. Seguro estoy que mis parientes no me censurarán cuando les mostraré la joya que he adquirido á orillas del Nilo.

—Quisiera que Sapfó se pareciese á nuestra Nitetis. La quiero como á mi propia hija y bendigo el dia en que pisó esta tierra. Con sus ardientes miradas ha fundido el genio duro de tu hermano; su bondad y dulzura hermosean mi noche y mi vejez; su grave suavidad ha convertido á tu hermana Atosa, de niña indómita en dócil muchacha. Ahora, hijo mio, llama á las que están jugando allá en el jardin, para que les comuniquemos que vas á proporcionarles una nueva amiga.

—Dispensa, madre, contestó Bardiya, que te ruegue callar este asunto á la hermana, hasta que hayamos obtenido el consentimiento expreso del rey.

—Tienes razon, hijo. Debemos ocultar tu deseo á las niñas, aunque fuese solamente para evitarles un posible desengaño. El frustrarse una bella esperanza es más difícil de soportar que un mal imprevisto: aguardemos, pues, el asentimiento de tu hermano. Que los dioses te concedan su bendicion.

A la madrugada del regio cumpleaños los persas hicieron sus sacrificios en las márgenes del Éufrates. En una montaña artificial se veia un inmenso altar de plata, en el cual ardia una gran fogata arrojando lla-

mas y perfumes hácia el cielo. Unos magos vestidos de blanco alimentaban la pira con pedazos esmeradamente cortados de finisimo sándalo y la atizaban con hacecillos de varas.

Los sacerdotes ceñian las sienes con una faja, la *paiti-dhana* [269], cuyos extremos les tapaban la boca, para evitar que llegase al fuego sagrado su impuro aliento. En una pradera, junto al rio, inmolaron las víctimas, cortando en pedazos la carne [270], espolvoreada con sal y extendida sobre delicados céspedes y trébol, flores de arrayan y hojas de laurel, por que nada muerto ni ensangrentado tocara la hermosa hija de Auramazda, la paciente, sagrada tierra.

Luego Oropastes, el supremo destur (sacerdote) se acercó al fuego, echándole manteca fresca, que produjo una gran llamarada. Todos los persas hincaron las rodillas y ocultaron el rostro, porque creian que la llama salia al encuentro de su padre, el gran dios. Despues el mago tomó un almirez, echó en él hojas y tallos de la sagrada yerba haoma [271] y despues de machacarla, derramó el rojizo zumo de la planta, el manjar de los dioses, sobre las llamas.

Despues alzó al cielo las manos, entonando una gran oracion de los sagrados libros, mientras los demas destures no cesaban de echar manteca fresca al fuego que seguia llameando cada vez. La plegaria se dirigia á implorar de los dioses que bendijeran todo lo bueno y puro, y en particular al monarca y al reino entero. Fueron alabados los buenos espíritus de la luz, de la vida, de la verdad, de las nobles acciones, de la tierra liberal, del agua refrescante, de los fúlgidos metales, de los pastos, de los árboles y de todas las criaturas, y fueron maldecidos, en cambio, los malos espíritus de la oscuridad, de la mentira que extravia á los hombres, de la enfermedad y la muerte, del pecado, del desierto, del frio riguroso y la sequía deso-

ladora, de la asquerosa suciedad y de todo mal bicho juntamente con su padre Angramaiños. Por fin todos los presentes cantaron á coro:

«La pureza y la gloria esperan al justo y puro [272].»

La ceremonia del sacrificio terminó con la oracion del rey. Kambises, en su más rico atavío, subió á su coche de oro, adornado con ámbar, topacios y cornerinas, tirado por cuatro caballos blancos niseos, y se fué al gran salon de recepciones para recibir á los altos funcionarios y delegados de las provincias.

Cuando el rey con su séquito se hubo retirado, los sacerdotes escogieron para sí los mejores pedazos de la carne de los sacrificios, y permitieron á la muchedumbre que se acercaba á ellos, que tomaran lo que quedaba.

Los dioses persas desdeñan la carne de los sacrificios; no quieren más que las almas de los animales inmolados, y muchos pobres, especialmente sacerdotes, se mantienen con la carne de los sacrificios régios.

Como rezó el mago, debian rezar todos los persas. Su religion les prohibia pedir algo individualmente á los mortales; todos habian de orar por todos, y especialmente por el rey, puesto que cada individuo era parte del conjunto y participaba de la felicidad comun cuando los dioses concedian su bendicion al país. Este bello sacrificio de la propia personalidad por el bien general, hizo grandes á los persas. Si se oraba especialmente por el rey, era porque á él le consideraron como personificacion de todo el reino.

Los sacerdotes egipcios presentaban los faraones al pueblo como verdaderas deidades; los persas llamaron únicamente á sus príncipes, hijos de los dioses [273], y sin embargo éstos fueron más absolutos que aquellos, porque habian sabido libertarse de la tutela de la casta sacerdotal que, segun vimos, si no dominaba á

los faraones, ejercia por lo menos su influencia en los principales asuntos.

El carácter intolerante de los egipcios, que tendia á alejar del Nilo á los dioses ajenos, era desconocido en Asia. Los babilonios, vencidos por Kiros é incorporados á su gran imperio, seguian invocando sus antiguas deidades de la misma suerte que antes de la conquista. Los judíos, los jonios y demas pueblos del Asia menor, la muchedumbre, en fin, de tribus sometidas al cetro de Kambises, no fueron molestadas por sus heredadas costumbres y religiones.

Así se explica que en Babilon, el dia de cumpleaños del rey, ardiesen, ademas de los altares de fuego de los magos, muchas otras fogatas de sacrificios, encendidas por los delegados provinciales á los dioses venerados en su respectivo país.

La ciudad colosal semejaba desde lejos á un inmenso horno de fundicion, porque sobre sus torres flotaban espesas nubes de humo que oscurecian la luz del ardiente sol de mayo.

Cuando el rey hubo llegado al gran palacio imperial, dirigiéronse á éste los delegados en interminable procesion por las rectas calles de la capital.

Todas estaban cubiertas de arrayan y palmas, rosas y flores, adormideras, adelfas, hojas de pobo, palmeras, laureles, y el aire, henchido de incienso, mirra y mil otros perfumes. Banderas y alfombras ondeaban por todas las casas. El numeroso pueblo babilónico, que sometido poco há al imperio persa, llevaba por adorno sus propias cadenas, segun costumbre asiática, temeroso al mismo tiempo del poder de sus vencedores, ahogó con el júbilo y algazara la ruidosa música de las trompas medas, y los suaves sonidos de las flautas frigias, los címbalos y arpas de los judíos, los tamboriles de los paflagonios, las liras de los jonios, los timbales y platillos de los sirios, las conchas

y los atabales de los arios de las bocas del Indo, y los recios sones de las belicosas trompetas bactrianas.

Los perfumes, la variedad de colores, el resplandor del oro y de las joyas, el relincho de los caballos, la algazara y los cantos, producian un conjunto que atolondraba los sentidos y llenaba los corazones de arrebatada alegría.

Ninguna de las festivas embajadas habia ido sin especial obsequio. Unas traian pares de nobles caballos, otras llevaban gigantescos elefantes y lindos monos, otras varios rinocerontes y búfalos cubiertos con mantillas y borlas, otras iban seguidas de camellos bactrianos de dos jibas, con aros de oro al rededor del velludo cuello, otras, en fin, conducian carretadas de maderas raras y de marfil, tejidos preciosos, vasos de oro y plata, cajas llenas de oro en polvo y en rieles, plantas raras para los jardines y animales exóticos para los parques de caza del rey, entre los que se distinguian antílopes, zebras, especies raras de monos y pájaros [274], encadenados en verdes árboles y batiendo las alas, ofreciendo un espectáculo alegre.

Estos regalos se consideraban como tributos de los pueblos sojuzgados. Despues de mostrarlos al monarca, los tesoreros y escribas los pesaban, examinaban y aceptaban como suficientes ó los rechazaban como escasos. Cuando esto acontecia, los donadores deficientes habian de pagar dos veces más [275].

La comitiva llegó sin estorbo á las puertas del palacio real, porque los porta-látigos y soldados, formando calle, mantenian el camino libre de los empujones de la muchedumbre.

Si la cabalgata del rey en el sitio de los sacrificios habia sido magnífica (quinientos caballos ricamente adornados habian sido llevados detras de su coche [276]), si la comitiva de los delegados debia llamarse espléndida, el aspecto de la gran sala del trono era deslumbrador y mágico.

En el fondo resaltaba tras una gradería de seis escalones (cada uno de los cuales estaba como guardado por dos perros de oro) el trono, de oro tambien, sobre el cual extendian un baldiquino de púrpura montado sobre cuatro columnas de oro guarnecidas de piedras preciosas y cuyo techo llevaba dos discos alados, los ferveres del rey [277].

Detras del trono, hallábanse situados los hisóperos y abaniqueros del rey, cuyos empleos cortesanos eran de distincion; á ambos lados los comensales, parientes y amigos del monarca, los altos funcionarios del reino y los principales sacerdotes y eunucos.

Cubrian las paredes y el techo de la sala fúlgidas láminas de oro, y el suelo alfombras de púrpura: unos toros alados con cabezas humanas figuraban como guardianes de las puertas de plata de la sala, y en el pátio del álcazar estaba formada la guardia real, las lanzas adornadas con manzanas de oro y plata. Sus individuos ostentaban corazas de oro sobre túnicas de púrpura, espadas en vainas de oro, en cuyos puños relucian piedras preciosas, y altos gorros pérsicos. Distinguíase, entre ellos, por su elevada estatura y gallardo porte, el escuadron de los inmortales [278].

Heraldos é introductores, con pequeñas varas de marfil en la mano, introdujeron los mensajeros en la sala hasta el pié del trono. Llegados cerca las gradas, se prosternaron como para besar la tierra ocultando las manos en las mangas de sus vestidos. Antes de contestar á una pregunta del soberano, se les tapaba la boca y la barba con un pañuelo, para que su impuro aliento no tocase la persona pura del rey.

Kambises habló con los principales delegados, ya en tono amable, ya con severidad, segun lo contento que quedó de los regalos y de la obediencia de las diferentes comarcas. Cuando al final de la comitiva, la embajada de los judíos se acercó á su trono, dirigió

un «alto» afable á los hebreos precedidos por dos hombres muy graves de abultadas facciones y luengas barbas.

El primero vestia á estilo de los más ricos y distinguidos babilonios; el segundo llevaba un traje de púrpura tejido de una sola pieza con borlas y cascabeles y ceñido por un cinturon azul, rojo y blanco [279].

Sobre el vestido llevaba una esclavina azul. De su cuello pendia una bolsita con las suertes sagradas (urim y tumim) adornada con doce piedras preciosas engastadas en oro y ostentando los nombres de las tribus de Israel. Una venda blanca cuyos extremos pendian sobre los hombros ceñia la severa frente del gran sacerdote.

—Celebro verte de nuevo, Beltsazar [280], dijo el rey al personaje del traje babilónico. Desde la muerte de mi padre no te habias dejado ver á mis puertas.

El personaje á quien iban dirigidas estas palabras, se inclinó humildemente y contestó:

—La gracia de mi señor hace feliz á tu siervo. Si quieres dejar brillar el sol de tu favor sobre tu siervo indigno, atiende á una súplica de mi pobre pueblo al que tu gran padre permitió el regreso al país de sus padres. Este anciano que está á mi lado, Josua, el gran sacerdote de nuestro Dios, no ha temido el largo camino á Babilon, para presentártela. Que su discurso sea agradable á tu oido y que sus palabras encuentren un lugar fecundo en tu corazon.

—Ya presumo lo que vais á pedir, exclamó el rey. ¿Acierto, sacerdote, si pienso que vuestra demanda se refiere otra vez á la construccion del templo de vuestro país?

—Nada puede quedar oculto á mi señor, contestó el sacerdote, inclinándose profundamente. Tus siervos de Jerusalen anhelan ver el rostro de su soberano, y ruegan por mi boca que vayas á visitar el país de

sus padres y les dés el permiso de continuar la construccion del templo que autorizó tu ilustre padre, que Dios tenga en su gloria.

Sonrióse el monarca y repuso:

—Sabes formular tu súplica con la astucia propia de tu pueblo, escogiendo la palabra apropiada y la hora oportuna. El dia de mi cumpleaños, difícilmente podré negarme á una peticion de un pueblo fiel; así es que te prometo visitar, tan pronto como me sea dable, la buena ciudad de Jerusalen y el país de tus padres.

—Harás por todo extremo felices á tus siervos, contestó el sacerdote. Nuestros olivos y nuestras cepas producirán en cuanto te acerques frutos más bellos; nuestras puertas se ensancharán para recibirte, y los hijos de Israel acogerán con júbilo á su señor, doblemente felices, si pueden saludarle como nuevo constructor.

—¡Alto, sacerdote, alto! exclamó Kambises. Vuestro primer ruego será atendido conforme he indicado, porque hace tiempo deseaba conocer la rica Tiro, la dorada Sidon y tu Jerusalen con su supersticion extraña; mas si os concediese ya hoy el permiso de continuar la construccion de vuestro templo, ¿qué me quedaria para otorgaros en el año próximo?

—Tus servidores darán la bienvenida á su señor con dádivas y no con ruegos, dijo el sacerdote; mas di la palabra ahora y consiente que edifiquemos una casa al Dios de nuestros padres.

—Estos palestinos son rara gente, observó Kambises. He oido decir que creeis en un solo Dios irrepresentable por imágenes porque no es más que un espíritu, ¿opinais pues, que ese Ser aéreo apetece una casa? A fe que vuestro gran Espíritu debe ser débil y miserable cuando necesita de un cobertizo contra el viento y la lluvia ó de un abrigo contra el calor que él

mismo ha producido. Si vuestra Deidad es omnipresente como la nuestra, postraos ante la misma y orad como nosotros, en cualquier punto, seguros de ser oidos por donde quiera.

—El Rey de Israel oye á su pueblo en todas partes, exclamó el gran sacerdote. Nos oyó cuando gemiamos lejos de la patria, en el cautiverio faraónico y cuando llorábamos junto á las aguas de Babilon. Escogió á tu padre por instrumento de nuestra libertad, y tambien atenderá hoy mi ruego y ablandará tu corazon ¡Oh gran rey! permite á tus siervos que edifiquen un templo en que las doce tribus, separadas de su pueblo, puedan sacrificar en comun en un altar, desde cuyas gradas oren reunidas por tí; una casa en que puedan santificar juntos sus dias festivos. Por esta merced imploramos incesantemente la gracia del Señor sobre tu cabeza y su maldicion sobre tus enemigos.

—Permite á mis hermanos la construccion de su templo, rogó tambien Beltsazar, el más rico y distinguido de los judíos que habian quedado en Babilon, y al que Kiros habia tratado con gran deferencia, y consultado varias veces.

—¿Guardariais la paz, si cediese á vuestras instancias? preguntó el rey. Mi padre os permitió empezar la obra y os dió los medios para acabarla. Unidos y felices salisteis de Babilon para regresar á vuestro país, mas durante la construccion del templo se apoderó de vosotros el espiritu de discordia. Numerosas peticiones, firmadas por los sirios más principales, indujeron á Kiros á prohibir la continuacion del edificio. Poco há se me rogó con instancia por vuestros paisanos los samaritas que la interrumpa tambien. Orad, pues, á vuestro Dios, dónde y del modo que os plazca, pero precisamente por lo mucho que os quiero, no puedo autorizar la continuacion de una obra que enciende entre vosotros la discordia y la disputa.

—¿Quieres, en un dia como ese, revocar una merced que tu padre nos otorgó mediante cédula real?

—¿Una cédula?

—Debe conservarse aún hoy en los archivos de tu reino.

—En cuanto la encontreis y me la presenteis, repuso el monarca, no sólo autorizaré la construccion, mas coadyuvaré á ella. La voluntad de mi padre es para mí tan sagrada como un mandato de los dioses.

—¿Me permites, dijo Beltsazar, que mande buscarla á tus escribas en el archivo de Ecbátana donde debe hallarse?

—Te lo permito, pero me temo que no descubrireis nada. Dí á tus compatriotas, sacerdote, que estoy satisfecho del armamento de los guerreros que mandaron á Persia para la lucha contra los masagetas. Mi general Megabizos elogia su conducta y su aspecto. Que hagan prueba como en las guerras de mi padre. A tí, Beltsazar, te convido á mis bodas con la egipcia y te encargo digas á tus paisanos, Mesaj y Abed-Nego [281], los primeros personajes de Babilon, despues de tí, que los espero esta noche á mi mesa.

—El Dios del pueblo de Israel te otorgue felicidad y bienandanza, dijo Beltsazar inclinándose profundamente.

—Acepto este voto, contestó el soberano, pues no tengo por impotente á vuestro grande Espíritu, que diz ha obrado grandes milagros. Otra cosa, Beltsazar. Varios judíos han insultado el otro dia á los dioses de los babilonios, por lo cual han sido castigados. Avisa á tus paisanos. Se hacen odiosos por su rígida superstícion [282] y la soberbia con que se atreven á afirmar que vuestro grande Espíritu es la única deidad verdadera. Tomad ejemplo de nosotros que, contentos con lo que tenemos, no estorbamos á los demas en lo que poseen. No os tengais vosotros mismos por mejores que todos

los demas hombres. Os quiero bien, porque el orgullo y el amor propio agrada á mi corazon; pero guardaos de que el orgullo no degenere en temeridad para vuestro daño. Pasadlo bien y estad seguros de mi benevolencia.

Los hebreos se retiraron desengañados, pero no desesperanzados, porque Beltsazar sabia con seguridad, que aquel documento relativo á la construccion del templo de Jerusalen debia encontrarse en el archivo de Ecbátana.

A la embajada de los judíos siguió la de los sirios y de los griegos jonios. Como últimos en el desfile, presentáronse unos hombres de fisonomía extraña, de aspecto salvaje y vestidos con pieles de animales. Sus cinturones, talabartes, carcajes, hachas y puntas de lanza eran de oro macizo toscamente labrado; sus altos gorros de pieles llevaban asimismo adornos de oro. Precedíales un hombre en traje persa, cuyas facciones indicaban que pertenecia á la misma raza de los que le seguian [283].

El rey contempló con asombro aquellos embajadores mientras se acercaban al trono. Su frente se puso ceñuda, y haciendo una seña al introductor exclamó:

—¿Qué quieren estas gentes de mí? Si no me equivoco pertenecen á esa raza masageta que pronto temblará ante mi venganza. Diles, Gobrías, que un ejército bien armado está dispuesto en la llanura meda á darles con la espada, cruenta respuesta á cualquiera peticion.

El introductor de embajadores dijo inclinándose:

—Estos hombres han entrado en Babilon esta mañana, durante el sacrificio, con grandes cargas del oro más puro para comprar tu indulgencia. Cuando supieron que se celebraba una fiesta en tu honor, me instaron á facilitarles hoy mismo la merced de poderse presentar ante tí y comunicarte los encargos

con que sus compatriotas los han enviado á tu puerta.

Serenóse la frente sombría del rey, y examinando con penetrante mirada las altas figuras de los barbudos masagetas, exclamó:

—Lleguen: curioso estoy por saber qué proposiciones se atreven á hacerme los asesinos de mi padre.

Gobrías hizo una seña; el más alto y más viejo de los masagetas, acompañado del hombre vestido á estilo persa, acercóse al trono y empezó á hablar en voz alta y en la lengua de su país. Su vecino, prisionero de guerra de Kiros, habia aprendido el idioma persa y tradujo al rey, párrafo por párrafo, el discurso del embajador de los nómadas.

—Sabemos, comenzó diciendo, que tú, gran soberano, estás airado contra los masagetas porque tu padre cayó en un combate con nuestras fuerzas, provocado por él mismo aunque nosotros no le habíamos ofendido.

—Mi padre tenia motivos de castigaros, interrumpió el rey al orador, porque vuestra soberana Tomiris cometió la temeridad de renunciar á su mano.

—No te enojes, ¡oh, rey! contestó el masageta; no puedo callar que el pueblo entero aprobó la negativa. A un niño no podia ocultársele que el anciano Kiros deseaba agregar nuestra reina al número de sus esposas, sólo porque, ávido de agregar países á sus estados, esperaba ganar con ella nuestro territorio.

Kambises calló, y prosiguió el embajador:

—Kiros mandó echar un puente sobre el Araxes [284] nuestro rio fronterizo. Nosotros no temíamos nada; Tomiris le mandó decir que podria ahorrarse la molestia de construir un puente, porque estábamos dispuestos á esperarle tranquilos en nuestra tierra dejándole libre el paso sobre el rio, ó bien á irle á encontrar en su propio país.

Kiros, siguiendo el consejo del destronado rey de

Lidia, Kresos, segun nos dijeron despues unos prisioneros de guerra, decidióse á penetrar en nuestra propia tierra y perdernos con un ardid. Destacó contra nosotros una pequeña fraccion de su ejército, que destruimos con nuestras flechas y lanzas, y permitió que nos apoderáramos de su campamento sin desenvainar siquiera la espada. Creyendo haber vencido al invicto, nos regalamos con vuestras ricas provisiones. Cuando envenenados por esa dulce bebida que no habíamos catado nunca y que llamais *vino*, habíamos caido en soporífero letargo, vuestro ejército nos asaltó y mató á un gran número de nuestros soldados. A muchos les hicisteis prisioneros, entre ellos al heroico Espargapises, el jóven hijo de nuestra reina.

Apenas supo éste que su madre estaba dispuesta á concluir la paz con vosotros, á condicion de ponerle en libertad, el noble jóven héroe rogó que le quitasen las cadenas. Así se hizo. Apenas hubo recobrado el uso de sus manos, cogió una espada y se pasó el pecho exclamando: « Me sacrifico por la libertad de mi pueblo. »

—Cuando recibimos la noticia de la magnánima muerte del príncipe querido, reunimos todas las fuerzas que nos habian dejado vuestras espadas y cadenas. Hasta los muchachos y los ancianos se armaron para marchar contra tu padre y vengar al noble Espargapises sacrificándose, como él, por la libertad de los masagetas. Libróse la batalla. Vosotros fuisteis batidos, Kiros cayó, Tomiris encontró su cadáver en un charco de sangre humana y exclamó: «¡Insaciable! ahora estarás harto de sangre.» El escuadron de los nobles que llamais los inmortales nos repelió, y sacó de entre nuestras más apretadas filas el cadáver de tu padre. Tú mismo estuviste al frente de ellos y luchaste como un leon. Te reconozco perfectamente. Sabe que esta mi espada te infirió esa herida que ahora,

cual purpúrea condecoracion, adorna tu varonil semblante.

La multitud de los que escuchaban se estremeció temblando por la vida del atrevido orador; mas Kambises, en vez de enojarse, le hizo una seña de aprobacion y dijo:

—Tambien yo te reconozco ahora. Montabas aquel dia un alazan con jaeces de oro. Nosotros, los persas, sabemos honrar la valentía, te lo probaremos. Amigos mios, nunca he visto espada más afilada, nunca brazo más incansable que el de este hombre. Inclinaos ante él, porque el heroismo merece respeto de los valientes, bien sea del amigo, bien del enemigo [285]. A tí, masageta, te aconsejaré que regreses pronto á tu casa y te armes, porque el recuerdo de vuestro valor y de vuestra fuerza redobla mi deseo de luchar con vosotros. Por Mitra que enemigos fuertes como vosotros, me gustan más que amigos débiles. Os dejaré salir indemnes, pero no os detengais demasiado tiempo cerca de mí, ó de lo contrario, el pensamiento de la venganza que debo al alma de mi padre, podria despertar mi cólera, y entonces seria próximo el fin de vuestra vida.

La boca del guerrero cubierta por el pelo de la barba, mostró una sonrisa amarga cuando contestó al rey:

—Los masagetas creemos que el alma de tu padre ha sido vengada harto terriblemente. En su lugar murió el único hijo de nuestra reina, el orgullo de nuestro pueblo, el que no era menos noble ni menos ilustre que Kiros. Cincuenta mil cadáveres de mis compatriotas han reblandecido con su sangre, cual víctimas fúnebres, las duras orillas del Araxes, mientras que de vuestra parte cayeron sólo treinta mil hombres. Nosotros nos batimos tan bizarramente como vosotros, mas vuestras corazas son más sólidas que las nuestras,

y resisten á las flechas que atraviesan nuestras pieles. Finalmente, como venganza más cruel, habeis muerto á nuestra noble reina Tomiris.

—¿Tomiris murió? interumpió Kambises. ¿Dices que los persas hemos asesinado á una mujer? ¿Qué ha sucedido á vuestra reina? ¡contesta!

—Tomiris murió de pesar, hace diez meses, por la muerte de su único hijo; por esto puedo decir que ella tambien cayó víctima de la guerra con los persas y en venganza del alma de tu padre.

—Era una gran mujer, murmuró Kambises.

Y alzando la voz añadió:

—Realmente, masagetas, empiezo á creer que los dioses mismos se han encargado de vengar á mi padre en vosotros. Pero por graves que parezcan vuestras pérdidas, Espargapises, Tomiris y cincuenta mil masagetas no valen el alma de un rey de Persia, y mucho menos la de un Kiros.

—En nuestra tierra, replicó el mensajero, la muerte lo iguala todo, y el alma de un rey muerto no pesa más que la de un pobre villano. Tu padre era un grande hombre; pero lo que nosotros hemos sufrido por él, es inmenso. Sabe ¡oh, rey! que no te has enterado aún de toda la desgracia que atrajo sobre nuestro país aquella funesta guerra. Despues de la muerte de Tomiris, la discordia ha estallado entre los masagetas. Dos hombres creian tener igual derecho al trono vacante. Una mitad del pueblo combatió por el primero, la otra por el segundo. Terrible guerra civil, seguida inmediatamente de una peste asoladora, ha diezmado las filas de nuestros guerreros. No podríamos resistir á tus fuerzas si nos atacases, y por esto te proponemos la paz, comprándola con pesadas cargas de oro puro.

—¿De modo que quereis someteros sin desenvainar la espada? preguntó Kambises. El número de mi ejér-

cito reunido en la llanura meda, puede probaros que esperaba algo más de vuestro heroismo. Sin enemigos no podemos combatir. Despediré á los guerreros y os mandaré un sátrapa. Os doy la bienvenida como nuevos súbditos de mi imperio.

Al oir estas palabras del monarca, las mejillas y la frente del héroe masageta se cubrieron de ardiente rubor, y contestó con voz trémula:

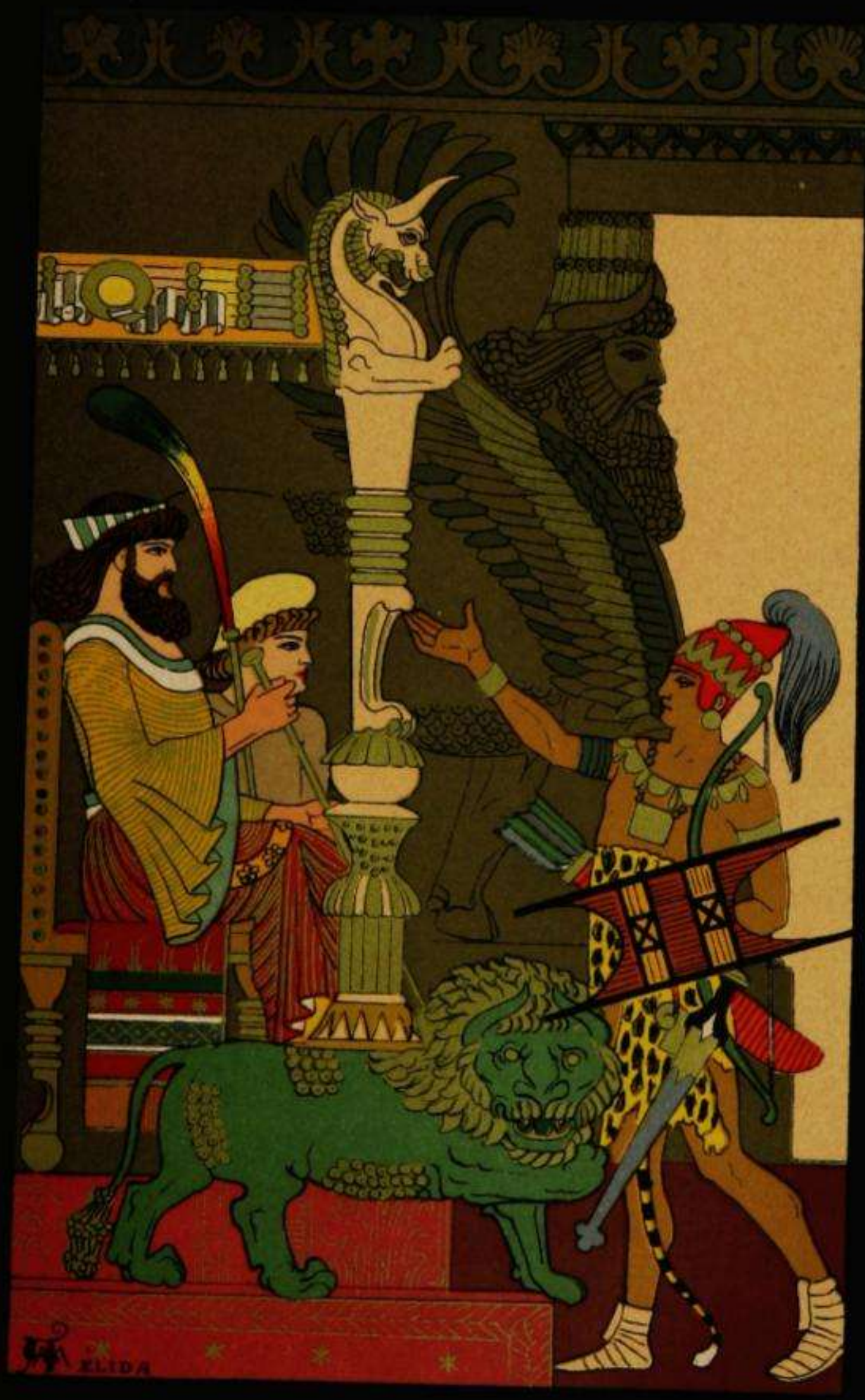
— Te equivocas ¡oh soberano! si crees que hemos olvidado el antiguo valor ó cobrado amor á la esclavitud. Mas conocemos tu poderío, y sabemos que el pequeño número de nuestros hombres, escapados á la guerra y á la peste, no puede resistir á tus numerosos y bien equipados ejércitos. Con la franqueza y lealtad que suele un masageta, lo confesamos; pero al mismo tiempo declaramos que continuaremos gobernándonos á nosotros mismos, y no toleraremos jamas que nos imponga leyes y preceptos un sátrapa persa. Me miras enojado, pero sostengo tu mirada y repito mi declaracion.

— Y yo te digo lo siguiente, exclamó Kambises. No teneis más que una alternativa. Ó bien os someteis á mi cetro, adhiriéndoos al reino persa, bajo el nombre de provincia masageta, recibiendo con el debido respeto un sátrapa como representante de mi propia persona, ó bien os considerais como mis enemigos, y forzados por mis ejércitos, os acomodareis á lo mismo que ahora os ofrezco buenamente. Hoy todavía podeis granjearos un soberano benévolo; más tarde, habreis de temer en mí á un conquistador y un vengador. Meditad lo que os digo antes de contestar.

— Todo lo hemos meditado antes, dijo el guerrero, y comprendido que nosotros, los libres hijos de las estepas, recibiríamos más gustosos, la muerte que la servidumbre. Oye, pues, lo que el consejo de nuestros ancianos te manda anunciar por nuestra boca: Nos-

*El embajador masageta*

*ante Kambises.*


ELIDA

otros, los masagetas, no por nuestra propia culpa, sino por graves apariciones de nuestro dios, el Sol, nos sentimos harto débiles para que podamos resistiros á vosotros los persas. Sabemos que habeis armado un gran ejército contra nosotros, y estamos dispuestos á compraros la paz y la libertad con tesoros que pagaremos anualmente. Sabed que si intentais, á pesar de todo, sojuzgarnos por la fuerza de las armas, vais á ser causa de vuestro propio daño. Tan luego como un ejército se acerque al Araxes, partiremos todos, con nuestras mujeres y nuestros hijos, en busca de una nueva patria, porque no vivimos cual vosotros en ciudades y casas fijas, más acostumbrados á vagar, jinetes en nuestros corceles, y á dormir bajo tiendas. Llevaremos con nosotros nuestro oro y cegaremos y destruiremos las ocultas minas, donde podriais encontrar nuevas riquezas. Conocemos todos los sitios que encierran los metales preciosos, y estamos dispuestos á proporcionarlos en gran abundancia con tal que nos concedais la paz y la libertad; mas si nos haceis la guerra, otra cosa no vais á conseguir que dominar en una estepa despoblada, mientras subsistirá el enemigo, á quien nunca dareis alcance, y que repuesto de las duras pérdidas que diezmaron sus filas, será para vosotros terrible. Si conseguimos de vosotros la paz y la libertad, hemos de enviaros anualmente, ademas del oro, cinco mil veloces caballos de estepa, y os auxiliaremos cuando el reino persa se vea amenazado de graves peligros.

El mensajero calló. Kambises, pensativo, fijaba la vista en el suelo. Largo rato estuvo sin contestar, mas dijo por fin, poniéndose en pié:

—Esta noche deliberaremos de sobremesa, y mañana se os comunicará la contestacion que debeis dar á vuestro pueblo. Procura, Gobrías, que nada falte á estos hombres. Al masageta que me hirió en el rostro,

le enviarás una parte de los mejores platos de mi propia mesa.

## CAPÍTULO XV.

Durante estas ceremonias, Nitetis se habia quedado sola y sumida en profunda tristeza en su morada de los jardines pensiles. Hoy por primera vez asistió al sacrificio comun de las mujeres del rey, é intentó orar á los nuevos dioses, al aire libre, ante el altar de fuego, y oyendo en torno suyo extraños cánticos.

Los más de los moradores del régio harem vieron á la egipcia por primera vez con ocasion de la festividad, y lejos de dirigir los ojos al cielo, no los apartaron de Nitetis.

Esta, azorada por las miradas curiosas y hostiles de sus rivales, distraida con la estruendosa música que resonaba desde la ciudad, dolorosamente conmovida

por el recuerdo de las devotas plegarias que ofreciera á los dioses de su niñez, en la solemne calurosa tranquilidad de los templos colosales de su patria, y al lado de su madre y de su hermana, no podia elevarse en alas de verdadera devocion, áun cuando se sentia impulsada á implorar de los dioses felicidad y bienandanza para el rey amado, en el dia de su fiesta.

Kasandana y Atosa estaban de rodillas junto á ella, siguiendo con alma entera los cantos de los magos que para el corazon de la egipcia no eran más que un vago rumor, vacío de sentido.

Estas oraciones, muy poéticas sin duda alguna en muchos fragmentos, cansan á la larga con la contínua repeticion de nombres, y las invocaciones de gran número de espíritus buenos y malos. A los persas les inspiraban gran devocion, porque de niños aprendieron á considerar estos himnos como los más sagrados y sublimes cantares. Estas melodías acompañaron sus primeras oraciones, por lo que las estimaban y veneraban como cuanto heredamos de nuestros padres, y en la época en que mayor es la fuerza de asimilacion, en la niñez, nos ofrecieron como venerable y divino. Mas no podian agradar mucho al regalado espíritu de la egipcia, familiarizada con las más bellas poesías griegas. Aún no habia podido asimilarse lo que con mucho trabajo aprendió, y mientras las persas practicaban las formalidades externas de su culto como una cosa congénita, naturalísima, ella hubo de hacer un esfuerzo mental para no descuidarse de las ceremonias prescritas, y descubrir así un flaco á las rivales que la escuchaban envidiosas. Habia recibido además la primera carta de Egipto, pocos momentos antes del sacrificio. La dejó sin leer en su tocador, y cada vez que empezaba á rezar, se acordaba de la carta. ¡Qué noticias contendrá! ¡Cómo estarán los padres y cómo se habrá conformado Tajot con la separacion de

la hermana, y del príncipe, de quien se habia enamorado!

Terminada la solemnidad abrazó á Kasandana y Atosa, exhalando un profundo suspiro, cual si hubiese escapado á grave peligro. Luego se hizo llevar á sus habitaciones, y apenas llegada corrió ansiosa y ligera hácia el tocador, sobre el cual habia dejado la grata misiva. La jóven superiora de las sirvientas, la misma que la vistió en el viaje con el primer traje persa, recibióla con picaresca y maliciosa sonrisa que se convirtió en asombro, al ver que su señora no se dignaba mirar siquiera los aderezos que habia en la mesa, sino que alargaba la mano hácia la carta, tanto tiempo esperada.

Nitetis rompió con presteza la cera del sello y estaba á punto de sentarse para empezar el penoso trabajo de leer, cuando la doncella se plantó cerquita y enfrente, y juntando las manos exclamó:

—Por Mitra, señora, debes estar enferma, ó contiene acaso ese feo pedazo de tela gris algun ensalmo que ciega para todo lo bello al que lo mira. Deja ese rollo y contempla estas magníficas alhajas que te mandó el gran rey (al que Auramazda dé la victoria), mientras tú asistias á la fiesta. ¡Mira esta preciosa túnica de púrpura con listas blancas y el rico bordado de plata! ¡Mira esta tiara con los diamantes régios! ¿No sabes que semejantes regalos significan más que los presentes ordinarios? Kambises te ruega (te ruega, dijo el mensajero, no manda) que te adornes con estas preciosidades para el convite de hoy. ¡Cuánto rabiará Fedima! ¡Cómo abrirán los ojos las demas mujeres que no recibieron nunca regalos parecidos! Hasta hoy Kasandana, la madre del rey, fué la única mujer de esta corte á quien se permitió el uso de la púrpura y los diamantes; con estos regalos Kambises te iguala con su ilustre madre, y te hace á los ojos de

todo el mundo su esposa favorita y reina[286]. Te ruego, te suplico que me permitas ornarte con estas nuevas y magníficas prendas. ¡Qué hermosa estarás! ¡Qué envidia, qué rabia tendrán las demas mujeres! ¡Ah, si pudiera verte entrar en la sala! Vamos, señora; déjate quitar estos sencillos vestidos para que te componga sólo por via de prueba, como conviene á la nueva reina.

Nitetis habia escuchado silenciosa á la bachillera, contemplando con muda sonrisa los suntuosos regalos. Era bastante mujer para no dejar de gozarse en su contemplacion; venian de manos de quien amaba más que á su vida; probáronle que para el corazon del rey era más que todas sus otras mujeres; que Kambises la amaba. La carta que aguardó con tal ansiedad, cayóse de sus manos sin leerla, y cedió en silencio á los ruegos de la doncella y en pocos momentos estuvo hecho su tocado. La régia púrpura realzaba su majestuosa belleza, y su espléndida y esbelta figura parecia engrandecida por la alta, centelleante tiara. Cuando el espejo metálico de su tocador reflejó por primera vez su rostro, brillando con todo el ornato propio de una reina, sus facciones expresaron nuevos afectos como si en ellas se reflejase una parte del orgullo de su soberano. La frívola camarera hincó las rodillas involuntariamente, cuando la radiante mirada de la mujer querida del más poderoso de los reyes chocó con la suya, que equivalia á una sonrisa y á un elogio.

Nitetis contempló breve rato á la niña de hinojos; luego moviendo ruborizada la bella cabeza, se inclinó hácia ella, la levantó con afabilidad, besóla en la frente y le hizo el regalo de un brazalete de oro. En esto, como viera la carta en el suelo, le mandó que la dejase sola. Mandane salió de la habitacion de su señora, corriendo más que andando para enseñar el regalo á las subordinadas, las doncellas y esclavas. Nitetis, con los

ojos y el corazon henchidos de entrañable felicidad, echóse en la butaca de marfil delante del tocador, pronunciando una corta oracion de gracias á su diosa egipcia favorita, la hermosa Hator. Luego se entretuvo en besar la cadena de oro que Kambises le habia regalado despues de aquel salto al agua, y la carta venida de su patria. Abrióla con cierta petulancia é interna satisfaccion, y arrellanándose cómodamente en las purpúreas almohadas, dijo para sí á media voz:

—¡Qué contenta estoy!... ¡Qué felicísima soy! ¡Ah, pobre carta! No se habrá figurado quien te escribió que te dejase rodar por el suelo un cuarto de hora antes de abrirte.

Empezaba á leerla alegremente cuando bien pronto se trocó su sonrisa en gravedad, y no bien hubo llegado al final se le cayó otra vez de las manos.

Aquellos ojos cuya soberbia mirada habian prosternado á la sirvienta, se anegaron en lágrimas; la cabeza antes erguida se inclinó sobre las alhajas que cubrian el tocador. Gotas de su llanto se mezclaron con los diamantes y las perlas: raro contraste como el que ofrecia la soberbia tiara y su afligida portadora.

La carta contenia las siguientes frases:

«Ladike, esposa de Amasis y reina del Alto y Bajo Egipto, á su hija Nitetis, esposa del gran rey de Persia.

«Si estuviste, mi querida hija, sin noticias de tu país, por tan largo tiempo, no ha sido por culpa nuestra. La triera que debia llevar á Egas las cartas destinadas para tí, ha sido detenida y conducida al puerto de Astipalea [287] por unos buques de guerra samios que mejor debieran llamarse barcos piratas.

«La soberbia de Polikrates á quien suele salir bien cuanto emprende, crece de dia en dia.

«Ningun barco está seguro de sus corsarios desde que ha batido á los lesbios y milesios [288] que intentaron poner coto á los abusos.

« Los hijos del difunto Pisistratos[289] son sus amigos. Ligdamis le está obligado y necesita del apoyo samio para sostener su soberanía en Naxos. Se ha conciliado la voluntad de los anfitriones griegos, regalando al Apolon de Delos la vecina isla de Rénia[290]. Todas las naciones marítimas reciben gran daño de sus galeones de cincuenta remos que requieren una tripulacion de veinte mil navegantes. Nadie, empero, se atreve á atacarle; tiene guardias perfectamente adiestradas y ha fortificado su castillo de manera que es casi inexpugnable, y así tambien los magníficos muelles del puerto de Samos.

« Los comerciantes que siguieron al afortunado Koleos[291] hácia el Oeste, y esos buques piratas que no conocen la piedad, harán de Samos la más rica isla y de Polikrates el hombre más poderoso, como no sea, dice tu padre, que los dioses envidien la dicha perfecta de un hombre y se preparen á hundirle en precipitada ruina.

« Con semejantes temores, Amasis aconsejó á su antiguo amigo, que para aplacar la envidia de los dioses les sacrificara lo que en más tuviese y cuya pérdida le causara mayor pena, y de tal modo, que no hubiera esperanza de recobrarlo nunca. Polikrates atendió á este consejo de tu padre, y tiró al mar, desde la torre redonda de su castillo, la sortija de sello más preciosa que poseia, obra de Teodoros, conteniendo una sardónica enorme sostenida por dos delfines y en que estaba grabada, con arte exquisito, una lira, signo del tirano[292].

« Seis dias más tarde sus cocineros encontraron esta sortija en el vientre de un pescado. Polikrates nos dió inmediatamente noticia de este maravilloso suceso; tu padre, empero, lejos de alegrarse, movió tristemente la cabeza diciendo que veia bien que nadie puede escapar á su suerte. El mismo dia rompió la anti-

gua amistad con Polikrates, mandándole decir que procuraria olvidarle para preservarse del dolor de ver desgraciado á un hombre á quien queria.

« Polikrates recibió con una risotada este mensaje y nos devolvió con un saludo sarcástico las cartas que sus corsarios habian quitado de nuestra triera. En adelante, todas nuestras cartas irán por el camino de Siria.

« Si me preguntas por qué te he contado esta larga historia que te interesará menos que las noticias referentes á la casa paterna, te diré que he querido prepararte para que no te alarmes por el estado de tu padre. ¿Acaso reconoces á Amasis alegre, vivaracho, desenfadado en aquellas melancólicas palabras que dirigió á su amigo Samio?

« ¡Ah, no le falta motivo á mi esposo para estar triste! ¡Los ojos de tu madre no se han enjugado más desde tu salida de Egipto! Del lecho de tu hermana enferma corro á tu padre para consolarle y guiar sus pasos.

« Me aprovecho de la noche para escribirte estas líneas aunque me hace falta el sueño.

« En este punto he sido interrumpida por las enfermeras que me llamaron al lado de tu hermana Tajot, tu verdadera amiga.

« ¡Cuántas veces la querida niña ha pronunciado tu nombre en los delirios de la fiebre! ¡Cuán cuidadosamente conserva tu efigie de cera [293] cuya maravillosa semejanza demuestra la altura del arte griego y la maestría del gran Teodoro! Mañana la mandaremos á Egina para que en uno de los talleres de allí la imiten en oro. La rubia cera se echa á perder con los besos y las manos calientes de tu hermana que la tocan tantas veces.

« Ahora, hija mia, concentra tu valor como yo tambien emplearé toda mi fuerza para contarte seguida-

mente lo que los dioses han deparado á nuestra casa.

« Los tres dias siguientes á tu partida, Tajot no cesó de llorar. Todas nuestras palabras de consuelo, todas las amonestaciones de tu padre, todos los sacrificios y plegarias no consiguieron aliviar ni distraer la aflic-cion de la pobre niña. Al cuarto dia finalmente se ago-taron sus lágrimas. En voz baja y con aparente resig-nacion, contestaba cuando la preguntábamos algo; mas la mayor parte del dia permanecia silenciosa con su huso. Los dedos, antes tan hábiles, rompian todos los hilos ó descansaban horas enteras en la falda de la soñadora. La que antes se reia tan de veras con las chanzas de tu padre; ahora las oia con indiferencia y apatía; mis advertencias maternales las escuchaba con fatigada atencion.

«Cuando yo besaba su frente rogándola que se do-minase, se levantaba sonrojada, me abrazaba, volvia á sentarse al huso y sacaba los hilos con presteza con-vulsiva; al cabo de media hora, empero, sus manos yacian otra vez inertes en su falda, mientras que sus ojos se dirigian soñando sobre un punto en el aire ó en el suelo. Si la obligábamos á tomar parte en un convite, andaba apática entre los convidados.

«Cuando nos la llevamos á la gran romería de Bubas-tis, en la que el pueblo egipcio se olvida de su forma-lidad y dignidad, y se convierten las orillas del Nilo en un vasto escenario donde los embriagados coros representan unos juegos satíricos que arrastran á la más desenfrenada licencia; cuando en Bubastis [294] vió por primera vez en su vida á toda una nacion entre-garse agitada á los más bulliciosos regocijos y á licen-ciosas chanzas, entonces despertó de su mudo sopor, y empezó de nuevo á derramar lágrimas, como en los primeros dias despues de tu partida.

« Tristes y casi sin saber qué hacernos, volvimos con la pobre á Sais. Todo su aspecto parecia el de una

deidad. Se habia puesto más delgada y todos creíamos que habia crecido. Lucia su piel con transparente blancura, sus mejillas se tiñeron de suave carmin que solo acierto á comparar con el colorido de los pétalos de rosa en el tierno capullo, ó con las primeras sonrisas de la Aurora. Sus ojos resplandecian aún hoy, con belleza y claridad realmente maravillosas. A veces me figuro que tales miradas penetran más allá de lo que se mueve en la tierra y en el cielo, y más allá de lo creado, en otros y lejanos mundos.

«Como le ardian las manos y la frente y á veces cierto calofrío estremecia sus delicados miembros, hicimos venir á Sais á Imhotep de Tebas, el médico más afamado para las enfermedades internas.

«El experto sacerdote, en cuanto hubo visto á tu hermana, meneó la cabeza, y pronosticó que la amenazaba una enfermedad grave. Desde entonces, se le ha prohibido hilar, ni hablar mucho. Todo género de pociones hubo de tomar; saludaron y conjuraron su mal[295], se consultaron los astros y los oráculos y se hicieron ricos sacrificios y regalos á los dioses. Los sacerdotes de Hator, de la isla de Filas, nos enviaron para la enferma un amuleto consagrado; los de Osiris de Abidos mandaron un mechon del pelo de Osiris engastado en oro, y Neithotep, el gran sacerdote de nuestra patrona, celebró un gran sacrificio que habia de volver la salud á tu hermana.

«Pero ni los médicos, ni los conjuros, ni los amuletos sirvieron de nada á la enferma. Por fin, Neithotep no me ocultó ya que las estrellas de Tajot no prometen gran esperanza. El sagrado toro de Menfis murió por aquellos dias, y los sacerdotes no encontraron el corazon entre las entrañas y presagiaron calamidades para Egipto. Aun hoy no se ha encontrado nuevo Apis y se cree que los dioses están airados contra el reino de tu padre, y el oráculo de Buto ha declarado

que los inmortales no volverán á otorgar su gracia á Egipto hasta que estén destruidos todos los templos erigidos á los dioses extranjeros en la tierra negra y queden expulsados de Egipto todos los que sacrifican á las deidades falsas.

« Los pronósticos aciagos no han mentido. Tajot fué acometida de una calentura terrible. Nueve dias enteros estuvo entre la vida y la muerte y áun hoy está tan débil que la han de llevar en brazos porque no puede mover las manos ni los piés.

« Durante la excursion á Bubastis, Amasis se sintió molestado por una inflamacion en los ojos, cosa bastante comun en Egipto [296]. Lejos de procurarles algun descanso, siguió trabajando como siempre desde la salida del sol hasta el mediodía, y en los malos dias de la calentura de tu hermana, su padre, á despecho de nuestros ruegos, no se alejó ni un instante de la cabecera de su cama. Deja que sea breve, hija de mi corazon. La oftalmía fué siendo diariamente más intensa, y el mismo dia en que recibimos la nueva de tu feliz llegada á Babilon, Amasis se quedó ciego.

« Desde entonces, de jovial y esforzado que era, se ha convertido en viejo enfermizo y melancólico. La muerte del Apis, las malas constelaciones y los oráculos llenan su corazon de angustia. Las tinieblas en que vive sumido perturban su ánimo, y cuando piensa que no puede andar sin guia, siente enflaquecerse su voluntad. Aquel osado monarca, que la tenia propia, está á punto de no ser otra cosa que instrumento de los sacerdotes.

« Horas enteras pasa en el templo de Neith, orando y haciendo sacrificios. Allí mismo ocupa sin número de obreros en la construccion de un sepulcro para su propia mómia, mientras otros albañiles se emplean en arrasar el santuario de Apolon que los helenos empezaron en Menfis. Su propia desgracia y la de Tajot es, segun dice, justo castigo de los inmortales.

«Las visitas que hace á la enferma son de poco consuelo para ésta, la pobre, pues en vez de animarla trata de darle á comprender que ella tambien ha merecido el castigo de los dioses. Con toda la fuerza de su victoriosa elocuencia procura persuadir á la pobre niña, á que olvide en absoluto el mundo y se ponga en gracia de Osiris y de los jueces del infierno con sacrificios y plegarias incesantes. Asi atormenta el alma de nuestra cara enferma que gustaria tanto de vivir. Yo tal vez sigo siendo demasiado griega para reina de Egipto, pero la muerte es tan larga y tan breve la vida que llamaria necios á esos sabios que preocupados constantemente con la idea del tenebroso Hades, le conceden poder sobre la mitad de la vida.

«Otra vez he sido interrumpida. Imhotep, el gran médico, habia llegado para ver cómo seguia nuestra enferma. Da pocas esperanzas; hasta parece extrañar que ese delicado cuerpo pueda resistir tanto tiempo á los rudos ataques de la muerte. Mucho há que no existiria, dijo ayer, si no la sostuviese la firme voluntad de vivir y su incansable anhelo. Si el ansia de la vida la abandonase, podria morirse del modo que nos dormimos. Satisfecho su deseo, tal vez, aunque no es verosímil, se prolongaria su existencia algunos años; mas si sus esperanzas tardan en realizarse, el mismo anhelo que ahora impide que muera, la consumirá y la matará.

«¿Presumes acaso qué anhela? Nuestra Tajot se ha dejado embelesar por el hermano de tu esposo. No quiero decir con esto que como cree Ameneman el sacerdote, el jóven ha empleado mágicos artificios para enamorarla, pues de menos se necesita para cautivar el corazon de una inocente doncella, de una casi niña, que no la gran belleza y garbo que posee Bardiya. Pero con todo, su pasion es tan ardiente, y tan grande su mudanza, que yo mismo he pensado muchas

veces en influencias sobrenaturales. Poco antes de tu viaje observé ya que tu hermana era afecta al persa. Sus primeras lágrimas las atribuíamos aún á tu partida, mas cuando se entregó á aquellas mudas meditaciones, Ibikos, que á la sazon seguia en nuestra corte, dijo que la jóven era víctima de una profunda pasion.

« Un dia que la halló sentada, meditabunda ante el huso, le cantó al oido en mi presencia, el cantar amoroso de Sapfó : « Oh dulce madre, no puedo hilar, no puedo quedarme sentada en el cuarto pequeño, en la estrecha casa, la rueda se pára, el hilo se rompe, ¡oh! dulce madre, he de salir [297].» Al oir estas palabras palideció y preguntó :

— « ¿ Has compuesto tú mismo este canto, Ibikos ?

— « No, contestó éste, la lesbia Sapfó lo cantó hace cincuenta años.

— « ¡ Cincuenta años! repitió Tajot pensativa.

— « El amor fué siempre el mismo, dijo el poeta, como Sapfó amaba cincuenta años há, así se amaba siglos atras, asi se amará en los que vendrán.

« La enferma asintió con una sonrisa, y desde entonces repitió muchas veces la copla, tarareando quedito, ante el huso que no movia.

« A pesar de esto, evitamos con cuidado toda conversacion que pudiese recordarle el objeto de su amor. Mas cuando fué arrebatada por los desvarios de la fiebre, sus ardientes labios no se cansaban de pronunciar el nombre de Bardiya. Cuando hubo recobrado el conocimiento le contamos sus devaneos, y entonces me descubrió toda su alma y dijo en voz solemne mirando al cielo cual profetisa :

— « Yo sé que no he de morir hasta que le haya visto otra vez.

« El otro dia la habiamos hecho llevar al templo porque tenia deseos de orar en los lugares sagrados. Cuando terminadas las oraciones pasamos por delante

de los niños que juegan en el vestíbulo, vió á una niña que contaba algo con gran empeño á sus amiguitas. Entonces mandó á los pajes que parasen la litera y llamasen á la niña.

—«¿Qué estabas diciendo? preguntó á la chiquilla.

—«Contaba á las demas, cosas de mi hermana mayor.

—«¿Lo puedo saber tambien? preguntó Tajot en tono tan amable que la pequeñita, sin ningun reparo, empezó á contar:

—«Batan, el novio de mi hermana, ha vuelto de Tebas anoche inopinadamente. Al salir la estrella de Isis [298], se presentó de súbito en la azotea donde Kerimama estaba precisamente jugando á las damas con padre. Le trajo una hermosa corona nupcial de oro.

«Tajot dió un beso á la niña y le regaló su precioso abanico. Cuando estuvimos otra vez en casa, me dijo sonriéndose con cierta malicia: —Ya sabes, mamita, que las palabras de los niños del vestíbulo del templo pasan por oráculos [299]. Si la chiquilla no ha mentido, él debe venir. ¿No has oido que traerá tambien la corona nupcial? ¡Oh madre! sé de cierto, sé de fijo que le volveré á ver.

«Cuando pregunté ayer á Tajot, si tenia un encargo para tí, me rogó que te dijera, que te mandaba memorias y besos mil, y que pensaba escribirte ella misma, en cuanto se haya reforzado algo, pues tenia muchas cosas que confiarte. En este momento me trae el adjunto billete destinado para tí sola y que ha acabado con gran trabajo.

«Me veo obligada á terminar á toda prisa esta carta, porque el mensajero la espera hace rato.

«Bien quisiera comunicarte algo satisfactorio, mas por donde quiera sólo veo miserias. Tu hermano se entrega cada dia más á la ambicion de nuestros sacerdotes, y dirigido por Neithotep, despacha los negocios del gobierno por tu pobre padre ciego.

« Amasis deja á Psamtik en completa libertad diciendo que poco le puede importar que su sucesor ocupe su puesto unos cuantos dias más pronto. No impidió á tu hermano sacara á viva fuerza de la casa de la helena Rodopis á los hijos del antiguo jefe de la guardia real, Fanes, y hasta aprobó que su hijo entrara en tratos con los descendientes de los doscientos mil guerreros emigrados á Etiopía 300 en el reinado del primer Psamtik, por creerse pospuestos á los mercenarios jonios. El príncipe queria en caso de regresar aquellos á su patria, despedir á los soldados helénicos. Las negociaciones no dieron resultado; mas Psamtik habia ofendido gravemente á los griegos por la manera indigna como trataba á los hijos de Fanes. Aristómajos amenazaba con salir de Egipto llevándose diez mil de los mejores soldados, y pidió la licencia cuando el niño de Fanes fué asesinado por órden de Psamtik. De repente el espartano desapareció sin que nadie sepa qué ha sido de él; los helenos empero se dejaron corromper por grandes sumas y quedaron en Egipto.

« A todo esto Amasis se calló, y haciendo sacrificios y rezando contempló con tranquilidad cómo su hijo ora ofendia, ora halagaba indignamente á todas las clases del pueblo. Los generales helenos y egipcios, asi como los nomarjos de diferentes provincias, me han declarado que tal estado de cosas es intolerable. Nadie sabe lo que puede esperarse del nuevo soberano que hoy manda lo que ayer prohibió airado, que amenaza con romper el bello lazo que hasta ahora unia al pueblo egipcio con sus reyes.

« Adios, hija mia; acuérdate de tu amiga, tu madre; perdona á tus padres si llegas á saber tarde lo que tanto tiempo te hemos callado. Ora por Tajot; saluda á Kresos y á los jóvenes persas que conocemos; trasmite tambien á Bardiya los saludos de tu hermana, los

cuales le ruego considere como el legado de una moribunda. ¡Ojalá pudieses enviar á tu hermana una prueba de que el jóven persa no la ha olvidado del todo!...

«¡Adios y sé feliz en tu nueva y floreciente patria!»

## CAPITULO XVI.

Como trae á veces la dorada aurora dias de lluvia, la alegre esperanza es tambien en ocasiones mensajera de infaustos sucesos.

Nitetis se las habia prometido felices para cuando recibiera la carta, y sin embargo ésta debia amargar el almíbar de su dicha, destruyendo como por ensalmo buena parte de lo que era su vida, los gratos recuerdos de su querida patria y de los compañeros de su felicidad en la niñez.

Vestida de púrpura y reclinada en el sillon lloraba pensando con tristeza en la pesadumbre de la madre, los sufrimientos del padre, y la enfermedad de su hermanita. Desvanecióse á sus ojos el risueño porvenir, que le prometia amor, poder y ventura. La predilecta de Kambises olvidó al amado que la aguardaba; la fu-

tura reina de Persia sentia profundo dolor por la desdicha de la familia real de Egipto.

Era ya más de mediodía cuando la camarera volvió á entrar para dar la última mano al tocado de la señora.

—Duerme, pensó la doncella ; aún puede descansar un cuarto de hora ; la ceremonia del sacrificio la habrá fatigado , y conviene que en el convite luzca toda su frescura y belleza, y venza á las demas como la luna á las estrellas.

Sin que la señora lo advirtiese salió de la sala , para dar una vuelta por el jardin , que con la ciudad gigantesca, el rio y la fertilísima llanura babilónica , ofrecia un panorama delicioso , visible desde las ventanas de los aposentos de la reina.

La doncella corrió directamente , ajena á cuanto la rodeaba, hácia un bancal de flores para coger rosas. Sólo fijaba los ojos en el nuevo brazalete , en cuya preciosa pedrería se reflejaban los rayos del sol de la tarde. Así es que no echó de ver á un hombre ricamente vestido , quien alargando el cuello miraba por una ventana de la sala , donde Nitetis quedó llorando. Viéndose estorbado el espía , fuése inmediatamente hácia la doncella y le dijo con voz de tiple :

—Te saludo, hermosa Mandane.

La doncella se volvió asustada , y reparando en el jefe de los eunucos le dijo :

—¡ Vaya una broma !... ¡ Asustar así á una pobre muchacha ! Por Mitra , si llego á verte antes de oirte, me da un desmayo. Una voz de mujer no me sorprende , pero es tan raro hallar un hombre en esta soledad , como un cisne en el desierto.

Sonreíase Bogues con bondad , aunque comprendió perfectamente la maliciosa alusion á su voz aguda , y frotándose las gordas manos, contestó :

—Ciertamente , es muy duro para una jóven y bella palomita como tú , consumirse en tan solitario nido ;

pero ten paciencia, corazon mio, que pronto tu señora será reina y te proporcionará un marido jóven y guapo. Más ha de agradarte vivir sola con él, que con la hermosa egipcia.

—Mi señora es más hermosa de lo que conviene á algunos, contestó picada, pero yo no encargué á nadie que me busque un marido. Ya le hallaré sin tu ayuda.

—¿Quién podrá dudarlo? Tan bello palmito atrae á los hombres como una lombriz á los peces.

—Yo no me dedico á la pesca de hombres, ni menos de tu jaez.

—Ya lo creo, ya lo creo, ji, ji, ji, replicó el eunuco. Pero dime, ¿por qué me tratas con tal dureza? ¿Te hice algun mal? ¿No he sido yo quien te ha proporcionado este elevado puesto? ¿No soy paisano tuyo, medo como tú?

—¿Y no somos ambos personas humanas? ¿No tenemos los dos diez dedos en la mano, y la nariz en medio de la cara? La mitad de la gente de aquí somos medos; si todos, por ser paisanos, fuesen amigos, mañana podria ser reina. Tampoco te debo á tí mi puesto al lado de la egipcia, sino al gran sacerdote Oropastes, que me recomendó á la gran Kasandana; aquí arriba nada tenemos que hacer de tí.

—¿Cómo puedes decir esto, amor mio? ¿No sabes que ninguna camarera se nombra sin mi aprobacion?

—Lo sé tanto como tú mismo, pero...

—Pero las mujeres sois una raza ingrata que no es digna de nuestra bondad.

—No olvides que hablas con una hija de buena familia.

—Lo sé, corderito mio; tu padre era mago y tu madre hija de mago. Los dos murieron pronto entregándote al destur Ixabates, padre del gran sacerdote Oropastes, y te has criado con sus hijos. Cuando reci-

biste las arracadas, Gaumata [301] el hermano de Oropastes (no hay que ruborizarse por esto, Gaumata es un nombre bonito) se enamoró de tu sonrosada carita y queria tomarte por mujer, aunque sólo tenia diez y nueve años. ¡Gaumata y Mandane! ¡Qué bien consuenan estos nombres! ¡Mandane y Gaumata! Si fuese poeta, mi héroe habia de llamarse Gaumata y su amada Mandane.

—¡No me ofendas con estas burlas! exclamó la muchacha sonrojándose y pataleando.

—¿Te enfadas conmigo porque hallo que vuestros nombres hacen buen efecto juntos? Más razon tendrias en enfadarte con el orgulloso Oropastes que mandó á su hermano menor á Ragás [302], y á tí á la corte para que os olvideis el uno del otro.

—¡Calumnias á mi bienhechor!

—¡Que la lengua se me pudra si no digo la pura verdad! Oropastes te separó de su hermano porque tiene proyectos más grandes con respecto al hermoso Gaumata, que el casamiento con la pobre huérfana de un humilde mago. Amitis ó Menishe ya le parecian aceptables; una pobre doncella como tú, que todo lo debe á su benevolencia, no puede ser más que estorbo á sus planes de ambicion. Él quisiera, te lo digo en confianza, ser regente del reino durante la guerra con los masagetas, y haria grandes sacrificios si de una ú otra manera pudiese emparentar con los ajemenidas. A su edad ya no se piensa en mujeres; su hermano empero es jóven y bello, y hasta dicen que se parece al príncipe Bardiya.

—Es verdad, exclamó la camarera. Figúrate que yo al ver por primera vez á Bardiya en el patio de la estacion, á la que fuimos á recibir á nuestra señora, le tomé al principio por Gaumata. Se parecen como gemelos y son los mejores mozos del reino.

—¡Cómo te entusiasmas, rosita mia! Pero no es

tan engañadora la semejanza de los dos. Pues saludando esta mañana al hermano del gran sacerdote...

—¿Gaumata está aquí? interrumpió la camarera con la vehemencia de la pasion. ¿Le has visto realmente, ó quieres tan sólo sonsacarme para burlarte de mí?

—Por Mitra, paloma mia, le he besado en la frente hoy y he tenido que contarle todo acerca de su novia, y por él quiero hacer lo imposible, porque soy harto débil para resistir á esos lindos ojos azules, esa dorada cabellera rizada y esas mejillas de melocoton. Guarda tu rubor, mi florecica de granada, guárdalo hasta que te lo haya contado todo. En adelante, ya no tratarás tan duramente al pobre Bogues, porque comprenderás que posee un corazon bueno y que rebosa amistad por Mandane, su bella y displicente paisanica.

—No me fio de tí, dijo la doncella interrumpiendo tales protestas. Me han prevenido contra tus zalamerías y no sé cómo puedo haber merecido el interes que demuestras por mí.

—¿Conoces esto? preguntó el eunuco, mostrando á la muchacha una cinta blanca, cubierta de flámulas de oro artísticamente bordadas.

—El último regalo que bordé para él, exclamó Mandane.

—La contraseña que he pedido á Gaumata. Yo presumia que no tendrias confianza conmigo. ¿Quién ha visto alguna vez que el preso quiera á su carcelero?

—Presto, presto, dime lo que pide de mí el compañero de mis juegos. Mira á Occidente cómo el cielo empieza á colorearse; cae la tarde y debo ataviar á la señora para la fiesta.

—Despacharé aprisa, dijo el eunuco poniéndose de repente tan sério que Mandane sintió miedo. Si no quieres creer que por amistad á tí me expongo á un peligro, suponte que favorezco vuestro amor para hu-

millar el orgullo de ese Oropastes que amenaza suplantarme en la gracia del rey. A despecho de todas las intrigas del jefe de los magos, serás la esposa de tu Gaumata, tan cierto como me llamo Bogues. Mañana por la noche despues de salir el Tistar [303], tu amante vendrá á verte. Ya sabré alejar á todos los guardias para que pueda llegar á tu presencia sin peligro y quedarse contigo una hora, ¿oyes? no más que una hora, que basta para concertar las bodas. Tu señora, lo sé de cierto, será la esposa favorita de Kambises; entonces ella te ayudará para arreglar tu casamiento con Gaumata, porque te quiere y no sabe cómo ponderar bastante tu fidelidad y destreza. Mañana por la tarde al salir el tistar, volviendo á su usada alegría empezará á brillar el sol de tu dicha. Bajas los ojos y te callas. ¿La gratitud te cierra la boquita, eh? ¿Tengo razon? Te suplico, paloma mia, no seas tan muda el dia que se trate de alabar al pobre Bogues á tu poderosa señora. ¿Saludaré de tu parte al hermoso Gaumata? ¿Puedo decirle que no le has olvidado y que le esperas gozosa? ¿Vacilas? ¡Ay de mí! empieza á oscurecer. Debo irme á ver si todas las mujeres están compuestas debidamente para el gran convite del cumpleaños. Otra cosa aún: Gaumata debe salir de Babilon pasado mañana. Oropastes teme que te vea y le ha mandado que vuelva á Ragás en cuanto la fiesta esté concluida. ¿Aún te callas? Entonces no puedo hacer nada por tí ni por el pobre muchacho. Aun sin vosotros no dejaré de lograr mi intento, y al fin y al cabo vale más que olvideis vuestro amor. Guárdente los dioses.

La muchacha no sabia qué decidir. Presumia que Bogues la queria engañar; una voz interna le mandaba rehusar la cita al amado, y la rectitud y prudencia iban predominando en su corazon, de modo que estuvo á punto de exclamar: *dile que no le recibiré*, cuan-

do sus ojos se encontraron con la cinta de seda que en tiempos pasados bordó para el hermoso jóven. Con la rapidez del rayo pasaron por su memoria los placenteros cuadros de su niñez, los cortos minutos de amoroso arrobo; el amor, la ligereza, los deseos sobrepusiéronse á la virtud, el presentimiento y la prudencia, y antes que Bogues pudiera pronunciar su despedida, ella le dijo casi contra su voluntad y corriendo hácia la casa cual corzo azorado:

—Le aguardo.

Bogues atravesó con presteza los floridos senderos de los jardines pensiles. Enfrente al parapeto del alto edificio se detuvo para abrir cautelosamente una trampa oculta que tapaba una escalera secreta, construida en el hueco de uno de los enormes pilares que sostenian los jardines, sin duda con el objeto de facilitar al dueño la entrada en los aposentos de su esposa sin ser visto. La trampa se movia fácilmente sobre sus goznes, Bogues la cerró de nuevo, y la cubrió con algunas cáscaras de almejas de las que habia en los senderos del jardin, de forma que era difícil dar con ella, áun á los que la buscaran de intento. Con su acostumbrada y amable sonrisa se frotaba el eunuco las manos, cargadas de sortijas, é iba diciendo para sus adentros:

—Ahora ha de salir bien; la moza cae en el garlito; el amante obedece á mis indicaciones, la vieja escalera está á punto. Nitetis ha llorado amargamente en este dia de regocijo. El lirio azul abrirá su capullo mañana por la noche... Sí, sí, mi pequeño plan saldrá á pedir de boca. ¡Ah! hermosa gatita egipcia, tus aterciopeladas patas van á quedar cogidas mañana en el lazo que te tiende el despreciado eunuco, que nada debe mandarte.

Y un rayo de malicia centelleaba en sus ojos, mientras se iba corriendo.

En la escalera grande encontró al eunuco Neriglisar que vivia en los jardines pensiles, en calidad de jardinero superior.

—¿ Qué tal el lirio azul ? le preguntó Bogues.

—Se desarrolla magníficamente, dijo el jardinero entusiasmado con su plantel de flores. Mañana cuando salga el tistar, lucirá en todo su esplendor, como te dije ya. Mi señora egipcia tendrá un gran placer, porque le gustan las flores, y te suplico comuniques tambien al rey y á los ajemenidas que con mis cuidados he conseguido que florezca esa planta rara. Sólo cada diez años ostenta toda su belleza durante una sola noche. Dílo á los nobles ajemenidas y tráelos acá.

— Se cumplirá tu deseo, dijo Bogues sonriéndose; al rey no le esperes sin embargo, porque presumo que no entrará en estos jardines antes de sus bodas con la egipcia; mas unos cuantos ajemenidas no dejarán de comparecer. Son tan aficionados á la horticultura y á la floricultura que no dejarán pasar un espectáculo tan raro. Tal vez podré conducir acá á Kresos; no es tan entendido en floricultura como los aficionados persas, pero se goza en todo cuanto ofrece á la vista un aspecto agradable.

— Tráele tambien, te lo agradecerá, pues mi princesa de la noche es más hermosa que todas las flores que se han visto en los jardines régios. Tú has visto en la límpida piscina el capullo coronado de verdes pétalos; cuando se abra, parecerá una gigantesca rosa celeste. Mi flor...

El entusiasmado jardinero iba prolongando su discurso encomiástico; mas Bogues le plantó con un saludo benévolo, bajó la escalera, subió al carro de dos ruedas que le esperaba y mandó al cochero, á cuyo lado se colocó en pié como él, que apretase á los caballos adornados con borlas y cascabeles, los cuales partiendo al trote largo le trasladaron pronto á la puerta del

jardin que circuia la gran casa de las mujeres del rey.

La bulla y efervescencia reinaba hoy en el harem de Kambises. Bogues habia mandado que todas las mujeres de la corte, para presentarse en lo posible hermosas y frescas, tomasen un baño antes de empezar el gran festin; por esto se fué directamente al ala del palacio donde habia los baños.

De lejos oyó ya el confuso alboroto de voces, gritos, risotadas y charla de más de trescientas mujeres [304], que envueltas en espesa nube de vapor acuoso se movian en la inmensa sala calentada con exceso. En pintoresca amalgama, recorriendo las calientes y marmóreas baldosas del baño, mientras caia del techo pulverizada lluvia de agua tibia, se las hubiera creido fantásticas figuras; semidesnudas como iban, sus leves túnicas de seda se les pegaban al cuerpo, empapadas de agua.

Aquí se veian alegres grupos de diez ó veinte garridas beldades, charlando á más y mejor; allí reñian dos reinas cual niñas mal educadas; acullá chillaba otra lastimada por la elegante chinela de su vecina, y más allá otra se tendia en el caliente y húmedo suelo, inmóvil como un cadáver, en perezosa contemplacion. Seis armenias cantaban á coro y con voz clara unas coplas amorosas y picarescas en el idioma de su país, mientras un tropel de rubias persas se entretenian en maldecir á la pobre Nitetis de tal modo, que si álguien las hubiese oido sin conocerla, se hubiera figurado que la hermosa egipcia era un vestiglo, propio para asustar muchachos.

Aumentaban semejante batiburrillo las esclavas desnudas que traian en la cabeza paños calientes para envolver con ellos á sus amas, y los gritos de los eunucos de centinela junto á las puertas, dando prisa á las bañistas, y las chillonas voces de éstas llamando á sus

esclavas. Con esto y los penetrantes perfumes, mezclados con el caliente vapor acuoso, el espectáculo que se ofrecia era verdaderamente aturdidor.

Un cuarto de hora despues, se hubiera visto á las mujeres del rey bajo un aspecto diametralmente opuesto.

Cual rosas cuajadas de rocío, yacian inmóviles, soñando sin dormir, sobre los blandos divanes que rodeaban las largas paredes de otra inmensa sala. Tenian aún la suelta cabellera mojada con el oloroso liquido. Las ágiles esclavas con blandos cepillos de pelo de camello enjugaban los delicados cuerpos, hasta dejarles sin la menor humedad que penetrara en sus poros.

Cubriéronse despues los hermosos y fatigados miembros con ricas cubiertas de seda. Una partida de eunucos cuidaba de que ninguna, pendenciera ó traviesa, perturbase la tranquilidad del batallon mujeril entregado al sueño.

Rara vez, á pesar de todas las guardias, reinó en aquella sala tan profunda tranquilidad como aquel dia, porque si alguna de ellas la hubiese perturbado hubiera sido excluida del gran banquete.

Una hora entera habrian descansado sin decir palabra, mas sonó el repique de un metal y cambió el espectáculo. Todas se pusieron en pié. Un ejército de esclavas penetró en aquel recinto. Frotaron los cuerpos de las mujeres con ungüentos y perfumes, trenzaron artísticamente sus ricas cabelleras, adornáronlas con piedras preciosas. Traíanse para ellas costosas alhajas y túnicas de lana y de seda con todos los colores del iris y zapatos incrustados de perlas. Ciñeron las caderas con ricos cinturones de oro [305].

El atavío de la mayor parte de las mujeres (el cual en su conjunto representaba ciertamente el valor de todo un reino) habia ya terminado, cuando Bogues entró en el salon.

El eunuco fué saludado con un general chillido de júbilo. Veinte mujeres cogidas de las manos formaron un circo al rededor de su risueño guardian, y se echaron á bailar y á cantar unas groseras coplas compuestas en el harem en loor de sus virtudes. Como en semejante dia el rey solia acceder á la modesta súplica de cada una de sus mujeres, rota la cadena del baile, la turba de pedigüeñas cayó sobre Bogues acariciándole las mejillas y besándole las carnosas manos para obtener de él que recomendara sus deseos, los cuales le decian por lo bajo cuchicheando.

El alegre déspota de las mujeres se tapaba los oidos, y rechazaba risueño y retozon á las más importunas. A la meda Amitis prometia que la fenicia Ester seria castigada, y á ésta que lo seria aquella; á Parmis que habia de recibir un aderezo más lindo que el de Parisatis, y á Parisatis [306] que el suyo seria más precioso que el de Parmis. Cuando, por fin, no pudo resistir á la arremetida de tantas como le suplicaban, tocó un pito de oro, cuyo agudo sonido produjo mágico efecto en la turba de mujeres. Las levantadas manos se bajaron, cesó el pataleo de los menudos piés, callaron todas. El estrépito se convirtió en profundo silencio.

La que no obedeciese al sonar este pito que era como la proclamacion del estado de sitio ó la voz de silencio en nombre del rey, tenia seguro un castigo ejemplar. En aquella ocasion el agudo sonido produjo su efecto con singular perfeccion y rapidez. Bogues lo notó y sonrióse satisfecho. Dedicó á la asamblea benévola mirada, expresion de su agrado, é hizo un florido discurso prometiendo apoyar ante el rey las peticiones de todas sus blancas palomitas. Al terminar les mandó que se colocaran en dos largas hileras. Las mujeres obedecieron y se dejaron examinar, como soldados por su jefe, ó como esclavos por su comprador.

Bogues quedó satisfecho del atavío de la mayor parte

de ellas, pero á unas las obligaba á poner más colorete, á otras á suavizar con polvos blancos el color sobrado sano de la tez, á otras á enderezar más el pelo, teñir de negro las cejas ó untar mejor los labios.

Terminada la revista, Bogues salió de la sala para llegarse á las habitaciones de Fedima, la cual, como legítima esposa del rey, vivia separada de las mancebas.

La favorita caida, la humillada descendiente de los ajemenidas, estaba esperando al eunuco ya hacia rato.

Se habia vestido con extraordinaria esplendidez, é iba casi recargada de preciosas joyas. De su pequeña tiara colgaba un tupido velo de gasa entretejida de oro, y ceñíala la venda azul y blanca que indicaba la procedencia ajemenida de la dueña.

Bien podia llamársele hermosa, aunque empezaba á ostentar aquella exuberancia de formas que suele ser achaque de las mujeres de Oriente, al cabo de pocos años de ocio en el harem. Rebosaba por debajo de la tiara, pegándose á las sienes, la rubia y dorada cabellera asaz abundante, entretejida con cadenillas de plata y láminas de oro.

Cuando Bogues entró en el aposento, Fedima corrió hácia él y echando al espejo una mirada y otra al eunuco, preguntóle temblando de agitacion:

—¿Te gusto? ¿Le gustaré á él?

Sonriéndose como siempre, Bogues le contestó:

—A mí me gustas siempre, dorada pavoncita mia, y tambien al rey gustarias si te viese como ahora te veo; en el punto en que me lo has preguntado, estabas seductora. La pasion ennegreció tus azules ojos, que parecian la noche de Angramaiños, y el odio entreabriendo tu boca me mostraba las dos hileras de dientes, más blancos que la nieve del Demavend.

Fedima, visiblemente satisfecha, respondió esforzándose en repetir aquella mirada:

—Déjanos ir á la mesa cuanto antes, pues te digo, Bogues, que aún brillarán mis ojos con más sombrío fuego, y mayor será la blancura de mis dientes, cuando vea á la egipcia ocupando el puesto que me pertenece á mí.

—No lo ocupará por mucho tiempo.

—¿Tu proyecto se realiza pues? ¡Oh! habla, Bogues; no me calles más lo que intentas. Seré muda como un cadáver y te obedeceré.

—No puedo ni debo charlar; mas para endulzarte esta amarga velada te digo que todo sale á las mil maravillas; está abierto el abismo en que hundiremos á nuestra enemiga Nitetis, y pienso elevar de nuevo á mi dorada Fedima á su antiguo puesto, y acaso colocarla aún más alto, con tal que me obedezca á ciegas.

—Habla, ¿qué es lo que debo hacer? Estoy dispuesta á todo.

—¡Muy bien, bizarra leona! Haz lo que te diré y todo irá bien. Si te exijo cosas difíciles, más preciosa será tu recompensa. No me contradigas porque no tenemos tiempo que perder. Quítate todos estos adornos supérfluos y conténtate con el collar que el rey te dió por regalo de boda. En vez de este traje claro te has de poner vestidos sencillos y oscuros. Despues de prosternarte ante Kasandana, la madre del rey, harás una reverencia humilde á la egipcia.

—¡Imposible!

—¡Es necesario! Presto, presto, despójate de los atavíos, te lo suplico; así va bien; sólo obedeciendo asegurarás el éxito. El cuello de la más blanca perí es oscuro en comparacion con el tuyo.

—Pero...

—Cuando te llegará el turno de pedir algo al rey, dirás que tu corazon ha cesado de desear desde que tu sol te priva de su luz.

—¡Bien!

—Cuando tu padre te pregunte cómo estás, échate á llorar.

—Lloraré.

—Llorarás de tal modo que todos los ajemenidas te vean llorando.

—¡Qué humillacion!

—Nada de humillacion; es sólo un medio para elevarse más seguramente. Quítate pronto el rojo arrebol de la cara y tíñela de blanco; ponte pálida, más blanca todavía.

—Realmente necesitaré de este color para ocultar mi sonrojo. Me exiges cosas terribles, Bogues; pero obedeceré si me enteras...

—Camarera, presto, el nuevo traje verde-oscuro de la señora...

—¡Pareceré una esclava!

—La verdadera gracia es bella aunque vista harapos.

—¡Cuánto más lucirá la egipcia que yo!

—Todos han de ver que tú estás muy lejos de quererte medir con ella. Todos se dirán: ¡Si la viésemos tan peripuesta como esta orgullosa, Fedima estaria tan hermosa como ella!

—¡Mas no puedo hacerle una reverencia!

—Es preciso.

—Me quieres perder y humillar.

—¡Mentecata! Oye brevemente mis razones y obedece. Mucho nos importa que los ajemenidas se indignen contra nuestra enemiga. Figúrate el enojo de tu abuelo Intafernes, la rabia de tu padre Otanes, cuando te verán á los piés de una extranjera. Su orgullo lastimado les aliará á nosotros, y aunque sean *demasiado caballeros*, como dicen, para emprender algo contra una mujer, cuando necesite de ellos, preferirán ayudarme que estorbarme. Una vez aniquilada la egipcia, el rey, si me obedeces, se acordará de tus

pálidas mejillas, de tu humildad, de tu desinteres. Los ajemenidas y hasta los magos le instarán á que haga reina á una mujer noble de su propia prosapia. ¿Y qué mujer persa puede preciarse de más alto linaje que tú? ¿quién recibirá la púrpura sino mi espléndida paradísea, mi bellísima rosa Fedima? Como no se debe temer una caida de caballo, si se quiere aprender á montar, asimismo no debe importarle nada una humillacion á quien trata de ganar el más alto premio.

—Obedeceré, exclamó la hija del príncipe.

—Entonces hemos de vencer, repuso el eunuco. Ahora tus ojos brillan otra vez con el verdadero color negro oscuro. Así te quiero, reina mia: así ha de verte Kambises, cuando los perros y los buitres se ceben en la tierna carne de la egipcia, y por primera vez despues de luengos meses, yo abra al rey tus dormitorios, en silenciosa noche. ¡Ea, Armorgues! manda á las mujeres que se preparen á subir á las literas; yo voy delante para enseñarles los puestos.

---

Miles de luces, cuyas llamas se reflejaban en el dorado de las paredes, alumbraban el gran salon de fiestas con claridad superior á la del dia. Una mesa interminable estaba en medio de la sala ofreciendo un aspecto de lujo fabuloso por la riqueza de oro y plata que ostentaba en el sinnúmero de copas, platos, fuentes, vinagreras, jarros, vasos, fruteras y pebeteros.

—El rey está por llegar, dijo el jefe del servicio, funcionario distinguido, al copero del rey, noble pariente de Kambises. ¿Están llenos los jarros, catados los vinos, colocadas las copas y vaciados los odres que envió Polikrates?

—Todo está listo, contestó el escanciador. Ese vino

de Jios es superior á cuanto bebí hasta hoy y para mi gusto es mejor aún que el de Siria [307]. Prueba un poco.

Diciendo esto, cogió con una mano una elegante copita de oro y con la otra un jarro del mismo metal, elevólo rápidamente y vertió la preciosa bebida con tanta habilidad en delgado chorro, que ni una sola gota se escapó de la reducida cavidad de la copa. Luego la presentó, cogida con la punta de los dedos, al parador de la mesa con una elegante reverencia [308].

Éste sorbió pausadamente, y chasqueando con la lengua el delicioso líquido y devolviendo la copa al escanciador dijo:

—A fe mia, que es bebida preciosa doblemente delicada cuando se ofrece al bebedor con la gracia que á tí te distingue. Razon tienen los extranjeros en admirar como los más hábiles de todos á los escanciadores persas.

—Muchísimas gracias, contestó el otro besando la frente del amigo, estoy orgulloso de mi oficio que el gran rey confia solamente á sus amigos. Sin embargo casi llega á cargarme en esta bochornosa Babilon. ¡Cuándo nos trasladaremos por fin á las residencias veraniegas, á Ecbátana ó Pasargadas!

—Hoy he hablado con el rey de este asunto. En vista de la guerra con los masagetas no queria mudar de residencia, mas salir á campaña directamente de Babilon; pero si, segun parece en virtud del mensaje de hoy, la guerra no se hace, partiremos para Susa tres dias despues de las bodas del rey, es decir dentro una semana.

—¿Para Susa? preguntó el escanciador. Allí se goza poco más fresco que aquí y ademas están reedificando el antiguo castillo de Memnon [309].

—El sátrapa de Susa ha traido la noticia de que el nuevo palacio está listo y supera en esplendor y magnificencia á cuanto se ha visto. Apenas lo oyó Kam-

bises, exclamó: Entonces despues de las bodas nos iremos allá. Quiero enseñar á la hija del rey de Egipto, que en Persia sabemos construir tan bien como sus antepasados. Está acostumbrada en el Nilo á dias calurosos y se encontrará bien en nuestra hermosa Susa. El rey parece grandemente prendado de esta mujer.

—Ciertamente. Por amor á ella desatiende á todas las demas mujeres y pronto la hará reina.

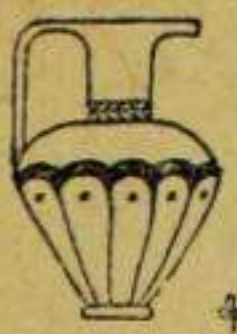
—Esto no está bien; la ajemenida Fedima tiene derechos más antiguos y más legítimos.

—Es cierto; pero lo que el rey quiere, está bien.

—La voluntad del soberano es la voluntad de Dios.

—Bien dicho. Los buenos persas se gozan en poder besar la mano de su rey, aunque esté teñida con la sangre de sus hijos.

—Kambises mandó decapitar á mi hermano, pero no le guardo por ello más rencor que á la divina Providencia que me robó mis padres. ¡Ea, mozos! descorred las cortinas; los convidados se acercan. Afanaos, podencos, y atended á vuestro servicio. Adios, Artabazos. ¡Qué noche tan calurosa nos espera!



# Notas.

---

[1] (Pág. 1.) *Wilkinson, Manners and customs of the ancient Egyptians* III, p. 196 y lám. 14. Un bonito cuadro de las embarcaciones de que se valian los antiguos egipcios, se halla en *Dümichen, La armada de una reina egipcia*. Láms., I-V y XXV-XXXI. Allí vemos tambien los barcos que vuelven de un viaje á Ofir, trayendo ademas de los pavos, todos aquellos tesoros de que sabemos por el libro I de los Reyes (cap. 9, v. 28 y cap. 10, v. 11) que enriquecian á Salomon, quien con su amigo Hiram de Fenicia mandó hacer expediciones marítimas. Hasta del progreso del arte náutico nos dan noticia los monumentos egipcios. El timon móvil fué introducido más tarde. Los monumentos representan astilleros ya en la época de las pirámides, v. g. en las mastabas de Saqqara, que los Grandes de Egipto durante el reinado de la cuarta dinastía, construyeron por via de sepulcros y capillas sepulcrales. Daban á las mastabas la forma de pirámides truncadas; dejaban sin adornar las paredes externas; el interior fué ornado tanto más ricamente con esos bajo-relieves delicados pero bien caracterizados que aún hoy excitan la admiracion de nuestros escultores. Véanse las representaciones de barcos en el mastaba del Ti. Dümichen, *Resultados del viaje emprendido por órden de S. M. el rey Guillermo I.* Tomo I, lám. II y IV. Como suplemento de esta obra, el autor reproduce una excelente Me-

moria de *Graser*, el mejor conocedor de la marina antigua: *La marina de los antiguos egipcios.*

[2] (Pág. 3.) Esta ciudad que será el teatro de una parte de nuestro relato, estuvo situada en el Noroeste del Delta del Nilo en el nomos ó distrito saítico, á la orilla izquierda de la boca canóbica del Nilo. Segun Estrabon y Eusebio, la fundaron los milesios por los años de 749 antes de J. C. segun los cálculos de Bunsen. Parece que primitivamente á los barcos griegos les era permitida la entrada en la boca canóbica sólo en los casos de necesidad. En aquella época todo el comercio de los egipcios con los odiosos extranjeros estaba concentrado en la pequeña isla de Faro, situada enfrente de la ciudad de Tanis. Homero, Odisea, IV, 36; Herodoto, II, 113 y 114. E. Curtius en su ingenioso opúsculo sobre los jonios, trata de probar que hubo mucho antes cierto comercio de los egipcios especialmente con los jonios. Ciertamente, hubo tal comercio, mas no directamente con aquella tribu griega, sino que la costa septentrional de Egipto habia sido colonizada muy pronto por los fenicios que adoptaron las costumbres egipcias pudiendo llamarse egipto-fenicios, y observando fielmente la política de sus parientes de Tiro y Cartago, cerraban por fuerza y maña á todos los extraños las plazas de cambio y comercio abiertas para ellos. Para más detalles véase nuestra obra: *Egipto y los libros de Moises*, p. 195. Recientemente, Brugsch ha suministrado algunos nuevos argumentos en apoyo de la opinion expresada aquí. *Histoire d'Egipte* 2, de ed. p. 128, chap. XI. *Le semitisme en Egipte.* Tan pronto como los griegos se hubieron establecido en Náukratis, la fortificaron y construyeron templos á sus dioses: los eginetas á Zeus, los samios á Hera, los milesios á Apolon. Ademas fundaron un gran templo comun de muchas ciudades y tribus, y una especie de union comercial ó mercantil, el Helenion. En la cercanía de esta floreciente ciudad, Alejandro escogió más tarde el sitio para la fundacion de Alejandría.

[3] (Pág. 3.) Estamos en octubre, época en que el Nilo empieza ya á descender. Las causas de la crecida son bien conocidas desde el grandioso trabajo tabular de Enrique Barth. (Zeitschrift fur allgemeine Erdkunde, 1863. T. XIV y S. Baker, Viaje en Abisinia.) Las lluvias tropicales y la fusion de la nieve en las altas montañas del ecuador, producen la crecida. A principios de junio se nota un crecimiento paulatino del rio; entre el 15 y 20 de julio la subida lenta se convierte en crecida rápida; á principios de octubre el Nilo alcanza su mayor altura, á que aspira de nuevo despues de haber empezado á retroceder para bajar luego, primero gradualmente y despues cada vez más aprisa. En enero,

febrero, marzo y abril, el agua desaparece poco á poco, y en mayo el rio alcanza su nivel más bajo, siendo entonces su caudal de agua veinte veces menor que en octubre.

[4] (Pág. 3.) Los espartanos no acostumbraban á llevar bigotes.

[5] (Pág. 4.) Los griegos se hacian á menudo distraer en sus convites por la música; pero tambien en Egipto los cuadros nos presentan ordinariamente en las reuniones, mujeres cantantes ó que tocan la flauta doble, arpistas ciegas, etc.

[6] (Pág. 4.) Alkman (en dialecto ático Alkmeon) florecia por los años de 650 en Esparta. Nacido en Sardes de una esclava lidia, llegó á ser propiedad del espartano Agesides que le dió la libertad. Pronto sus bellas canciones le proporcionaron la vecindad lacedemonia, y el ser elegido director general del arte musical, en cuya calidad supo aclimatar la suave música lidia, que Polimnestes habia dado á conocer. (Himerio, orat. 5.) Su lenguaje es el dorio-lacónico. Dicen que despues de dedicar su vida al canto, á los goces de la mesa y al amor, murió de una enfermedad terrible. Por los muchos coros de vírgenes (partenios) que compuso, por sus cantos encomiásticos de las mujeres, y por las relaciones amistosas que entretuvo con las espartanas entre las que distinguia especialmente á la rubia Megalóstrata, merece el nombre del *Alaba-mujeres* lacedemonio. Tambien son muy célebres sus poesias y sus himnos. Los fragmentos de sus obras han sido coleccionados por Welcker, y se encuentran en Bergk, *Poetae Lyrici graeci*, y en Hartung, *Los líricos griegos*, texto griego con traduccion métrica alemana. Sus cantares deben de haberse propagado en Egipto, si bien acaso muy tarde, pues entre los papiros más preciosos que se han encontrado recientemente á orillas del Nilo, uno contiene una parte de las canciones de Alkman.

[7] (Pág. 5.) Wilkinson, II, 136-145; Rosellini, *Monumenti civili*, lám. 68 y 69. Las mejores representaciones de jardines de los antiguos egipcios se han encontrado en los sepulcros de *Tel el Amarna*, 18 Dinastía. Véase Lepsius, Monumentos de Egipto y Etiopia, parte III, lám. 102, etc. Otros se hallaron en unos sepulcros de *Abd el Curnah* en la necrópolis de Tebas, v. g. en los sepulcros 34 y 35 y en la tumba descubierta por nosotros, del general *Amen em heb* que fué un gran aficionado á flores.

[8] (Pág. 5.) En los portales de las casas de campo de los egipcios se hallaban á veces obeliscos con el nombre del propietario y tampoco eran raras las banderas. Con todo, éstas se encontraban casi exclusivamente en los portales de los templos donde se hallan aún hoy vestigios de las argollas de bronce en que se metian las astas de las banderas. Tambien los griegos conocian

las banderas. De unas inscripciones en los mástiles en los pilones, resulta que si bien los primeros no se colocaron directamente como para-rayos, sin embargo se habia notado que atraian el rayo.

[9] (Pág. 6.) La comida principal, el *deipnon*, solia ser muy tarde, especialmente en Atenas.

[10] (Pág. 6.) Las heteras de los griegos no pueden compararse de ninguna manera con las prostitutas modernas, pues las mejores de ellas representaban la inteligencia é ilustracion de la poblacion femenina de Hélada, sobre todo en la parte jónica. Recuérdese Aspasia y sus relaciones bien averiguadas con Pericles y Sócrates. Tambien nuestra Rodopis era muy célebre. La hetera Targalia de Mileto fué la esposa de un rey de Tesalia. Ptolemeo Lagi se casó con Tais, con la que tuvo una hija, Irene, y dos hijos, Leontisco y Lago. Atenco, XIII, p. 576. A varias heteras se les erigieron estatuas. De esto tratan extensamente F. Jakobs, Vermischte Schriften IV, y Becker, Charikles II, p. 51-69. Más pormenores hay en nuestro texto.

[11] (Pág. 7.) Epiménides era sacerdote de Zeus en Knossos de Creta, y alcanzó, segun Plinio, la edad de 299 años, mas segun Xenofanes de Colofon, su contemporáneo, tan sólo llegó á los 154. Laercio Diógenes cuenta que podia morir y resucitar á voluntad. Habiendo estado en Esparta en 576, es posible que le haya visto el viejo Aristómajos.

[12] (Pág. 7.) Antiguamente los griegos llamaban *Aigyptos* al Nilo; véase Homero, Odisea, IV, 478. El Nilo desbordado del Egipto Bajo se llama en algunos monumentos *Akab*, probablemente segun el pais que bañaba en su desembocadura, porque la costa del Delta poblada pristinamente por los egipto-fenicios, parece haberse llamado *Aikab-t* ó *Aigab-t*, el país de la costa curva, y los griegos oyeron ciertamente el nombre de Egipto por primera vez de boca fenicia.

[13] (Pág. 7.) Esopo (620-550), segun Herodoto, era tracio, segun otros frigio ó de Mesembria, cierta colonia milesia en la costa del mar Negro, fué vendido como esclavo á Jadmon de Samos, en cuya casa vivió junto con Rodopis y más tarde obtuvo la libertad. Herodoto, II, 134. Habiendo cobrado fama por sus fábulas, dicen que hizo de abogado y tuvo la amistad de Kresos. Cuando muy viejo ya, fué á Delfos por encargo de aquel rey, los sacerdotes que habia ofendido (descubriendo sus imposturas) le acusaron de haber robado una copa de oro, y fué condenado á muerte y precipitado de la peña délfica. En los tiempos posteriores, toda regla de conducta práctica ilustrada por un cuento de la historia natural, recibió el nombre de fábula esópica. Acer-

ca de él y sus composiciones, véase *Grauert de Aesopo et fabulis aesopiis*. Bonn, 1825. Recientemente varios escritores y especialmente Zündel, *Revue archeologique*, III, p. 354, han afirmado apoyándose en buenas razones, que el orígen de las fábulas esópicas ha de buscarse en Egipto. Generalmente se tiene á la India por patria de la fábula de animales. En la villa Albani de Roma, hay la célebre estatua por desgracia mutilada de Esopo, «un tipo ideal concentrado, del ingenioso jorobado.»

[14] (Pág. 8.) Segun Herodoto, II, 134 y 135, Rodopis era tan bella que todo griego conocia su nombre.

[15] (Pág. 8.) Alkaios (Alceo), contemporáneo y amigo de Sapfó, procedia como ésta de una de las más distinguidas familias lesbias, y merece contarse entre los mejores líricos de toda la antigüedad. Dotado de todas las ventajas, pero tambien de todo el orgullo y todas las preocupaciones de su clase, puso todo en juego para derribar la tiranía, expulsar de Sigeo á los atenienses inmigrados en Lesbos, y conservar el gobierno aristocrático de la nobleza que se defendia enérgicamente contra los tiranos Melanjios, Megalagiros, Mirsilos y los Kleanaktidos. Desgraciado en sus dos últimas empresas cuando Pitakos se habia hecho jefe del pueblo, hubo de huir con sus hermanos y sus partidarios. Los primeros entraron en el servicio militar de Nebukadnezar (Nabucodonosor) de Asiria, mientras que los otros y con ellos Alkaios vagaron por el mundo. No cabe duda que el poeta ha estado tambien en Náukratis junto con Járaxos, hermano de Sapfó. Cuando Pítakos hubo llevado á cabo su legislacion que le valió el nombre de sabio, llamó á los desterrados y perdonó al poeta aunque éste le habia atacado áun en el destierro con los más acerados versos. Los cantares de Alkaios rebosan la poesía caballeresca de la nobleza de Mitilene, que criada en todas las artes de la educacion oligárquica, levantada por orgullosa altivez, y segura de la herencia de los más bellos privilegios, podia dividir su vida entre la actividad y el goce, sin perder la ligereza de ánimo ni en el infortunio. «Era un espíritu fogoso que cantaba en formas perfectas porque se sentia forzado á cantar cuando una alegría le animaba ó un pesar le oprimia. Lúcido, maravillosamente despreocupado, libre de anhelos y gozando del instante, debe considerársele como uno de los más importantes modelos de Horacio que adoptó no solamente sus metros sino tambien muchos de sus pensamientos. Las relaciones con Sapfó mencionadas en el texto, son confirmadas por algunos de sus fragmentos que se encuentran en A. Mathiae, Alcaci reliquiae, Lipsia 1827; Welcker, escritos menores, I, p. 126-147; Bergk, Lyr. gr. ed. p.ª p. 569-698; Hartung, los líri-

cos griegos con traduccion métrica alemana, V, p. 18. Su estatua-retrato se ha encontrado cerca de Monte Calvo y corresponde enteramente al carácter del hombre arriba pintado. Es probable que otra estatua excelente de la Villa Borghese de Roma representa á nuestro poeta, si bien Braun cree que es un Píndaro.

[16] (Pág. 8.) La célebre poetisa Sapfó vivió, segun Ateneo, en la época del rey de Lidia Aliates, es decir entre 620 y 563 antes de J. C., segun la crónica de Eusebio en la olimp. 44, es decir el año de 600. Otros la mencionan como contemporánea de Pitakos, Alkaios y Rodopis, lo cual concuerda con aquellas fechas. No erraremos pues haciéndola nacer en Mitilene de Lesbos por los años de 620. Su padre se llamaba Eskamandroninos ó Eskamon. Así opinan ademas de Herodoto, Eliano y otros autores antiguos, Welcker, Bernhardy, Richter y otros modernos. Su madre y su hija llevaban el nombre de Kleis. Ademas de Járaxos mencionado por nosotrós, tenia otro hermano, Larijos, quien segun Ateneo desempeñaba un alto empleo honorífico en el pritaneo de Mitilene. De esto y de la expulsion de Sapfó y Járaxos en la época de Pitakos se deduce que pertenecia á una familia muy distinguida que debió de ser tambien rica, porque de lo contrario Járaxos no habria podido comprar á Rodopis como cuenta Herodoto. Suidas llama expresamente hombre muy rico al esposo de la poetisa, Cerkolas. Entre sus adoradores no debe olvidarse á su célebre contemporáneo Alkaios, mientras que su pasion por el jóven Faon es con razon calificada de fábula por Bernhardy. Tampoco es cierto que Anakreon, quien floreció algunos decenios más tarde, dedicara á Sapfó ciertos versos eróticos que van dirigidos á otra lesbia. Asimismo pertenecen á la fábula su pasion por las niñas bellas y su salto de la roca leucádica. Véase Welcker, Richter, Bernhardy y Koechly. Del exterior de la poetisa sabemos muy poco. Platon, Plutarco y otros la llaman «la bella Sapfó.» Alkaios ensalza su cabellera negra y su encantadora sonrisa. Welcker la cuenta entre las bellezas celebradas en la antigüedad. En las monedas de su país, en cuadros y estatuas ha sido representada muchas veces, pero segun parece de diferente manera. Demójaris hace de uno de sus retratos la siguiente descripcion. «La naturaleza misma, la creadora te ha inspirado un dia, ó pintor, á representar así á la musa mitilénica. Los ojos despiden plácido brillo para manifestar claramente cómo su espíritu creador hervia de potencia viva. Pero las carnes en su desarrollo natural libre de toda lozanía excesiva, nos indican la sencillez de su corazon, y la mezcla de alegría y cordura en su semblante, dice que en ella Kipris se confunde

con la musa.» Millares de coplas le han sido dedicadas; basta mencionar aquí solamente los siguientes epígramas de Pínitos y Antipater de Sidon, contenidos en la Antología griega.

« La tierra no cubre de Sapfó mas que las cenizas y los huesos y el nombre, su discreto canto empero disfruta de la inmortalidad. »

« Me llamaron Sapfó; vencí los cantares de las mujeres de muchos países, lo mismo que Homero vence los cantares varoniles. »

La ortografía *Sapfó* es eolia; *Safo* se encuentra solamente en una vasija de Viena, y es un error de pluma segun la opinion de Welcker. Los fragmentos de sus poesías se encuentran en Bergk *Los líricos griegos*. Un excelente artículo sobre Sapfó se halla en *Koechly, Conferencias académicas y discursos*, p. 153 y 11. Solon manifestó el deseo expresado en el texto, á su sobrino. *Estobeo, Serm.* XXIX, 28. Digno de mencionarse en este lugar es el relieve encontrado en Melos, representando á Sapfó y á Alkaios que le quiere arrancar la lira, y que se conserva en el Museo británico. Para explicar el monumento Overbeck en su historia de la plástica t. I, p. 148 cita la siguiente anécdota referida por Aristóteles. Alkaios amaba á su bella é ingeniosa paisana, y cuentan que un dia la apostrofó con estas palabras de amor vergonzante: « Casta Sapfó del cabello oscuro y de la dulce sonrisa, bien quisiera decirte algo, mas me detiene el temor.» A las que la poetisa contestó recatada y algo díscola: «Si un deseo bello y noble te impulsase, y tu lengua no quisiese decir algo malo, la vergüenza no te haria bajar los ojos, sino que dirias con franqueza lo que es justo. »

[17] (Pág. 8.) Hemos escogido para este rey su nombre bíblico Hofra por ser más conocido. Los griegos le llamaron Uafris y Apries. Sus cartelas jeroglíficas son: Uah-ph-ra-het de donde las transcripciones Uafris y Hofra (Uafra) Reinó de 588-569. Estas cifras son ciertas y confirmadas una vez por los datos contemporáneos asegurados, y luego especialmente por los sepulcros de Apis descubiertos por Mariette, y cuyas inscripciones dan clara luz sobre los reinados de los reyes de la dinastía 26, á la que pertenece Hofra. Fué destronado por Amasis que era su amigo segun Ateneo, con ocasion de una rebelion que mencionan los profetas del Antiguo Testamento (Jerem. 44, 30 y 46, 24-26) y que describe Herodoto (II, 169). Esta parte de la historia egipcia recibe mucha luz de los monumentos asirios y sus inscripciones cuneiformes, que van descifrándose con una certidumbre cada vez mayor.

[18] (Pág. 9.) Amasis que reinó de 570 á 526 y del que se hallará mucho en el texto, se llamaba segun sus cartelas jeroglíficas

(Lepsius, libro de los Reyes, lám. 48, 8), Aahmes (luna jóven). Su apellido ordinario era Se-Net, hijo de Neith. Los nombres y retratos se encuentran en piedras de la fortaleza de Kairo, en un relieve de Florencia, en una estátua del Vaticano, en sarcófagos de Estocolmo y Lóndres, en una estátua de la villa Albani, en un templete de granito rosado de Leiden. Una bella cabeza retrato de asperon que poseemos nosotros representa probablemente al mismo rey.

[19] (Pág. 9.) Los antiguos egipcios, en cuanto á sus relaciones con los extranjeros, pueden compararse con los modernos japoneses. Todos los negocios les eran odiosos, pero desde antiguo se vieron obligados á dar entrada en su país á los extranjeros, y no pudieron impedir que especialmente los fenicios en cuyas manos se hallaba el comercio de importacion y exportacion (como en el siglo 16 medió con los portugueses y españoles en el Japon), alcanzaran una influencia grande en todas las esferas de la vida, hasta en las ideas religiosas del pueblo. Y como en el Japon los holandeses siguieron á los iberos, así en Egipto á los fenicios siguieron los griegos, que despues de la invasion persa y las expediciones de Alejandro dominaron el valle del Nilo.

[20] (Pág. 10.) Sabemos, sin que quepa duda alguna, que la sabiduría sacerdotal egipcia gozaba gran fama entre los griegos; pero muchos pasajes de los autores clásicos demuestran que los griegos y romanos de los primeros épocas que no vieron más que las extrañas formas externas de la religion egipcia, la tenian efectivamente por absurda. Más tarde los neoplatónicos adoptaron mucho de las doctrinas del clero de Heliópolis, Tébas, etc.

[21] (Pág. 10.) Herodoto II, 35.

[22] (Pág. 10.) Masalia, la Marsella de hoy, fué fundada por los años de 600 antes de nuestra era por los foceos, cuya ciudad situada en la costa jonia del Asia menor, habia caido en poder de los persas 19 años antes del tiempo de nuestra relacion, despues de alejarse todos sus habitantes en sus barcos. Antes de establecerse allí los foceos, parece haber existido una factoría fenicia en Marsella. Lo cierto es que más tarde encontramos á los fenicios como copropietarios del punto, hecho confirmado no solamente por los autores clásicos, sino tambien por los monumentos ó inscripciones encontradas allí. Los antiguos griegos llamaban keltas no solamente á los galos sino tambien á las tribus germánicas y á las españolas ó ibéricas.

[23] (Pág. 11.) En Egipto existia una policía muy rigurosa y entendida, cuya organizacion fué perfeccionada por Amasis. Nu-

merosas inscripciones y papiros nos dan noticias de un cuerpo de guardias civiles en cuyas filas se admitia con preferencia á los extranjeros.

[24] (Pág. 11.) Poco antes de la época de nuestra narracion varios helenos ambiciosos, como Pisistratos de Atenas (murió en 527), Polikrates de Samos (murió en 522) y Ligdamis de Naxos (murió en 524), habian conseguido derribar la aristocracia y apoderarse de la soberanía.

[25] (Pág. 11.) La distribucion interna de las habitaciones de las casas griegas que describimos, es la admitida por Becker y K. F. Hermann. El plano de la casa que acompaña la obra de Barthelemy, *Anacharsis*, diseñada segun la descripcion poco clara de Vitruvio es demasiado extenso para nuestro objeto. El plano de Hirt nos gusta menos que los otros, mientras que el esbozo de Hermann (Charikles II, 99.) nos parece trazado con severa crítica y artística interpretacion de los respectivos pasajes de los autores. Járaxos, como hombre rico, podia muy bien construirse una casa parecida, aunque las casas particulares de los griegos habian sido, sobre todo en aquella época, más sencillas que la descrita por nosotros. Una idea más clara podemos formarnos de la casa romana que nos es dable reconstruir perfectamente segun los edificios conservados en Pompeya, asunto tratado con gran agudeza y claridad por J. Overbeck en su *Pompeji*, 3.ª edicion, 1866. Tomo I, p. 230.

[26] (Pág. 12.) El arte plástico de los eginetas era célebre en una época muy temprana. En los restos de composiciones eginéticas se conoce más claramente la transicion de las formas típicas á la libre imitacion de la naturaleza. Los grupos del frontispicio del templo de Atenea de Egina, descubiertos en 1811 por una sociedad de viajeros ingleses, daneses y alemanes y conservados ahora en Munich, merecen el calificativo de monumentos los más interesantes del arte primitivo helénico. Las figuras representan combates entre griegos y troyanos por los cadáveres de los primeros, de una boda de Aquiles y del otro de Oikles. El grupo del frontispicio occidental con la estátua de Atenea en el centro es sobre todo notable y bien conservado. Compárese *Clarac. Musée de sculpture*, p. 815, etc., y las obras alemanas de Wagner, Gerhard, Welker, Overbeck, O. Müller, y con respecto á la influencia del arte egipcio en los principios del griego véanse las obras de Thiersch y de Lepsius.

[27] (Pág. 12.) Dicen que en la isla de Jios empezaron á labrar el mármol para obras de arte.

[28] (Pág. 12.) Wilkinson II, lám. XI, p. 192, etc., y Rosellini, mon. civ. lám. 66, 90 y 91, se ven sillones y sofás bastante pa-

recidos á los nuestros. Abundan los asientos aun los para varias personas, elaborados con elegancia, ocupados por las efigies en relieve ó en pintura de los posesores de sepulcros ó por las estátuas de dioses y reyes. El palo de tuya procedia del oasis de Júpiter Amon en el desierto líbico, y era tan precioso que Ciceron pagó por una mesa de tuya un millon de sestercios (unas 200 mil pesetas). En Argel vi yo en una exposicion de los productos de la provincia, una plancha muy pesada de madera de cedro, hermosa y maciza, parecida á nuestro abedul veteado y que en el catálogo se llamaba probablemente por conjetura del autor: «madera de la raiz del tronco de tuya de Teniet el had.»

[29] (Pág. 12.) Aceite del fruto del ricino, llamado kiki por los egipcios y usado para alumbrar y para ungüentos. Herodoto II, 94, Estrabon, 825, Plinio XV, 7, Dioskor IV, 164. En los monumentos, pero más frecuentemente en los papiros, v. g., en el gran papiro Ebers se habla de nueces kuku ó kaka que nos parecen idénticos con los frutos oleaginosos de los antiguos egipcios, porque tambien llevan el nombre de *neter kaka*, nueces sagradas.

[30] (Pág. 13.) Ya Salomon, por los años 1000 antes de nuestra era, mandó comprar caballos y coches en Egipto. Un caballo costaba 150 siclos y un coche 600. Un siclo (*pieza de plata* de algunas traducciones de la Biblia) valia unos siete reales. (I Reyes X, 18 y 19, II Crónicas I, 16 y 17). Los monumentos no representan solamente hermosos caballos enganchados en los coches de los faraones, sino hasta talleres de construccion de coches. Por otra parte los monumentos prueban que los caballos y los coches no se han introducido en Egipto antes del tercer milenario antes de nuestra era. Las yeguadas parecen haber estado en el Norte de Egipto donde habia grandes llanuras. Se mencionan jefes de yeguadas (Estela de Tanio con la era de 400 años) y los faraones de dinastías anteriores á la 26.ª á la que pertenecia Amasis daban ya gran importancia al fomento de la cria de caballos. Estela de Pianji. Acerca de los arneses de los egipcios y las diferentes partes de los vehículos, en cuya fabricacion se distinguian los sirios más que otros, se hallan buenas noticias en la análisis del papiro Anastasi I por *Chabas, Voyage d'un Egyptien*, etc. Todo un coche, de construccion ligera, bien conservado, se ha descubierto en la tumba de su antiguo posesor (que no lo habrá conquistado en la guerra) y se conserva en el Museo egipcio de Florencia.

[31] (Pág. 13.) Herodoto II, 180, Píndaro Pit. 7, 9.

[32] (Pág. 13.) Anaximandro de Mileto, nacido 611 y muerto 546, famoso geómetra, astrónomo, filósofo y geógrafo, es-

cribió un libro sobre la naturaleza, diseñó el primer mapa-mundi en bronce, é introdujo en Grecia una especie de reloj que parece tomó de los babilonios. Segun él, existe un sér primordial indefinible que gobierna el universo y del que depende lo material y concreto á pesar de ser él mismo infinito é incomensurable. El *lodo primitivo* contiene el gérmen de todo lo creado, saliendo del mismo el agua, la tierra, las plantas, los animales, los hombres. Véase *Zeller*, Filosofía de los griegos I, 70 y Brandis I, 123.—Anaximenes 570-500 era igualmente filósofo naturalista de Mileto y sostenia que el *aire* era la materia primitiva. Véase *Plutarco*, plac. fil. 2-3-6 y las obras de Zeller y Brandis.

[33] (Pág. 13.) Teodoro, oriundo de una célebre familia de artistas de Samos, hizo progresar la arquitectura y la fundicion artística. Véanse las obras de Thiersch, Brunn, Overbeck y Bursian.

[34] (Pág. 13.) Ibikos, de la Italia inferior, floreció á mediados del siglo VI; poeta muy ilustrado y apasionado, fué llamado á la corte de Polikrates. Los sucesos despues de su muerte violenta, se habian hecho proverbiales en la antigüedad, y ahora los conoce todo el mundo por *Las grullas de Ibicos*, de Schiller. Los fragmentos de sus poesías se hallan reunidos en Schneidewin, Ibici carm. reliq. y en Bergk. poetae lyr. gr. En ninguna parte se hace mencion de que ha estado en Egipto; sólo se dice que enseñó á los griegos la identidad del lucero del alba y del héspero conocida por los egipcios mucho antes. Véase *Achilles Tatius*, Isag. in. Arati Phaenom en el *Uranolog. Petavii*, p. 136. Este pasage y la amistad entre Polikrates y Amasis, nos permiten presumir que Ibikos ha estado en Egipto.

[35] (Pág. 13.) Sibaris era una ciudad del Italia inferior que en toda la antigüedad tenia mala fama por su lujo; segun Estrabon (62) fué fundada por los ajeos. En 510 fué tomada por los crotoniatas, asolada y más tarde reconstruida bajo el nombre de Turii.

[36] (Pág. 15.) Anakreon de Teos vivió tambien en la época de nuestro relato, en la corte de Polikrates. En el curso de nuestra narracion tendremos aún muchas veces que nombrar y citar el célebre y amable cantor del amor y del vino. El pasaje citado aquí es el XV de los fragmentos editados por Moebius. Su estátua-retrato se halla en la villa Borghese de Roma y ha sido reproducida en las Memorias de la Real Academia de Ciencias Sajona III p. 730 etc. con explicacion de Otto Jahn.

[37] (Pág. 19.) Ordinariamente cada convidado habrá tenido su propia mesita, pero ya en Homero se habla de grandes aparado-

res. Ilias IX 206, 215. Odisea I, 111. En el *symposion* de Jenofanes escrito por el tiempo de nuestro relato, se lee el arreglo de una mesa que nos ha servido de ejemplo. V. Xenophanes fragm. ed. Bergk I. En la época homérica se comia sentado; más tarde se generalizó la posicion horizontal.

[38] (Pág. 20.) Los griegos solian beber el vino mezclado. El zumo de uvas puro estaba prohibido, so pena de muerte, por Zaleucos y bajo castigo severo por Solon, á todos los ciudadanos no enfermos. La proporcion corriente era mezclar tres partes de agua con dos de vino. Véase el escoliasta de Aristófanes, Caballeros V, 1184.

[39] (Pág. 20.) Los griegos como los egipcios tenian copas de varias formas y diferentes sustancias. Muy conocidas son las formas graciosas de los vasos griegos, pero tambien los egipcios sabian fabricar copas bonitas, de metales preciosos, de bronce (las de los sacerdotes, segun Herodoto), de arcilla fina en parte vidriada (en el Museo de Berlin los hay de vidriado azul) y raras veces de cristal. Muchos eran esmaltados con varios colores ofreciendo la forma de una flor que se abre ó remedando la cabeza de un mamífero ó un ave en cuyos cuellos se bebia; otros, en fin, se parecian á nuestras tazas y jícaras. Ejemplares de todas clases se conservan en los museos de Berlin, Lóndres, Paris, Leide, Turin, Bulaq, etc. Reproducciones en las obras citadas de Wilkinson, Rosellini y Ebers, Egipto y los libros de Moises.

[40] (Pág. 20.) Cuentan que el comedor de Kleopatra se cubria con rosas hasta la altura de una vara. *Ateneo*. Deipnos. IV, 148, ed. Meineke.

[41] (Pág. 20.) Los griegos comian siempre con coronas en la cabeza. Antes de la comida los esclavos lavaban los piés de los convidados. *Platon*, Symposion p. 213. Tambien se echaba agua sobre las manos antes de ponerse á la mesa. *Ateneo*, II, 60.

[42] (Pág. 20.) Hiponax, de la época de nuestro relato, menciona este plato. *Hipponestos*, fragm. 34, ed. Bergk.

[43] (Pág. 20.) Las mujeres solian comer sentadas. Los griegos tenian sillones y butacas como los egipcios. De Pompeya y por las representaciones de muchos dioses y personajes distinguidos, conocemos la forma de los solios ó tronos que tenian un respaldo alto bastante derecho, y en los lados apoyos para el descanso de los brazos. Generalmente se elegia por medio de la suerte de los dados, un presidente del comité ó simposiarca; en nuestro caso era natural que Rodopis hiciera las veces de presidente. Un esclavo de la casa presidia á la mesa de los esclavos que acompañaban á los convidados.

[44] (Pág. 20.) En la época de nuestro relato el arte dramático

estaba aún en ciernes. Tespis dió una forma dramática á los coros dionisios, introduciendo al diálogo y las máscaras. El primer poeta trágico propiamente dicho fué Frínijos.

[45] (Pág. 21.) Los esclavos de Esparta que frecuentemente intentaron escaparse de su servidumbre que suele describirse como harto pesada y dura.

[46] (Pág. 21.) Despues de la comida propiamente dicha, empezaba el simposion ó compotacion, poniéndose los convidados las coronas, lavándose las manos con jabon (smegma) y empinando las copas, cuernos, etc.

[47] (Pág. 22.) El egipcio cargado de deudas podia empeñar las momias de sus antepasados y lo sacrificaba todo antes que dejar de desempeñarlas; de lo contrario habria sido deshonrado y su cadáver no habria encontrado sepultura. *Diodoro*, I, g. 3.

[48] (Pág. 22.) Traduccion propia segun Simonidis fragm. ed. Bergk.

[49] (Pág. 23.) Dicen que la ciudad de Menfis fué fundada por Menes, que los antiguos cronólogos siguiendo generalmente á Maneton, llaman el primer rey de Egipto. Del mismo dicen que ha desviado el Nilo que antes corria tocando las montañas líbicas, elevando un dique á 100 estadios por arriba de Menfis, cegando su primera madre y obligándole de esta manera á tomar su curso á igual distancia de las cordilleras occidental y oriental. Todavía en la época de Herodoto bajo el mando de los persas, aquel dique de rectificacion se conservaba y se reparaba cuidadosamente, porque su ruptura habria expuesto á Menfis á los peligros de una inundacion. Aunque de estos diques no han quedado rastros, no puede dudarse de la exactitud de la comunicacion, porque desde la aldea de Seft al Nilo se dirige hácia el Oeste, y á no doblar otra vez hácia el oriente cerca de la isla de Esh Shekame, alcanzaria las alturas líbicas. El nombre de Menes se ha encontrado varias veces en los monumentos, como primero en la genealogía de los reyes; así en la tabla de los reyes que termina con Seti I, y que fué descubierta por Dümichen. Menes (en egipcio Mena), á pesar de la sospecha que podria suscitar el nombre, debe considerarse como persona histórica real. Véase: *de Rougé*, Mem. sus les VI prem. dyn. aeg. Segun Lepsius que ha registrado con severa crítica todos los cronógrafos y las inscripciones conservadas, Menes reinó en el año de 3892 antes de J. C., y esta fecha obtenida por un método riguroso, se halla confirmada maravillosamente por una nota astronómica calendariana encontrada en el dorso del papiro Ebers. Segun Maneton, sacerdote de Heliópolis que por los años de 250 antes de J. C. tradujo al griego los libros sagrados de los egipcios por

órden de los reyes Ptotemeos, el hijo y sucesor de Menes hizo construir el palacio de Menfis. De esta ciudad gigantesca no han quedado más que restos insignificantes cerca de las actuales aldeas de Bredeshein y Mitraheneh, consistiendo en montones de escombros, la estátua colosal de Ramses II mencionada por los autores clásicos, descubierta por Cavaglia y Slaone, y hoy propiedad de los ingleses, ruinas de columnas y estátuas, rastros de los muros del templo de Ptah, un número de tiestos y monumentos pequeños. Sin embargo nos es dable formarnos una idea aproximada de su configuracion. Sus calles estrechas y largas de media jornada aún en el siglo XII, se extendian entre el Nilo y el Bahr Jusuf, entre Gizeh al Norte, y la latitud de las pirámides de Dashur al Mediodia. El barrio en que se celebraban los extravagantes cultos de la diosa de amor fenicia y egipcia, y en que más tarde los extranjeros podian establecerse, se llamaba *Ta anj*, el mundo de la vida. Tambien se llamaba el barrio de los sirios, y con sus sagrados bosques habrá estado situado hacia el Mediodia. El palacio Real estaba en un cerro que existe todavía á tres cuartos de kilómetro al Este de Mitraheneh, desde donde la vista domina todas las pirámides áun hoy, y es probable que los faraones dirigian la construccion de sus mausoleos. Especialmente magnífico en el antiquísimo barrio Auchi, en el que estaban los templos de los dioses principales, entre los que no habia ninguno más célebre ni más antiguo que el de Ptah fundado por Menes, y con el cual se relaciona toda la historia de la ciudad. Los conquistadores mahometanos trasladaron su residencia á un punto de la orilla derecha del Nilo, situado enfrente de la parte mas septentrional de Menfis, y allí nació la moderna Cairo en la cercanía de la fortificada Babilon. La necrópolis de Menfis se ha conservado mejor. Las pirámides persistirán eternamente; el serapeo, los sepulcros de los apis, mastaba etc., han sido excavados por el malogrado Mariette-Bey, sabio frances al servicio del virey. Las habitaciones de los reyes no se hallaban en los templos como muchos han afirmado, sino que los palacios de los faraones, lo mismo que las casas particulares de los egipcios, fueron construidos de un material más ligero y más susceptible de destruccion que el de los templos. Estos se hacian casi sin excepcion, de sillares duros, y aquellas de ladrillos de lodo de Nilo.

[30] (Pág. 23.) El primer Psamtik, más conocido bajo su nombre griego Psametijos, perteneció á la dinastía XXVI, ó saítica. Él fué el primero en abrir Egipto al comercio con el extranjero. En este caso las inscripciones de las tumbas de los apis son tan seguras que podemos fijar el dia del advenimiento de Psamtik I, en 5 de febrero de 664.

[51] (Pág. 23.) El gato era sin duda el más sagrado de los muchos animales sagrados de los egipcios. Mientras que muchos de ellos se veneraban sólo en comarcas determinadas, el gato era sagrado para todos los súbditos de los faraones. Herodoto cuenta (II, 6, 6) que los egipcios cuando se quemaba una casa, no pensaban en apagar el fuego hasta que hubiesen salvado los gatos; y que cuando fallecia algun gato de muerte natural, la gente de la casa se rapaba las cejas á navaja. El que matara uno de estos animales, sea de intento, sea por cuasilidad, habia de morir por tamaño crímen. Diodoro (I. 81) vió como los egipcios asesinaron á un infeliz romano que habia dado muerte á un gato, aunque las autoridades por temor á la venganza de los romanos habian hecho todo lo posible para calmar al pueblo. Los cadáveres gatunos fueron momificados y sepultados cuidadosamente. Entre los muchos animales embalsamados los que se encuentran con mayor abundancia son los gatos envueltos cuidadosamente en tiras de lienzo; todo museo guarda ejemplares momificados. A pesar de la cria de gatos, no habrán faltado los ratones en Egipto. En una provincia (la atribítica) se veneraba la musaraña, y un papiro obsceno y satírico de Turin, describe una guerra entre gatos y ratones; el papiro Ebers contiene remedios contra los ratones. Poseemos una musaraña de bronce primorosamente labrada. M. de Potonnier, compañero del conocido fundador del camino terrestre de India, Weghorn nos contó en Cairo que pernoctando una vez entre unos viejos muros, fué atacado por las ratas, cuyas mordeduras dejaron cicatrices indelebles por luengos decenios. — Aun cuando el islam hubo penetrado ya en Egipto, los gatos siguieron disfrutando especial respeto. En Cairo se legaron grandes sumas para alimentar á los gatos hambrientos, y no ha mucho la gran romeria á Meca fué acompañada por una vieja, llamada la madre de los gatos, porque llevaba consigo varios de estos animales.

[52] (Pág. 24.) La diosa Pajt (Scjet y Bast) que se representaba con una cabeza de gata, tenia su principal santuario en Bubastis, en la parte oriental del Delta. (Véase *Ebers*, Por Gosen al Sinai.) Allá llevábanse regularmente las momias de gatos, aunque se han encontrado tambien con frecuencia en el serapeo de Speos Artemidos y en otras partes. Segun Herodoto equivalia á la griega Artemis (Diana) y se llamaba la bubástica. Segun Estéban de Bizancio el nombre egipcio de gato era bubastos. Pero el nombre vulgar era *mau*, y en las formas más modernas *emu* y *shau*. Parece que Pajt se veneraba tambien como protectora del parto y de la fecundidad. Su efigie se halla reproducida en *Birch* Gallery p. 16 y *Wilkinsone* VI, lám. 27 y 35. Despues de

la publicacion de las inscripciones del templo de Dendera por *Dümichen,* ya no cabe duda que el culto de Bast tenia cierta semejanza con el de Astarte (Afrodite Xenia, Venus Urania) introducido en Egipto por los fenicios. Acerca de la romería á Bubastis véase p. 100, y la nota 292.

[53] (Pág. 24.) Las grandes pirámides están al Oeste de Menfis. Más pormenores en el tomo II.

[54] (Pág. 24.) Mis ó mys, nombre bastante comun entre los griegos, significa *raton.*

[55] (Pág. 25.) La diosa del amor de los egipcios, la antiquísima diosa del horizonte y madre del jóven Horo, es una de las principales deidades egipcias. Su gran santuario estaba en Dendera (*Tan-tarer*, tierra del hipopótamo, de la diosa hipopotámica,) donde se la llamaba con todos sus nombres, de los que más de 300 se encuentran en Edfu. Siempre parece como principio femenino que concibe, y para opuesto al masculino que engendra, y cósmicamente como mundo, como representacion de Dios en el mundo visible, la naturaleza en medio de la cual actúa la diosa. Como personificacion de la fecundidad, representa tambien la de los campos, y como esta depende en Egipto del Nilo, Isis-Hator, es la que hace crecer el Nilo oportunamente. Es la sublime diosa del amor, la gran madre celeste, que con su divino amparo asiste á las madres, la dadora de todos los bienes de la vida, la del rostro hermoso que llena el cielo y la tierra con sus beneficios. En los tiempos posteriores se identificó por completo con las musas. El baile, el canto, la broma, hasta la embriaguez estaba bajo su patronato; mas especialmente la veneraban como diosa del amor. La soga y el tamboril que lleva en la mano, simbolizan la fuerza atractiva y el placer del amor. Es llamada la gran reina de la corona de oro y el ama que asiste á las parturientas. Era la diosa favorita de las mujeres de la casa real. Su animal sagrado era la vaca, y ordinariamente parece bajo la figura de una mujer con cabeza de vaca, llevando el disco solar entre los cuernos que recuerdan la media luna, ó como vaca que en el horizonte pare el jóven sol. Reproducciones en *Birch*, Gallery, *Champollion*, Panthéon égyptien, *Rosellini*, Monumenti, etc. Las mejores noticias sobre nuestra diosa hállanse en *Dümichen*, Documento arquitectónico de Dendera. Leipzig 1865. Isis es Hator en sentido metafísico, la fecundidad como idea inmanente del mundo orgánico.

[56] (Pág. 25.) El templo del gran dios de Menfis, Ptah, era uno de los monumentos más célebres de Egipto, y se atribuia al rey Menes su primera construccion, ensanchándolo despues los faraones de las dinastías 3-6 residentes en Menfis. Amenemha III,

de la dinastía 12, conocido bajo el nombre de Mœris, adornó con propileos la fachada septentrional, y los reyes que despues de la expulsion de los hicsos residian en Tebas, contribuyeron tambien á enriquecer el santuario de Ptah. Diz que Ramses II hizo colocar su estátua y los de su esposa y dos hijos delante de este templo. La estátua colosal del rey ha sido descubierta en 1820 por Caviglia y Slaone y se halla aún en su puesto. Ramses III, segun refiere el papiro Harris, dotó el templo ricamente. Hasta los etíopes respetaron el santuario de Ptah y el primer rey de la dinastía 26 á la que perteneció tambien Amasis, lo restauró espléndidamente. Amasis hizo colocar aquí unas estátuas, la mayor de las cuales ya se hallaba derribada en la época de Herodoto. Sobre el apis que veneraban aquí, hablaremos más adelante. Escasos vestigios del templo se ven aun hoy cerca del pueblo árabe de Mitraheneh.

[57] (Pág. 26.) Este tribunal que Diodoro I, 75 compara con el areopago de Atenas y la gerusia de Esparta, constaba de 30 jueces de la casta sacerdotal (sendas decenas de Heliópolis, Menfis y Tebas), que elegian presidente al más conspicuo de ellos. Todas las acusaciones y defensas habian de hacerse por escrito, para que la palabra y el rostro no influyera en el ánimo de los jueces. Este tribunal era independiente hasta del rey. Muy instructivos con referencia al enjuiciamiento egipcio, son un papiro de Turin y el papiro Albott, más conocido como *papiro judicial.* Mas sobre este asunto se encuentra en *Ebers;* Por Gosen al Sinai.

[58] (Pág. 26.) Segun la ley egipcia, el que tenia conocimiento de un crímen y no lo denunciaba, era tan culpable como el autor.

[59] (Pág. 27.) Parece que el destierro no se usaba como castigo de los indígenas, mientras que á los extranjeros lo imponian facilmente.

[60] (Pág. 27.) El rey Amasis hizo una campaña feliz contra Chipre. Herodoto, II, 178. Diodoro, I, 68.

[61] (Pág. 29.) Esta aspiracion y deseo de unidad no era desconocida entre los helenos, aunque rara vez la vemos expresada. Aristóteles dice que los helenos si se uniesen para formar un sólo estado, podrian dominar á todos los bárbaros.

[62] (Pág. 29.) Ateneo I, 25, llama el vino de Antila el mejor de los de Egipto. Los monumentos mencionan diferentes clases de vino, ademas de los tintos y claros; v. gr. el de Kakem. Véase *Ebers,* Egipto y los libros de Moises, p. 322.

[63] (Pág. 30.) Ateniense distinguido que vivia en la época de nuestro relato y es mencionado por muchos autores, especial-

mente por Herodoto, VI, 122, por la gloria que adquirió en Olimpia donde logró como vencedor el primer premio en la corrida de un caballo singular, y el segundo en la de la cuadriga etc.

[64] (Pág. 30.) Así describe Herodoto los barcos samios famosísimos en aquellos tiempos; barcos que por lo comun llevarian cabezas de jabalí en los espolones. Al menos es lo que se desprende del relato de Estrabon que los eginetas cortaron las cabezas de jabalí de las galeras apresadas. Herodoto dice lo mismo III, 59.

[65] (Pág. 31.) *Th. Hope*, Costume I, 138. Tambien se han conservado brazaletes egipcios en forma de culebras.

[66] (Pág. 31.) Tambien los antiguos solian traer á sus amigos pequeños regalos de viaje. Así por ejemplo, Teócrito trajo á la esposa de su amigo Nikias, un huso de marfil que acompañó de lindos versos. Recordamos la preciosa traduccion de esta poesía de circunstancias por T. Rückert.

[67] (Pág. 31.) La segunda victoria de los caballos de Kimon debe haber mediado en el año de 528 como dice acertadamente *Duncker* en su historia de la antigüedad. Los mismos caballos vencieron por tercera vez cuatro años más tarde. Kimon agradecido les erigió un monumento en «la calle hueca» cerca de Atenas. Recuérdese que los griegos se valian de la repeticion de los juegos olímpicos para fijar los años. Los certámenes se celebraron cada cuatro años. Como primero, se admitió el correspondiente al año 776 antes de J. C. Para indicar el año, se decia 1, 2, 3 ó 4 de la olimpiada tal ó cual.

[68] (Pág. 31.) Despues de los alkmeonidas, la familia noble más distinguida de Atenas preciándose de proceder de Ayax, el héroe homérico de Salamis, cuyo hijo Fileos se consideraba como fundador de la familia de los Miltiades y Kimon. El primer Miltiades que casó con una hija de Kipselos, fué uno de los primeros arjontes anuales de Atenas (Pausanias IV, 23.5 y VIII, 39.2) desempeñando este cargo en 664 ó 659. Duncker comunica la genealogía de la familia desde aquel Miltiades.

[69] (Pág. 33.) Kalias es llamado *dadujos*, porque en su familia era hereditario el derecho de llevar antorchas en los misterios eleusinios. *Jenofonte*, Hel. VI, 3.2.

[70] (Pág. 33.) *Vitruv.* 7. pref. 15. Pausan. I, 18. *Dicaearjos*, fragm. ed. Müller 59. Sólo el templo de Artemis de Efesos era más espléndido.

[71] (Pág. 34.) Este venció tres olimpiadas más tarde con sus cuatro caballos padres, Fénix, Korax, Samos y Knakias, á los que mandó erigir monumentos. *Paus.* VI, 14.

[72] (Pág. 34.) De este, el más fuerte de todos los helenos, se refieren actos de fuerza increibles. Venció siete veces en Olimpia, nueve veces en Nemea, seis veces en Delfos y diez veces en el Istmo. *Diodoro* XII, 9. Sabemos de fijo que obtuvo la corona en la olimpiada 62 (*Krause*, Olimpia, p. 329), de modo que bien puede haber luchado en la 63, es decir en el año de 528 antes de J. C.

[73] (Pág. 34.) *Meyer*, Juegos olímpicos. *Schömann*, Antigüedades. Las mujeres casadas no podian asistir so pena de muerte.

[74] (Pág. 35.) Altis era el nombre del sagrado bosque de plátanos y olivos que cerrado por una muralla, se hallaba entre el rio Alfeos y el arroyo Kladeos. (Pindaro. Olimp, VIII.) De algun tiempo á esta parte los sabios alemanes están haciendo excavaciones á expensas de su gobierno en el término de la antigua Olimpia, con notabilísimos resultados. Estas excavaciones terminaron en 1880.

[75] (Pág. 35.) El teatro de las luchas.

[76] (Pág. 35.) Pausanias, VI, 14. Euseb. crón. 6. ol. 72. Epígrama de Simónides (fragm. 179; Bergk Hartung 222): «Hé aquí el retrato de Milon, tan bello como el mismo; en Pisa ha vencido seis veces sin caerse de rodillas.» Siete veces habria sido más acertado, pues aunque generalmente no se habla sino de seis victorias de Milon, sin embargo en la Anthologia, Plan. 24, se lee *heptaki*, no *hexaki*.

[77] (Pág. 35.) Las niñeras espartanas tenian fama y eran buscadas en toda la Grecia.

[78] (Pág. 35.) Los grupos de los agonistas se determinaban por la suerte despues de comprobarse la libertad y honradez de cada uno.

[79] (Pág. 36.) Las langostas son unos crustáceos sabrosos que se pescan en las costas del Mediterráneo y del Mar Rojo; tambien se encuentran á veces en el Atlántico.

[80] (Pág. 39.) Este célebre médico era oriundo de Croton de la Italia inferior, y nació á mediados del siglo VI antes de J. C. Tratado duramente por su padre, abandonó la patria y fué médico de los Pisistratidas por 10,000 pesetas y luego de Polikrates por 15,000. Trasladado más tarde á la corte persa por la fuerza, dió pruebas de su habilidad y logró evadirse mañosamente. En 510 llegó á Croton donde se casó con la hija del célebre atleta Milon.

[81] (Pág. 39.) Venció en la olimpiada 59 en el pugilato.

[82] (Pág. 39.) Segun las leyes agonísticas, el agonista cuyo adversario murió no podia pretender el premio.

[83] (Pág. 43.) Los cinco éforos de Esparta habian sido institui-

dos para reemplazar á los reyes ausentes durante la guerra mesenia. Mas tarde la nobleza se valia del eforado para oponer al poder de los reyes otro procedente de su seno. Como suprema autoridad jurídica, pedagógica y moral, supieron pronto colocarse por encima de los reyes en la mayoría de los asuntos. Todo noble mayor de 30 años tenia el derecho de pretender el eforado cada año. Arist. Polit., II y IV. Dióg. Lart., I, 68.

[84] (Pág. 44.) Los griegos solian hacerse acompañar de sus esclavos cuando iban á un convite; así, v. g., Alkibíades, segun Platon, se llevó á sus criados cuando fué á participar del simposion de Agaton.

[85] (Pág. 46.) *Becker*, Charikles, III, 67; *Pollux*, X, 67; *A. Rich* bajo *Cestulus; Overbeck*, Pompeii. 3.ª ed. p. 375. Allí mismo encuéntrase la reproduccion de un biombo hallado en Pompeya. Las camas antiguas eran de madera, bronce ó marfil; frecuentemente eran de mampostería, representando un escalon de 60 á 75 cm. de alto y de 2 á 2'5 metros de largo, con el borde anterior un poco saliente para colocar el colchon, las cubiertas etc.

[86] (Pág. 46.) Para protegerse contra la desgracia y disfrutar prosperidad constante, los antiguos griegos llevaban á menudo amuletos. Véase *Arditi, Il fascino e l' amuleto presso gli antichi.* Más aún usaban de amuletos los egipcios, no solamente los vivos, sino hasta los difuntos para apartar todo mal de las almas.

[87] (Pág. 46.) Si bien las alfombras de Sardes y de Babilon tenian una fama especial, sin embargo, Homero ya encomia las mantas de Egipto que llama *tapetes*. Odisea, IV, 124. Teócrito llama las alfombras purpúreas de Alejandría «más blandas que el sueño.» Habia alfombras egipcias preciosas, velludas de ambos lados (anfítapas.) Ateneo, V, 197.

[88] (Pág. 49.) Es indudable que Pitágoras estuvo en Egipto en el reinado de Amasis, probablemente á mediados del siglo VI (calculamos que por los años de 536). *Herodoto, II*, 81 y 123. *Diodoro, I*, 98. Jeremon en *Porfirio* de abstin., IV; *Iamblijos*, vida de Pitágoras, 35. Muchos datos sobre Pitágoras trae la «Historia de nuestra filosofía occidental» por *Roeth*, autor muy erudito, pero muchas veces demasiado atrevido en sus conjeturas.

[89] (Pág. 50.) Pitágoras fué el primer pensador helénico que no se llamó *sabio*, sino tan sólo *amante de la sabiduria* (filósofo).

[90] (Pág. 50.) Halicarnaso (hoy Bodru ó Bodrun) situada en la costa noroeste del Asia menor, era una colonia doria en territorio cario. Del famoso sepulcro del rey Mausolos (Mausoleo) que estaba allí, se han conservado ruinas que descubiertas en 1856, fueron excavadas bajo la direccion de Newton y Pullans, sacándose á luz los magníficos productos del arte griego que ahora

adornan el Museo Británico al lado de las obras plásticas del Partenon. Herodoto, oriundo de Halicarnaso, llama á Fanes hijo del mismo pueblo. *Herodoto, I,* 63 y 64. Nosotros le hemos hecho ateniense para presentarle como tipo de noble ático. Por esto nos censura tal vez con razon el sabio catedrático holandes *Vesh* en una reseña bibliográfica muy bien escrita. A no tener gran empeño en presentar actuando á un griego jonio habríamos hecho enteramente halicarnáseo á Fanes en la segunda edicion.

[91] (Pág. 51.) Tukídides, VI, 56 y 57.

[92] (Pág. 51.) Los juegos píticos celebrábanse cada cuatro años en la vecindad de Delfos, en honor de Apolon por haber dado muerte á Piton. Su fecha correspondia al año 3 de las olimpiadas.

[93] (Pág. 52.) *Herodoto*, VI, 35 y 36. *Diog. Laert.*, I, 47. Miltiades fué elegido soberano de los doloncos por haber dado hospedaje á las personas que esta tribu tracia, atacada por sus vecinos, habia enviado á Delfos.

[94] (Pág. 55.) Segun varios cuadros que se ven en los monumentos antiguos de Egipto. Las madres, segun Wilkinson, III, 363. Isis y Hator con el niño Horo en la falda ó en el pecho, se hallan representadas mil veces, áun en la época posterior y en estilo griego. Estas últimas parecen haber servido de modelos para los cuadros más antiguos de la Vírgen con el niño Jesus.

[95] (Pág. 56.) Wilkinson, III, 386. Estos bastones de la coleccion del Sr. Salt, fueron hallados en Tebas y siempre son de cerezo, lo cual seria muy raro porque hoy no se cultivan en Egipto los cerezos, ni otra especie del género *prunus*. En casi todos los monumentos, áun los más antiguos, se ven egipcios con bastones largos, y ejemplares de los mismos se conservan en muchos muscos arqueológicos.

[96] (Pág. 56.) Este amuleto representa á *Ma*, diosa de la verdad que llevaba una pluma de avestruz en la cabeza y tambien se halla representada con los ojos cerrados. Véase Wilkinson, II, 28 y VI, lám. 49. Eliano llama este amuleto una efigie de piedra zafiro (agalma safiru lizu.) Diodoro dice que estaba guarnecido de piedras preciosas. Toda la clase ú órden sacerdotal de los pteroforos llevaba la pluma de avestruz, y varias otras órdenes sacerdotales llevaban otras plumas en la cabeza. Véase el decreto de Kanopus, línea 5 del texto griego, y *Clemens Alex.* Strom., ed. Potter, p. 767 y 768 (VI, 4). Wilkinson, I, 1, Ebers Egipto, I, p. 343.

[97] (Pág. 56.) *Wilkinson,* III, lám. 3. *Rosellini,* Mon. stor, I, 79. Mon. civ., I, 121.

[98] (Pág. 57.) En muchos monumentos; así por ejemplo *Rosellini,* Mon. stor., I, lám. 81.

[99] (Pág. 57.) Casi todas las veces que se presenta el faraon, va acompañado de hombres que llevan esta clase de bastones. En la servidumbre de la corte habia muchos *flabeligeros* ó porta abanicos.

[100] (Pág. 57.) En el museo de Berlin se conserva aún semejante peluca, cuyas trenzas tienen 75 centímetros de largo. Este tocado habrá sido la consecuencia natural del precepto religioso de afeitarse la cabeza, empleando los egipcios la peluca, como aún hoy los pueblos del Oriente sus turbantes, para proteger la cabeza afeitada contra los rayos del sol y el relente de la noche.

[101] (Pág. 57.) *Wilkinson,* p. 211, lám. 16. *Ezequiel,* XXVII, 7. «Sus velas eran de seda bordada de Egipto.» *Dümichen,* Armada de una reina egipcia. Mas brillantes todavía eran los cuadros colorados. *Rosellini,* Mon. civ., lám. 107 y 108.

[102] (Pág. 57.) A los egipcios, como á los judíos, les estaba rigurosamente prohibido el consumo de la carne de cerdo. Una mencion escrita de esta prohibicion encuéntrase en una tumba de Abd-el-Qurnah y en otras. Véase tambien *Porf.* de abstin, IV. El cerdo se consideraba como animal muy impuro, perteneciendo á Set (Tifon) que habia tomado su figura, como el jabalí pertenecia á Ares; y los porquerizos eran despreciadísimos. Sólo en las fiestas de Osiris y de Eileithyia, sacrificábase ganado de cerda. *Herodoto,* II, 47. Es probable que los preceptos de limpieza de Egipto indujeron á Moises á prohibir el consumo de carne de cerdo. Si algunos egipcios ricos se jactan (véase *Brugsch,* viaje en Egipto, p. 213) de haber poseido hasta 1,500 cerdos, hay que explicarlo por el mencionado relato de Herodoto. Acerca de los sacrificios de cerdos ofrecidos á Eileithyia, nos dan noticia tambien los monumentos de *el-Kale*.

[103] (Pág. 58.) Trompetas. Véase *Wilkinson,* I, 290, lám. 13, y *Dümichen,* Armada de una reina egipcia, lám. 8 y 10.

[104] (Pág. 58.) Todas las casas distinguidas poseian sus barcas más ó menos suntuosas. En el sepulcro de Ti, de Saqqara, perteneciente á la época de las pirámides, encontramos á un inspector general de los numerosos barcos de aquel noble egipcio.

[105] (Pág. 58.) Este Bardiya es más conocido bajo el nombre de Smerdis, sin que se sepa por qué los griegos le llamaron así. En las inscripciones cuneiformes de Bisitun ó Behistan se llama Bártija, ó segun *Spiegel*: «Antiguas inscripciones cuneiformes persas,» p. 5, X, Bardiya, forma que preferimos por ser más fácil de pronunciar. Al hijo de Amasis le llamamos Psamtik segun las cartelas jeroglíficas de Karnak, de la isla de Filas, etc.,

mientras que los griegos le llamaban Psametijos, Psamenitos ó aun Psamejerites, nombre que *Unger*, Cronología de Maneton, p. 284, presume es una metátesis de Psamtik-ra.

[106] (Pág. 61.) *Curtius*, III, 3. *Jenofonte*, Cirop. VIII, 3, 7. *Ester*, I, 6, 8, 15. *Esquilo*, Persas 661, Esculturas persepolitanas en Niebuhr y otros. Por lo demas nuestra fuente es el célebre mosaico, la batalla de Isos, reproducido en crómotipia por Overbeck en su Pompeji, 3.ª ed. p. 541. Este mosaico fué hallado en la *casa del fauno* de Pompeya y se guarda ahora en el museo borbónico de Nápoles. Probablemente es obra de una pintora, Helena, hija de Timon, de Egipto. La opinion de Schneider, que se trata de una representacion de la batalla de Clastidium, es indudablemente errónea.

[107] (Pág. 61.) Con motivo de estas botas que se mencionan en muchos autores, el oráculo llamó á Kreso: «lidio de piés blandos» *(lydé podabré)*. Herodoto, I, 55.

[108] (Pág. 61.) Herodoto, I, 85.

[109] (Pág. 62.) Chabas dice en sus *Mélanges egyptológiques* que los egipcios llamaban á los judíos hebreos (apuriu), identificacion que combate E. Brugsch.

[110] (Pág. 62.) Estos datos son exactos, porque en la época de la dinastía ajemenida los persas no tenian templos, sino tan sólo aras, y abandonaban sus muertos á los perros y buitres, porque siendo el cadáver impuro habria mancillado la tierra, el fuego y el agua. Mas siendo imposible hacer desaparecer los cadáveres, construian unos dakhmas ó puntos de entierro que debian tener un pavimento cementado de cuatro pulgadas de grueso por lo menos y estar rodeados de cordones para indicar que todo el recinto se suponia colgando en el aire sin tocar la tierra pura. *Spiegel*, Avesta, II, lám. I.

[111] (Pág. 63.) Hicsos es el nombre de unos invasores de Egipto cuya procedencia es difícil de averiguar. Su existencia es atestiguada no solamente por Maneton, sino tambien por unos monumentos, pocos en número pero interesantísimos, hallados en Tanis en el Delta y que representan las facciones de soberanos extraños adictos al dios Set, aunque hechos por artistas egipcios. Ademas tenemos en el papiro Sallier I un documento que refiere los sucesos de los últimos tiempos de la dominacion extranjera. En el sepulcro del almirante Ahmes en *El Kalb* se halla una descripcion de la toma de su fortaleza Abaris por los egipcios que la asaltaron por tierra y por mar. El papiro régio de Turin conserva algunos nombres de reyes hicsos; la estela encontrada en Tanis y que contiene la era de 400 años así como un pequeño leon hallado en Bagdad etc., se refieren á la época

de los hicsos. Los últimos reyes de la dinastía 17 emprendieron la lucha contra los extranjeros, y al principio de la 18 todo el reino estuvo otra vez bajo un solo cetro. Nosotros creemos que los hicsos eran los colonizadores fenicios del Delta, unidos con unas tribus árabes y palestinas; su dominacion duró más de 400 años antes de J. C. De ninguna manera deben ser confundidos con los judíos. Compárese *Chabas, Les pasteurs en Egypte*, Amsterdam 1868, y *Brugsch, Histoire d'Egypte*, 1878. Soberanos etiópicos reinaron en Egipto tres, siendo expulsado el último, Taharka ó Tirhaka, en el año de 693. Etíope era tambien el rey sacerdotal del Egipto alto, Pianji, que tuvo que sostener rudos combates con los pequeños dinastos del Delta. El nombre *aat-u* que los egipcios daban como apodo á los invasores ha sido interpretado correctamente por Chabas en sus *Mélanges egyptologiques*, como significante azote, hombre apestado.

[112] (Pág. 63.) Herodoto, VIII, 83; Jenofonte, Cirop. VIII, 10 y Anab. VI, 4. Segun Ateneo, en el séquito de Darios, hecho prisionero por Alejandro, hubo 277 cocineros, 29 galopines, 17 toneleros, 70 guarda-bodegas, 40 perfumistas y 66 guirnalderos.

[113] (Pág. 64.) En las obras de Rosellini y Lepsius, se encuentra el retrato de Amasis jóven, y las facciones hacen presumir que Herodoto ha caracterizado correctamente á este príncipe.

[114] (Pág. 64.) Bias, filósofo jonio, florecia por los años de 560 antes de J. C., y era célebre por sus sabias sentencias y máximas. Despues de su muerte que acaeció en una sesion pública del tribunal ante el que defendia á un amigo, sus paisanos le erigieron un santuario. Diog. Laert. I, 88.

[115] (Pág. 66.) Estos eran realmente los títulos de Amasis. *Rosellini*, Monumenti del Egipto, II, 149. Los demas faraones tenian calificativos parecidos y fueron venerados como dioses, segun demuestran miles de inscripciones jeroglíficas, como tambien la de Roseta y el decreto de Canopo. — Perteneciente á la dinastía 26 se encuentra varias veces el título *Nebpehti*, señor de la gloria de guerra.

[116] (Pág. 67.) Segun Herodoto, II, 72 y sig. y Diodoro, I, 95.

[117] (Pág. 68.) Rá, con el artículo masculino Phra, debe considerarse como centro del culto del sol de los egipcios, el cual á nuestro entender forma la base de su religion. Su principal punto de adoracion era Heliópolis, en egipcio *An*, en hebreo *On*. En los monumentos solian representarle con color encarnado. Su animal sagrado era el gavilan. En el libro de los muertos desempeña el papel más importante. A él dirigíanse especialmente los

himnos y las oraciones. Sus sacerdotes enseñaron á Platon, Eudoxo y probablemente á Pitágoras. A él se le consagraban los obeliscos que al mismo tiempo eran columnas conmemorativas en las que los reyes perpetuaban sus nombres y títulos de gloria. Plinio dice que representaban los rayos del sol. Rá como dios de la luz dirigió toda la creacion visible, mientras que Osiris gobernaba el mundo espiritual. Rá es la manifestacion terrenal de Osiris; Osiris es el *alma de Rá;* como Rá pasa por este mundo visible cambiando de nombre y forma de existencia cada noche al entrar en su propio reino, del que sale por la mañana otra vez rejuvenecido como Horos-Rá. Véase *Lepsius*, los textos más antiguos del libro de los muertos. El mito de Osiris, Isis y Horo, da á estas ideas una forma alegórica-dramática. El fénix, en egipcio *benu*, pertenecia al culto de Rá, saliendo cada 500 años de la tierra de las palmeras (el Este de Fenicia) para quemarse en el templo de Heliópolis y resucitar de sus cenizas más hermoso que antes; significaba un período de cinco siglos que seis veces repetido fijaba el tiempo de que necesitaba el alma para salir purificada de sus migraciones. *Lepsius*, Cronologia, p. 180 y sig.

[118] (Pág. 68.) Heródoto II, 177. Diodoro I, 95.

[119] (Pág. 69.) Diodoro I, 70.

[120] (Pág. 70.) Esta conocidísima costumbre de los antiguos egipcios es confirmada por los monumentos y sepulcros en los que se han encontrado, aunque borrados con intencion, los nombres de los fundadores de la costumbre. No nos parece motivada la duda, de si los griegos no han convertido en juicio de muertos sobre la tierra el juicio de las almas en el otro mundo.

[121] (Pág. 71.) Toda alma humana era considerada como parte del alma universal, Osiris, con la cual volvia á unirse despues de la muerte del cuerpo. El cielo y la tierra y el abismo, hé aquí los tres grandes reinos del Kosmos egipcio. En el enorme Océano que circuye la bóveda celestial, el sol viaja en una lancha tirada de planetas y estrellas; allí giran en sus barcos las grandes constelaciones; allí está el reino de los dioses beatos que en eterna beatitud residen entre las estrellas por encima del Océano celeste. Se llega al gran rio por el Oriente donde cada mañana el dios del sol como recien nacido sale del líquido. Los hombres que habitan la superficie de la tierra participan de los tres grandes reinos kósmicos, recibiendo el alma de lo alto del cielo de donde mana la luz y el cuerpo, la materia, de la tierra el teatro de su vida, mientras que la figura, la forma extensa, por medio de la cual un hombre se distingue por su aspecto del otro, la sombra pertenece á los infiernos. Con la muerte del hombre,

el alma, el cuerpo y la sombra se separan una de otra; el alma para regresar á su punto de partida, el cielo, formando parte del Osiris; el cuerpo para convertirse en tierra de la que está formado á imágen de su Criador; la sombra para bajar á los infiernos, el reino de las sombras, cuya puerta estaba en el Occidente en la mañana del crepúsculo, allí donde el sol se pone cada dia, donde muere. De ahí las relaciones mútuas de alternativa entre salir y ponerse, venir é irse, nacer y morir... La conservacion esmerada del cuerpo despues de la muerte, tanto contra la destruccion interna ó sea descomposicion, como contra las influencias externas, era una condicion capital (instituida tal vez por los sacerdotes por consideraciones de higiene pública) para la pronta salvacion del alma y su futura union con el orígen de la luz y de lo bueno. Durante un largo ciclo de años solares, el alma quedaba aún enlazada con el cuerpo, que sin embargo podia abandonar temporalmente para presentarse visiblemente á los hombres en formas diferentes segun las horas y prescritas exactamente en palabras y dibujos. Véase *Brugsch*, El mundo sepulcral egipcio, p. 6.

[122] (Pág. 73.) Herodoto, II, 84. Bœrner, Antiquitates medicinæ ægyptiacæ, p. 20 y las historias de la medicina por Sprengel, Hirsch, Häser, etc. Sobre todo esto arroja una nueva luz el gran papiro médico adquirido por nosotros en Tébas. En esta obra llamada por Clemente de Alejandría el libro hermético de los medicamentos se proponen remedios contra las enfermedades más diversas. Es un conjunto de monografías escritas por varios autores, habiéndose conservado los nombres de algunos, á pesar de lo cual el libro se atribuia al otro Tot (Hermes). Demuestra que los médicos egipcios disponian ya de un gran número de remedios, que sabian observar, que no ignoraban las medidas profilácticas, y que, aunque especialistas, conocian todos los ramos del arte de curar, puesto que el papiro Ebers ostenta notas marginales y correcciones de la misma mano en todas sus partes que tratan de enfermedades muy distintas.

[123] (Pág. 73.) Las columnas egipcias remedaban las formas de las plantas. Dábase á los capiteles la forma de capullos de papiro, de flores ó de cápsulas seminales de loto, cuando no se preferia ornarlos con pelucas ó caretas de dioses. No son raros los fustes que representan un haz de cañas de papiro. Acerca de la relacion de las columnas antiguas egipcias y dóricas, véase el trabajo de Lepsius, *Sur l'ordre des colonnes piliers*, etc., y otro más moderno sobre algunas formas del arte egipcio, Champollion, *Lettres écr. d'Egypte et de Nubie*, p. 74.

[124] (Pág. 73.) Herodoto, II, 175.

[125] (Pág. 77.) La descripcion de toda esta sociedad es tomada de los cuadros murales reproducidos por Wilkinson, Rosellini, Lepsius, etc., cuyos originales se hallan en las capillas de los sepulcros, ó sea las primeras salas de las tumbas de los egipcios ricos escavadas en la roca. En estas capillas reuníanse los deudos de los difuntos para celebrar funerales y aniversarios, y los cuadros murales recordaban la vida, los honores, las aficiones, etc., de los difuntos. Los más notables de estos cuadros se hallan en Kom el ajmar cerca de Minieh, El Kab, y Abd el Gurnah que pertenece á la necrópolis de Tebas.

[126] (Pág. 77.) Esta costumbre reina todavía en el Oriente, empleándose para el objeto la planta henna *(Lauronia spinosa)*. El gobierno de Egipto ha prohibido teñirse, pero esta vieja costumbre tardará mucho en desarraigarse. Tambien se estila aún hoy el afeite de los bordes de los párpados. El antimonio arábigo se menciona muchas veces en el papiro Ebers, y en los monumentos de la época de los faraones bajo el nombre de *mestem*.

[127] (Pág. 77.) Herodoto, II, 181. Segun la cartela regia de la segunda esposa de Amasis (Lepsius, libro de los reyes, II, lám. 49), esta se llamaba Sebaste, nombre que lo mismo puede ser egipcio que griego, significando en el primer caso *hija de Bast* y en el segundo *augusta*, demostrando que efectivamente la segunda esposa de Amasis fué helena.

[128] (Pág. 77.) En el tocado de todo rey y reina de Egipto, se veian las serpientes ureas (con cola), símbolo de la soberanía. En el museo de Leiden se guarda un tocado de reina, de plata, con las cabezas de serpientes. Reproducciones en las obras de Lepsius, Champolion, Rosellini, Wilkinson y otros.

[129] (Pág. 78.) Lepsius, libro de los reyes, II, lám. 38. Amasis parece haber tenido por primera esposa á Aujnas, viuda de Psamtik II, á la que tomaria probablemente por razones políticas, puesto que ya era vieja.

[130] (Pág. 78.) Las egipcias no tenian fama de bellas en la antigüedad; sin embargo en los monumentos se ven caras muy lindas de reinas y princesas. Muestras preciosas de bellas caras egipcias, se han encontrado en las excavaciones de Saqqara, y se hallan reproducidas en el Serapeum de Mariette. Denon dice de los antiguos retratos de mujeres egipcias: «El de las mujeres se parece aún al rostro de las mujeres lindas de hoy; redondez, voluptuosidad, nariz pequeña, ojos grandes poco abiertos; el carácter de la cabeza de las más era de bello estilo.» El general Heilbronner, en su *Viaje*, se expresa aun más favorablemente sobre las cabezas de las mujeres egipcias. Realmente, á pesar de la opinion contraria de Hartmann, no cabe duda de que los

egipcios son un pueblo de la raza caucásica emigrado de Asia. Eurípides habla del Nilo, cuyas orillas están habitadas por niñas hermosas. Tambien es cierto que hubo egipcias rubias. Maneton llama á la reina Nitakris *rubia de color*, y entre los retratos publicados por Rosellini (Mon. stor. lám XIX) hay el de una princesa rubia llamada Ranofre, hija de Tutmes III, segun Lepsius. Casi todas las mujeres retratadas en los monumentos tienen la tez clara, amarillenta, hasta en los monumentos más antiguos, entre las cuales podemos contar en primera línea la mastaba de Meidun en la que las esposas de los parientes de Snefru, primer rey de la dinastía IV, presentan la tez muy clara. Las coptas, que pueden considerarse como las descendientes directas de las antiguas egipcias, son á veces bellísimas.

[131] (Pág. 79.) Wilkinson reproduce una bailarina que se acompaña ella misma con la guitarra, arpistas, tamborileras, hombres que tocan la flauta doble, una compañía de bailarinas y músicos, juglares, etc. En los museos se conservan muchos instrumentos músicos. Las bailarinas que cantaban al mismo tiempo, pueden compararse con las modernas gavasi que por sus bellas formas, su canto y su baile animan los convites de los cairenos y demas ribereños del Nilo. Antiguamente se llamaban ajennu y parecen haber formado parte de la servidumbre de los grandes señores. En las familias distinguidas, habia cantantes domésticos, como el representado en la tumba de Abd el Gurnah perteneciente á Neferhotep, que vivió bajo la dinastía 18. Al lado del cantante se lee su cancion en la que abundan lindos fragmentos.

[132] (Pág. 79.) En los monumentos se ven figuras de borrachos, hombres y mujeres. Un borracho es llevado á casa sobre la cabeza de sus criados como una tabla. Wilkinson, II, 168. Otro está de cabeza. Ibd. 169. Varias señoras están á punto de arrojar la bebida. Ibid. 167. En la gran fiesta de Teju que se celebraba en Dendera, la borrachera parece haber sido obligatoria, como en las fiestas de Dioniso bajo los Ptolemeos, uno de los cuales conmina de muerte al que no se emborrache. Por lo demas, los egipcios consideraban tambien la embriaguez como un estado indigno y punible. En el papiro Anastasi IV, se dice de un borracho: «Eres como un santuario sin Dios, como una casa sin pan,» y luego «que es necesario evitar el hek (la cerveza).» Un gran número de pasajes de los papiros se dirigen contra los gastrónomos y los bebedores.

[133] (Pág. 79.) Preciosos sillones regios, dorados y tapizados de muchos colores, se hallan representados en las paredes de las tumbas y los templos. Véanse las obras de Lepsius, Wilkinson y Rosellini.

[134] (Pág. 79.) Herodoto, II, 78; Petronio, Satiricon, c. 34; Nicol. Dam. orat. I; Wilkinson II, 410, reproducen algunas de estas momias que se han conservado en gran número. Luciano vió como pasaron de mano en mano en un convite. Parece que los griegos de Alejandría adoptaron esta costumbre embelleciéndola, porque en lugar de una momia pasaban un genio alado de la muerte. No son raras las sentencias como estas: «Deja atras todos los pesares, piensa en los goces hasta que llegue el dia del viaje que conduce al reino donde gusta el silencio.» Así se lee en la tumba de Neferhotep en Abd el Gurnah.

[135] (Pág. 81.) Especialmente el Demavend. Véase la ascension del mismo en Brugsch, Viaje á Persia, I, p. 284.

[136] (Pág. 82.) Herodoto, I, 52, 54, 69, 70. Jenofonte, VI, 25.

[137] (Pág. 83.) Zópiros supo más tarde realizar esta afirmacion al parecer hiperbólica.

[138] (Pág. 86.) Esta division del dia de un rey de Egipto, que refiere Diodoro, I, 70, es confirmada en general por los monumentos.

[139] (Pág. 86.) Herodoto, II, 173.

[140] (Pág. 86.) Nómarjos es el nombre griego del gobernador de una provincia ó *nomos* que originalmente habrá significado distrito pastoral. El nombre egipcio de provincia era *p-tash* ó *hesp*. Gracias á los trabajos de Harris, Brugsch, Parthey, Dümichen y Jaime de Rougé, conocemos perfectamente la division del reino faraónico. Todo el país estaba dividido en 56 provincias, 26 del Egipto alto y 24 del bajo, subdividiéndose cada una en tres partidos. Los lindes de las provincias eran trazados matemáticamente, sin hacer caso de los accidentes del terreno. Bajo los gobernadores que solian residir en la capital que daba el nombre á la provincia, estaban los subgobernadores (tóparjos) de los partidos que á su vez se dividian en distritos ó campiñas. Estrabon, 787.

[141] (Pág. 86.) La naturaleza especial del Nilo hacia necesarias las regularizaciones del cauce. Los faraones tenian á honra el cuidar de ellas. Herodoto refiere que Menes encauzó el brazo occidental del Nilo cerca de Menfis. Tampoco es dudoso que el lago de Moeris ha sido cavado para regularizar las inundaciones.

[142] (Pág. 88.) Herodoto, I, 138; Jenofonte, Cirop. VIII, 8, 7. Avesta (Spiegel), Fargard, IV.

[143] (Pág. 89.) Ramses el Grande, hijo de Sethos, llamado Sesostris por los griegos, reinó de 1394-1328 antes de J. C. Bajo este rey, el poderío de Egipto tuvo su mayor desarrollo; segun Diodoro, I, 53-58, el ejército con el cual sujetó á muchos pueblos de Asia y Africa, constaba de 800,000 infantes, 24,000 ji-

netes, 27,000 combatientes á carro y 400 buques de guerra; como trofeo hizo grabar su nombre y efigie en las rocas de los países subyugados. Herodoto vió dos de estas efigies (II, 102-106) y aún hoy pueden verse dos cerca de Beirut, el antiguo *Beroe* ó *Berytos*. Reproducciones de las mismas se hallan en las obras de Guys y Wyse, y en Lepsius. A causa de estos retratos, los monumentos egipcios le llaman «el que tiene cogido el mundo por medio de monumentos.» Tácito, Anales II, 60, dice que los inmensos tributos que afluian á Egipto, hacian posible la construccion de edificios maravillosos desde Nubia á Tanis, especialmente, empero, en la capital y villa coronada Tebas. Uno de los obeliscos que erigió en Tebas, está hoy en la *Place de la Concorde* de Paris; la inscripcion fué traducida por Chabas. En las paredes conservadas de los palacios y templos construidos por aquel poderoso rey, encontramos aun hoy mil cuadros que le representan á él, á sus ejércitos, á los muchos pueblos que sometió y á los dioses á quienes creia deber sus victorias. Un respeto especial parece haber tributado á Amon y á Bast. Por otra parte, vemos por las inscripciones que los celestiales no se cansaban nunca en cumplir todos los deseos de su favorito. Sus combates contra los jetas se hallan descritos poéticamente en largas hileras de jeroglíficos en la pared meridional de la inmensa sala de las columnas de Karnak, en Lucsor y en el papiro Sellier. La misma epopeya referente á sus hazañas se halla en seis diferentes lugares. El interesantísimo tratado de paz que concluyó con los jetas se ha conservado y Chabas lo ha traducido completamente. Su retrato con la nariz aguileña que le presenta con ánimo emprendedor, debe llamarse sumamente característico. La más hermosa de sus estátuas-retratos se conserva en el museo egipcio de Turin. Como los monumentos de Abidos nos dan á conocer su juventud, así hay otros que nos permiten seguir toda su vida hasta la muerte, informándonos acerca de cada miembro de su familia. Bajo el reinado de su padre Seti, el arte egipcio alcanzó su mayor florecimiento.

[144] (Pág. 89.) El judío Josefo narra que Ramses venció tambien á los medos. Esto no seria inverosímil si pudiésemos tomar por Ecbátana Bajtan, de la que un faraon de la dinastía 30 saca tributos. Contra esta etimología hay muchas objeciones. Ecbátana significa *caballeriza*. Lo cierto, empero, es, que Bajtan estaba situada en Asia.

[145] (Pág. 90.) Herodoto, II, 177. Parece exagerada esta noticia, puesto que, segun Diodoro, Egipto no tenia más de 7 millones de habitantes en la época de los Ptolemeos (Diodoro, I, 31. Josefo da 7.500,000 almas. El número de Teócrito no es más que

un juego mnemotécnico con el número 3. Lane, en su *Account of the manners and customs of the modern Egyptians*, calcula que este país puede alimentar á 8 millones de habitantes. *Champollion le jeune* supone de 6 á 7 millones. Segun Stephan, *El Egipto de hoy*, 1872. Egipto tenia en 1866 solamente 4.848,629 habitantes.

146 (Pág. 90.) Los antiguos egipcios eran muy entendidos en el arte de fortificar. Los cuadros de los monumentos presentan fortalezas con muros y almenas. En nuestras obras sobre Egipto hemos intentado probar que el nordeste del país, desde Pelusium hasta el Mar Rojo, estaba fortificado contra las invasiones de los asiáticos por una hilera de fortificaciones.

147 (Pág. 92.) Tifon, en egipcio Set, dios del mal, ha experimentado una transformacion curiosa en la conciencia religiosa de los egipcios, puesto que en los tiempos más antiguos se presenta menos terminantemente como deidad funesta. Mariette ha demostrado que su culto data de la dinastía 5, pero sólo durante la dominacion de los hicsos que le veneraban exclusivamente, parece haber tomado para los egipcios el carácter de deidad infausta. Anteriormente el principio malvado se personificaba en la serpiente Apep. Set era dios de la guerra y del extranjero. Cuando se vencia á los extranjeros, se veneraba á su dios; cuando ellos triunfaban su dios quedaba postergado. Ramses gustaba de llamarse su adorador; los reyes posteriores borraron su nombre doquiera lo hallaban. Acabó por ser aborrecido como principio de destruccion. Segun Plutarco, rige todo lo apasionado, desordenado, inconstante, falso y necio que se observa en la mente humana. En un papiro le llaman *omnipotente, destructor y asolador*. En su carácter, reflejábanse, pues, tambien las fuerzas destructivas de la naturaleza, perteneciéndole todas las plantas y bestias nocivas, así como el mar inhospitalario, móvil, estéril. El terco asno, el torpe hipopótamo, el voraz cocodrilo y el feroz jabalí son sus animales favoritos. Su color era el rojo, y por esto dicen que antiguamente le sacrificaban á los hombres de pelo rojo á los que llamaban tifónicos. Diodoro I, 88. Lo mismo refiere Plutarco, y en el papiro Ebers las cosas malas y dañinas se llaman simplemente *rojas*. Los sacrificios humanos cesaron en una época muy temprana, mas aún mucho tiempo despues los egipcios de pelo rojo se veian atropellados y despreciados. Las imágenes de Set le presentan en figura de un animal semejante al galgo, con las orejas puntiagudas y el rabo hendido, ó bien con setas en las espaldas y la cabeza de un crocodilo, asno ó hipopótamo. Set-Tifon interviene tambien en el mito de Isis y Osiris.

[148] (Pág. 92.) Los astrólogos egipcios tenian fama. Herodoto, II. 82, dice que los egipcios inventaron la astrología, y Aristóteles afirma que fueron los primeros astrónomos. Cada hora tenia sus planetas presagiando los unos dicha, los otros desgracia, y para los horóscopos importaba tambien la posicion mutua de los astros. Amon (Júpiter) era siempre fausto, Seb (Saturno) siempre siniestro, Tot (Mercurio) ambiguo. Hasta en los diferentes miembros del cuerpo influian diferentes astros. *Firmicus Maternus* (IV, 16) cita los nombres de dos astrólogos egipcios célebres, Petosiris y Nejepso. En los monumentos abundan las representaciones astronómicas, y los calendarios que se han conservado hasta nuestros dias confirman lo que los autores clásicos refieren de la astronomía de los egipcios.

[149] (Pág. 99.) Los templos egipcios están construidos de modo que haciéndose los espacios cada vez más bajos, la devocion y la seriedad de los fieles se han de concentrar cada vez más. Todos los caminos están señalados, no hay lugar á diversion, no es posible extraviarse. Entre las hileras de los animales sagrados, entre los portales caminamos respetuosos. Ancho y poderoso preséntase allí el portal, un anchuroso patio recibe al devoto; las paredes laterales se acercan, los patios se rebajan, el suelo sube, todo tiende hácia un punto objetivo. Así seguimos caminando sustraidos ya á la distraccion del cielo libre, estrechados por la gravedad del edificio, por lo sagrado de las efigies. Así las paredes consagradas nos rodean cada vez más de cerca hasta que finalmente sólo el pié del sacerdote pisa el solitario y sonoro aposento del dios mismo. Schnaase, Historia del arte, I. 394.

[150] (Pág. 99.) Este lago que hemos visto con nuestros propios ojos, existe aún hoy cerca de las ruinas de Sais, *Sa el hagr*. Casi todos los templos tenian lagos dedicados á la deidad respectiva.

[151] (Pág. 100.) Sólo muy recientemente los monumentos han arrojado plena luz sobre la significacion del disco solar alado. En los textos de Edfu, publicados por Naville y traducidos por Brugsch, se nos dice que Hor-Hut, en forma de un disco solar alado, aplastó al malvado y sus compañeros, y que en recuerdo de sus victorias el disco alado guarnecido de serpientes ureas debia colocarse sobre las entradas de todos los templos y santuarios de Egipto, de modo que este símbolo hace presente á los fieles la victoria final del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, de la fecundidad sobre la sequía, de la vida sobre la muerte.

[152] (Pág. 103.) Mandamiento egipcio que como el correspondiente hebreo contiene una promesa. Está en el papiro Prisse, el más antiguo de los documentos hieráticos conservados.

[153] (Pág. 106.) Isis, esposa ó hermana de Osiris, es la naturaleza en la que Dios se manifiesta y revela. Más pormenores se darán en el tomo II.

[154] (Pág. 106.) No solamente á los simples egipcios, sino hasta á los faraones les vemos representados jugando á damas ú otro juego parecido. El rey Ramses jugando con su hija en Rosellini, dos egipcios en Wilkinson. Un tablero especialmente hermoso se halla en la coleccion egipcia del Louvre de Paris y otro en el museo de Bulaq.

[155] (Pág. 106.) Véanse las obras de Minutoli y Rosellini, Wilkinson y otros. En el museo de Leiden y otros se conservan pelotas halladas en las tumbas.

[156] (Pág. 107.) Segun Diodoro, I, 29, las reinas egipcias tenian más autoridad que los reyes, y los monumentos prueban que las mujeres podian ejercer la soberanía y heredarla para entregarla al que se casase con la heredera. Tenian sus propias rentas, y despues de muertas y recibidas entre las diosas, sus propias sacerdotisas. En los templos de los Ptolemeos, muchas monedas llevaban la efigie de reinas y muchas ciudades se apellidaban con sus nombres. Obsérvese que los hijos al hablar de su procedencia mencionan más veces su madre que su padre, que las mujeres casadas recibian el nombre de *señoras* y de *dueñas de la casa*, que tenian libre disposicion de los bienes muebles é inmuebles aportados por ellas, en fin, que el sexo débil gozaba de los mismos derechos que el sexo fuerte. Muchos pretendientes trataban de casarse con una princesa de una dinastía legítima. En la ausencia del rey, la regencia pertenece á su esposa. Diodoro, I, 17.

[157] (Pág. 109.) Simónides de Amorgos, poeta iámbico que vivió por los años de 680, se deleitaba en hacer versos picantes contra las mujeres. Las divide en diferentes clases y las compara con malos bichos. Sólo la mujer comparable con la abeja es buena y puede hacer feliz á su marido. Compuso tambien la conocida fábula de Pandora. Mas tampoco faltaron egipcios que censuraran las malas mujeres, comparándolas con las fieras (hienas, leones, panteras). De una mujer viciosa se dice: (*Chabas, Papyrus magique Harris*, p. 135) que es una coleccion de todas las maldades y un saco de intrigas. Fokilides de Mileto, hombre brusco é incisivo, pero observador exacto, imitó á Simónides. Menos recatado aún era el contrahecho y perdido Hiponax de Éfeso (550). «En sus coliambos se refleja su fealdad en todas sus formas.» Los fragmentos de estos poetas se hallan en las ediciones de Welcker, Schneidewin y Bergk.

[158] (Pág. 110.) Segun la excelente version de F. G. Richter.

[159] (Pág. 110.) Acerca de este apodo que Daríos recibió más tarde, véase el final del tomo II.

[160] (Pág. 110.) Auramazda, llámase en las inscripciones cuneiformes el dios supremo y puro de los persas, conocido bajo la forma de Ormuzd, mientras que su antagonista, el principio malo vulgarmente llamado Arimanes, tiene el nombre de Angramaiñus. En el Zend-Avesta se escribe Ahura-Mazda.

[161] (Pág. 110.) Dicen que Nabucodonosor ó Nebukadnezar hizo construir esta obra gigantesca para su esposa Amitis. Véase la nota 237.

[162] (Pág. 111.) Dicen que con semejantes helenos criados en Egipto, Psamtik I formó una casta nueva, la de los intérpretes. Herodoto, II, 154. Este autor tendria por guia á uno de esos «dragomanes» (ó trujamanes).

[163] (Pág. 111.) Wilkinson, II, p. 102. 95, 1.

[164] (Pág. 112.) Wilkinson, II, p. 119 y 121. Herodoto, II, 95. Aún hoy encuéntranse tales torrecillas.

[165] (Pág. 112.) Segun parecen indicar las ruinas de Alabastron y Menfis, las calles egipcias eran empedradas, por lo menos las que conducian á los templos.

[166] (Pág. 112.) Lepsius y antes de él los sabios de la expedicion francesa, vieron los montones de escombros que indican el sitio de la acrópolis de Sais; nosotros mismos hemos subido allí en 1873.

[167] (Pág. 113.) En el antiguo Egipto como en el moderno, los artesanos trabajaban al aire libre ó en talleres abiertos.

[168] (Pág. 113.) Muchos pasajes de la Biblia (Salmos, 58, 48, Jerem. VII, 17) y de los autores profanos (Eliano, hist. anim. XVII, 5) prueban que los encantadores y domadores de sierpes, no escaseaban en Egipto, como aún hoy abundan. Lane cuenta sólo en el Cairo unos 300. Hemos escogido para patronos del mágico á las deidades Junsu y Hekt porque la imágen del primero servia para exorcizar y la segunda era la diosa de la mágia.

[169] (Pág. 115.) Diodoro, I, 77.

[170] (Pág. 116.) El juramento por Mitra, el dios del sol, era especialmente sagrado entre los persas.

[171] (Pág. 117.) Ajemenides (Aquemenios) llamábanse los descendientes, reyes y príncipes, de Ajémenes, ó segun las inscripciones cuneiformes «Hajámanis.»

[172] (Pág. 117.) Herodoto, I, 88.

[173] (Pág. 118.) Los griegos determinaban la mañana por la frecuentacion del mercado, diciendo: *cuando se llena el mercado, cuando el mercado está lleno, cuando el mercado se vacia.* No

es posible ahora fijar las horas correspondientes, pero es probable que el mercado ó la plaza estaba llena de 10 á 1.

[174] (Pág. 119.) Se sabe de cierto que antes de la conquista persa y por consiguiente en esta parte de nuestra narracion, los egipcios no acuñaban monedas, sino que pesaban los metales preciosos dándoles la forma de aros ó anillos que aún en la época de los Ptolemeos que acuñaban mucha moneda, tenian curso. En unas balanzas reproducidas por Wilkinson, se pesan anillos de oro con un peso en forma de animal. Conocemos el valor de varios pesos egipcios.

[175] (Pág. 122.) Este número y lo que sigue está tomado de Diodoro, I, 98. Platon cuenta que una ley obligaba á los egipcios de su época á dar á sus imágenes el mismo grado de belleza ó fealdad que mil ó más años atras. Esto lo confirman los monumentos, si bien cada época poseia su estilo particular perceptible para el inteligente. En la antigüedad las formas eran más comprimidas; bajo Seti I, la belleza de las proporciones llega á su punto culminante; desde la dinastía 20 el estilo se pervierte, en la 26 bajo los Psamtikides el arte reflorece sin llegar á recuperar la antigua pureza de las formas á pesar del gran esmero en los detalles.

[176] (Pág. 123.) Estas estátuas de madera representaban al rey mismo. Herodoto, II, 182. Las estátuas retratos se han conservado en número regular. Atestigua el desarrollo de la escultura egipcia en la época de las pirámides la estátua de Jefren, trabajada precisamente en material muy duro, que en la exposicion de Paris de 1867 llamó la atencion de todos los admiradores del arte y se conserva hoy en el museo de Bulaq, donde está tambien la estátua de madera llamada del alcalde pedáneo, hallada en Saqqara y perteneciente á la época de las pirámides cuya delicadeza de trabajo y realismo de las formas es insuperable.

[177] (Pág. 124.) La noble familia ática de los alkmeonidas huyendo de Atenas por temor á Pisistratos, habia emprendido la construccion de un templo nuevo en Delfos cuyos habitantes debian contribuir en la cuarta parte de los gastos, por cuyo motivo hicieron colectas tambien en Egipto, recaudando una suma considerable segun Herodoto. I, 180.

[178] (Pág. 124.) Herodoto, I, 53; Jenofonte, Cirop. VII, 2.

[179] (Pág. 125.) Este oráculo fué dado á Giges que se habia apoderado del trono lidio asesinando al rey Kandaules. Herodoto, I, 8 y sig.

[180] (Pág. 126.) El talento ático valia segun Böckh unas 6.000 pesetas, la mina (mna) 100 pesetas, la dracma (drajmé) 1 peseta y el óbolo medio real.

[181] (Pág. 126.) Agariste llamábase la rica heredera de Klistenes de Likion, que se casó con el alkmeonida Megakles. Herod. VI, 126-130; Diod. VII, 19.

[182] (Pág. 126.) Herodoto, VI, 125.

[183] (Pág. 127.) Herodoto, II 180.

[184] (Pág. 127.) El pasaje de Herodoto puede entenderse en el sentido de que todos los griegos de Náukratis dieran juntos 20 minas ó sea 2.000 pesetas. Siendo esto poco para una ciudad tan importante y mucho (segun Valle) para cada individuo, presumimos que Herodoto habla de las diferentes comunidades ó parroquias de Náukratis.

«Y no fué ciertamente del Egipto de donde menos alcanzaron, habiéndoles dado Amasis 1.000 talentos de alumbre y 20 minas los griegos allí establecidos.» Trad. del P. Bart. Pou public. 1878 en la *Biblioteca clásica*.

[185] (Pág. 128.) Rodopis envió semejante regalo á Delfos segun Herodoto, II, 35.

[186] (Pág. 128.) Los dentistas de Egipto deben de haber sido muy hábiles, pues en las mandíbulas de las momias se han encontrado dientes artificiales. En el papiro Ebers hay recetas contra varias afecciones dentarias.

[187] (Pág. 128.) Ateneo, XII, 20; Plut. sept. sap. p. 147.

[188] (Pág. 129.) *Ne ton kina*. Juramento de Radamanto para evitar los nombres de los dioses.

[189] (Pág. 130.) El agua del Nilo, como podemos afirmar por experiencia propia, tiene muy buen sabor. Un viajero la califica de champagne de las aguas. Las damas del harem del gran sultan se hacen enviar el agua del Nilo á Constantinopla, y los árabes dicen que si Mahoma hubiese catado el agua del Nilo, habria deseado vivir eternamente.

[190] (Pág. 135.) Segun algunos versos de Teognis de Mégara, quien murió en 480 antes de J. C.

[191] (Pág. 138.) Propia traduccion de un pegnion anacreóntico de cuya autenticidad se ha dudado sin motivo, á nuestro entender.

[192] (Pág. 143.) En el museo de Leiden se guarda un títere bien conservado.

[193] (Pág. 143.) Perros falderos de Sicilia tenian fama en la antigüedad, pareciendo que los primeros en criarlos fueron los lujosos sibaritas.

[194] (Pág. 143.) Así llamábase tambien el perro fiel de Ulises.

[195] (Pág. 144.) Aún hoy los persas contraen amistades solemnes, sobre todo en la fiesta llamada de la sucesion. «Dos persas que quieran contraer amistad para toda la vida, se presentan

ante el molá, manifiestan su intencion y se hacen consagrar solemnemente como *brader ha* ó sea hermanos.» Brugsch, Viaje á Egipto.

[196] (Pág. 145.) Herodoto, I, 131 y 132, así como muchas otras fuentes, nos informan que los persas de la época de los ajemenidas no poseian templos ni imágenes de dioses. El principio bueno y el principio malo, Auramazda y Angramaiñus, eran séres invisibles que con su numeroso séquito de espíritus buenos y malos llenaban toda la naturaleza. El tiempo eterno creó el fuego y el agua. De esto resultó Auramazda, el genio bueno, brillante y puro. Despues de crear en 12.000 años el cielo, el paraíso y las estrellas, vió al espíritu malo, Angramaiñus, que era negro, impuro, hediondo y malvado. Auramazda resolvió aniquilar á Angramaiñus, empezando una gran lucha en la que sucumbió el malvado para yacer postrado é impotente y atónito durante 3000 años. Durante este período Auramazda creó el cielo, el agua, la tierra, los vegetales buenos, el toro y la primera pareja de hombres, todo en un año. Despues de esto se levantó otra vez Arimanes y fué vencido de nuevo, pero no muerto, porque despues de la muerte los elementos, el fuego, el agua, el aire y la tierra, de que se compone todo lo viviente, se unen con los elementos primitivos y el dia de la resurreccion lo separado se junta de nuevo. Nada vuelve á la no existencia; todo se junta solamente con sus partes elementales. Para poder matar á Arimanes, su impureza habria debido trasformarse en pureza, sus tinieblas en luz. Así el malvado siguió viviendo para crear cosas malas é impuras, siempre que el genio bueno creaba algo bueno y puro. Esta lucha continuará hasta el dia del juicio. Entonces Arimanes será puro y santo porque los dives ó daevas (genios malos) han ido absorbiendo todo lo malo, desapareciendo ellos mismos antes del dia del juicio. Con el castigo de cada hombre despues de su muerte, los dives que habitaban en él como partes de Arimanes, son aniquilados.

[197] (Pág. 145). Aún hoy existen en las montañas las aras de los parsis que pueden usar siempre que se hallen cerca del fuego y del agua. Tambien Herodoto, I, 132, dice que los persas hacian sus sacrificios al aire libre.

[198] (Pág. 146.) Los reyes solian recompensar con semejantes regalos las acciones nobles de sus súbditos. Herodoto, III, 130, VIII, 118; Plutarco, Artajerjes, 10, 14; Jenofonte, Anal. I, 2, Cyrop. VIII, 3.

[199] (Pág. 150.) Más datos sobre los reyes de Persia contendrán los capítulos siguientes.

[200] (Pág. 152.) Parece que en Egipto habia comadronas para

la asistencia de las parturientas; el Éxodo (I, 15) menciona á dos, Sifra y Pua. A las reinas les asistian en el parto unas diosas buenas hadas, las hatoras.

[201] (Pág. 153.) Un terrible castigo comun para los facinerosos. Véase el tomo II.

[202] (Pág. 154.) Los anillos-sellos se llevaban en Egipto en una época muy remota. En el libro I de Moises, 41 y 42, el faraon entrega su anillo á José. En todos los museos egipcios se hallan muchos de estos anillos de los que algunos tienen más de 4,000 años. Wilkinson, III, p. 374, reproduce una série de sellos. Lepsius trae el dibujo del sello hallado por Ferlini, que procedente de Nubia se guarda en Berlin. Muchas de las momias llevaban sellos en los dedos; nosotros poseemos varios de esta procedencia.

[203] (Pág. 154.) Los reyes y grandes egipcios parece fueron muy aficionados á la caza. Ademas de varias razas de perros, adiestrábanse tambien para la caza las fieras, como la pantera y el leon. Una caza de leones se encuentra reproducida en Rosellini, Mon. stor., II, lám. 129. El rey ha alcanzado un leon, que atravesado de flechas muere á sus piés mientras que otro herido se escapa á las cañas. En uno de los llamados escarabeos de boda, leemos que el faraon ha muerto 110 leones con su propia mano.

[204] (Pág. 155.) Véase la nota 30. Unos hermosísimos caballos ricamente compuestos, esculpidos en la piedra y pintados por mano artística, se hallan en los monumentos de Tebas.

[205] (Pág. 155.) Herodoto, II, 41, cuenta que los egipcios no querian besar á ningun extranjero, ni comer con él del mismo puchero, ni tocar siquiera la carne trinchada con el cuchillo de un griego. En la estela de Pianji los pequeños dinastas del Delta no traspasan los umbrales del faraon, porque eran impuros y comian pescado. En el Génesis, los hermanos de José comen separados de los egipcios.

[206] (Pág. 155.) Los caldeos de Babilon eran, despues de los egipcios, los astrónomos más hábiles. Segun Herodoto, Darios queria bien á los egipcios y apreciaba mucho su sabiduría.

[207] (Pág. 160.) Los mismos oráculos los queria preguntar Glicera, cuando su amante, el trágico Menandro, fué llamado á Egipto por el rey Ptolemeo. Su carta es tan ingeniosa como amable. Me remito tambien á la magnífica poesía de Teókrito, de la niña enferma de amor y sus conjuros.

[208] (Pág. 161.) Este oráculo floral, parecido á nuestro deshojar acacias y bellis perennis, no era desusado en la antigüedad y aún lo interrogan las niñas de la Grecia moderna. Bybilakis, Vida de los griegos modernos, p. 20.

[209] (Pág. 161.) Así es como Esquilo hace cantar al ruiseñor. La interpretacion artificial del *ilys, ito,* es un juego que podiamos permitirnos en boca de la infantil Sapfó. Originalmente el grito *ilys* del ruiseñor tiene otro significado; véase Ovidio, Metamórfosis VI, 425, etc.

[210] (Pág. 167.) Mientras los espartanos se casaban siguiendo la inclinacion de su corazon, en Atenas los padres ó tutores arreglaban la boda. Era esta la causa ó la consecuencia de la vida muy retirada de las jóvenes áticas. Más detalles en el tomo II.

[211] (Pág. 167.) El abuelo de Sapfó, Járaxos, hermano de la poetisa Sapfó era lesbio y por ende colio.

[212] (Pág. 168.) Herodoto, I, 135. Tambien en esto prueban los persas su orígen ario. Aún hoy, como en los tiempos de Herodoto, gustan con avidez de cosas nuevas y extranjeras.

[213] (Pág. 170.) Diodoro, I, 81.

[214] (Pág. 170.) Libro de los reyes de Firdusi. Hijos de Feridun.

[215] (Pág. 175.) Las coronas nupciales de los helenos se formaban de violetas y arrayanes.

[216] (Pág. 175.) El ritmo del *Keleusma* era indicado generalmente por un flautista, el *triéraules*. En *Las ranas* de Aristófanes, los habitantes palúdicos cantan el Keleusma. V, 205.

[217] (Pág. 175.) Véase el epígrama de Kalimajos, 45 en Ateneo, XV, p. 669.

[218] (Pág. 177.) La llamada *carretera real* de la que hablaremos más, fué construida por Kiros y mantenida con especial esmero por Darios.

[219] (Pág. 177.) La *harmamaxa* era un coche de viaje asiático, cuya primera mencion encontramos en el Anábasis de Jenofonte quien dice que una reina viajaba en tal vehiculo. Los romanos la adoptaron para el mismo fin.

[220] (Pág. 178.) Planta oleaginosa que se cultivaba en gran escala en la llanura de Babilon, para la fabricacion de aceite. *(Sesamum orientale).*

[221] (Pág. 178.) Herodoto, I, 193. Layart, *Ninive and Babylon,* reproduce un acueducto y unos bajo-relieves representando la comarca bien regada y cultivada.

[222] (Pág. 178.) Importante ciudad comercial del Eufrates. Estacion de las determinaciones geométricas de Eratóstenes.

[223] (Pág. 178.) El betun que todavía se encuentra en la cercanía de Babilon, servia y sirve á los babilonios de argamasa y mortero.

[224] (Pág. 179.) Esta clase desgraciada debe su orígen más bien á los celos de los orientales y su deseo de conservar pura su descendencia, que al deseo de la fabulosa Semíramis de rodearse de hombres imberbes y de voz aguda como ella misma.

[225] (Pág. 180.) En casi todos los cuadros egipcios que representan á hijos del faraon, varones y hembras, estos llevan trenzas que desde la frente llegan hasta el cuello.

[226] (Pág. 181.) Herodoto, V, 14 y 49-52. Jenofonte, Cyrop., VIII, 69; Plutarco, Artajerjes, 25. Aún hoy encuéntranse postes miliarios en la carretera que unia Nínive con Ecbátana. Los curdos los llaman keli-shin, columnas azules.

[227] (Pág. 181.) Segun el libro de Esther, II, 14 y 15, habia un jefe de los eunucos, guarda de las mujeres, y otro guarda de las concubinas. Siendo la época de Kambises de mucho anterior á la de Esther, hacemos desempeñar á Bogues los dos cargos á la vez.

[228] (Pág. 182.) Siete, el número «sin madre» no tiene factor ni múltiple en la decena.

[229] (Pág. 183.) Diodoro, I, 49, cuenta que en la tumba de Osimandias (el llamado Rameseo, palacio de Ramses II, en Tebas) estaba un aro de oro de una vara de ancho y 365 de circunferencia, conteniendo un calendario astronómico completo. El Zodíaco de Dendera, adorno astronómico de techo que se conserva en Paris, no tiene, como demostró primero Letronne, quien lo atribuye á los últimos Ptolemeos, la gran antigüedad que presumian los que le descubrieron. V. *Lauth,* Les Zodíaques de Denderah, Munich, 1865.

[230] (Pág. 183.) El *lapizlázuli* era una piedra muy apreciada por los antiguos egipcios que sabian imitarlo lo mismo que la esmeralda.

[231] (Pág. 183.) Segun Herodoto, I, 94, los estateres fueron las primeras monedas acuñadas. Por lo demas Bröckh y Brandis han demostrado que los asirios ya tenian mucho antes medidas y pesos fijos. Los daricos que valian unas 30 pesetas, deben su nombre á Darío Histaspis segun la opinion general, á otro Darío anterior segun Suidas, y á la palabra *zara,* oro, segun otros. Los trabajos más recientes y exactos sobre la metrología oriental, se deben á Brandis.

[232] (Pág. 184.) Segun las láminas de las obras de Gosse y de Layard.

[233] (Pág. 185.) Segun Curcio, Jenofonte y Esquilo. Segun Plutarco, Artajerjes, 24, los vestidos y atavíos del rey valian 12,000 talentos, es decir, unos 60 millones de pesetas.

[234] (Pág. 189.) Diodoro cuenta que Temístocles aprendió el persa en su viaje á Susa; por consiguiente, no exageramos en atribuir á Nitetis la misma hazaña.

[235] (Pág. 191.) Segun los datos de Herodoto, Diodoro, Estrabon y Arriano. Aristóteles dice que Babilon tenia más bien la

extension de una nacion que de una ciudad, y las ruinas sugieren aún hoy la idea de una circunferencia enorme.

[236] (Pág. 192.) *J. Bonomi*, Niniveh and its Palaces, fig. 33, y Layard en muchas láminas. Originales y copias de muchos productos del antiguo arte asirio se hallan en los museos de Lóndres, Paris y Berlin. Las esfinges asirias habrán tenido por objeto simbolizar la omnipotencia divina uniendo la mayor fuerza en el tronco de toro, la mayor inteligencia en la cabeza humana y la mayor volocidad en las alas de águila.

[237] (Pág. 192.) Herodoto, I, 195; Ezequiel, XXIII, 15. Este traje concuerda asimismo con las imágenes de asirios que se hallan en los monumentos egipcios. Véase Rosellini y Lepsius. En la célebre enumeracion de las campañas de Tutmes III, se habla de Asuri y Bebel. Niniveh se halla mencionada en varios monumentos de la época de la dinastía 18.

[238] (Pág. 192.) Herodoto, I, 180.

[239] (Pág. 193.) Este templo de Bel que muchos pretenden identificar con la torre de Babel, se halla mencionado por Herodoto, Diodoro, Estrabon y otros autores. Las ruinas son llamadas *Birs Nimrud*, castillo de Nimrud, por los habitantes del país. En la época de nuestra historia este edificio colosal debe de haber ostentado todo su esplendor, pues sabemos que Nebukadnezar lo renovó con magnificencia. La base del templo parece haber sido cuadrangular.

[240] (Pág. 193.) Tambien la construccion de este castillo se atribuye á Nebukadnezar; al menos los ladrillos encontrados en las ruinas de Hillah, llevan en escritura cuneiforme el nombre de este gran rey. Aún hoy se hallan muchos fragmentos de relieves vidriados.

[241] (Pág. 193.) Un monton de ruinas llamado hoy *el Kasr* (alcázar), se extiende á lo largo del Éufrates en una longitud de 9,400 piés y una anchura de 1,800. «Al norte de esta colina artificial desde uno de los puntos más elevados, un solitario taray grueso y muy viejo mira abajo sobre el rio; los árabes cuentan que es el único árbol que ha quedado de los jardines pensiles de Semíramis.» Duncker, Historia de la Antigüedad, I, p. 572. Diodoro II, 10, dice que los jardines se parecian á las gradas de un teatro. Layard encontró en una tabla unos bajos relieves representando un jardin sostenido por columnas.

[242] (Pág. 194.) Las niñas persas recibian las arracadas cuando tenian quince años. A esta edad varones y hembras empezaban á llevar el cordon sagrado (*Kuzti* ó *Kosti*) que sólo de noche podian quitarse, y cuya preparacion exige muchas formalidades aún entre los persas modernos. Debe tener 72 hilos, siempre negros.

[243] (Pág. 194.) La misma observacion se halla en Séneca, *De ira* y en Platon, *Sobre las leyes*.

[244] (Pág. 195.) Herodoto, VII, 83 y 187, y Jenofonte; Ciropedia VIII, 10.

[245] (Pág. 199.) Los *ojos* y *oidos* del rey corresponderán á nuestros jefes de órden público. Puede ser que Darío ha tomado estos títulos de Egipto, en cuyos monumentos se habla de los dos ojos del rey del Egipto alto, los dos oidos del rey del Egipto bajo. Por lo demas el niño Kiros (Herodoto, I, 114), nombró á uno de sus compañeros de juegos *ojo del rey*. Segun Herodoto (I, 100) el espionaje de la polícia meda empezó ya con Degokes, y en sus tiempos abundaban en el pais los espías y escuchas. Los demas empleados de la corte, mencionados por varios autores, se hallan enumerados en Duncker, Historia de la antigüedad.

[246] (Pág. 200.) Plutarco, Artajerjes, 5, cuenta que la madre y la esposa favorita estaban sentadas al lado del rey.

[247] (Pág. 200.) Herodoto, I, 133, dice que los persas piensan que los griegos se levantan de la mesa con hambre, porque despues del plato principal nada se sirve que valga la pena. Por los viajeros modernos sabemos que los iranios modernos son aún muy aficionados á las golosinas, y el poeta Abn Jshak no canta de otra cosa.

[248] (Pág. 204.) Zoroastro, propiamente Zarathustra ó Zerethashtro, fué uno de los más grandes legisladores y fundadores de religion. El nombre se ha interpretado como *estrella de oro* y como *brillante cual oro*. Las noticias biográficas son tan vagas y dudosas, que se ha negado la existencia de su personalidad. La redaccion del Zend-avesta data probablemente de los tiempos de Artajerjes; la doctrina de Zoroastro es más antigua.

[249] (Pág. 204.) Segun el libro de Esther, II, 12, este año de aprendizaje se empleaba en iniciar á las mujeres en el uso de los ungüentos, perfumes y afeites. Mas para esto, el plazo nos parece demasiado largo, y más verosímil que el tiempo se ha empleado en preparar á las mujeres extranjeras para que puedan cumplir los preceptos de Zoroastro, quien declara (Vendidad XVIII, 123) que antes que las víboras merecen la muerte los que se junten con adoradores de los devas. Los mazduyasnas (mazdeitas), orgullosos de su religion, no trataban de hacer prosélitos, pero admitian á los extranjeros en su seno. Más tarde bajo los sasanidas se perseguia á los heterodoxos.

[250] (Pág. 206.) Los jardines de los persas tenian fama en la antigüedad, y los arreglaban con más libertad y soltura que los egipcios. Hasta los reyes no se desdeñaban de ocuparse en hor-

ticultura, y los ajemenidas distinguidos poseian hermosos parques llamados paraísos. Herodoto, Jenofonte, *Ciroṗ*. VIII, 6, 9; *Econom*. 4; Diodoro XVI, 41; Plutarco, *Alkibiadis* 24. Su predileccion por los vegetales esbeltos era tan grande, que Jerjes adornó con atavíos de oro un hermosísimo árbol que encontró en su expedicion á Grecia. Firdusi, el más grande poeta épico persa, no conoce mayor alabanza de la hermosura humana que el calificarla de «cipresina.» A algunos árboles les tributaban los iranios veneracion divina, y en su paraiso habia árboles sagrados, así como los hebreos y los egipcios tenian su *árbol de la vida*.

[251] (Pág. 208.) Sitios reales donde los reyes de Persia pasaban el verano y en que puede llegar á hacer frio. Ecbátana estaba situada al pié de la elevada montaña de Orontes ó Elburs, en los alrededores de la actual Hamadin. Pasárgadas estaba cerca del monte Rajmet en la parte alta de Iran (Ruinas cerca de Firuzabad).

[252] (Pág. 210.) El lapislázuli y la malaquita se mencionan ya en una época muy remota entre los tributos ofrecidos á los faraones por los pueblos asiáticos.

[253] (Pág. 210.) Este lujoso arreglo de las habitaciones de una madre del rey de Persia no puede parecer exagerado, porque todos los detalles son tomados de los autores antiguos. Llamo egipcios los encajes que lleva Kasandana, porque en la época de nuestra historia no se fabricaban tejidos más finos que los de Egipto, segun sostienen los autores clásicos, y confirman los monumentos que presentan muchos vestidos transparentes. Ademas sir Gardener Wilkinson poseia un pedazo de tejido antiguo sumamente fino.

[254] (Pág. 214.) Segun *Duncker*, Historia de la antigüedad. Está probado que las amazonas pertenecen á la mitología, y es curioso que tambien entre los chinos se formó una fábula parecida. El museo etnográfico de Jena del que fuí director, posee un cuadro chino muy interesante representando una expedicion de amazonas.

[255] (Pág. 216.) Nadie hallará un anacronismo en estas palabras, teniendo presente la cita aristotélica en Ciceron, *De natura Deorum*, que expresa sentimientos análogos.

[256] (Pág. 216.) Mimnermos, Fragm. ed. Bergk. C. Ibid. Solon, fragm. 20.

[257] (Pág. 218.) Casi cada papiro fúnebre trae la representacion del alma, cuyo corazon es pesado y juzgado. El discurso que pronuncia se llama la justificacion negativa, porque ante los 42 jueces asegura no haber cometido los 42 pecados mortales que

enumera. Esta justificacion es tanto más curiosa en cuanto contiene casi toda la ley moral mosaica, que parece ser la quintaesencia general de la moral humana. El correspondiente precepto de Pitágoras tiene casi la misma forma que el egipcio.

[258] (Pág. 218.) Desde el momento que el niño parsi lleva el cinturon *Rosti*, debe escogerse un patrono entre los yazatas, y un director espiritual entre los destures ó sacerdotes. Ese padrino es el padre espiritual del niño.

[259] (Pág. 219.) Anahita ó Ardi-çura llamábase la diosa de las fuentes, y ha sido parangonada con la griega Afrodite. De la fuente Anahita salian todas las aguas y su fuerza purificativa era absoluta. La suposicion de nuestro traductor holandes, que Anahita es una deidad de orígen semítico, refundida con el genio acuático femenino de los persas, no deja de tener sus fundamentos y nosotros mismos la hemos expresado en otro sitio. Su culto, en efecto, no parece sino bajo Artajerjes Mnemon.

[260] (Pág. 219.) Célebre libre pensador que por sus burlas contra los dioses homéricos hubo de sufrir muchos vituperios y persecuciones. Floreciendo ya en la época de nuestra historia, alcanzó tan grande vejez, que vivia aún á mediados del siglo quinto. Cuentan que estuvo tambien en Egipto. Expuso sus especulaciones en verso; ya hemos hecho mencion de sus fragmentos.

[261] (Pág. 219.) El que conozca las sentencias de Jenofanes procedentes de la misma época, no tendrá por anacronismo este discurso.

[262] (Pág. 221.) En Persia el juego de pelota es aún hoy una diversion de los hombres, lo mismo que en Europa. *Chardin* vió una partida de 300 jugadores. Véase Hyde, *De ludis orientalium*.

[263] (Pág. 227.) El nombre de los sagrados *ambres* parece una corrupcion de las palabras con que empezaban las secciones de los textos grandes: *ha em re* principio de los capítulos. Horapolon, I, 58, ed. Leemans, menciona el libro de las enfermedades, mientras que Maneton, en Africano y Eusebio, cuenta de Atotes, sucesor del primer rey de Egipto Menes, que ha escrito libros anatómicos; pero como generalmente los libros sabios y especialmente los médicos se atribuian al dios Tot, puede haber ocurrido una confusion por la semejanza de los nombres. Entre las escrituras sagradas de los egipcios dicen habia seis de medicina.

[264] (Pág. 227.) Sátrapas llamábanse los gobernadores de las provincias que mas bien eran vireyes ó bajáes. El nombre parece derivar de *shóitrapan* protector de provincia. En un texto

egipcio Ptolemeo Lagi es llamado *Schatrapan* (sátrapa ó virey).

[265] (Pág. 227.) Aunque los caldeos, segun informes de Aristóteles, poseian cálculos astronómicos que se remontaban á 1903 años antes de Alejandro, es decir 2,234 años antes de J. C., sin embargo es cierto que la astronomía egipcia era más antigua, y segun Diodoro, I, 81, los sacerdotes egipcios afirmaban que los caldeos de Babilon eran colonistas egipcios instruidos por los sacerdotes, afirmacion que puede ser verdad, aun cuando los egipcios mismos hayan emigrado mucho antes del Asia occidental.

[266] (Pág. 229.) Estos nombres tomados de Herodoto se encuentran en parte tambien en la inscripcion de Behistan, si bien en una forma algo diferente.

[267] (Pág. 229.) El cumpleaños del rey era la fiesta mayor de los persas llamada la *perfecta*. Herodoto, I, 133. En general habia costumbre en la antigüedad de celebrar los cumpleaños, especialmente de los reyes. Drumann, en su comentario del texto griego de la tabla de Roseta, cita muchos pasajes referentes al cumpleaños de los reyes.

[268] (Pág. 231.) Leemos por ejemplo en el libro de los reyes de Firdusi que el linaje de Feridun fué conservado por medio de una esclava. Tambien Sal, padre de Rustem, se casó con una extranjera de la cual se habia enamorado. Sean míticos ó no, los personajes de la epopeya persa, ciertamente no era inaudito que un príncipe casara con una esclava.

[269] (Pág. 232.) Este pedazo de tela cuadrangular, ancho de 2 á 7 dedos, lo deben tener ante la boca todos los persas cuando recen. Segun Estrabon, la paiti-d'hana colgaba del gorro cual borla sobre los labios.

[270] (Pág. 232.) Herodoto, I, 132. y Estrabon, p. 733. Todos los utensilios usados en los sacrificios de los parsis modernos se halla descrito y dibujado en la obra de Anquetil.

[271] (Pág. 232.) Haoma ó Soma es el nombre de una planta cuyo zumo habria sido el alimento de los dioses y que en ciertas ceremonias religiosas se cataba é instilaba en el fuego. Tambien es el nombre de un dios.

[272] (Pág. 233.) El parsi debe recitar esta bella oracion en cuanto se despierte.

[273] (Pág. 233.) Más tarde los reyes de Persia se hacian adorar, aunque no directamente como deidades.

[274] (Pág. 235.) Hemos descrito esta procesion segun los bajos relieves que debemos á las excavaciones de Layard y á un obelisco de Nínive del que existen moldes en varios museos de Europa, entre otros en Dresde, además de los de Mengs.

[275] (Pág. 235.) En la época de nuestra historia los reyes de Persia cobraban las contribuciones en los plazos y las cantidades que querian. Daríos fué el primero que introdujo un sistema ordenado, lo cual le granjeó el apodo de *mercader*. Mas aún posteriormente ciertos distritos tenian la obligacion de mandar á la corte determinados productos naturales. Herodoto, I, 192; Jenofonte, *Anábasis*, IV, 5.

[276] (Pág. 235.) Herodoto, VII, 40, 41, 54, 55. Jenofonte; VIII, 3; Cucio, III, 3.

[277] (Pág. 236.) El féruer ó férver es la parte intelectual del hombre, su alma racional. Existia antes de nuestro nacimiento, se une con el cuerpo en el instante de salir éste á luz y lo abandona en la muerte. En cuanto nos abandona, el cuerpo se descompone. Si ha obrado bien durante la vida, será inmortal; si ha obrado mal, irá al infierno. Debemos implorar al férver y pedirle socorro con sacrificios. Él lleva nuestra oracion á Dios y por esta razon se le presenta cual disco alado.

[278] (Pág. 236.) Estos *inmortales* debian su nombre á la circunstancia de que en cuanto uno de ellos cayó ó murió de enfermedad, su lugar fué ocupado por un suplente, de modo que su número no podia disminuirse, quedando siempre 10.000. Cuentan que Kiros instituyó esta guardia.

[279] (Pág. 237.) Véanse las obras de Ewald, Weiss, Winer y Kitto.

[280] (Pág. 237.) Aunque segun las nuevas investigaciones de Hizig, Lengerke, Mere y Kuenen, ya no es lícito presentar á Daniel como compañero de Josua, gran sacerdote en la época de nuestra historia, no hay nada inverosímil en que haya quedado en Babilon un judío rico y distinguido; asimismo es histórico el documento de Kiros en virtud del cual más tarde Daríos permitió la construccion del templo. Esdras, VI.

[281] (Pág. 240.) Conservamos los nombres de Mesaj y Abed Nego por no encontrar otros más convenientes para israelitas distinguidos domiciliados en Babilon, que aquellos que el libro de Daniel da á los compañeros del piadoso jóven.

[282] (Pág. 240.) Tácito, Historia, V, 2, 5, se expresa aún más duramente sobre la intolerancia de la religion judía.

[283] (Pág. 241.) Este episodio es tomado de Herodoto, I, 204, 216; Diodoro, II, 44 y Jurt, I, 8; Ktesias, Persica, 9, cuenta que Kiros fué herido por un indio en un combate contra los derbios y murió á consecuencia de la herida. Jenofonte le hace morir tranquilamente, acaso para hacerle pronunciar un bello discurso de despedida.

[284] (Pág. 242.) El rio Araxes (Aras) nace en la meseta armenia y desemboca en el mar Caspio.

Herodoto confunde evidentemente con el Araxes el Yaxartes ó acaso el Oxos.

[285] (Pág. 244.) Este rasgo es perfectamente propio del carácter persa. Si bien Herodoto, VII, 238, hace obrar á Jerjes de un modo muy diferente, el siguiente epigrama de Antifilos de Bizancio prueba que los griegos no ignoraban la caballerosidad persa:

«A. Este vestido de púrpura, ¡oh, Leonidas! enviate Jerjes,
honrando el gran valor que en el combate mostraste.
B. A traidores ofreced semejante regalo; á mi cubreme el escudo
aún aquí en la tumba; de nada sirve al muerto el suntuoso adorno.
A. Muerto ya, ¿por qué has de odiar aún á los persas?
B. El amor á la libertad no muere jamas en el pecho del espartano!»

[286] (Pág. 254.) El libro de Esther, I, 11 y 19; II, 4 y 17; V, 1; Heliodoro de Emesa, Etiopica, VII, 19.

[287] (Pág. 255.) Egas, puerto de Misia. La Astipalea mencionada aquí, no debe confundirse con la isla de Astipalea en la que los colonistas dóricos construyeron Akragas, *la ciudad más bella de los hombres mortales.* (Pindaro, Píticos, 12, 1.) Asimismo (Villavieja) llamábase el castillo fortificado con torres redondas, de Polikrates de Samos, cuyas murallas tenian 12 piés de grueso y cuya guarnicion era la guardia escita del tirano.

[288] (Pág. 255.) Herodoto, III, 39.

[289] (Pág. 256.) Pisistratos murió muy viejo en 527 antes de J. C., sucediéndole su hijo mayor Hipias.

[290] (Pág. 256.) Renia es una de las ciclades septentrionales. Herodoto, III, 39; Tukidides, I, 13; III, 104.

[291] (Pág. 256.) Kolcos, navegante samio del siglo VII antes de J. C., haciendo rumbo hácia Egipto, fué llevado por el viento hácia el Oeste y fué el primer griego que pasó las columnas de Hércules, ó sea el estrecho de Gibraltar. Herodoto, IV, 182.

[292] (Pág. 256.) Plinio, XXXVII, 2, y Solino, 38, llaman sardonix la piedra de esta sortija conocida. En la época de este último autor el templo de la Concordia poseia, como regalo de Augusto, un anillo que pasaba por ser el de Polikrates. Clemente de Alejandría refiere que en la piedra estaba grabada una lira. Los árabes cuentan aún hoy una historia parecida, sólo que el héroe pierde su sortija por casualidad. Schiller ha sacado el asunto de su hermoso romance, de Herodoto, III, 40, etc., que trae entera una carta supuesta escrita por Amasis. Todavia se conservan sellos de sardónica, como por ejemplo el que perteneció al rey Abibal de Fenicia y se halla ahora en Florencia. Véanse las obras de Gari, *Gemmæ antiquæ*, etc., y De Luynes, *Essai sur la numismatique des satrapies, etc.*

[293] (Pág. 257.) Anacreon que vivió en la época de nuestra historia, dirige una de sus canciones á un Eros de cera que compró de un muchacho por una peseta. Platon usa tambien de la palabra *Keroplastes*, escultor en cera. Parece empero, que más generalmente se imitaban en cera las frutas.

[294] (Pág. 258.) Una descripcion de esta fiesta disoluta se halla en Herodoto, II, 60. «Y tanto es el vino que durante la fiesta se consume, que excede á lo que se bebe en lo restante del año, y tan numeroso el gentío que allá concurre, que sin contar los niños, entre hombres y mujeres asciende el número á 700.000 personas, segun dicen los del país.» Unas fiestas parecidas celébranse en Dendera cuya Hator se llamaba la grande de Bubastis. Las extravagancias de estas fiestas y todo el carácter de la Bast ó Sejet de Bubastis, estriban sin duda en el culto que los colonizadores fenicios introdujeron en el Delta. Dicha fiesta tiene un sucesor siempre floreciente en la feria que anualmente se celebra en Tanta, situada á corta distancia del punto donde estaba la antigua Bubastis. Nosotros hemos visto las barcas que llenas de mujeres y de algazara se dirigian á Tanta, hemos presenciado la exuberante alegria de la feria y nos ha parecido que ciertos caracteres del Sem egipcio han sido transferidos al santo Said Bedani á cuya tumba concurren anualmente centenares de miles de romeros.

[295] (Pág. 259.) Los médicos egipcios parecen haber saludado muchas veces las enfermedades. Muchas fórmulas de salutacion se han conservado en los papiros hieráticos, de los que era célebre el papiro médico de Berlin, editado y comentado por Brugsch y Chabas. Hé aquí una muestra de descripcion sintomatológica: «Su vientre está pesado, la boca de su estómago está ardiente, los vestidos le molestan, y aunque se ponga muchos no le calientan. Durante la noche siente sed; el gusto de su corazon está corrompido como el de un hombre que ha comido higos de sicomoro; tiene un nido (foco) de inflamacion en su vientre, y cuando se levanta parece un hombre impedido.» Uno de los remedios externos era vino de palmas mezclado con sal é incienso. Para destruir el gérmen de una enfermedad, debia invocarse á Isis. Cuando una mujer en cinta queria saber el sexo de su futuro hijo, mojaba en su orina dos granos de diferente especie de cereales y los sembraba uno despues del otro. Si el primero germinaba antes que el segundo, habia de parir una hembra, y si el segundo brotaba antes, un varon. Tambien merecen mencionarse los papiros de Leiden publicados por Leemans, y los papiros mágicos publicados por Parthey. En el invierno de 1872-73 tuvimos la suerte de adquirir el más bello y

más grande de todos los pápiros médicos hallados hasta hoy, y cuya publicacion está ya terminada, constando de la reproduccion exacta y verdaderamente artística de las 110 páginas del original, una extensa introduccion, el índice de todas las enfermedades contra las que se proponen remedios, y un vocabulario conteniendo todas las palabras usadas en el texto. Aun cuando tampoco en esta obra faltan las salutaciones, sin embargo, recomiéndanse contra las más de las enfermedades medicamentos compuestos por peso y medida, de muchas drogas de todos los reinos de la naturaleza y á veces importadas de lejanas tierras. Curioso es que en esta obra del siglo XVI antes de J. C., se hallan aprovechados unos escritos fenicios, lo cual prueba que los egipcios, con todo su separatismo, no tenian reparo en utilizarse de la capacidad intelectual de sus vecinos. (Un ejemplar de dicha reproduccion del papiro Ebers verdaderamente espléndida, adorna la socorrida biblioteca del Dr. don José de Letamendi, actualmente catedrático de Patología general de la Facultad de Medicina de Madrid. Por lo demas el papiro Ebers confirma el juicio de Galeno que todos los libros terapéuticos de los egipcios eran *necedades*.)

[296] (Pág. 260.) La oftalmia egipcia, que desgraciadamente no es desconocida en Europa, debe de haber hecho estragos á orillas del Nilo en una época muy remota. Los oculistas egipcios tenian fama en los tiempos de nuestra historia. En los monumentos se hallan representaciones de ciegos. Aún hoy es muy frecuente el catarro purulento del ojo. El papiro Ebers indica muchos remedios contra la granulacion de los ojos.

[297] (Pág. 262.) Sapfó, ed. Neue, XXXII. Traduccion de F. Rückert.

[298] (Pág. 262.) El planeta Venus llevaba en Egipto el nombre de la diosa Isis, y los monumentos muy antiguos demuestran que conocian la identidad de Hésper y el astro del alba.

[299] (Pág. 263.) Plutarco, Iris y Osiris, 14; Pausanias, VII, 22.

[300] (Pág. 264) Segun Herodoto, II, 29, 31, fueron 240,000; segun Diodoro, I, 67, mas de 200,000. En Abusimbel de Nubia, en el grandioso templo construido por Ramses II en la roca, se han encontrado inscripciones griegas y fenicias escritas por los perseguidores de los fugitivos.

[301] (Pág. 270.) Conocido entre los griegos bajo el nombre de Smerdis, mas las inscripciones cuneiformes le llaman Gumata ó segun Spiegel Gaumata. Justino, I, 9, da el verdadero nombre aunque desfigurado, llamándole *Kometes*. Por esto hemos tomado de él el nombre de Oropastes, al que Herodoto, III, 61, llama Patizeites.

302 (Pág 270.) Kagas, llamada Europes en la época de Alejandro, Arsakia en la de Seleucos, Nicator y Kei en nuestros tiempos, es una de las ciudades más antiguas de Persia. Dicen que en ella nacieron Zoroastro y Harun-ar-rashid. Es la Kages de la Biblia. Aquí existia una famosa escuela sacerdotal.

303 (Pág. 272.) La estrella Tistar (probablemente Sirio del Can mayor), la *Tistrya* del Avesta, la *Tishya* de los Vedas, se invocaba como estrella fúlgida y poderosa que traia á los persas la preciosa lluvia; en las sagradas Escrituras de los parsis se la menciona muchas veces.

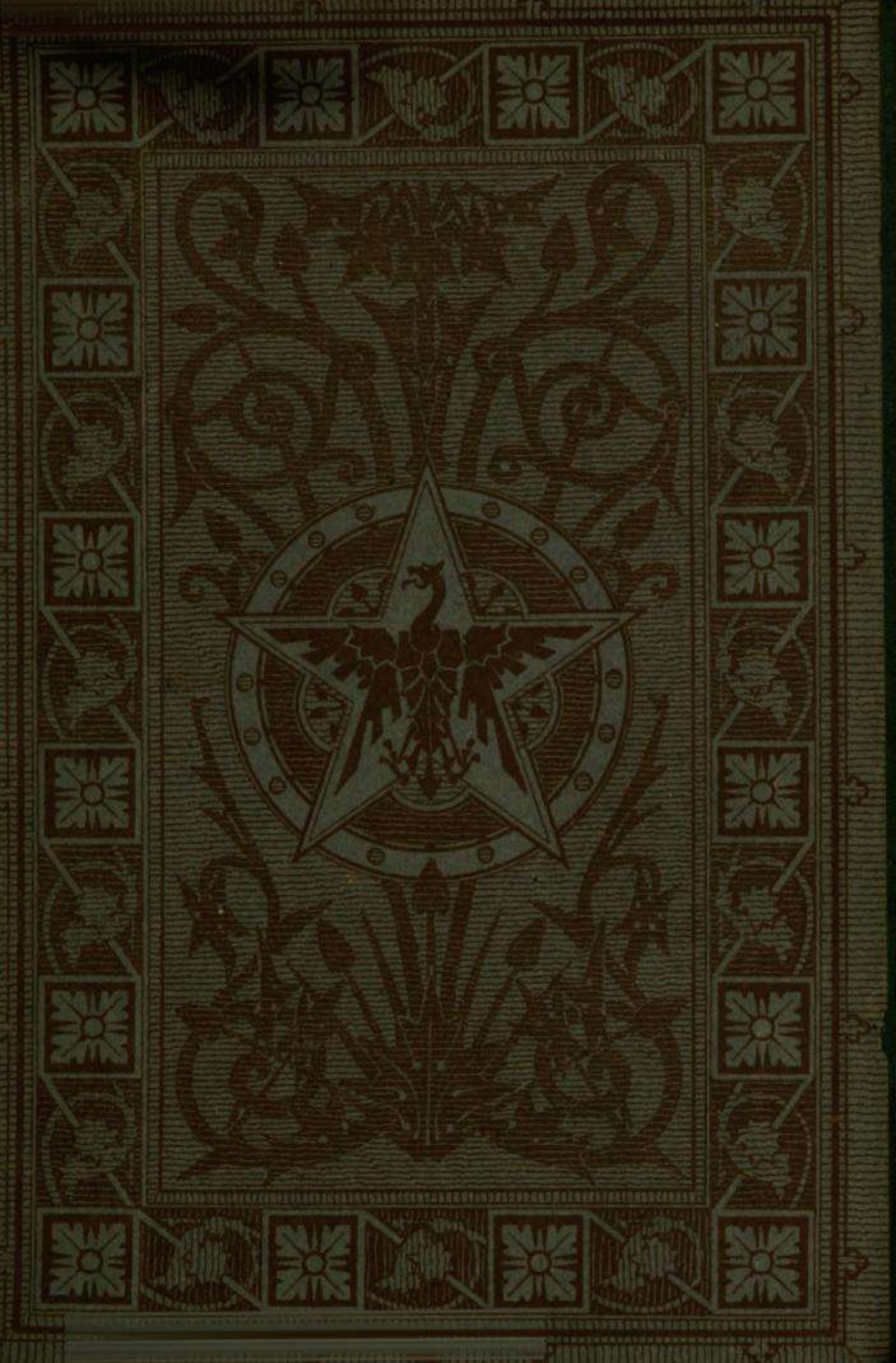
304 (Pág. 275 ) Diodoro, VII, 77, dice que el rey de Persia tenia tantas mujeres como dias el año. Por la batalla de Isos cayeron en poder de Alejandro 329 concubinas del último Darios. El primero tuvo cuatro mujeres legítimas siendo Atosa la principal; los siete conspiradores contra el mago Smerdis, convinieron que en adelante las mujeres legítimas del rey, debian pertenecer á una de las siete familias. (Herodoto, III, 84). Mahomed permitió á sus fieles çasarse con cuatro mujeres, sancionando así una antiquísima costumbre oriental, segun opina el Sr. de Hammer.

305 (Pág. 276.) Varios reyes dieron á sus esposas para alfileres las rentas de ciudades enteras. Jenofonte, *Anab.*, I, 4; Ciceron, Verr., III, 83. Del precioso calzado se habla en Judith, XVI, 9; de los tesoros repletos de las mujeres persas, Herodoto, III, 130.

306 (Pág. 277.) Este nombre significa «del linaje de los perís,» siendo propiamente, segun Rogge, *Pairikazana* ó *Pairikanasa*.

307 (Pág. 282.) El vino de Jios era el más apreciado por los griegos; el de Biblos (Gebal) de Siria tenia gran fama por su fino aroma.

308 (Pág. 282.) Jenofonte, Ciropedía, I, 3, 8, elogia mucho la habilidad y gracia de los escanciadores persas.

309 (Pág. 282.) El castillo de Susa fué llamado *Castillo de Memnon* por los antiguos y áun por Ktesias que estuvo mucho tiempo de médico en la corte persa. Diodoro, II, 22; Herodoto, V, 53 y 54; VII, 151; Esquilo en Estrabon, 718. Acerca del personaje mistico de Memnon las mejores noticias se hallan en los escritos diversos (Miscelánea) de Federico Jacobs.

FIN DEL TOMO PRIMERO.